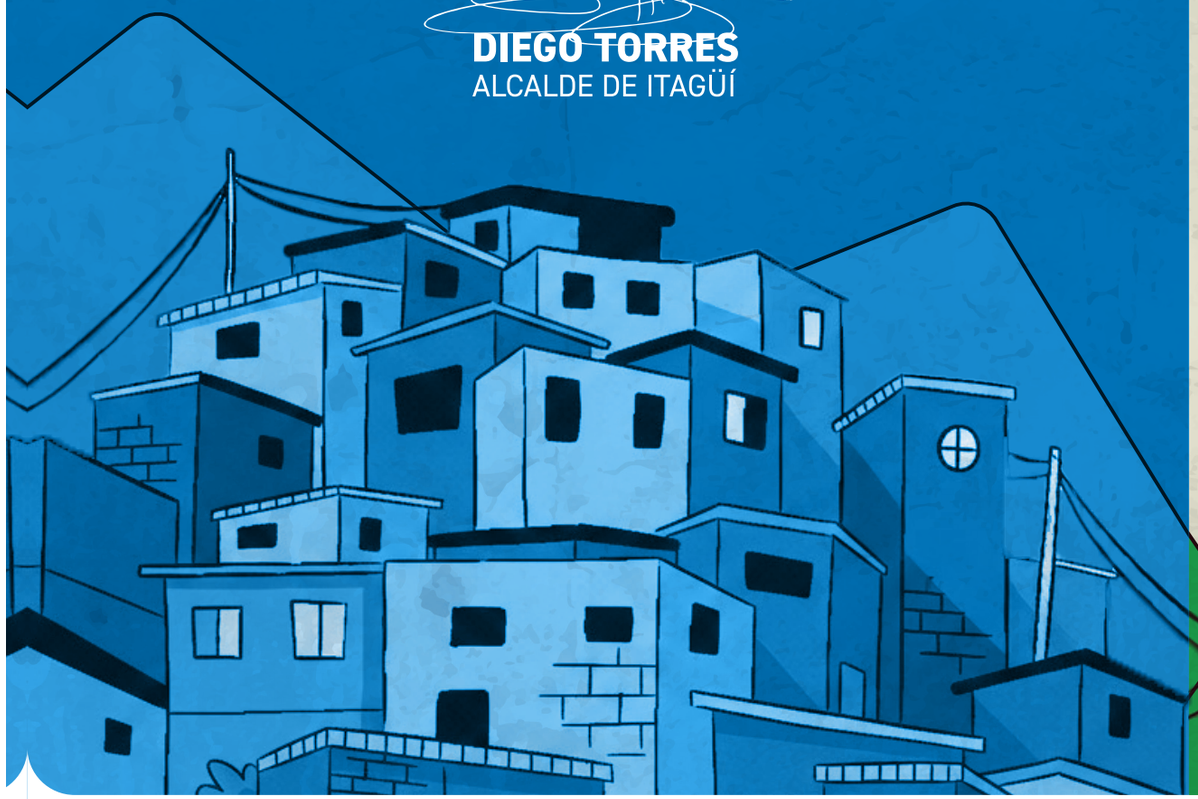
En cada barrio de Itagüí nacen historias que guardan la memoria de nuestra gente, fortalecen los lazos que nos unen y dan sentido a lo que somos como ciudad.

Estas voces reflejan el esfuerzo, la esperanza y la identidad de una comunidad que progresa con determinación.

Este libro es un homenaje a quienes, con su vida y sus relatos, construyen una Itagüí próspera y segura, donde la cultura nos integra y fortalece nuestro sentido de pertenencia.

DIEGO TORRES
ALCALDE DE ITAGÜÍ



HISTORIAS DE MI BARRIO ITAGÜÍ 2026

GANADORES 2026

GANADORES

HISTORIAS DE MI BARRIO

Itagüí 2026

Crónicas y relatos que narran la vida, la memoria y la identidad de los barrios de Itagüí.

ISSN: 2805-8224



www.itagui.gov.co

Alcaldía de Itagüí

Instituto de Cultura, Recreación y Deporte de Itagüí

HISTORIAS DE MI BARRIO ITAGÜÍ 2026

HISTORIAS DE MI BARRIO ITAGÜÍ 2026

Frank D Bedoya M
Juliana Tirado Castaño
Vanessa Forero Ramírez
Katherin Domínguez Zapata
Gabriela Bedoya Rivillas
María Andrea Pineda López
Hanna Lucieth Bohorquez Alzate
Frank Chavarriaga Escobar
John Hebert Cárdenas Alarcón
Manuela Osorio Rúa
Hernán González Carmona
Juan Galeano Molina
Kenny Alejandro Quiroz Molina
Ana Isabel Pabón Rúa
Lucas Ocampo Roldán

© Instituto de Cultura, Recreación y Deporte de Itagüí

https://www.facebook.com/InstitutoItagui
http://www.institutoitagui.gov.co/
itagui.patrimonio@gmail.com

ISSN: 2805-8224

Primera edición, junio de 2026,
ciudad de Itagüí

Ganadores:
Frank D Bedoya M.

Juliana Tirado Castaño*
Vanessa Forero Ramírez*
Katherin Domínguez Zapata*
Gabriela Bedoya Rivillas*
María Andrea Pineda López*
(Fundación Cultural El Hormiguero)*

Hanna Lucieth Bohorquez Alzate
Frank Chavarriaga Escobar
John Hebert Cárdenas Alarcón
Manuela Osorio Rúa
Hernán González Carmona
Juan Galeano Molina
Kenny Alejandro Quiroz Molina
Ana Isabel Pabón Rúa
Lucas Ocampo Roldán

El contenido de los 10 textos que se publican en el presente libro es responsabilidad exclusiva de sus autores, el alcance de sus afirmaciones y la corrección de estilo, solo a ellos compromete.

El uso de imágenes en esta publicación se hace citando en cada caso la respectiva fuente y solo con fines académicos y culturales.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación en cualquier sistema, sin previa autorización escrita de las entidades municipales de cultura.

Diego Torres Sánchez
Alcalde de Itagüí
Itagüí Somos Todos

Luz Adriana Henao Pulgarín
Gerente
Instituto de Cultura, Recreación
y Deporte de Itagüí

Rubén Darío Ospina Betancur
Subgerente
Instituto de Cultura, Recreación
y Deporte de Itagüí

Carlos Mario Posada Arango
Asesor temático
Coordinador Área de Patrimonio
Museo de Itagüí

Luis Orlando Luján Villegas
Coordinador académico
Convocatoria pública Historia de Mi Barrio Itagüí, 2026

MN Impresos S.A.S.
Diseño de portada

MN Impresos S.A.S.
Diagramación

Impresión:
MN Impresos.S.A.S.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Contenido

Una administración de cara a la memoria y la historia de los barrios
Diego Torres
Alcalde de Itagüí

Introducción 1
Luis Orlando Luján Villegas
Historiador
Coordinador académico de la convocatoria pública Historia de Mi Barrio Itagüí, 2021 – 2026

Itagüí desde los barrios: historias narradas 7

Historia del Tablazo. Entre el ruido y la esperanza 11
Frank D Bedoya M

Prólogo en primera persona 11

Capítulo 1
Inicios del siglo XX 14

Capítulo 2
Trabajos y oficios en el Tablazo 17

Capítulo 3
Arcángel Pabón Restrepo 19

Capítulo 4
Entre las balas y el ruido 21

Capítulo 5
Entre la esperanza y el ruido 24

Registro fotográfico 25

Color de Hormiga: memoria colectiva y arte urbano en el corregimiento El Manzanillo
Juliana Tirado Castaño, Vanessa Forero Ramírez, Katherin Domínguez Zapata, Gabriela Bedoya Rivillas, y María Andrea Pineda López
Fundación Cultural El Hormiguero 29

Un morro que le falta poco para ser volcán 29

¿Qué color, ritmo o forma tiene esta montaña? 32

La cosa se puso color de hormiga 35

¿Qué tal si hacemos un festival? ¡sí! 38

Nace un vínculo 41

El arraigo de la niñez a esta tierra 43

Ecos en la montaña 45

Fuentes primarias 50

Entrevistas semiestructuradas realizadas 50

Encuentro de acción participativa 50

Fuentes audiovisuales 50

Archivos y documentos consultados 50

La quebrada Doña María: paisaje, memoria y transformación del barrio Las Acacias
Hanna Lucieth Bohorquez Alzate 55

Presentación 55

Introducción 55

La memoria del paisaje 56

A la orilla del progreso 57

La carrera 53: eje del cambio 62

Las huellas del barrio que queda 69

A modo de reflexión 74

Fuentes 75
Archivos fotográficos 75
Periódicos y prensa 75
Relatos orales 75
Bibliografía 76

La parroquia que cambió el nombre al barrio: de San Antonio a San Gabriel, transformación barrial y social
Frank Chavarriaga Escobar 79
1. Espacios en crecimiento 81
1.1. Ciudad en crecimiento 81
1.2. Industria en desarrollo 82
2. Vida eclesiástica del valle de Aburrá 83
2.1. Parroquias entre 1659 y 1899 83
2.2. Parroquias entre 1900 y 1950 84
2.3. Parroquias entre 1951 y 1960 85
2.4. Parroquias de 1961 87
3. Barrio San Antonio 91
3.1. Asentamiento poblacional 91
3.2. Creación de la Parroquia 93
3.3. Párrocos que han trabajado a lo largo de 65 años 98
Referencias 100

Epistemología de la memoria: la casa de tejas de barro de Cecilia Alarcón Valencia
John Hebert Cárdenas Alarcón 105
Testimonios 133
II 134
III 135
Bibliografía 136

Efecto Gaviota: crónicas de las consecuencias atribuidas a hechos de violencia sucedidos en las décadas de 1990 y 2000 a familias de la Comuna 4 de la ciudad de Itagüí
Manuela Osorio Rúa 141

Vidas que cambiaron para siempre 143

¿Quiénes son víctimas de la violencia? 145

Tres décadas de espera 148

Aprender a vivir sin mi madre 152

Una madre sin su hijo 157

¿Cómo es ser hija de un asesino? 160

Conclusión 162

Agradecimientos 163

Bibliografía 164

Tres personajes, dos naciones, una historia. Diego Echavarría, Benedikta zur Nieden, Isolda Echavarría zur Nieden
Hernán González Carmona 169

Crítica a esta Pedagogía 186

Agradecimientos 195

Bibliografía 196

Barrio Undido: memorias y violencias
Juan Galeano Molina, Kenny Alejandro Quiroz Molina y Fundación Baho Kende 201

Introducción 201

Orígenes 203

La grieta 206

Grieta continua 211

Confrontar la grieta 217

Bibliografía 220

Entre convites y juntas: memoria, historia y construcción comunitaria de la Junta de Acción Comunal de la vereda El Pedregal
Ana Isabel Pabón Rúa 225
Introducción 225
El territorio y sus familias: raíces de una comunidad 227
El Centro Cívico y la Junta: cuando la comunidad se formalizó 229
El convite y las fiestas: muestra de la fuerza comunitaria 232
Cultura, mujeres y juventud: la vida que también la junta sostuvo 235
La memoria como herencia y como tarea 237
Fuentes y bibliografía 239
Fuentes primarias 239
Entrevistas realizadas 239
Bibliografía 240

El rock en Itagüí: una forma de resistencia social
Lucas Ocampo Roldán 243
Objetivo general 243
Objetivos específicos 243
Resumen 244
Palabras clave 244
Introducción 245
Planteamiento del problema 247
Justificación 248
Fundamentos teóricos sugeridos para el artículo 250
El rock si ha actuado como resistencia social en Itagüí 253
Recomendaciones para la administración municipal frente a este proceso 256
Pensamientos en voz alta para la comunidad rockera del municipio 258
Reflexiones desde los actores 261

El rock como resistencia cultural: una revisión de la trayectoria de la banda Averno 261

El rock como fenómeno sociocultural en Itagüí: un análisis de la evolución de la escena local 263

Trayectoria y contexto histórico del rock en Itagüí, según Julián Nieto 265

El rock en Itagüí: resistencia, identidad y desafíos desde la perspectiva de un gestor cultural 268

Referencias bibliográficas 271

Listado de figuras, tablas e ilustraciones

La quebrada Doña María: paisaje, memoria y transformación del barrio Las Acacias 54

Figura 1. Imagen aérea del barrio Las Acacias, ca. 2010. 63

Figura 2. Parquecito de juegos al lado de la I.E. María Jesús Mejía 64

Figura 3. La carrera 53, ca. 2010. 65

Figura 4. Al otro lado de la carrera 53 66

Figura 5. Puente peatonal de Artex, hacia el año 2013 67

Figura 6. Todas las cuadras de la carrera 53 70

Figura 7. Fotografía panorámica que permite visualizar el espacio sobre el cual antes se asentaban las casas de las familias que vendieron sus predios 71

Figura 8. Panorama actual de la canalización de la quebrada, sobre el puente de la carrera 53 73

La parroquia que cambió el nombre al barrio: de San Antonio a San Gabriel, transformación barrial y social 77

Tabla 1. Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín hasta 1961 84

Tabla 2. Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín entre 1900 y 1950. 85

Tabla 3. Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín entre 1951 y 1960 ____ 86

Tabla 4. Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín hasta 1961 ____ 88

Tabla 5. Chavarriaga Escobar, F. (2026). Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín hasta 1961 ____ 89

Ilustración 1. Linderos de la Parroquia San Gabriel en 1961. Elaboración de F. Chavarriaga Escobar (2026) ____ 95

Ilustración 2. Ubicación Barrio Undido ____ 204

Entre convites y juntas. Memoria, historia y construcción comunitaria de la Junta de Acción Comunal de la vereda El Pedregal ____ 225

Tabla 1. Primera directiva del Centro Cívico Simón Eladio Pabón (1959) ____ 230

Una administración de cara a la memoria y la historia de los barrios

La convocatoria pública Historia de Mi Barrio Itagüí, 2026, es importante por dos razones. La primera, es que, hasta el presente, se han realizado seis versiones (2021-2026), para un total de sesenta experiencias comunitarias exitosas, pletóricas de saberes y conocimientos, escritas por hombres y mujeres que habitan en algunas de las siete comunas y ocho veredas del corregimiento. Este conjunto de historias demuestran el dinamismo social y cultural de la ciudad, al tiempo que se convierte en una prueba de cómo la inteligencia narrativa pone el poder de la historia en el centro de lo que significa ser eficaz en los ámbitos de la vida cotidiana.

La segunda razón, es que son historias que contribuyen a la promoción del libro y la lectura, orientada por el actual Plan Decenal de Lectura, Escritura, Oralidad y Bibliotecas, así como la formación de ciudadanías culturales contenida en la Política Pública de Cultura 2023-2033, Siente tu Ciudad, Vive la Cultura.

A los ganadores de la versión 2026 felicitaciones por el logro.

DIEGO TORRES
Alcalde de Itagüí

Introducción

Por Luis Orlando Luján Villegas

Historiador

Coordinador académico de la convocatoria pública Historia de Mi Barrio Itagüí, 2021 – 2026

Este libro reúne los diez relatos de los participantes que reciben el estímulo de la convocatoria pública Historia de Mi Barrio Itagüí, 2026. En estas voces se recoge una parte de la identidad y el sentido de pertenencia que tejen las comunidades con su inteligencia narrativa, creativa y espontánea.

El lector podrá encontrar énfasis en temas propios del territorio, así, por ejemplo, la violencia se aborda a partir de testimonios que muestran como el conflicto dejó heridas emocionales y fracturas familiares, que Manuela Osorio Rúa describe en los siguientes términos:

Las historias reunidas en esta investigación demuestran que la violencia nunca termina en el instante del disparo, la desaparición o la muerte. Sus consecuencias permanecen durante décadas en la vida de quienes sobreviven: en los hijos que crecieron demasiado rápido, en las madres que continúan esperando respuestas, en las familias que aprendieron a convivir con el miedo, el silencio y la ausencia. Cada testimonio evidencia que el conflicto vivido en Itagüí no solo dejó cifras de homicidios o registros judiciales, sino heridas emocionales, fracturas familiares y memorias que aún atraviesan la cotidianidad de muchas personas en la Comuna 4.

- Manuela Osorio Rúa

Por su parte Frank Bedoya, al hecho violento con el que inicia su escrito: "huyendo de la violencia de los barrios de Medellín, llegamos a Itagüí", le antepone el paisaje bucólico que encontró en el barrio El Tablazo, y lo describe de la siguiente manera:

"En el Tablazo todo eran mangas, había pocas casas alejadas entre sí y solo había dos calles". A inicios del siglo XX, El Tablazo, era un caserío no muy poblado, de una vida apacible, cuyas quince casas se fueron construyendo, a medida que, sus habitantes fueron adquiriendo unos lotes que antaño pertenecían a dos o tres grandes fincas.

- Frank D Bedoya M

Con un territorio sacudido por la violencia, la Fundación Cultural El Hormiguero se abrió campo en el corregimiento con el convite, una forma de trabajo colectivo y voluntario, contextualizado en el siguiente párrafo:

… el territorio se sacudió por la violencia… Sin embargo, El Pedregal y El Progreso nunca olvidaron aquello que estaba en sus raíces y que se había tejido desde hacía décadas: la organización, la capacidad de convocar y juntarse, mejor dicho: la pedagogía del encuentro convertida en acción colectiva. El arte se abrió campo entre el miedo, una vez más esas formas ancestrales de juntanza como los convites que construían carreteras, los grupos musicales que congregaban y los espacios de danza que educaban el cuerpo, resurgieron encarnados en otra acción y creación comunitaria: La Fundación Cultural el Hormiguero (El Hormi).

- Juliana Tirado Castaño, Vanessa Forero Ramírez, Katherin Domínguez Zapata, Gabriela Bedoya Rivillas, María Andrea Pineda López

Otros temas que encuentra el ávido lector en el libro que ahora tiene en sus manos, se vinculan con el hecho de que Itagüí fue poblado por una sociedad montaraz hasta bien entrado el siglo XX, por personas provenientes de los más disimiles municipios de Antioquia que marcarían, en

lo sucesivo, el carácter mestizo de la mayoría de sus pobladores. La comprensión de este perfil se identifica -en el marco de la presente publicación- con el ethos que perfilan Hanna Bohórquez, Frank Chavarriaga, John Heber, Hernán González, Juan Galeano, Kenny Alejandro Quiroz, Ana Isabel Pabón y Lucas Ocampo, los cuales se traen a colación, respectivamente, en los siguientes siete párrafos:

La historia del barrio Las Acacias no es solo la historia de un lugar que cambió. En ella aparecen las paradojas que surgen entre el progreso, el desarrollo vial y la modernización urbana. Son tensiones que invitan a detenerse y reflexionar sobre las transformaciones que atravesó el barrio.

- Hanna Lucieth Bohórquez Álzate

La historia de nuestro barrio [San Francisco] no solo permite comprender el presente y las transformaciones que han acompañado el paso del tiempo, también permite preservar la memoria colectiva, valorar el legado de las generaciones anteriores y reconocer el camino recorrido en la construcción de nuestra identidad.

- Frank Chavarriaga Escobar

El espíritu de la casa de tejas comenzó a profetizar su refugio en el solar que la Urbanizadora Colombiana entregó al abuelo a comienzos de la década del 50. Allí, agazapado en el latido secreto de los matorrales, contemplaba la silueta del cerro El Manzanillo mientras bebía un aire diáfano que hacía danzar a las golondrinas sobre la órbita naciente del barrio San Pío X.

- John Hebert Cárdenas Alarcón

Este breve recuento histórico busca resaltar y mantener viva, en la comunidad itagüiseña, antioqueña, y en general, del país, la fusión cultural, educativa y patrimonial entre dos segmentos de sociedad, lejanos entre ellos, y a la vez, con marcadas diferencias en su origen y en su desarrollo sociopolítico; a través de la trilogía humana, conformada por tres grandes,

excelsos y significativos personajes: Don Diego Echavarría Misas, Doña Benedikta zur Nieden e Isolda Echavarría zur Nieden.

- Hernán González Carmona

Este capítulo trata de uno de esos lugares: una calle alargada y paralela a una quebrada, en el municipio de Itagüí, que algunos llaman Barrio Hundido, otros El Hoyito, y muchos jóvenes nombran hoy con orgullo —y sin hache— Barrio Undido. La diferencia ortográfica no es un error, es una declaración.

- Juan Galeano Molina y Kenny Alejandro Quiroz Molina

Hay un lugar en Itagüí donde la historia no reposa en estantes de archivos ni en salas de museos. Vive en la memoria de un hombre que recuerda cómo su comunidad abrió caminos a pico y pala; en la voz de una mujer que se emociona cuando habla de su abuela cocinando empanadas para la acción comunal; en las palabras de un hombre de ochenta y dos años que lleva más de medio siglo vinculado a la organización comunal de su vereda. Ese lugar es El Pedregal, ubicado en el corregimiento El Manzanillo del municipio de Itagüí, y esta es la historia de cómo sus habitantes construyeron con sus propias manos y con voluntad colectiva un territorio y una comunidad.

- Ana Isabel Pabón Rúa

Igualmente, los resultados de la investigación permitieron comprender cómo el rock en Itagüí se configuró como un espacio de encuentro juvenil, crítica social, construcción identitaria y resistencia frente a fenómenos como la violencia urbana, la estigmatización cultural, la exclusión institucional y las tensiones territoriales, asimismo, se evidenció que la escena rockera local ha sido un escenario de producción cultural independiente, organización comunitaria y construcción de memorias colectivas.

- Lucas Ocampo Roldán

Los diez epígrafes que acompañan esta introducción se retoman de cada uno de los artículos que componen la presente versión —con sus respectivos autores—. Se mencionan con la idea de provocar en los mestizos pobladores, quizás, lo que suscitó en quien funge como autor de estas líneas: la empatía por la formación de una "comunidad emocional", de sentido y afecto (Jimeno et al 2019, 34). Asimilación que se expresa en la construcción de unos versos que procedo a compartir:

Esta vez soy feliz

Con más aire en los pulmones,
con un dolor que punza dentro
"lub-dub" de estenosis.

He aprendido que las flores crecen
con sabia resistencia en los museos,
en las esquinas de barrio,
en las salas tendidas al sol
entre la iridiscencia de la Autoinmolación de Palach.

También
florecen los nombres de barrios
y veredas de la agitada Itagüí:
El Tablazo, El Manzanillo
Las Acacias, San Francisco,
San Pío X, Santa María,
Ditaires, El Pedregal,
barrio Undido.

Esta vez soy feliz
en los lados del corazón,
húmedo al viento en la copa del Olleto de mono.

Referencia

Jimeno, M. et al (2019) Violencia, comunidades emocionales y acción política en Colombia. En: Macleod, M. De Marinis, N. (coordinadoras). Comunidades emocionales: resistiendo a las violencias en América Latina. México.

ITAGÜÍ
DESDE LOS BARRIOS:
HISTORIAS NARRADAS



Julio Pabón y José Luis Muñoz, músicos. Archivo fotográfico de Frank Bedoya



Pintura al óleo de Arcángel Pabón Toro. Archivo fotográfico de Frank Bedoya

Historia del Tablazo. Entre el ruido y la esperanza

Por *Frank D. Bedoya M.*

Prólogo en primera persona

Huyendo de la violencia de los barrios de Medellín, llegamos a Itagüí.

Se suponía que El Tablazo era menos violento que Aures, pero no fue así. En cada calle, en cada esquina encontrábamos jóvenes con mirada tenebrosa, "todos tirando vicio", así decían los mayores.

Nosotros decidimos convertirnos en "metaleros", no "endemoniados" ni nada por el estilo, simplemente unos adolescentes que escuchaban una agrupación de moda llamada Metallica. Todos comenzamos a vestirnos de negro. Como yo era el pintor de la familia, terminé decorando las paredes de la casa con calaveras.

Una estructura familiar fuerte, fundada en el amor de un trabajador que portaba la nobleza del campo perdido, nos salvó de la perdición. Todos mis hermanos probaron las drogas, experimentaron, pero no se quedaron allí. Yo ni la probé; no porque tuviera una especie de virtud especial, sino por cobardía. Aún prefería mantenerme en casa. Luego llegaría el alcohol; ese sí lo probé, y no sólo lo probé.

Cada tanto el barrio era estremecido por una balacera. De repente, todos salían corriendo, se escuchaban los gritos, quedaba un muerto y los curiosos salían a ver. Siempre el muerto era un joven. Recuerdo uno en especial, un muchacho rubio de ojos azules, con una sonrisa angelical; en una ocasión, después de la balacera, la muerte le tocó a él. Observamos desde un balcón al asesino, también otro joven del barrio, que ahora se dedicaba a la "limpieza social".

Durante muchos días estuve enfermo de paranoia. Nadie se dio cuenta, pero el estado de nerviosismo en que me encontraba era ya patológico. El miedo que se apoderó de mí era insensato, creía que en cualquier segundo que pasara por la calle iba a ser víctima de un disparo. No salí. No quería salir. Pasé varias semanas en esa situación. Mis hermanos hacían su vida normal. La violencia persistía cada semana, cada quince días, cada mes, y no cada segundo como lo temía yo. Al final, no sé cómo me tranquilicé.

Nunca olvidaré el rostro de una profesora de secundaria llorando por desesperación. Un día la señora no aguantó más, no podía dar clase, lloraba por ella, quizá lloraba por nosotros. El salón, más que un lugar de estudio, era otro "parche" de una banda llamada Séptimo C. Los alumnos parecían de grado once, pero estaban ahí en el segundo año del bachillerato, haciendo nada más que ruido, jugando bruscamente, amedrentando a los niños como yo, que no alcanzábamos los once años y no les llegábamos a la cintura a los aspirantes a mafiosos. El colegio público de Itagüí en el año 1991 era un caos, una anarquía donde los profesores simulaban enseñar. Allí no se enseñó nada. Las instituciones públicas eran la prolongación de la mafia de la calle. Nadie hacía nada. Creo que los adultos tampoco sabían qué hacer.

"Arréglate, vamos a visitar al primo que llegó de los Estados Unidos", me sugirió mi mamá. No fui a ninguna parte, me indignaban los elogios de la familia y los vecinos de aquel muchacho flaco, que antes no era nadie, que después se fue a los Estados Unidos y ahora era millonario. Desfile de autos nuevos y lujosos por la cuadra, trago y sancocho para todo el barrio. El sujeto, con una gordura desproporcionada, ahora exhibía pesadas y grotescas cadenas de oro. Para todos había regalo, a mí me tocó un llavero, un artilugio que emitía una luz roja a una distancia considerable. Qué asco me da aún recordarlo. Embelesados con tonterías gringas. Dinero por doquier. Hay que trabajar con el primo, ser amigo de él, de sus amigos, o sea de los mafiosos. El héroe del barrio. El ideal de El Tablazo, irse para Estados Unidos a vender droga y llegar repleto de billetes.

Algunos años después ocurrió otra balacera. Mataron al primo. El Pablo Escobar en miniatura que se reproducía en cada barrio de Medellín. A llorar el muerto, con el "nadie es eterno en el mundo" del cantante popular.

Algunas casas del Tablazo se transformaron; tres, cuatro pisos, con acabados lujosos. "Un muerto en la casa, pero nos quedaron las casitas,

bendito sea Dios". Las demás casas quedaron igual, apeñuscadas, casas feas, para un barrio feo, de nombre feo. ¿A quién se le ocurriría ponerle "El Tablazo" a un barrio? Nunca lo pude entender.

Mamá nos contaba que antes todo eran fincas; Calatrava, Ferrara, El Tablazo era una loma, con una vista sin igual, unas cuantas casas, un paraíso con frutales que muy pronto se acabó. Después, a mediados de los años cincuenta, empezó a llegar gente de todas partes. Llegaron desarraigados a arrinconarse.

A propósito, otro barrio peor: El Rincón. "Si eres del Tablazo no se te ocurra pasar por El Rincón, porque eres hombre muerto. Si eres del Tablazo no pases por Las Acacias —otro barrio vecino—, porque eres hombre muerto". ¿Entonces por dónde llegar? ¡No ve que El Tablazo queda en medio de los dos!

Decidí salir, pararme por algunos días en una esquina, hacer amigos. ¿Qué se hace en una esquina? Nada, fumar, esperar la balacera. Decidí volver al encierro.

Pasaron los años, era hora de graduarse, no aprendimos nada. O, mejor dicho, solo aprendimos a beber. Un baile de baladas norteamericanas a oscuras, otra balacera.

¿Qué futuro teníamos los jóvenes de la década de los noventa en Itagüí, o en cualquiera de los municipios del Valle de Aburrá? Ninguno. Sólo queríamos "rumbiar", adormecernos en el alcohol. Los que pasaron el límite se convirtieron en matones. Los demás, en sobrevivientes. Las cosas no han cambiado mucho. Los alcaldes han pactado con los mafiosos el control del territorio, las balaceras disminuyeron, pero la estructura de exclusión social del barrio sigue igual.

El Tablazo es un ruido continuo, en donde, al parecer, nadie quiere el silencio. Nunca hay silencio en ese lugar del Vallé de Aburrá. El ruido estridente de los equipos de sonido con música tropical, al máximo volumen, nunca puede faltar, ni en ese lugar ni en los lugares circundantes. Hoy se me ocurre que en nuestros barrios no se quiere el silencio, porque el silencio siempre trae consigo a los muertos que no se quieren recordar.

Un día un amigo, quizá el joven más brillante de nuestra generación, fue impactado por una bala que le atravesó el pecho. "Se salvó de

milagro". ¿Pasaba por ahí y le tocó una balacera? ¿O andaba con malas compañías?

Morir o sobrevivir para contarlo. No más.

Capítulo 1
Inicios del siglo XX

"En el Tablazo todo eran mangas, había pocas casas alejadas entre sí y solo había dos calles"[1] A inicios del siglo XX, El Tablazo, era un caserío no muy poblado, de una vida apacible, cuyas quince casas[2] se fueron construyendo, a medida que sus habitantes fueron adquiriendo unos lotes que antaño pertenecían a dos o tres grandes fincas. El sector no tendría un crecimiento acelerado. En la "Historia de Itagüí" de Gabriel Mauricio Hoyos A. y Ángela María Molina A. podemos constatarlo:

"Itagüí un pequeño poblado "que carece de importancia", tal como los anotará Jean Peyrat en 1916, en su "Guía de Medellín y sus alrededores", permanece suspendido a los ojos extraños en una quietud entre lo conventual y el hastío. Aun personas que han vivido y viven en Itagüí, se refieren al Municipio en las primeras cuatro o cinco décadas de este siglo, como un lugar lento, quedo, inmóvil, comparado con el desarrollo de Medellín, Envigado, Caldas o el mismo Bello. El crecimiento demográfico se mantenía rezagado […] Los viejos acuñan frases como: "no, aquí no pasaba nada, no había nada", "esto era muy pobre y atrasado", "esto no

1 El autor realizó entrevistas a los siguientes vecinos del barrio El Tablazo, entre abril y mayo de 2026. En orden alfabético:
Álvarez Álvarez, Jesús Gabriel
Bedoya Jaramillo, León Enrique.
Fernández Espinosa, Marta Lucía.
Muñoz Cadavid, Miriam del Socorro.
Pabón Toro, Arcángel.
Restrepo Munera, Libardo de Jesús.
Sánchez Hernández, Hugo Alonso.
Villa Berrío, Álvaro de Jesús.

2 "En el Tablazo existían unas quince casas y sus familias eran Álvarez, Londoños, Berríos, López, Agudelo, Ángel, Jaramillo, Bustamante, Quiroz, Estrada y Gómez". (Agudelo Ángel, Juan Clímaco, *Semblanzas de mi pueblo*, 2024)

era sino una calle" para iniciar el relato de sus experiencias vitales, su vida diaria, sus juegos, sus risas, sus llantos, su trabajo, sus sentidos de pertenencia, sus formas de evadir la sanción, en fin, el relato de sus historias personales, cuyas omisiones también hablan"[3].

Varias fuentes indican que los habitantes del Tablazo provenían del suroeste antioqueño, y por supuesto, de poblados vecinos como El Pedregal o del "Rincón de los Santos" también conocido como el "Rincón de las Brujas".[4] De hecho, Arturo Alberto Espinosa Ruiz, en un artículo advierte que El Tablazo perteneció anteriormente al Rincón.

"Para el año de 1743 se edificó la primera capilla del sitio de Itagüí ubicada en el paraje del Tablazo, construida en la hacienda de campo de don José de Saldarriaga, y fue consagrada a Nuestra Señora del Rosario. […] Con la creación de la Parroquia de Itagüí en 1831, los ornamentos de la vieja capilla del Tablazo pasaron a la nueva, que se edificó en el mismo sitio que ocupa el actual templo de Nuestra Señora del Rosario. El viejo sitio del Tablazo que a comienzos del siglo XIX perteneció al Partido de Rincón Santo y en las primeras décadas del XX empezó hacer parte del nuevo barrio del Rosario. A principios del siglo XX empieza a consolidarse lo que sería el futuro barrio de "El Tablazo""[5].

Al comenzar el siglo XX "nada extraordinario ocurría en el Tablazo". En su memoria, los habitantes más viejos solo recuerdan que allí se fundó la primera capilla de Itagüí, y nadie sabe ya, que dos siglos atrás, en el año 1841, en la guerra civil que se denominó la de los Supremos, en la "Cuchilla de El Tablazo" hubo un combate entre 800 a 1000 hombres. "Algunas de las señoras de la época recitaban la siguiente estrofa: "De qué le sirvió a Borrero el cañón de artillería, si no lo pudo pasar del puente de Doña María"[6].

El siglo XX transcurría impasible en la loma del Tablazo. Gabriel Hoyos y Ángela Molina, nos siguen relatando:

---

3 Gabriel Mauricio Hoyos A. y Ángela María Molina A, *Historia de Itagüí.* https://repositorio.bibliodem.org/items/13d6ce70-7543-4716-937a-b6508890aee9

4 Marta Lucía Fernández Espinosa, *Un «rinconcito» al sur del Aburrá".* https://revistacronopio.com/sociedad-cronopio-223/

5 Arturo Alberto Espinosa Ruiz, *El Tablazo*, Comunicación personal.

6 Gabriel Mauricio Hoyos A. y Ángela María Molina A, *Historia de Itagüí.* https://repositorio.bibliodem.org/items/13d6ce70-7543-4716-937a-b6508890aee9

"Itagüí a principios de este siglo presentaba un aspecto muy rural, no muy lejano al de los primeros siglos de su formación. Aún era el lugar preferido por los "ricos" de Medellín para tener sus fincas con algo de sembrados y ganados (así la Guerra de los Mil Días hubiera desvalorizado en mucho las tierras), la mayor parte de sus terrenos estaban sembrados de espesos cañaduzales de donde decían "salía del diablo", de plataneras y sembrados de yuca y frijoles. Una que otra casa salpicaban el paisaje y sólo en torno a la plaza, o en el barrio más antiguo (El Rincón Santo), se conjugaban algunas casas de habitación. La mayor parte de los edificios o casas de principios de siglo estaban construidos de tapia o ladrillos y tejas de Guayabal"[7]. Las fincas en el Tablazo fueron, poco a poco, loteándose, y se fueron construyendo estas casas de tapia.

En el año 2024 se publicó póstumamente, el libro: "*Semblanzas de mi pueblo. Itagüí, años de 1910 al 2000"* del líder oriundo del Tablazo, exconcejal de Itagüí, militante del liberalismo en el municipio, Juan Clímaco Agudelo Ángel (1910-2004); allí dejó este testimonio:

"Este era el conglomerado social del barrio El Tablazo, quienes vivían como una sola familia, allí, nunca se presentó un incidente, todos se ayudaban en sus problemas y las casas permanecían abiertas durante el día y muchas veces hasta en la noche, las costumbres de las gentes eran tan sanas que a veces llegaban hasta al fanatismo. […] El Tablazo, era un barrio pobre, humilde, pero de gente honrada, nunca se llegó a presentar un incidente, sólo dos vecinos borrachines se hacían sentir los domingos cuando regresaban de misa y de comprar el mercado y gritaban ¡Viva el partido Liberal! pero sin ofender a nadie"[8].

Los vecinos fundaron lazos de amistad. Celebraban con gran pasión las navidades, había cierta hermandad, eran muy festivos en general, después no faltaron las riñas ocasionadas por el exceso de licor, y porque "esas gentes del Suroeste que llegaron al Tablazo venían ya con esa cosa de la violencia"[9].

---

7 Ibid.

8 Juan Clímaco Agudelo Ángel, "*Semblanzas de mi pueblo. Itagüí, años de 1910 al 2000*", Cámara de Comercio Aburrá Sur, 2024.

9 Entrevistas con el autor.

Capítulo 2
Trabajos y oficios en el Tablazo

A principios del siglo XX los habitantes del Tablazo no eran ricos, pero tampoco vivían en la miseria, la mayoría de los hombres encontraron trabajo fácilmente en Curtimbres, Satexco o la Cervecería y otros seguían en sus actividades rurales, puesto que no existía una agricultura desarrollada; unicamente se sembraban algunos alimentos para su propio consumo o para un incipiente comercio local: maíz, plátanos, yuca, frijoles; y las gentes le vendían a la cervecería las "chuspas" para empacar las cervezas. Eran "envolturas en forma de embudo hechas con las hojas del cogollo de la caña dulce o con guasca de plátano y que protegían las botellas enviadas a otros pueblos. Los lunes eso era hermoso... ver subir el gentío.... por aquí era mucha gente (montaban las chuspas) como racimos en unos palos enormes, se los trepaban en la cabeza y hasta la Cervecería... desde Guayabal, El Rincón, El Tablazo, de todas partes..."[10]

Otros vecinos tenían sus animales, gallinas y vacas lecheras. Dicen los más viejos en el Tablazo: "Por más pobres que fuéramos cada uno tenía su pedazo de tierra".

Marta Fernández plantea una idea fundamental:

"Lo que ha caracterizado a Itagüí no es tanto su condición de ciudad industrial poblada de obreros, sino sus condiciones de carencia, precariedad y acomplejamiento, nacidas de los orígenes de su población, los encuentros entre sus habitantes y las difíciles condiciones materiales de vida, lo que la ha hecho inhibida para el ejercicio de la civilidad propia de la democracia"[11].

Es verdad que muchas personas encontraron trabajo en las principales empresas de Itagüí, pero no se puede decir que hubo en estos barrios una gran fuerza proletaria como tal. Con la migración creciente de mediados del siglo XX en Colombia, el Tablazo dejó de ser un caserío apacible para ser, finalmente, un barrio masificado donde la llamada industriali-

10 Gabriel Mauricio Hoyos A. y Ángela María Molina A, *Historia de Itagüí.*

11 Marta Lucía Fernández Espinosa, *Un «rinconcito» al sur del Aburrá"* https://revistacronopio.com/sociedad-cronopio-223/

zación de Itagüí no alcanzó a cubrir todas las necesidades materiales de sus habitantes y empezó a prevalecer la precariedad y la inequidad social.

"En 1927, Curtimbres Independencia comenzó labores y junto con la Cervecería se ofrecía como modelo industrial, mas no como fuente de trabajo. "Inicialmente la compañía procesaba entre 30 y 40 cueros diarios, destinados esencialmente para suelas de zapatos, empleando para ello a 10 trabajadores en el proceso de curtición vegetal […] La misma Cervecería ofrecía pocos empleos. […] A finales de los años 30, aparecen Satexco, luego Tejidunión. En 1943 Coltejer compra a Sedeco".[12] La mayoría de los habitantes del Tablazo, con cierta facilidad encontraron trabajos en estas empresas, y allí mismo se formaron, y muchos de ellos gozaron de una pensión. Tuvieron estabilidad laboral, pero no así, sus hijos y nietos, quienes empezarían a engrosar la fila de desempleados, y la población joven posterior, que se convertirían en los victimarios y las víctimas de la violencia.

Marta Fernández nos sigue aclarando:

"El proceso de industrialización en Itagüí no ha crecido al ritmo de las llegadas de inmigrantes, esto sumado a que la industria local no contrata preferentemente a itagüiseños, ha impedido a las gentes que cotidianamente llegan al municipio, ubicarse en empleos y acceder a una mejor calidad de vida. El estatus de ciudad industrial de que se ha enorgullecido Itagüí es en realidad un flagelo que viven los habitantes, que entorpece su calidad de vida, abaratan el costo de las propiedades de habitación y convierte a Itagüí en un mal vecino para el Aburrá Sur que por efecto de los vientos lleva sus inmundicias ambientales a los municipios colindantes"[13].

De todas maneras, sí es importante destacar que la empresa Curtimbres -antes de que el convulsionado siglo XX colombiano hiciera estragos - le dio muchos beneficios sociales al barrio el Tablazo, muchos hicieron su vida laboral allá y podían "tener el sustento" para el bienestar de sus familias. Aunque la empresa Curtimbres no estuvo exenta de las polémicas por sus afectaciones al medio ambiente, en el Tablazo, se le recuerda como la empresa que les "daba trabajo con mucha facilidad". Y les daba la posibilidad de tener los recursos para sus festividades. En el Tablazo se seguía cultivando su gusto por las fiestas.

12 Ibid.

13 Ibid.

"A diferencia de Medellín, Itagüí no tuvo una élite local que se preocupara por su desarrollo, por lo menos hasta la década de 1920, en la que se formaron algunas juntas de carácter privado, que pretendían hermosear las calles y frentes de las casas con sus recomendaciones. Antes fueron los alcaldes y concejales quienes intervinieron en el orden moral y material, elaboraron disposiciones de policía y planearon obras de interés público"[14] En El Tablazo se destacó un concejal del municipio: Arcángel Pabón Restrepo, un auténtico caudillo local, que merece un capítulo aparte y que quedó grabado en la memoria de los vecinos del Tablazo.

Capítulo 3
Arcángel Pabón Restrepo

Un hombre de tez morena con mucha afabilidad dejaba traslucir dos dientes de oro cada vez que sonreía. Era el concejal, Arcángel Pabón Restrepo (1925-2013), líder indiscutible del barrio el Tablazo y del municipio de Itagüí. Todos los vecinos mayores del Tablazo que fueron entrevistados para este proyecto coinciden en la gran admiración y el fuerte agradecimiento que le profesaban a don Arcángel: "siempre nos ayudó cuando lo necesitábamos". Terminó siendo el enlace entre el gobierno local y todos los vecinos de Tablazo. Obviamente cada vez que había elecciones, todos volvían a votar por él. Fue concejal del municipio de Itagüí desde 1970 hasta el 2002.

En el año 1968 don Arcángel y su extensa familia (15 hijos) se trasladaron del Pedregal al Tablazo. Él trabajaba como obrero en el galpón Guayabal de adobes y tenía una tienda de abarrotes. Allí se destacó como dirigente sindical, siempre se caracterizó por el interés de luchar por las causas comunitarias.

Proviniendo de una familia conservadora, cuando surgió la ANAPO, se entusiasmó con este proyecto político y se lanzó como candidato al Concejo de Itagüí. Fuera del Tablazo ya era conocido como un dirigente destacado que ayudaba en otros procesos barriales y comunitarios. Aunque siempre se mantuvo en una línea de pensamiento conservador, su accionar político siempre fue enfocado hacia el servicio comunitario, empezando por sus vecinos del Tablazo. Aun con esta conciencia social siempre estuvo distante de los movimientos de izquierda que se dieron

14 Ibid.

en el municipio. El Tablazo en términos generales, respecto de filiación política, aproximadamente se mantuvo así: el 70% de la población era conservadora y un 30% de la población eran liberales.

Muchos fueron los procesos que acompañó Arcángel Pabón, era un líder natural que, sin contar con estudios, tenía la intuición campesina, la malicia propia de los luchadores populares y una voluntad férrea para sacar adelante los proyectos que necesitaba la comunidad. Entre los proyectos más destacados que recuerda la comunidad del Tablazo, donde Arcángel tuvo siempre un protagonismo, se recuerda especialmente el acueducto, la energía eléctrica, la escuela y proyecto de comodato para el SENA de Calatrava. En especial, todo el municipio de Itagüí recuerda las fuertes luchas con varios movimientos cívicos para lograr la instalación del acueducto. Y cuando éste se logró en los años 1975 y 1976… la lucha que hizo, Arcangel Pabón, para que el agua subiera también al Tablazo, se hizo famosa su frase, cuando los técnicos le manifestaran la dificultad para subir el agua al Tablazo y él les contestaba: "Ingeniero: todo lo que baja tiene que subir"

Antes habíamos mencionado, cómo, en estos barrios, eran los concejales los que planeaban y ayudaban a ejecutar las obras de interés público; un ejemplo de esto y que es importante destacar, es la construcción de la calle 56 en el Tablazo, más conocida como la loma del Tablazo, que comunica al barrio con la centralidad, pasando por las Acacias y arriba de la loma conectando al Tablazo con Calatrava y el Rosario. Antes de esta calle, el Tablazo durante mucho tiempo estaba muy aislado, dado que su única conexión con el municipio era el único y antiguo puente sobre la quebrada doña María. Don Arcángel Pabón con la visión que lo caracterizaba convenció a la familia Berrío para que donara una parte de su predio para construir esta calle que le posibilitaría una gran vía de comunicación al barrio. Los dueños del lote aceptaron e incluso ayudaron a conseguir la maquinaria y procedieron a "abrir monte y a trazar la calle". Las autoridades locales al enterarse del inicio de la obra subieron a reclamarle a don Arcángel el abuso por tomarse atribuciones que no le correspondía y fueron decididos a parar la obra, él les argumentó, las justas razones, y que estaban trabajando con el consentimiento del propietario de unos predios privados. Aun así, siguió el alegato y un nuevo obstáculo apareció, se iba a afectar un tubo de agua de la empresa Coltejer. Afortunadamente cuando la empresa intervino, por el contrario, ayudó a la construcción de una caja que protegiera ese conducto. En fin, que la calle de la loma se construyó y se convirtió en la principal vía del sector. En esta ocasión

prevaleció la visión de un concejal para el desarrollo del barrio y no la torpeza de algunos legalistas, técnicos que querían impedir la aparición de la loma del Tablazo.

Don Arcángel seguía sonriendo con sus dientes de oro, varios vecinos, en broma y con afecto le decían que, "cuando él se muriera lo iban a desenterrar para sacarle los dientes". Su hijo me contó que, ya en edad avanzada le hicieron un procedimiento dental y le extrajeron sus dientes de oro. Ningún vecino pudo ir a por los dientes de don Arcángel Pabón.

Capítulo 4
Entre las balas y el ruido

Ni "¡bang!, ¡pum!, ¡pam!" ni "Rat-tat-tat!, ¡tra-tra-tra!, ¡trrrr" nada sirve para recrear con la escritura el estruendo de las balaceras que asustaron y que estremecían cada tanto a los habitantes del Tablazo en las décadas de 1980 y 1990 del pasado siglo XX. En cualquier momento, día o noche, sonaban los disparos, las personas comenzaban a correr, un halo de terror invadía por segundos y minutos a los habitantes de este barrio El Tablazo que junto con el Rincón fueron considerados los barrios más peligrosos de Itagüí. Se volvió costumbre la respuesta de los taxistas "por allá no voy". Después del pánico y las correrías aparecían los muertos. Casi siempre eran los jóvenes. Víctimas y victimarios.

En la historia ya menciona: *"Un «rinconcito» al sur del Aburrá"* Marta Fernández nos explicó este fenómeno de la violencia que azotó con gran intensidad al barrio El Tablazo. Veamos:

"Sobre Itagüí vendrían nuevas oleadas de emigrantes, desplazados por la denominada «violencia» vivida en Colombia a partir del asesinato de Gaitán un 9 de abril de 1948; estos arribos masivos de pobladores que no llegan a satisfacer las demandas del desarrollo industrial, sino a cobijarse en la ciudad, con mano de obra no calificada y con urgentes necesidades de resolver sus necesidades vitales inmediatas, se acomodarán por su cuenta y riesgo en este municipio sin contar con posibilidades laborales.

[..] Itagüí: Escenario del narcotráfico desde 1976, permitió a los itagüiseños «emprendedores del negocio de las drogas» de la década de los setenta, encontrar «trabajadores» para los diversos oficios de instalación

del mercado. Jóvenes de clase media se integraron al narcotráfico empezando por el oficio de asesino o sicario al servicio de Pablo Escobar. «Las familias» que se iban organizando en esta nueva estructura que va imponiendo el narcotráfico en Antioquia regida por códigos de honor, tuvo su clan en Itagüí, y desde allí se irían a facilitar los ingresos de nuevos integrantes. Desde el principio contó con aspirantes entre las gentes más humildes, ya que se había generado entre ellas el espejismo de la riqueza fácil, allí donde sólo se les había ofrecido pobreza y falta de oportunidades civiles y laborales. La década de los ochenta es aún recordada por las muertes violentas de su población más joven; las que hacen historia en la primera década del siglo XXI viven una situación aún más cruenta debido a que durante estos treinta años, paralelo al narcotráfico, se ha desarrollado el paramilitarismo.

[…] En Itagüí, sicariato, paramilitarismo y narcotráfico han sido tres ocupaciones diferentes dentro del mismo negocio de las drogas. Que el paramilitarismo se concentre de tal manera en sus comunas no hace más que demostrar que los paramilitares habían olvidado desde el principio el móvil que las generara como grupo contra guerrillero, dado que el municipio no se destaca por la presencia de grupos guerrilleros. Lo que resulta ser el móvil de estas agrupaciones no es más que el negocio de las drogas y la oportunidad de enriquecimiento que promete a sus integrantes. […] Una vez usados y autorizados para el asesinato, estas gentes que se hicieron generaciones al servicio de este oficio iban siendo ya un nuevo grupo económico que no debió haberse perdido de vista, uno que se había formado para el oficio de asesino y que no conocía de otra dinámica social que la de su adhesión al clan"[15].

Marta Fernández concluye acertadamente, que esta violencia en nuestros barrios reventó los lazos de la civilidad e impuso una nueva geopolítica, que pudo poner en jaque a las élites, pero en todo caso, no puso en peligro al capitalismo, y por ello el Estado fue cómplice de esta violencia. Los muertos los pusieron nuestros barrios, entre ellos, con una furia irracional y desatada, el barrio El Tablazo, puso una buena cantidad de muchachos muertos.

Johnatan Andrés Soto Aguirre en su artículo: "Narcoparamilitarismo, economía ilícita y orden social en el municipio de Itagüí" señala que:

15 Marta Lucía Fernández Espinosa, *Un «rinconcito» al sur del Aburrá"* https://revistacronopio.com/sociedad-cronopio-223/

"Desde la década de los años ochenta, Itagüí fue bastión del Cartel de Medellín. Los hermanos Mario y Fernando Galeano, cercanos a Pablo Escobar e integrantes del Cartel, dinamizaron el negocio del narcotráfico (principalmente cocaína) y constituyeron grupos de sicarios al servicio de tal organización en el municipio aprovechando la existencia de grupos armados, denominados "bandas", que ya estaban asentados en los barrios de Itagüí"[16]. Concluye este autor, los barrios de Itagüí se convirtieron en "las canteras del sicariato".

A diferencia de Envigado y la Estrella donde aparecieron los "lugartenientes" de Pablo Escobar, en Itagüí, se reclutaron los "gatilleros", en Itagüí, en el Tablazo aparecieron "escuelas de sicarios", duro término que está en la memoria de los vecinos del Tablazo. Marta Fernández sostiene que "nosotros en Itagüí al ser la clase más baja en esas nuevas "clases económicas" surgidas del narcotráfico, los de "ese rincón" – de ahí, su título "*Un «rinconcito» al sur del Aburrá"* (y podemos incluir al Tablazo), de esos arrinconados salieron los sicarios no los mafiosos grandes. Y tanto en el Rosario, (el Rincón) como en el Tablazo, aparecieron las bandas, y se desataron los enfrentamientos, y las mal llamadas "limpiezas sociales". Se desató el infierno y el Tablazo perdió la calma de sus abuelos fundadores. Las bandas Villalía, Calatrava, el Tablazo, entre otras... Enfrentadas entre sí, o con las bandas de los barrios vecinos, por el control territorial de la hegemonía del tráfico de drogas y del poder del paramilitarismo.

Concluye Johnatan Andrés Soto Aguirre en su estudio: "la instrumentalización de la violencia por parte de amplios sectores sociales, la participación de múltiples grupos etarios en los circuitos de producción y circulación de droga, la provisión de abundantes recursos a las precarias economías barriales, la generación de ingresos directos para un número considerable de familias, la administración compartida de la fuerza con agentes estatales y la continuidad en la toma de decisiones que no afecten la presencia estatal en los barrios, le permiten al narcoparamilitarismo establecer un orden social jerarquizado"[17]. Efectivamente el narcoparamilitarismo se arraigó en el barrio el Tablazo, y en ese orden social jerarquizado, pusimos la parte más baja de dicha jerarquía: los sicarios, los "matones" al mismo tiempo, también los muertos.

16 Johnatan Andrés Soto Aguirre, *Narcoparamilitarismo, economía ilícita y orden social en el municipio de Itagüí* https://revistas.udea.edu.co/index.php/boletin/article/view/25258
17 Ibid.

Vuelvo a decir:

"Si eres del Tablazo no se te ocurra pasar por El Rincón, porque eres hombre muerto. Si eres del Tablazo no pases por Las Acacias —otro barrio vecino—, porque eres hombre muerto". ¿Entonces por dónde llegar? ¡No ve que El Tablazo queda en medio de los dos!

El ruido de las balaceras, pero también el ruido de las fiestas, en El Tablazo convivieron las muertes y las fiestas, las parrandas que no podían faltar. Se bailaba y se bebía, pero siembre había que estar alerta: pilas, por si hay que correr", tras las cumbias, la salsa y los vallenatos, alguna balacera más.

Capítulo 5
Entre la esperanza y el ruido

Hay cuadras en el barrio el Tablazo o callejones donde –y no es una exageración ni una figura literaria- nunca hay silencio. No tiene que ser un fin de semana, en semana, día y noche, todos los días de la semana, de todos los meses, de todos los años, siempre hay una, dos o tres casas a la vez, en la misma cuadra, donde siempre y con la mayor capacidad de volumen, los más modernos y potentes equipos de sonido, la música "a todo poder". Son fiestas interminables que duran veinticuatro horas y continúan al día siguiente.

Cabe señalar que hoy la violencia ha disminuido, aunque pervive el microtráfico y la presencia de bandas que aún tienen presencia en los territorios (aunque de formas más veladas), ya no se padece la violencia que padecimos en las décadas de los 80 y 90 del pasado siglo XX. Uno de los vecinos que entrevistamos, sostiene que lo que salvó al Tablazo fue la buena unión familiar y la hermandad entre los vecinos. "En el Tablazo sabemos cuáles son las familias y nos hemos mantenido unidos".

Centenares de familias hacen vida en el Tablazo y no han perdido la esperanza. Poco a poco, el barrio ha recuperado largos períodos de paz, (aunque por sus calles sigan pasando las bandas y su quehacer criminal).

De lo que no se ha librado el barrio El Tablazo es del ruido. Esa condición festiva que siempre tuvo el barrio, permanece, y ya ha traspasado

todos los límites del ruido. Y no hay autoridad local, ni la policía, ni autorregulación comunitaria al respecto. Y creo que la propia comunidad, no quiere librarse del ruido.

Vuelvo a decir:

Hoy se me ocurre que en nuestros barrios no se quiere el silencio, porque el silencio siempre trae consigo a los muertos que no se quieren recordar.

Registro fotográfico

Colección personal del autor de fotos antiguas en el Tablazo y fotografía de una pintura propiedad de Arcángel Pabón Toro.



Archivo de la Fundación Cultural El Hormiguero



Archivo de la Fundación Cultural El Hormiguero

Color de Hormiga: memoria colectiva y arte urbano en el corregimiento El Manzanillo

Por *Juliana Tirado Castaño, Vanessa Forero Ramírez, Katherin Domínguez Zapata, Gabriela Bedoya Rivillas y María Andrea Pineda López*

Un morro que le falta poco para ser volcán

Doña Inés Herminia Pulgarín lleva 60 años viviendo en la vereda El Progreso, Itagüí. Toda una vida mirando la misma montaña desde su balcón, caminando los mismos caminos, conociendo este territorio en todos sus estados. Cuando le preguntan, ¿Cómo describiría el corregimiento a alguien que nunca lo ha visto? Ella dice: *"Ese morro es un morro histórico y que le falta muy poquito para ser un volcán, tiene pinta de volcán. Y si sube hasta allá el pico a divisar de allá, muy bonito todo"*, entre sonrisas que mezclan orgullo y travesura, como quien guarda un secreto sobre la tierra donde vive. Y tiene razón en guardarlo, porque el Pico El Manzanillo es una reserva natural y un corredor biodiverso que alberga especies que han habitado esta montaña mucho antes de que llegara la primera casa, el primer cable de luz y el primer medio de transporte. Recordar es un ejercicio lleno de emociones, por ejemplo, Doña Herminia recuerda el gallinazo como el ave más común de su infancia, hoy aparece pintado en el mural de su propia casa junto a la silueta de El Pico. También el vecino Oscar Úsuga recuerda esos pericos de un azul-verde que no había vuelto a ver en años y que un día, sin avisar, reaparecieron cuando subía a caminar hacia la cima: *"Hoy tuve la fortuna de ver unos pericos tirando más bien a cotorras azules. Azul hermoso combinado con un verde"*. En esa frase, cabe la certeza

de que algo, despacio y en silencio, se está recuperando. “Recuperar” una palabra que pesa mucho en El Manzanillo, un territorio que ha tenido que recuperarse de varias cosas a lo largo de su historia, pero antes de hablar de pérdidas hay que hablar de orígenes, hay que pararse en ese tiempo en que todo el territorio era apenas una finca con caminos en piedra que subían hasta El Pedregal, unas casas regaditas entre la montaña, separadas entre sí por distancias que hoy costaría creer.

Desde su conformación a inicios del siglo XX, las veredas El Pedregal, El Progreso, Los Gómez y El Ajizal nacieron como territorios campesinos fundados por familias antioqueñas que llegaron a estas laderas con poco más que sus manos y su voluntad de quedarse, lo cual inició, con los recursos disponibles, la construcción de una comunidad entre todos y todas. En Los Gómez, por ejemplo, todo era campo antes de que llegaran las ladrilleras y las urbanizaciones. Había cafetales, sembrados de plátano, naranjas, mandarinas, guamas y frutas que los niños cogían directamente de los árboles. Adriana Urrego, quien ha vivido toda la vida en la vereda, recuerda cómo era esa convivencia abierta entre casas, patios y corredores: *“Recuerdo mucho las casas de los abuelos, eran casas grandes, con corredores amplios. Nosotros nos manteníamos pasando de una casa a otra. Ningún adulto nos echaba ni decía que estorbamos. Muchas veces uno ni siquiera pedía comida y aun así las señoras salían con arepitas redondas, mantequilla, aguapanela o chocolate.”*

Doña Hilda Altamirano, también lo narra desde una sencillez que da tranquilidad: *“La niñez de nosotros acá fue muy feliz. Jugábamos hasta tarde y nunca pasaba nada.”* Esa vida era posible porque el territorio tenía espacios públicos, tranquilidad, una naturaleza intacta y unas formas de convivir que no dependían de lo externo, cosas que al día de hoy se han ido perdiendo. Esa misma comunidad, que convivía estrechamente, tenía que arreglárselas sola frente a un Estado que tardaba en llegar o que simplemente no llegaba. Fabiola Agudelo Pabón lleva 62 años habitando la vereda El Pedregal y cuenta que *“Agua potable no había, era agua del barrio. Que cuando llovía venía empantanada; entonces a uno le tocaba recoger agua lluvia para uno bañarse y la hervía bien para cocinar. O la que venía empantanada tenía que ponerla a reposar, para que el pantano quedara en el fondo.”* La luz llegó primero de manera artesanal, de esa forma que en el corregimiento la llamaban “contrabando”; consistía en cables tendidos entre postes improvisados y conexiones entre casas, aquí la “ilegalidad” era necesaria para que los habitantes del corregimiento pudieran tener este servicio. El alcantarillado, por ejemplo, en

varios sectores sigue siendo una deuda pendiente hasta hoy. Don Jairo Correa Sepúlveda, de Los Gómez, lo dice sin rodeos: *"A quienes no tienen alcantarillado tampoco les instalan agua formalmente. Entonces muchas personas terminan haciendo conexiones irregulares porque obviamente no pueden vivir sin agua."*

Ese contexto tenía su propio ritmo y requería tiempo, paciencia y muchos pasos por dar. En este tiempo, las mujeres de El Pedregal, bajaban caminando hasta el casco urbano de Itagüí con canastas en la cabeza, canastas llenas de la producción de la semana, con eso sostenían sus hogares. Doña Herminia guarda esa imagen con una ternura que se le nota al hablar: *"Era muy bonito verlas bajar, todas las personas de la parte de arriba con sus ventas y sus canastas en la cabeza. No había carro, ellas bajaban con esas canastas grandes llenas de cosas para vender. Vendían naranjas, vendían tamales, vendían morcillas y todo lo que hacían y cosechaban, y con eso se sostenían."*

Los caminos de herradura eran las venas del territorio, transitados por personas y animales que cargaban lo que los hombros, las cabezas y las espaldas no podían. El camino no era solo el trayecto entre un punto y otro, sino que era también el espacio donde se encontraba a la vecina, se intercambiaba la noticia, se compartía la palabra, las alegrías y las preocupaciones. Con el tiempo, el medio de transporte del corregimiento fue evolucionando; las mulas y los caballos que subían y bajaban por los caminos de herradura fueron dando paso a algo nuevo: un "chivero" al que todos conocían por nombre propio y que Fabiola lo recuerda con claridad: *"El transporte era un chivero que se llamaba La Milonga, y lo manejaba Jaime; no había colectivos, no había más nada. Y los que tenían caballitos andaban los caballos. Subían al mercado y todo eso."* La Milonga, un nombre que quizá hoy puede sonar un poco lejano, pero que durante años fue el único medio que unía las veredas con el casco urbano, el único vehículo que conocía cada curva de esas trochas y que esperaba a los que llegaban tarde, porque sabía que no había otra opción. Después de La Milonga llegaron otros chiveros que, con el tiempo ocuparon su lugar y que hasta hoy, siguen siendo parte indispensable del paisaje cotidiano del corregimiento. Juan Jairo Galeano Molina, joven habitante del corregimiento, lo dice con el afecto de quien creció subiéndose a uno: *"Los chiveros como que han existido siempre. Es como el medio de transporte más barato para la gente, pero a la vez es ilegal e informal para lo institucional; pero la gente lo sigue reivindicando como su medio de transporte."*

Esa tensión ha sido una constante en El Manzanillo y, frente a ella, el corregimiento siempre ha respondido de la misma manera: juntándose. Hacia 1953 nació la primera Junta de Acción Comunal (JAC) en las veredas El Pedregal y El Progreso. Este espacio se convirtió en un motor para proveer aquello que el Estado no proporcionaba: convites, jornadas de trabajo colectivo, romerías para recoger fondos, entre otras cosas; a través de estas acciones comunitarias se construyó la carretera principal, se levantaron los colegios, se hizo el salón comunal y se fueron consiguiendo los servicios básicos. No fue rápido ni fácil. Magali Dávila Pabón, habitante y lideresa, recuerda el día que les mostró a los muchachos de El Hormiguero las actas viejas de esa primera Junta, los registros escritos que hoy miran las nuevas generaciones con asombro y admiración; y es que detrás de cada servicio que hoy existe en el corregimiento hay una historia semejante, una lucha, un junte, una gestión, una muestra de que por una negativa ante una necesidad fundamental se insistió incansablemente, hasta lograrlo. La JAC no era solo una instancia administrativa sino el lugar donde el territorio aprendía a gobernarse a sí mismo, donde cada quien aportaba desde lo que sabía y desde lo que podía.

¿Qué color, ritmo o forma tiene esta montaña?

Cada lugar tiene unas prácticas, rasgos puros que revelan su esencia. Expresiones culturales como la forma de celebrar, el lenguaje que se usa para dar una opinión, el ritmo para bailar, el estilo de música para festejar, no son rasgos que surgen al azar. Responden a las causas, eventos y contextos que las originan. El Pedregal es un ejemplo de ello. Durante las décadas de 1960 y 1970. El Pedregal se consolidó como un lugar de encuentro cultural, los grupos juveniles de música y danza y, particularmente, los convites (práctica ancestral de recolecta comunitaria) marcaron un camino de tierra fértil y un método de organización. Los convites para construir carreteras y resolver necesidades colectivas tejieron más que infraestructura, trazaron formas de movilización social y popular que nacían en las entrañas de la inconformidad colectiva. Un objetivo común nació entonces para lograr una vida digna.

La manera de proponer el encuentro consolidó un ambiente en la comunidad basado en las expresiones culturales, permitiendo una base sólida desde el arte. El apoyo mutuo entre vecinos y la visión de generar posibilidades a futuras generaciones se convirtieron en un principio fundamental de la comunidad. El Pedregal es donde este proceso se ve reflejado.

Un ritmo parrandero acompaña al territorio. Música que desciende desde la montaña, bailes que invitan a la interacción, una producción cultural asentada, enterrada como una gran roca, el pensamiento crítico no fue exclusivo de los líderes y las lideresas, si no que logró permear el territorio y entrega como resultado, una construcción colectiva que permitió otras formas de estar, habitar y organizarse.

Las primeras generaciones musicales nacen desde un deseo profundo de diferentes familias locales como los Dávila, los Pabón y los Agudelo. El deseo de mantener los rituales de encuentro en los patios de sus casas entre la vibración de las cuerdas de guitarra, el tiple y la lira al son de la música campesina y parrandera; grupos musicales como el Conjunto Granada: Jesús Abel en la guitarra, Arturo Agudelo, líder comunitario, con la lira y Ricardo Agudelo con el tiple, no eran simples formas de entretenimiento, sino actos de resistencia cultural. Estos instrumentos fueron herramientas pedagógicas que permitieron el aprendizaje a través del encuentro, y el pensamiento crítico desde el sustrato de la expresión e interpretación.

Mientras en comunidad se enfrentaban carencias materiales, estas familias guardaban la memoria sonora de El Pedregal, que años después, pasaría de generación en generación como el lenguaje y el ritmo de la juntanza a través del arte, como la identidad del territorio.

Las romerías y los grupos de danza juveniles configuraron una estructura organizativa única en el territorio. No era una iniciativa aislada sino engranajes de un sistema donde la festividad permitía un encuentro entre lo lúdico y lo político, lo educativo con lo comunitario. Las romerías convocadas por las lideresas y los músicos de la vereda, funcionaban como escuelas al aire libre. Allí, mientras se recaudaban fondos para las carreteras, los jóvenes aprendían observando cómo se organizaba un evento, cómo se movilizaba la gente y cómo se hablaba en público. Los grupos de danza operaban como espacios de formación integral. El cuerpo se educaba en ritmo y sincronía, pero también en confianza y en valentía de ocupar el espacio público en reconocimiento del y con el otro. Estos grupos juveniles no tenían estructura vertical, sino horizontal, todos participaban en las decisiones, todos aportaban ideas, todos eran responsables del resultado. El arte, la danza, la música y la estructura organizativa se convirtieron en pedagogía práctica. Aprender a bailar era aprender del ritmo del otro, ensayar juntos era aprender a resolver conflictos.

El Pedregal desde los años 60 desarrolló una generación de jóvenes que comprenden que la transformación territorial no viene de decretos,

sino de encuentros colectivos labrados a pulso, no viene de orden territorial, sino de acuerdos tejidos en la práctica cotidiana del arte.

Unas décadas después el territorio se sacudió por la violencia, un momento que apagó la música para que el miedo entrara; se empezaron a instalar rejas en las entradas de los corredores y escaleras que unen las viviendas, la muerte llegó a hospedarse en el corregimiento, entre 2008 y 2011, años en que Itagüí registró la cifra más alta de homicidios. La montaña que alguna vez resonaba con parrandas y encuentros festivos se convirtió en geografía del terror. Las y los jóvenes estaban siendo perseguidos por grupos criminales, sin poder salir de sus casas a vivir. Las fronteras invisibles entre veredas se solidificaron y muchos de ellos se vieron en la obligación de refugiarse donde familiares de otros barrios. Las leñas de las ollas comunitarias se apagaron porque la violencia limitaba el encuentro entre vecinos, el sonido era estruendoso y de dolor.

Sin embargo, El Pedregal y El Progreso nunca olvidaron aquello que estaba en sus raíces y que se había tejido desde hacía décadas: la organización, la capacidad de convocar y juntarse, mejor dicho: la pedagogía del encuentro convertida en acción colectiva. El arte se abrió campo entre el miedo, una vez más esas formas ancestrales de juntanza como los convites que construían carreteras, los grupos musicales que congregaban y los espacios de danza que educaban el cuerpo, resurgieron encarnados en otra acción y creación comunitaria: La Fundación Cultural El Hormiguero (El Hormi), una reactivación de lo que el territorio ya sabía hacer: organizarse desde lo colectivo y transformar a través del arte. Sebastián Pabón, cofundador de El Hormi, lo menciona: *"El nacimiento mismo de El Hormi está anclado en ese bagaje comunitario. El barrio se construyó a partir de una pregunta comunitaria. El sentido fue recuperar prácticas que antes se hacían, que permitían crear comunidad, pero que fueron dañadas e interrumpidas por la violencia. No inventamos el agua tibia. Estábamos recuperando."*

Esta reactivación tiene raíces profundas en la educación popular, una pedagogía donde la escucha y el aprendizaje fluyen en doble vía, donde no hay expertos que bajan conocimiento, sino sujetos que aprenden mutuamente en la práctica colectiva. El Hormi no nació en una institución formal, ni en un centro cultural apoyado por el Estado. Nació en una pequeña casa vecinal de la vereda El Pedregal, una casa común y corriente de esas que abundan en la montaña que permitió soñar diferente. Esta vivienda se convirtió en un tercer lugar porque no era la escuela, no era la casa propia, era un espacio donde la juventud y la niñez podían explorar,

crear, debatir, equivocarse, aprender. En esa casa resonaban guitarras, se movían cuerpos, se tejían conversaciones donde no había verdades absolutas y nadie era el dueño del saber. Era precisamente lo opuesto a la lógica educativa tradicional: allí se aprendía porque se hacía, se enseñaba porque se compartía y se transformaba porque se experimentaba juntos.

Es entonces cuando se reconoce el nacimiento de un grupo de jóvenes que crecieron con el legado de las parrandas y los encuentros comunitarios, responsables de poner estas experiencias a disposición de la comunidad como un bien común. Los conocimientos que guardaban en sus manos, como las técnicas de guitarra heredadas de abuelos, los movimientos de danza aprendidos en fiestas y la sensibilidad artística forjada en convites se convirtió en semilla que germinaba en otros. Personas de la comunidad —vecinos, niños, niñas, adolescentes y jóvenes— que cruzaban la puerta de la Casa Hormi encontraban que el aprendizaje no era imposición, era invitación, no era calificación, era acompañamiento mutuo, porque la comunidad de El Pedregal había aprendido décadas atrás que la transformación sucede cuando las manos se tocan, cuando los saberes circulan, cuando las personas reconocen que siempre hay algo que enseñar y algo que aprender. El arte se convirtió entonces en el lenguaje por excelencia de las heridas donde la palabra se quebraba, donde el miedo paralizaba; donde la violencia había dejado cicatrices. La música, la danza, el color de un mural permitieron manifestar aquello que no se podía expresar. A través del arte, los jóvenes a quienes la violencia quiso devorar podían finalmente gritar, llorar, sentir, existir.

La cosa se puso color de hormiga

En los territorios periféricos las transformaciones no comienzan con grandes obras ni con decisiones institucionales, comienzan con acciones pequeñas que poco a poco modifican la manera en que las personas interactúan y se vinculan en el corregimiento El Manzanillo, la memoria empezó a aparecer de esa manera, primero como conversación, luego como pregunta y finalmente como una práctica colectiva. Durante muchos años, las heridas dejadas por la violencia se instalaron silenciosamente en la cotidianidad de las veredas. Algunos caminos dejaron de ser recorridos con tranquilidad, ciertos lugares comenzaron a ser ajenos, y el miedo transformó incluso las prácticas más simples como caminar de una vereda a otra, o permanecer en la calle conversando hasta tarde. Las fronteras no siempre estaban marcadas físicamente, son heridas que deja la violencia entre nosotros, y la relación con el entorno, esa es la forma de exteriori-

zar un dolor profundo y que nos hace poner una distancia abismal, el territorio las proyectaba en sus aires, el cuerpo las leía, las sentía, todo se convertía en una delgada línea entre sentir el miedo, propagarlo y el autocuidado.

En medio de ese contexto, desde El Hormi comenzaron a surgir búsquedas juveniles y culturales que intentaban recuperar el encuentro comunitario a través del arte. Aunque iniciativas como Acción Poética Itagüí ya venían generando reflexiones sobre la intervención del espacio público y el poder de la palabra en las calles, en El Manzanillo empezó a consolidarse una necesidad mucho más cercana al territorio: volver a habitar colectivamente aquellos espacios atravesados por el miedo y el silencio. Muchos de los jóvenes que hacían parte de la fundación crecieron viendo cómo las generaciones anteriores habían construido el corregimiento desde los convites, las romerías y las juntas comunales; y entendieron que, así como antes la comunidad se reunía para abrir caminos o levantar escuelas, también era posible reunirse para sanar simbólicamente sus lugares. Una de las primeras acciones que condensó ese espíritu ocurrió en las escalas que unen la vereda El Progreso con la vereda El Pedregal, las cuales, durante los años más difíciles de la violencia, se habían convertido en una frontera invisible, por lo que cruzarlas implicaba vulnerabilidad, desconfianza y silencio, el tránsito cotidiano de ese lugar había perdido su naturalidad. Entonces ocurrió algo profundamente simbólico, cuando un grupo de jóvenes junto a la comunidad de El Pedregal y El Progreso decidieron lavar las escalas y pintarlas colectivamente; para ese entonces no existía todavía la idea de realizar un festival, no había una metodología definida, ni una gran producción para llegar a la acción, había una intención clara: volver a habitar el espacio desde la confianza, transformando el miedo en presencia comunitaria. Aquella intervención no solo resignificó el caminar por ese lugar, también dio origen al nombre de lo que años después se consolidó como el Festival Color de Hormiga. Los relatos recopilados por el proceso de investigación recuerdan ese momento como uno de los puntos de partida más importantes del festival:

"Las escalas que conectan El Progreso con El Pedregal. En tiempos de violencia eran símbolo de peligro y muerte. Decidimos lavarlas y pintarlas. En esas escalas surgió el nombre del festival; pensamos en la frase 'la cosa se puso color de hormiga', que contiene una interpretación negativa, pero contiene la palabra color. Así que dijimos: podemos ser esas hormiguitas de colores." dice Daniel Bustamante Agudelo.

A partir de esa acción colectiva, la expresión popular "color de hormiga", asociada comúnmente a situaciones difíciles o problemáticas, empezó a resignificarse desde el territorio. A través del color se dejó de poner el miedo como una realidad predeterminada y comenzó a representarse la posibilidad de transformar colectivamente la geografía del miedo a través del arte, la memoria y el encuentro comunitario. Así, las "hormiguitas de colores" se convirtieron en una metáfora de quienes, desde pequeñas acciones comunitarias, comenzaron a reconstruir los vínculos del territorio; ese momento abrió preguntas más amplias: ¿Qué otras historias necesitaban ser contadas?, ¿Qué memorias seguían vivas?, ¿Qué recuerdos guardaban las calles, las montañas y las casas del corregimiento?

A partir de allí comenzaron las primeras intervenciones artísticas comunitarias. Los muros aparecieron inicialmente como excusas para reunir personas, y aunque no existía todavía una intención estética completamente definida, se tenía claro que lo importante era el encuentro. Pintar se convirtió en una forma de convocar a niños, niñas, jóvenes, personas adultas mayores y demás habitantes alrededor de una acción colectiva. Mientras unos pintaban, otros cocinaban, contaban historias, prestaban escaleras o compartían fotografías antiguas.

Poco a poco, esos primeros murales comenzaron a llenarse de elementos profundamente ligados a la memoria del territorio: los tejares, las montañas, los animales, los fundadores de las veredas, los globos, los caminos, las flores, los sembrados y las prácticas campesinas. La comunidad empezó a reconocerse en las imágenes que aparecían sobre las paredes. Adriana Urrego recuerda que muchas de las ideas nacían directamente de las conversaciones comunitarias: *"La gente quería que esa memoria quedara pintada"*. Los adultos mayores hablaban de los antiguos tejares, los niños proponían pájaros y colores, y entre todos comenzaba a construirse una narrativa colectiva sobre lo que había sido y seguía siendo el corregimiento.

Fabiola Agudelo lo resume desde una imagen sencilla pero poderosa cuando afirma que durante el festival ocurrían cosas que no pasaban el resto del año: *"se reúne la comunidad, se reúnen muchas personas, muchos jóvenes a colaborar."*

Así, entre escalas pintadas, encuentros para hacer memoria y murales comunitarios, comenzó a tomar forma una idea más amplia: convertir

aquellas acciones aisladas en una apuesta colectiva por narrar el territorio desde sus propias voces, desde el arte. Desde aquí, El Hormi entendió que no se trataba únicamente de pintar muros, sino de construir procesos donde la memoria, el arte y la comunidad pudieran encontrarse. Precisamente de esa necesidad nació la posibilidad de imaginar un festival de muralismo comunitario que recogiera todas esas búsquedas previas con el deseo de volver a caminar juntos y juntas, de reconocer a quienes construyeron el territorio y de transformar el espacio público en un lugar para la memoria, el encuentro y el disfrute.

¿Qué tal si hacemos un festival? ¡sí!

La experiencia acumulada de estas resistencias visuales y culturales, de esas fiestas que desafiaban el silencio impuesto, de esos talleres que salvan vidas del ciclo de violencia, llevó a la Fundación Cultural El Hormiguero a plantear una pregunta fundamental: ¿Y si pintáramos en los muros todo aquello que la comunidad ha resistido y construido?

En 2017 nació la primera versión del Festival Color de Hormiga bajo el nombre "Pintamos Memoria". Fue la respuesta orgánica de una comunidad que había aprendido a través de convites ancestrales, de parrandas y danzas, de romerías que tejían encuentro, de grupos juveniles y de las estrategias de fuga cultural, sobre el poder que tiene la transformación territorial cuando los saberes circulan, cuando las manos se juntan, cuando se cuenta la propia historia. "Pintamos Memoria" se convirtió así en la materialización visual de una lógica comunitaria, los muros del Pedregal y El Progreso fueron lienzo para narrar a los primeros pobladores, familias como los Dávila, los Pabón, los Estrada y los Restrepo, que llegaron con machete y sudor buscando progreso. Así se reconocieron en vida las acciones, el empuje y la fortaleza de los líderes y lideresas que dedicaron su vida al servicio comunitario, visibilizando las costumbres que resistieron, y toda la vida rural que crece entre raíces campesinas. El arte urbano, que se había convertido en herramienta de recuperación de espacios y sanación colectiva, ahora se desplegaba a mayor escala: los murales se convirtieron en memoria que transita diariamente, en historia que habita el territorio, en un elemento cotidiano, que se mezcla con las rutinas, los recorridos y el paisaje, en reconocimiento público de quiénes somos y de dónde venimos.

La política del muralismo no era decorativa: constituía un acto de justicia histórica y una transformación simbólica de la geografía del miedo en una geografía de la memoria y la esperanza.

Esta versión del festival se desarrolló en las veredas de El Pedregal y El Progreso con 33 acciones comunitarias que incluyeron 25 murales e intervenciones de pinturas en escaleras, un taller de arte para la comunidad y cuatro encuentros para hacer memoria. Estos "Encuentros para hacer memoria" como los denominó Sara Castañeda, la historiadora que estructuró la metodología de esta versión del festival, fueron espacios donde la escucha se convirtió en herramienta política. Sara caminaba por las casas del territorio, se preparaba con cada familia, recibía fotos, historias, relatos de los primeros pobladores. Como ella misma relata: "*Hicimos varios Encuentros que nombramos Encuentros para hacer memoria y fueron espacios muy bonitos, nos dimos cuenta que de esas conversaciones se lograba crear una buena relación con las personas del territorio, escuchar sus historias y generar un reconocimiento mutuo*". Esta metodología de la escucha no era decorativa, era la base política del festival. Se entiende la tradición oral como un saber popular que debe ser transmitido, un conocimiento que aquí permeó todas las narraciones.

Los murales que salieron de esos encuentros honraban a los primeros pobladores. Como lo narra Magali Dávila Pabón en su entrevista: *"Para otra gente es solamente una foto. Pero para mí eso tiene mucho significado. No solo es un reconocimiento a los líderes, sino también la muestra de la vena cultural"*. Fabiola Agudelo Pabón, al ver retratado a su tío Arturo Agudelo en un mural, expresa esa nostalgia afectiva propia del reconocimiento: *"Ya uno se acuerda de él. Pues me daba tristeza y a la vez me daba alegría. Como esa nostalgia"*.

Lo que caracterizó este primer festival fue la dificultad logística y a su vez, el peso político de la metodología. Daniel Bustamante relata: *"En el primer festival fue supremamente difícil pedir permisos. Tenía que mostrar referentes, convencer a los dueños de las casas"*. Sin embargo, la presencia de la historiadora Sara y la participación de gestores como Daniel, Sebastián Pabón, María Andrea y otros, permitieron que cada intervención fuera resultado de escucha genuina. Los 4 encuentros para hacer memoria fueron precisamente eso, actos de recuperación donde la comunidad se reconocía a sí misma en lo que decidía contar.

La comida fue elemento central y las ollas comunitarias tejieron el encuentro. Las señoras del comedor comunitario de El Pedregal se unie-

ron al festival en la preparación, aportaron ingredientes, convirtieron la cocina en un espacio de apropiación territorial. Como relata un gestor: *"La comida fue un aspecto crucial. La pregunta no es ¿Qué comer?, sino ¿Qué se come?, ¿Cómo se come?, ¿Quién cocina? Eso tiene una carga simbólica fuertísima".* En esos sancochos se tejía solidaridad, en esos encuentros alrededor de ollas se consolidaba la juntanza del territorio. Todo esto permitió un movimiento de masas y afectos importantes para lo que posteriormente se instalaría como un festival insignia de la fundación, el poder de convocatoria que tuvieron estas acciones mueve emociones profundas y genuinas, muchas personas terminaron involucradas directa e indirectamente, Sebastián cuenta cuál fue el impacto y cómo se lograba tejer comunidad: *"En el primer festival, el 70% de los voluntarios éramos del barrio o cerca. Pedregal, Progreso, Gómez, algunos de Calatrava, El Ajizal, del Rosario, del centro de Santa María. Hubo gente que llegó a ayudar, amigos o conocidos, parceros que se sumaban. Lo más potente para mí con los voluntarios fue ver que podían marchar, disfrutar de hacer cosas por la gente, por la comunidad. Recuerdo mucho un grupo de chicos y chicas de los Gómez. Varios estaban en mi taller de guitarra. Un día fuimos a los colegios a invitar al festival y estos pelados arrastraron a un combo grande de gente de su salón. Eran como 10, 12 pelaos. Eran montañeros, muy lindos. Media hora después estaban empeliculados, pintando, ayudando, parchando, riéndose. Podemos juntarnos, parchar, disfrutar haciendo cosas bonitas por la comunidad."*

El Festival Color de Hormiga en su primera versión tuvo una carga política profunda que trascendió la intención estética. Fueron estas primeras acciones las que abrieron paso a una particular forma de apropiarse del territorio, los muros del corregimiento comenzaron a revelar que todo lo que aquí se había labrado en términos de caminos, juntanza, prácticas y formas de vivir, estaba ligado a una memoria que merecía ser nombrada. Lo que se plasmó en esos murales iba más allá de una pretensión decorativa, fue un ejercicio de memoria colectiva orientado a entender el punto de partida, ese contexto que transversaliza un lugar y el que determina su naturaleza política.

Los murales visibilizaron las causas que hicieron de El Pedregal y El Progreso territorios donde el interior de las casas, callejones y escaleras respiran una juventud que se pregunta constantemente por su territorio, que actúa desde lo que conoce y que se cuestiona sobre quiénes y cómo habitan el espacio. El mural adquirió una naturaleza disruptiva, está a la vista de todos, permite el encuentro, activa conversaciones y genera cambios. No es objeto pasivo, es herramienta que dice en voz alta "¡Esta es

nuestra historia!". Esa comprensión creada en los encuentros para hacer memoria, consolidada en las ollas comunitarias y plasmada en 25 murales, creó las condiciones para que la segunda versión del Festival Color de Hormiga no fuera una repetición, sino una profundización. Los gestores y la comunidad habían aprendido una lección fundamental: la creación colectiva era el motor de una producción cultural con gran alcance.

Nace un vínculo

Después de la primera versión "Pintamos Memorias", el Festival Color de Hormiga comprendió que la historia del territorio no solo habitaba en los relatos de los fundadores, sino también en las formas en que las nuevas generaciones estaban viviendo y resignificando el corregimiento en el presente. La segunda versión del festival comenzó entonces a preguntarse por las juventudes, por sus lenguajes, sus búsquedas y sus maneras de habitar el territorio desde las expresiones artísticas. Esta nueva etapa del proceso amplió la mirada del festival y llevó las intervenciones hacia otros sectores del corregimiento, especialmente las veredas Los Gómez y El Ajizal, además de algunos espacios de Santa María. Allí el muralismo empezó a encontrarse con otras expresiones juveniles como el rap, el grafiti y lo audiovisual y las acciones populares. Por ello, que ya no se trataba únicamente de reconstruir la memoria de quienes habían fundado el territorio, se trataba de reconocer las identidades, tensiones y formas de creación de una generación que había crecido en medio de las transformaciones urbanas y las secuelas de la violencia. La segunda versión del festival, realizada en 2019 bajo el nombre de "Arte Urbano y Juventud", fortaleció además un componente fundamental dentro del festival: la formación artística. En ese camino empezó a consolidarse la Escuela Color de Hormiga, que posteriormente pasó a llamarse Escuela de Gráfica Popular Color de Hormiga, un espacio pensado para que los jóvenes del corregimiento pudieran acercarse al arte urbano gráfico.

Como nos contó Richard Correa Altamirano, habitante de la vereda Los Gómez, en entrevista: *"Después del segundo festival quedamos en el aire con Juglar. Seguíamos muy cercanos a El Hormi. En cierto punto estábamos haciendo cosas, pero no sabíamos si era para Juglar o para el hormi. Era un enredo, era confuso. Entonces nos invitaron del hormi a pertenecer directamente a la organización. Arzu y yo decidimos vincularnos formalmente. Dijimos: 'Estamos haciendo un montón de cosas para uno y para el otro, esto se ve enredado'. Así que nos propusimos montar una escuela. Al principio fue un taller de graffiti, pero nosotros quisimos no quedarnos con un taller*

cualquiera, sino plantear una escuela. La idea fue nuestra, de El Hormi, pero con esa intención de crear algo más estructurado. En la escuela empezamos a mirar no solo el graffiti, sino lo que es la gráfica en general. Caminamos el barrio, tomamos fotos de letras que encontrábamos, intentamos volver esas letras a la grafía. Por eso nos llamamos Escuela de Gráfica Popular. Era la idea de recoger del territorio, de la cotidianidad, la expresión gráfica que ya existe."

La escuela surgió como una extensión natural de todo lo que venía ocurriendo en el territorio, por lo que muchos jóvenes que antes llegaban a El Hormi únicamente a "parchar" o acompañar los procesos, empezaron a involucrarse en estos procesos de formación artística. En esta versión, el festival también se convirtió en una plataforma donde las juventudes comenzaron a narrarse a sí mismas. Uno de los elementos más significativos fue la creación de la canción "Pintar la Vida", una producción musical nacida desde el Taller de Rap de El Hormi, construida colectivamente por jóvenes del territorio. La canción condensa el espíritu "Hormi", su deseo de narrar el territorio desde otras posibilidades y de convertir el arte en una forma de permanecer.

Juan Jairo Galeano Molina recuerda que la canción comenzó a construirse en 2018, justo cuando empezaban los talleres de rap dentro de El Hormi:

"La canción de El Hormi, 'Pintar la Vida', se grabó para ese festi. La empezamos a construir en el 2018, que yo creo que ese año fue que se creó el taller de rap. Hicimos esa canción y el video lo grabamos en ese festi."

La segunda versión del festival también expandió el número de acciones comunitarias y procesos formativos. Se realizaron talleres de graffiti para jóvenes de Los Gómez, se dio inicio a los conversatorios de apertura del festival, y se intervinieron alrededor de 37 murales distribuidos entre Los Gómez, El Ajizal y Santa María. Quizá uno de los cambios más importantes de esta segunda versión fue la transformación de la relación entre la comunidad y el muralismo. Si en los primeros años todavía existía desconfianza frente a las intervenciones, ahora eran las mismas personas quienes empezaban a pedir que sus muros fueran pintados. El proceso había dejado de sentirse ajeno y comenzaba a asumirse como algo propio del territorio y las personas que lo habitaban. Ese cambio evidenciaba que el festival ya no era solamente un evento artístico, sino un proceso comunitario capaz de transformar la manera en que las personas se relacionaban con el espacio público y con su propia memoria territorial.

La cocina comunitaria también se consolidó como uno de los corazones del festival. Las ollas colectivas, los sancochos y las jornadas de alimentación compartida dejaron de ser únicamente un asunto logístico y comenzaron a convertirse en una estrategia de cuidado y encuentro; de este modo el festival continuó reproduciendo, desde el arte urbano, aquellas prácticas de convite y trabajo colectivo que históricamente lo han sostenido.

El territorio seguía preguntando, seguía transformándose, seguía necesitando mirarse a sí mismo desde nuevas perspectivas.

El arraigo de la niñez a esta tierra

Llegó la pandemia, una situación que produjo una interrupción en nuestros ritmos, tiempos y maneras de habitar el mundo. Después de dos versiones en 2017 y 2019 que habían consolidado el Festival Color de Hormiga como dispositivo de transformación social anclado en prácticas históricas, el territorio enfrentó el silencio forzado de las cuarentenas, el aislamiento que llevó a hacer una pausa de los encuentros comunitarios y de los talleres en la casa Hormi. Esta pausa no fue un fin, por el contrario, fue una gestación. Cuando fue posible volver a los espacios públicos, El Hormi y las veredas del corregimiento retomaron con una pregunta diferente, ¿Qué pasaba con la infancia? ¿Cómo imaginaban los niños y las niñas el territorio que habitaban? ¿De qué manera El Hormi podría poner foco en la niñez y brindarle ese lugar protagónico que le corresponde en la construcción de un mundo común?

El juego no es una actividad secundaria, es la actividad más significativa de los primeros años de vida (0-7 años) y el motor más potente que el ser humano conoce. A través del juego libre y espontáneo, la niñez se enfrenta por sí sola a lo complejo del mundo, recortando para sí mismos un trocito de realidad que permite explorar con curiosidad, algo que va en contra de las estructuras educativas tradicionales, rígidas y moldeadas; el juego en cambio permite que el niño sea investigador, inventor y explorador de su propio destino.

Wosnam, artista del segundo festival, reconoce esta potencia: *“Los niños se conectan con uno. Un mural, una intervención artística, genera un eco. Genera un eco en la comunidad.”*

Así nace en 2023 la tercera versión del Festival Color de Hormiga, bajo el nombre "Imaginarios de la Niñez en la Montaña". Esta versión reafirmó el carácter bienal del festival, no como evento puntual, sino como proceso continuo de lectura y narración del territorio desde la perspectiva de quienes lo habitan. Si el primer festival (2017) honró a los abuelos y las abuelas, a los primeros pobladores y sus luchas, el segundo (2019) visibilizó a los jóvenes y sus dinámicas actuales, reforzando las prácticas culturales mediante la cocina y la solidaridad, el tercero se preguntó, desde una óptica diferente: ¿Cuál es la voz de la infancia en la construcción del territorio?, ¿Cómo ven la montaña?

Para que el desarrollo de la niñez sea pleno es fundamental que crezca en ambientes que les garanticen autonomía. Crecer con autonomía implica libertad, recorrer su entorno y encontrarse con otros para decidir a qué y cómo jugar. Históricamente el espacio exterior, ya sea la calle, El Hormi o la montaña, es el mundo de los niños, un lugar lleno de secretos e historias. En El Pedregal y El Progreso, veredas donde se llevó a cabo el festival, se recuperó la perspectiva de nuestros niños, una urgencia en este corregimiento donde la violencia y las dinámicas de infraestructura habían limitado profundamente la libertad infantil durante décadas.

Se desarrollaron diecisiete acciones comunitarias entre ellas murales que tenían como protagonistas sonrisas y gestos infantiles, historias de sus juegos, paisajes y sobre todo, afecto por el lugar que habitan, las intervenciones en las escaleras que unen El Pedregal y El Progreso, los talleres de Graffiti Kids (creado por el artista Worm) y los juegos callejeros fueron las insignias que permitieron el encuentro intergeneracional en esta nueva versión. Durante esos días la montaña volvió a ser un espacio de juego, exploración y libertad. Celebrar la perspectiva infantil y su filosofía de vida transforma nuestro entorno, no solo protegemos a la niñez y les damos un espacio donde se vuelven los protagonistas, también garantizamos una sociedad más sensible, diversa y habitable para todos. Violeta Holguín, habitante del Progreso, enfatiza: *"Sí, más que todo la unión, porque cada que hay un festival siempre como que todos se unen para ayudar"*.

La metodología que se usó en esta tercera versión fue novedosa porque los gestores de El Hormi comprendieron que para acceder al imaginario infantil no bastaba con preguntar directamente, era necesario jugar, conversar, dibujar, crear un espacio donde ellos se sintieran seguros para expresar su verdad. A través de la intervención artística con los imaginarios infantiles, estos espacios fueron resignificados.

Hilda Altamirano, habitante de Los Gómez con 63 años, describe el cambio*: "Los muros antes eran tristes, llenos de hierba, húmedos y descuidados. Ahora uno pasa y ve esos murales llenos de color y siente que el lugar cambió completamente. Los murales le dan mucha vida al territorio."*

El equipo diseñó entrevistas semiestructuradas que utilizan el juego como metodología principal. En lugar de cuestionarios formales, los niños y las niñas participaron en dinámicas lúdicas donde contaban sus historias, dibujaban lo que veían o entendían de la montaña. Expresaban sus sueños, identificaban los elementos, colores y olores del territorio que consideraban importantes y plasmaban de diversas maneras su forma de habitar esta tierra con su curiosidad, asombro, pero, sobre todo, arraigo. Educar para la significación, educar para la expresión, educar para convivir y educar para apropiarse de la historia y la cultura requiere crear condiciones donde el aprendizaje fluya desde la experiencia vivencial, y no desde la imposición. Los talleres de arte previos al festival fueron cruciales: se realizaron talleres de graffiti dirigidos específicamente a niñas y niños en el megacolegio María Josefa Escobar de El Pedregal, donde educadores como Worm enseñaban técnicas básicas alrededor del graffiti. No era entrenamiento técnico, era invitación a creer que sus manos podían transformar el espacio, que sus ideas valían la alegría de ser plasmadas en grande, que su voz territorial merecía ocupar la pared pública.

A través de estos murales, los "Imaginarios de la Niñez en la Montaña" se vuelven visibles. Al "dejar espacios" para que los niños expresen su creatividad y fantasía, el festival les devolvió su derecho al presente y reconoció que una comunidad donde la infancia habita y juega libremente es, en definitiva, una comunidad sana, resiliente y con futuro.

Ecos en la montaña

Después de la versión enfocada en la niñez en la montaña, el Festival Color de Hormiga continuó ampliando las preguntas sobre el territorio y las formas de hacer memoria en el corregimiento El Manzanillo. Si en las versiones anteriores el festival había puesto la mirada sobre las memorias de la comunidad, las juventudes y las infancias, la cuarta versión propuso escuchar a la tierra y a las demás formas de vida que componen las dinámicas y la biodiversidad del corregimiento.

Así nació "Ecos de la Tierra", la cuarta versión del festival que buscó reconocer la relación entre las comunidades y el entorno natural que ha-

bitan. Las montañas, las quebradas, los caminos, las huertas y las especies que hacen parte de El Manzanillo, comenzaron a ocupar un lugar central dentro de las reflexiones y de las intervenciones artísticas del festival. Esta versión surgió en un momento en el que las transformaciones urbanas empezaban a sentirse con más fuerza dentro del territorio y la reducción de zonas verdes, las afectaciones ambientales y los cambios en las dinámicas de la montaña, comenzaron a generar preguntas sobre la manera en que la comunidad se relaciona con la naturaleza.

Frente a esto, el festival entendió que hablar de memoria también implicaba reconocer aquello que estaba desapareciendo para reflexionar sobre las formas de cuidado del entorno. A partir de allí, los murales comenzaron a llenarse de aves, árboles, flores y animales, las conversaciones con los habitantes del territorio permitieron recuperar y conocer relatos sobre las quebradas limpias, los antiguos caminos y las jornadas de cultivo que durante años hicieron parte de la cotidianidad del corregimiento. Muchas de estas historias empezaron a dialogar con las preocupaciones actuales de niños, niñas y jóvenes, quienes también participaron en talleres y recorridos enfocados en reconocer el territorio y pensar su futuro ambiental.

Laura Restrepo, artista muralista de El Pedregal, describe el proceso metodológico de esta versión y de su proceso en la vereda El Ajizal: *"Fue un encuentro más cercano con las personas, con los niños del espacio. Fue muy, muy, muy bello. Como que ellos sin entender mucho ya sabían de qué se estaba haciendo el mural. Lo sentían como propio, como que lo entendían."*

El diálogo con la comunidad permitió recuperar relatos olvidados sobre el territorio mismo. *"Ahora sí el tener el primer contacto con Sandra. Tuvo un diálogo con ella, ella se prestó, me mostró libros, me mostró fotos. Me mostró la historia del territorio."*

Estas conversaciones abrieron capas de memoria territorial que abarcaban desde lo ambiental hasta lo social. Laura continúa: *"Ese primer encuentro hizo que yo investigara desde la imagen, desde lo que es el territorio. Visite el territorio antes, como que miramos el espacio."*

En "Ecos de la Tierra", el festival continuó funcionando como una herramienta de encuentro comunitario, pero también como una forma de sensibilización frente al cuidado del entorno, es por esto que metodológicamente se dio una guía para que cada mural incorporara en el muro pigmentos naturales extraídos del mismo territorio; lo que permitió evi-

denciar la importancia de construir procesos artísticos que dialogaron de manera armónica con el territorio, entendiendo que cuidar la tierra también hace parte de la construcción y permanencia de la memoria colectiva en el corregimiento.

Laura Restrepo describe la experiencia de trabajar con los materiales del territorio: *"La paleta de colores que elegí también fue como muy desde la tierra. Muy desde el color rojo. Que quizás ha desangrado muchas cosas. No solamente en el beneficio. Sino en el Ajizal."*

El rojo, en su propuesta, no era un color decorativo. Era un color que llevaba memoria, violencia y vulnerabilidad. *"Entonces que ese color significara también eso. Todo el tema violento que hay. Detrás de un territorio."*

Laura enfatiza una verdad fundamental sobre la materialidad artística*: "El muralismo también está el rojo. El ocre. Dolores que remueven."*

Las intervenciones y acciones del festival estuvieron permeadas de talleres que permitieron el encuentro y reconocimiento de las especies que habitan con nosotros el territorio, la creación de dos huertas comunitarias permitió que a través de la siembra entendiéramos todo lo que la tierra nos da a diario. Entonces planteábamos la pregunta en sentido contrario: ¿Nosotros qué le damos a la tierra?

Kiki Herrera, artista muralista nos cuenta su percepción del festival: *"Muchas veces los muralistas hablan de inconsciencia ambiental, de una postura política frente a empresas o productos que contaminan el medioambiente. Y como que uno pinta sobre eso, pero no está pintando con la luz de la resistencia a eso. Porque de alguna manera también estás afectando el medioambiente, no solo con los aerosoles sino también de repente con el vinilo, porque el vinilo también es un derivado del petróleo."*

Sin embargo, Kiki reconoce el valor de la propuesta del festival: *"El hecho de que nos dieron la oportunidad de impregnarnos de pigmentos naturales que tienen tanta fuerza y que se pueden hacer de una forma mucho más sustentable y consciente. Pues obviamente abre un panorama enorme de posibilidades frente a cómo abordar la coherencia en la pintura no solo del mensaje sino también de los materiales que se usan para proponer un mural."*

Concluye con una visión que trasciende el momento: *"Entonces me parece un componente súper importante y creo que a muchos nos quedan sembradas las ganas de seguir replicando esta experiencia en otros lugares."*

"Ecos de la Tierra" cierra un ciclo de cuatro versiones del Festival Color de Hormiga, 4 versiones que han sido un aprendizaje importante para entender el corregimiento, entender a quienes construyeron las posibilidades de vida que se han pasado de generación en generación, recorriendo estas calles para generar un diálogo con el otro, ponerse un punto de encuentro en algún mural, preguntarse por esos rostros y colores que permiten a la luz de todo el mundo narrar historias propias. 4 versiones que confirman que la forma de transformar el territorio siempre ha sido juntarse y crear. Esa misma estructura organizativa que construyó carreteras en convite, que reunió cuerpos en la danza y voces en la música, fue la que levantó cada edición del festival, la que sostuvo el proceso cuando el miedo quiso ocupar los espacios públicos, la que demostró que el arte no llega a los territorios a enseñarles algo nuevo, sino a nombrar lo que ellos ya saben hacer. La Fundación Cultural El Hormiguero no inventó una comunidad organizada; encontró una que llevaba décadas construyéndose, y con ella confirmó que la movilización más duradera nace de los encuentros.

El Festival Color de Hormiga se ha convertido en un dispositivo vivo de transformación territorial anclado en la pedagogía popular y la memoria colectiva. Cada versión ha profundizado en un enfoque diferente: honrar a los abuelos y abuelas fundadores, visibilizar las juventudes y sus expresiones artísticas, reconocer los imaginarios de la niñez, y escuchar la voz de la tierra y sus especies. El festival ha generado con autogestión más de 115 intervenciones artísticas comunitarias, ha formado a jóvenes en técnicas de muralismo y graffiti desde una óptica comunitaria, ha consolidado ollas colectivas que tejen solidaridad, y ha posicionado al corregimiento El Manzanillo como un referente de transformación cultural en el municipio y el Área Metropolitana. Todo esto ha sido posible gracias a una metodología que prioriza la escucha genuina, la tradición oral, la participación horizontal y la construcción de memoria desde las voces de quienes habitan estos lugares. El Hormi, conformado por gestores culturales, artistas y educadores populares, ha tejido estos procesos desde la convicción de que el arte es herramienta de recuperación, reconciliación y autonomía territorial.

Hacia la quinta versión, el Festival Color de Hormiga elige mirar desde la perspectiva de las mujeres líderes del corregimiento y sus historias de resistencia, construcción y cuidado territorial. Desde el grupo de mujeres que hoy conforman la organización, se reconoce que la memoria narrada en las versiones anteriores, ha sido tejida por manos femeninas muchas veces invisibilizadas, las mujeres que bajaban con canastas en la cabeza para sostener sus hogares, las que organizaban las romerías y

encuentros comunitarios, las que guardaban la comida para los convites, las que enfrentaron la violencia protegiendo a sus hijos e hijas, las que sembraron en las huertas, las que limpiaron escaleras, las que contaron historias alrededor de las ollas.

Esta quinta versión, que se realizará en 2027, se proyecta hacia las veredas que aún no han sido alcanzadas por estas acciones: Loma de los Zuleta y Calatrava, volveremos a veredas como Los Gómez y El Pedregal. La pregunta central es: ***¿Cómo narran las mujeres su relación con la tierra, la comunidad y con el corregimiento?*** Los liderazgos femeninos, sus saberes ancestrales, la agricultura, la organización comunitaria y la resistencia cultural serán protagonistas en murales, círculos de mujeres y talleres formativos que reafirman que las transformaciones territoriales no tienen género. Este acto de celebración de los liderazgos femeninos es también un acto de justicia histórica hacia el rol de todas las mujeres que han hecho parte de este proceso, reafirmando, desde El Hormi, la visión de que el arte es el lenguaje transformador, donde la memoria se convierte en presencia, donde todas las voces ocupan el espacio público y la historia, y donde la palabra permite conversar para crear desde la diversidad.

El propósito de esta propuesta fue reconocer y documentar la memoria colectiva del corregimiento El Manzanillo a partir de los relatos y las experiencias comunitarias e individuales que se han dado en las diferentes versiones del festival, con el fin de entender estos procesos culturales como parte fundamental de la identidad territorial y el patrimonio inmaterial de esta montaña. Para ello se realizaron varias acciones, entre ellas diecisiete entrevistas a gestores, artistas y actores del territorio que estuvieron presentes en las diferentes versiones, también se realizaron encuentros de acción participativa, lo que permitió conocer esas visiones, afectos y experiencias. Se escuchó a las personas que habitan este territorio, que son motor del festival, y que están dispuestas a seguir soñando en comunidad; así haya días grises, aunque en estos momentos el miedo esté rondando nuevamente nuestras calles y veredas de nuevo, debemos ver todo lo que hemos logrado a través del arte y el encuentro, queremos decirles que aquí, desde El Hormi, seguiremos poniendo la cosa color de hormiga.

Este relato se construyó mediante metodología de historia oral e investigación participativa, priorizando las voces comunitarias como fuentes de conocimiento territorial.

Fuentes primarias

Entrevistas semiestructuradas realizadas:

Habitantes de las veredas El Progreso, El Pedregal, Los Gómez y El Ajizal del corregimiento El Manzanillo, Itagüí.

Artistas muralistas participantes en las cuatro versiones del Festival Comunitario "Color de Hormiga".

Gestores culturales y cofundadores de la Fundación Cultural El Hormiguero, responsables de la coordinación de cada versión del festival.

Encuentro de acción participativa:

Sesión de narración de historias e interpretación colectiva de archivos fotográficos con representantes de los tres perfiles (habitantes, artistas y gestores) del corregimiento El Manzanillo.

Fuentes audiovisuales:

- Fundación Cultural El Hormiguero. (2017). *Festival Color de Hormiga - Primera Versión "Pintamos Memoria"*. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=JtwQzLCdHpU&t=36s

- Fundación Cultural El Hormiguero. (2019). *Festival Color de Hormiga - Segunda Versión "Arte Urbano y Juventud"*. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=UHj6fzTeSLk

- Fundación Cultural El Hormiguero. (2023). *Festival Color de Hormiga - Tercera Versión "Imaginarios de la Niñez en la Montaña"*. YouTube. https://www.youtube.com/shorts/XDDUo5WXlRk

- Fundación Cultural El Hormiguero. (2024). *Festival Color de Hormiga - Cuarta Versión "Ecos de la Tierra"*. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=tQKOW45X5Zs&t=384s

Archivos y documentos consultados:

Registros fotográficos y documentales de las intervenciones artísticas y encuentros comunitarios de las cuatro versiones del Festival Comunitario "Color de Hormiga" (2017-2025). Archivo Fundación Cultural El Hormiguero.

Actas y documentos administrativos de la Junta de Acción Comunal de las veredas El Pedregal y El Progreso (consulta realizada a Magali Dávila Pabón durante encuentros de memoria, 2026)

Pabón Agudelo, J. S. (2020). *Parrandas de antaño: Una herencia de músicas campesinas*. Convocatoria de Estímulos Unidos por la Cultura.



Quebrada Doña María. Fotografía de Jorge Obando. Colección de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín (BPP-F-002-0445)



Quebrada Doña María. Fotografía de Hanna Bohórquez. Archivo personal.

La quebrada Doña María: paisaje, memoria y transformación del barrio Las Acacias

Por *Hanna Lucieth Bohórquez Alzate*

> *"Conservé intacto en la memoria el medio en que vivía. La atmósfera en que se desarrolló mi infancia, el aire, la luz, el color del cielo, el sabor de la tierra, eso yo mantuve."*
>
> Juan Rulfo

Presentación

Las motivaciones que dieron origen a esta historia sobre mi barrio nacen de una inspiración familiar. Mi familia materna echó raíces en Las Acacias y allí construyó buena parte de su historia. Mi abuela, mis tías, mis tíos, mis primas, mis primos y yo fuimos testigos de cómo aquella casa que guardó nuestra infancia comenzó a desvanecerse lentamente en la memoria. Ahora, pasar por el sector despierta una nostalgia que surge al contemplar los cambios y las huellas que ha dejado la idea de progreso.

Introducción

La quebrada Doña María nace en San Antonio de Prado y atraviesa el municipio de Itagüí. En tiempos de lluvia se desborda sin avisar, recordando que el territorio que ocupa siempre le perteneció. En su recorrido fluye algo más que agua; allí también se conserva parte de la historia del municipio.

Desde la Colonia, su cauce marcó el ritmo cotidiano de quienes habitaron sus orillas. Con el siglo XX llegó la industria en busca del recurso que hacía posible la producción y, con ella, también llegaron los trabajadores y los barrios obreros que crecieron alrededor de las fábricas. Entre esos barrios apareció Las Acacias, donde, durante décadas, sus habitantes construyeron comunidad y dieron forma a una identidad que fue pasando de una generación a otra.

Con el tiempo llegaron nuevas transformaciones. La transformación más reciente, y quizá una de las que más afectaron el paisaje y el tejido social del barrio, surgió con las obras del Sistema de Transporte Masivo Metroplús. Varias cuadras desaparecieron, familias que llevaban décadas en el sector vendieron sus casas y la carrera 53 se convirtió en una avenida de alto flujo vehicular. Para algunos vecinos, el barrio quedó partido a la mitad; para otros, simplemente se transformó, como suelen transformarse los lugares con el paso del tiempo.

Esta historia recorre parte de los orígenes del barrio, recoge los testimonios de sus habitantes y sigue el curso de la quebrada como el hilo que une las distintas épocas de Las Acacias. Esta reconstrucción se elaboró a partir de conversaciones, talleres de memoria, revisión documental, fotografías históricas y personales, e imágenes aéreas que permiten observar cómo el paisaje y sus formas han cambiado.

Varias generaciones han crecido y han construido sus vidas en este barrio. La historia vive en esos relatos que regresan cuando uno se detiene en la carrera 53 y escucha todo aquello que la Doña María todavía tiene por contar.

La memoria del paisaje

El paisaje no es solo lo que se ve. También es aquello que perdura en la memoria. Para los habitantes de Las Acacias, la quebrada Doña María no ha sido únicamente un accidente geográfico; ha sido el elemento alrededor del cual se ha organizado la vida cotidiana, se ha expandido la industria y se ha construido comunidad. Cada época dejó su huella en el cauce y el cauce dejó su huella en cada época.

Pensar el paisaje también implica reconocer que los lugares adquieren significado a través de quienes los habitan y de las relaciones que

construyen con ellos. El geógrafo Milton Santos señalaba que lo importante no es el territorio por sí mismo, sino los usos y las experiencias que las personas tejen sobre él (Santos, 1994). En Las Acacias, la quebrada Doña María fue recurso para la producción, espacio de juego, amenaza durante los inviernos y punto de referencia para explicar dónde quedaba cada cosa. Son esas experiencias acumuladas las que convierten un espacio en patrimonio y en memoria compartida. Como señala Carvajal, las quebradas "nunca olvidan su cauce natural y siempre querrán volver a él" (Carvajal, 2021), y lo mismo ocurre con la memoria de quienes las habitaron.

Mirar la quebrada desde esta perspectiva permite comprender cómo el espacio biofísico se entrelaza con la memoria de quienes lo habitan, lo transforman y lo recorren. La quebrada Doña María invita a leer su historia a través de las transformaciones del paisaje.

A la orilla del progreso

Antes de ser barrio, Las Acacias era orilla. Orilla de una quebrada que, desde el siglo XVII, había servido para trazar límites y nombrar el territorio que hoy conocemos como Itagüí.

Durante la Colonia, el paisaje que rodeaba la quebrada era completamente agrario. El agua corría libre y sus riberas eran tierras de producción. Cuando el agua crecía, Itagüí quedaba partido en dos, pues la quebrada Doña María y el río Aburrá "determinaron los flujos de intercambio con la villa" (Molina Arredondo y Hoyos Agudelo, 1994, cap. 3). Clímaco Agudelo describe la dinámica hidrográfica que atraviesa el municipio en torno a la quebrada, una corriente que "en época de verano es tranquila e inofensiva, pero en invierno es peligrosa, como lo ha demostrado en algunas crecientes…" (Agudelo Ángel, 2024, p. 129).

La quebrada amplia e impredecible descrita por los cronistas locales corresponde a la misma que Jorge Obando documentó hacia 1945. En aquel momento, el paisaje estaba definido por un cauce ancho y serpenteante, rodeado de vegetación y enmarcado por las montañas del Valle de Aburrá. Sin embargo, ya eran visibles algunas transformaciones asociadas al crecimiento urbano, como la construcción de puentes y otras obras de infraestructura que comenzaban a modificar la relación entre la ciudad y la quebrada.

El paisaje de Itagüí comenzó a transformarse aceleradamente desde principios del siglo XX, cuando las primeras factorías eligieron las orillas de la quebrada por los beneficios que ofrecía. El agua era el recurso que hacía posible el progreso. Para la década de 1920, Itagüí ya vivía el impulso del desarrollo industrial (Agudelo Ángel, 2024, p. 52).

Itagüí se convirtió entonces en uno de los polos industriales más importantes del Valle de Aburrá, y la quebrada Doña María pasó a ser su columna vertebral. Sus aguas alimentaban procesos productivos y sostenían el crecimiento de la cervecería y de las manufacturas (Molina Arredondo y Hoyos Agudelo, 1994). También se extraía saprolito, el material arcilloso que impulsó la industria alfarera de la zona baja de la microcuenca y que, durante décadas, sirvió para construir las casas del municipio (Luján Villegas y Posada Arango, 2023).

A la orilla de esas aguas comenzaron a surgir barrios obreros conformados por viviendas levantadas para alojar a los trabajadores que llegaban atraídos por la promesa del empleo industrial. Fue en medio de esas transformaciones donde empezó a configurarse el barrio Las Acacias. Sus calles, sus casas y la memoria de quienes lo habitaron crecieron junto al cauce de la Doña María, en un territorio marcado al mismo tiempo por el trabajo, la industria y la cercanía del agua.

Antes de convertirse en barrio, el sector pertenecía a Luis González y José Londoño (Agudelo Ángel, 2024, p. 33). Décadas más tarde, también aparece mencionado Guillermo Blandón como propietario de terrenos en la zona. Con el paso del tiempo, aquellas tierras comenzaron a parcelarse y llegaron las primeras familias, todavía vinculadas a una vida agrícola que pronto conviviría con el crecimiento industrial.

La llegada de Curtiembres Independencia en 1927, asentada en los límites del barrio El Tablazo —que se habría formado mucho antes que Las Acacias, según Osorio Ramírez, (2018, p. 41)—, y la posterior llegada de la textilera Artex, fueron configurando el perfil industrial del sector. Del paso de esta última por el territorio queda hoy Comfama Itagüí, que ocupa el predio donde funcionaron sus instalaciones.

Entre calles sin pavimentar, cultivos que todavía sobrevivían junto a las casas, los habitantes de Las Acacias vieron transformarse poco a poco el paisaje que los rodeaba. Sus recuerdos conservan una versión del barrio que hoy es un legado de la memoria.

María Eugenia nació en ese barrio que estaba dejando de ser manga para convertirse en vecindario. Su familia lleva cerca de ochenta años en Las Acacias y ella, la menor de trece hermanos, conserva las imágenes de aquellos primeros años:

Llegamos aquí y esto eran mangas. No había casi casas. Había por ahí tres o cuatro casitas. El resto era manga (Carmona, M. E., comunicación personal, 2026, abril 28).

La finca que alguna vez ocupó ese territorio seguía viva en los cultivos de café, naranjas, chocolos y frijoles que crecían entre las primeras casas, y en los marranos y las vacas que pastaban donde después aparecerían las calles.

La quebrada, en ese entonces, era ancha —mucho más ancha que hoy—. Su cauce llegaba hasta donde ahora está la panadería La Reina y sus orillas eran territorio vivo: Sus orillas eran un territorio vivo, recorrido por pájaros y culebras entre los cultivos cercanos.

> Le echaron volquetadas de tierra, y mire hasta dónde la trajeron. Desde la panadería La Reina hasta donde está Comfama, donde estaba la empresa esa de textiles. Yo lo que recuerdo es esa quebrada, ese ancho que tenía. La quebrada ha tenido mucha transformación. Primero era muy grande, como un río (Carmona, E., comunicación personal, 2026, abril 28).

Relatan las hermanas Carmona que su padre sacaba arena y piedras del cauce junto a sus hijos, cargándolas en carros de bestia. Las mujeres iban a lavar al pozo donde el agua permanecía tranquila. Cuando aún no existía el acueducto, las casas dependían de aljibes y de largas filas en el sindicato de Coltejer para traer canecas de agua potable.

> Yo recuerdo, nosotros llegamos aquí en el 56 y todo esto era guayabales. La única casa que había era la de los Carmona y la de doña Fabiola. Tal vez otra casita que no recuerdo. Entonces, aquí nos veníamos a jugar fútbol en verano, porque en invierno, como era zona de inundación de la quebrada, esto se volvía un [...] (Restrepo, R., comunicación personal, 2026, mayo 12).
>
> Eso llegó a inundar esas casas. Recién fundado todo eso, la quebrada se inundaba a cada rato. Eso se pegaba unas crecidas, y pasaba por encima de ese puente, eso recorría por aquí

> y por todas partes bajaba la quebrada (...) Entonces la quebrada comenzaba a profundizarse, hasta llegar a lo que estamos viendo hoy en día (Acosta, R., comunicación personal, 2026, mayo 12).

La quebrada también era espacio de encuentro:

> Los muchachos se bañaban en la quebrada, era mucho más limpia. Como no era muy honda y todavía no habían llegado las empresas, ellos se tiraban a las quebradas sin problema (Carmona, E., comunicación personal, 2026, abril 28).

Además de acompañar la vida diaria, marcaba y condicionaba la manera de habitar el territorio:

> Era un puente colgante. Era un puente de madera. Y cuando la quebrada crecía, se lo llevaba. Entonces nosotros pasábamos con dos tablitas... Por ahí era solamente peatonal (Carmona, E., comunicación personal, 2026, abril 28).

La calle también les pertenecía a los niños. Como recuerda María Eugenia: "Nosotros no jugábamos sino en la calle. Todos los juegos de nosotros, todos eran en la calle" (Carmona, M. E., comunicación personal, 2026, abril 28). La infancia transcurría entre una esquina y la otra. Jugaban bate sin que nada interrumpiera el recorrido de la pelota. Cuando las calles todavía no estaban pavimentadas, jugaban en el pantano.

En menos de 10 años el barrio tuvo un gran crecimiento. Para mediados de los años sesenta ya era un vecindario reconocible, con su propia identidad.

Entre los habitantes de mayor antigüedad todavía se recuerda la anécdota de la división del barrio "en dos": de un lado Las Acacias; del otro, un sector que pasó a llamarse Pablo VI, el nombre se inspiró en la visita del papa Pablo VI a Colombia. El sector surgió en un lote que la administración municipal había vendido a sus trabajadores para la construcción de viviendas. Sin embargo, esta división no era reconocida oficialmente por la administración. (Acosta, R., comunicación personal, 2026, mayo 12). "Imagínense, cuatro casas... yo creo que esto era sin pavimentar y sin alcantarillado, y hablaban de dos barrios" (Carmona, M. E., comunicación personal, 2026, abril 28).

Sobre el origen del nombre también hay una historia. Era una finca con muchos árboles de acacias, dicen, y por eso se llamó así. Después la parcelaron (Mejía, D., comunicación personal, 2026, mayo 5). Pero hoy, como una paradoja silenciosa, ni en el barrio ni en el municipio parecen quedar rastros de esos árboles. María Eugenia lo dice con una determinación que mezcla orgullo e ironía: "Si nosotros nos llamamos Las Acacias, mínimo tenemos que tener uno" (Carmona, M. E., comunicación personal, 2026, abril 28).

Lucelly y Efraím también habían llegado al barrio en los años sesenta a construir una casa de bahareque donde verían crecer a sus hijos. Él trabajaba en Incametal y, además, era reconocido como el sobandero del barrio, un oficio informal que iba más allá de aliviar dolores físicos: era una práctica construida desde la confianza, el cuidado y las relaciones entre vecinos. Ella, ama de casa, fue testigo de las transformaciones de Las Acacias mientras participaba con devoción en los espacios comunitarios y eclesiásticos (Pineda, M. L., comunicación personal, 2026, mayo 19).

La fe también ocupaba un lugar importante en la vida barrial. Lucelly colaboró en la misión del centro de culto El Divino Rostro, ubicado en El Tablazo, una iniciativa en la que también participaba la Junta de Acción Comunal del barrio y que, décadas después, se convertiría en parroquia. Allí apoyó distintas actividades comunitarias, entre ellas la venta de empanadas, que ayudaban a sostener las dinámicas y encuentros del lugar (Pineda, M. L., comunicación personal, 2026, mayo 19).

Los domingos por la mañana, desde las nueve hasta el mediodía, la misa reunía a los habitantes del sector. Pero la vida del barrio no terminaba con la ceremonia; al salir, la gente permanecía en la puerta conversando, compartiendo historias y prolongando, sin afán, el encuentro entre vecinos (Restrepo, R., comunicación personal, 2026, mayo 12).

Dora llegó en enero de 1995, con su hijo de año y medio bajo el brazo. Para ese entonces las calles ya estaban pavimentadas y el alcantarillado instalado. El barrio tenía más casas y más vecinos, pero seguía siendo reconocible: la escuelita Matilde Arango, el puentecito de Curtiembres para cruzar al otro lado, el Rancho de Lucho, ubicado en la esquina donde siempre permaneció un negocio. Poco después de llegar, le tocó vivir una de las inundaciones más aparatosas que recuerda el barrio. La quebrada se metió por la parte de Curtiembres y salió por la puerta del frente como un río: "Se veían bajar cerdos, canecas con cosas de ahí de curtiembre...

Tremendo desastre" (Mejía, D., comunicación personal, 2026, mayo 5). Era el Día de la Madre. Al otro día no pudo visitar a su mamá porque las calles estaban llenas de lodo.

Pero hubo años en que el día a día era difícil. Entre 1990 y 1995, Las Acacias, junto con El Tablazo y Calatrava, vivió su época más violenta.

> "Ese era uno de los barrios calientes. Muchos muchachos. Todos los días dejaban ahí a alguien en la esquina de la ferretería. Hubo muchos muertos" (Restrepo, R., comunicación personal, 2026, mayo 12).

La violencia que sacudía a Itagüí y al Valle de Aburrá encontró en el barrio su propio capítulo. Una noche, cerca del puente, una masacre dejó varios muertos. "La gente se encerró. Después de las ocho de la noche nadie salía" (Restrepo, R., comunicación personal, 2026, mayo 12).

Hay un relato que quedó en la memoria del barrio:

> Recuerdo cuando lanzaban llantas encendidas por El Tablazo y las veíamos rodar. Eran tiempos difíciles. Las tiraban para impedir que la policía subiera, y la policía desde abajo respondía con gases lacrimógenos (Alzate, O. L., comunicación personal, 2026, mayo 19).

A finales de los años noventa, las familias que habían cerrado sus puertas después de las ocho volvieron a despertar el barrio. Los hijos de los fundadores se hicieron adultos y una tercera generación empezó a crecer en las mismas calles.

La carrera 53: eje del cambio

La industria ya estaba asentada, la quebrada acotada entre muros y jardines, y las familias fundadoras habían echado raíces. Una segunda generación se hacía adulta y una tercera nacía y pasaba sus años de infancia. A comienzos de la década de 2000, Las Acacias era ya un barrio consolidado.

Las casas permanecían, los negocios locales seguían siendo puntos de encuentro y los vecinos todavía se conocían entre sí. Los apellidos de algunas familias y los nombres de ciertos personajes ya eran reconocibles

en las calles del barrio. Los Carmona, los Torres, los Puertoberrío, los Zapatas, los Alzate, los Chichis, los Marracas, entre otros —abuelos, hijos y nietos que fueron creciendo con Las Acacias—. También estaban Miguel, el que arreglaba las bicicletas, y Chucho, el del negocio donde tenían los caballos de carga.



Figura 1. Imagen aérea del barrio Las Acacias, ca. 2010. Se observan la carrera 53, eje de encuentro cotidiano del barrio; las instalaciones de lo que fue la escuelita; el parque de juegos; la mancha verde de jardines improvisados cerca de la Junta de Acción Comunal; la panadería Ricura, que antes funcionó como carnicería; y en los lotes frente a Curtiembres, el caserío de los trabajadores de la fábrica. La quebrada ya aparece reducida en sus meandros, pero aún con lecho visible y vegetación riparia[18].

La escuelita era parte inseparable de ese paisaje cotidiano. Primero se llamó Matilde Arango, después pasó a ser la Institución Educativa María Jesús Mejía, pero para los habitantes del barrio siempre fue la escuelita, el

18 **Meandros:** curvas naturales del cauce de un río o quebrada. **Lecho:** fondo por donde discurre el agua. **Vegetación riparia:** conjunto de plantas y árboles que crecen en las riberas o márgenes de ríos y quebradas.

lugar donde habían estudiado sus hijos y sus nietos. Muchos niños de El Tablazo, de Villa Paula y de barrios cercanos cruzaban el puente peatonal cada mañana para llegar hasta ella. Cuando la escuela fue trasladada a inmediaciones del parque del Artista, y su antigua infraestructura fue habilitada como base militar y posteriormente demolida, el barrio sintió que perdía algo más que un edificio. “Muy triste cuando la escuela se acabó. Eso fue como lo último. Esa transformación” (Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adultos Mayores Las Acacias, 2026, mayo 12).

Al lado de la escuelita estaba el parquecito, pequeño pero suficiente. “El parquecito de la escuelita, yo iba con los niños allá y allá se veían varios papás con los niños” (Mejía, D., comunicación personal, 2026, mayo 5).



Figura 2. Parquecito de juegos al lado de la I.E. María Jesús Mejía, antes de que la infraestructura de la escuela fuera habilitada como base militar entre 2006 y 2007. Fotografía de R. Restrepo. Archivo personal

La carrera 53 concentraba la vida cotidiana del barrio. Los vecinos se reunían a sus puertas, los niños montaban bicicleta o jugaban en la calle y las tardes se estiraban en los locales de PlayStation.



Figura 3. La carrera 53, ca. 2010. Para entonces la escuela ya había sido trasladada frente al parque del Artista, había control militar en el sector y se observa un muro y una reja construidos para contencer las crecientes de la quebrada. Al fondo se aprecia brevemente el lecho rocoso de la Doña María y su vegetación riparia. Fotografía personal de Restrepo, R.

Sobre esas mismas orillas, los vecinos habían improvisado jardines que suavizaban el borde del cauce con flores y materas. “Había muchas plantas de jardín con flores allá y animales, uno veía pajaritos y perros por todas partes” (Mejía, D., comunicación personal, 2026, mayo 5). Era una manera de apropiarse de ese espacio.



Figura 4. Al otro lado de la carrera 53, pasando el puente, se podían observar los jardines improvisados por los vecinos como una forma de apropiarse y disfrutar el espacio. Siguiendo ese camino se llegaba a la Junta de Acción Comunal, en el lote donado por Guillermo Blandón en los primeros años del barrio, donde se celebraban fechas especiales, primeras comuniones y eventos del barrio, y se realizaban campañas de salud. Fotografía personal de Restrepo, R.

Los vecinos se encontraban en la calle, y en diciembre la nochebuena recorría el barrio de casa en casa entre natilla, velas y fritangas improvisadas:

> Yo vivía por la orilla de la quebrada y nosotros allá, como no pasaban carros, sí nos uníamos con los de Garrote, con los de Lucía... Pero era porque por allá no era muy transitable. Uno empezaba por aquí, bebía, comía, dele toda la vuelta al barrio (Carmona, M. E., comunicación personal, 2026, abril 28).

Otro sitio que marcaba el recorrido del barrio era el puente peatonal de Artex, que conectaba Las Acacias con Comfama y el comercio cercano al parque principal. Era un paso obligado, pero la calle que lo bordeaba

era solitaria y los hedores que salían de las instalaciones de Curtiembres impregnaban el ambiente.

Con el tiempo, debajo del puente comenzaron a instalarse habitantes de calle, lo que terminó de convertirlo en una zona que la gente evitaba o atravesaba rápido. “Lo asustaban a uno”, recuerdan quienes lo cruzaban a diario, aunque aclaran que nunca pasó nada grave. Era uno de esos espacios que el barrio toleraba, pero del cual no apropiaba, que existía en la memoria más como espacio silencioso que como punto de encuentro (Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adulto Mayor Las Acacias, 2026, mayo 12).



Figura 5. Puente peatonal de Artex, hacia el año 2013, al lado de Curtiembres, que conectaba el barrio con Comfama y con el comercio cercano al parque principal. Fotografía personal de Restrepo, R.

Pero la quebrada no había dejado de existir. Canalizada parcialmente, encajonada entre muros y jardines construidos sobre sus bordes, la Doña María seguía siendo impredecible. En épocas de lluvias intensas recordaba su carácter original con crecientes que sacudían el barrio.

> Los vidrios, las piedras... cuando la creciente bajaba, las piedras se chocaban y entonces los vidrios hacían temblar las casas. A mí me daba mucho miedo eso (Carmona, M. E., comunicación personal, 2026, abril 28).

Los vecinos que vivían más cerca del cauce conocían bien ese miedo. Aprendieron a estar atentos a las nubes: cuando decían que estaba lloviendo en San Antonio de Prado, lo que pasaba arriba llegaba abajo con fuerza y sin aviso.

Esa quebrada indómita fue, paradójicamente, una de las razones que justificaron su transformación definitiva. Primero fueron comentarios sueltos entre vecinos sobre el proyecto que, al menos desde 2004, se venía trazando. Después llegaron las reuniones de socialización, los funcionarios con planos enrollados bajo el brazo, las explicaciones técnicas sobre lo que se llamó el parque vial quebrada Doña María y sus franjas de afectación.

Para 2012 ya no había duda. La carrera 53, el eje sobre el que había crecido el barrio, sería la ruta del Metroplús. Luego iniciaron las compras de predios. El barrio que se había consolidado durante décadas, con sus rutinas, sus jardines improvisados y sus nochebuenas, entraba en una nueva transformación.

Para muchas familias entregar sus casas fue una pérdida que no tuvo equivalente económico.

> Después de estar en una casa, por sencilla que haya sido, que sepa que a uno le costó, y decirle que de la noche a la mañana que la van a tumbar, no fue fácil (Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adulto Mayor Las Acacias, 2026, mayo 12).

Hubo quienes no pudieron estar presentes el día de la demolición:

> A mí me dijo la psicóloga: "¿usted es capaz de tumbar su casa?". Yo le dije no. Vi en algún momento la máquina poniéndole a otra casa totalmente distinta. Pero que yo me iba a ir a mirar que le pusieran la máquina a mi casa, yo no fui capaz. Oigan, donde uno creció, tantos recuerdos (...) A muchas personas les dio depresión (Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adulto Mayor Las Acacias, 2026, mayo 12).

Para entender estas sensaciones, es necesario ir más allá de la dimensión física del espacio y reconocer lo simbólico, porque es precisamente eso lo que configuraba el paisaje de Las Acacias en aquella época.

La transformación no afectó solo a las personas. La fauna que habitaba la vegetación de la quebrada también vio transformado su hábitat: 145 animales fueron reubicados para darle paso a las obras (Restrepo, R., comunicación personal, 2026, mayo 12). Y bajo el suelo que se removió, la historia inscrita en piedra también emergió —un hallazgo arqueológico que recuerda que este territorio ha sido habitado mucho antes de lo que la memoria oral alcanza a contar (Álvarez Balbín, 2022).

Las obras duraron un par de años. En ese tiempo, las demoliciones fueron cambiando la cara del barrio cuadra por cuadra; predios vacíos que pronto se convirtieron en puntos de acumulación de residuos, habitantes de calle que ocuparon los lotes abandonados, polvo y maquinaria donde antes había fachadas conocidas (Restrepo, R., comunicación personal, 2026, mayo 12).

> Las cuadras que se fueron. Toda esta cuadra que se fue, miren lo que quedó, cemento (Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adulto Mayor Las Acacias, 2026, mayo 12).

Cuando terminó la primera fase de las vías, en 2016, y la nueva avenida tomó su forma definitiva, el barrio que permaneció en pie tardó un tiempo en reconocerse.

Las huellas del barrio que queda

Lo que se llevó el Metroplús no fue solamente cemento y ladrillos. Se llevó la escuelita. Se llevó el parquecito donde los niños aprendieron a montar bicicleta. Se llevó dos o tres cuadras enteras de casas donde vivían familias que llevaban décadas habitando el barrio, y es preciso decir que esta dimensión simbólica fue la que, de alguna forma, dio sentido al barrio y a la manera de habitarlo.

> *"Lo que se llevó el Metroplús, eso desapareció. Hubo un antes y un después cuando vendieron las casas"*

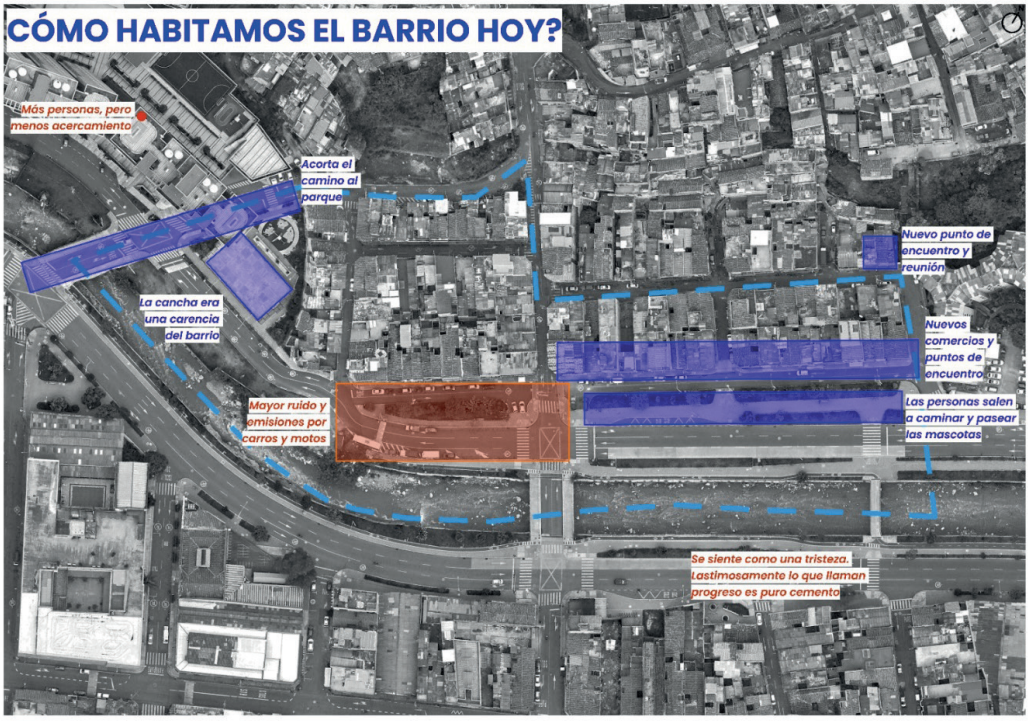


Figura 6. Todas las cuadras de la carrera 53 fueron demolidas para dar paso al desarrollo vial, incluida una nueva ciclovía, la ampliación del puente que conecta a Comfama con el barrio y el puente que conduce hacia El Tablazo. Sobre la carrera 53 aparecieron nuevos comercios y nuevos espacios de apropiación para el tránsito de habitantes y mascotas.

Donde antes había una calle con vecinos que se saludaban en las puertas, quedó una avenida ancha y nueva infraestructura. Las mejoras llegaron —andenes que antes no existían y calles más transitables.

En el lote donde estuvo Curtiembres aparecieron nuevas edificaciones verticales. En los terrenos donde antes estaban los caseríos de los trabajadores de la curtiembre, ahora está el parque de Lucho, con una cancha construida y una nueva zona de juegos para niños. Este parque lleva el nombre del negocio que siempre estuvo en esa esquina: primero fue una cantinita que vendía licor, el Rancho de Lucho; después se convirtió en tienda (Mejía, D., comunicación personal, 2026, mayo 5). El negocio cambió de cara, pero el nombre quedó, como quedan los apodos típicos del barrio.

La cancha que llegó con el parque suplió, según algunos vecinos, una de las carencia más antiguas del barrio. Ahora se juega fútbol, los niños llenan de gritos la tarde, se puede ir a disfrutar y relajarse un ratico, dice una vecina (Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adulto Mayor Las Acacias, 2026, mayo 12). Los perros pasean por ahí, los adultos mayores se sientan a tomar el aire, y hay planes de instalarle una cubierta para que el espacio sirva también en los días de lluvia.

La quebrada canalizada se convirtió en uno de los nuevos espacios que los vecinos frecuentan. “Fue maravilloso para que la gente camine, para que la gente saque sus mascotas”, reconoce una vecina (Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adulto Mayor Las Acacias, 2026, mayo 12). En las mañanas y en las noches la gente camina por ahí, las bicicletas pasan, los perros se pasean. La Doña María, entre muros de concreto, sigue convocando a sus orillas —aunque de otra manera—.

Todavía existen lugares donde la gente se reúne: la nueva sede de la Junta de Acción Comunal, en la que se siguen promoviendo espacios de integración, y los locales comerciales que aparecieron sobre la nueva avenida, hacia la carrera 53A. Son los puntos de encuentro que emergieron luego con el nuevo paisaje del Metroplús. La comunidad los ha ido haciendo suyos con la misma identidad con que siempre habitó este territorio.



Figura 7. Fotografía panorámica que permite visualizar el espacio sobre el cual antes se asentaban las casas de las familias que vendieron sus predios. A la izquierda, la carrera 53A sobre la cual emergen nuevos comercios; a la derecha, la carrera 53 convertida en avenida de alto flujo vehicular. Fotografía personal.

Para algunos, desde una lectura específica del territorio, estos cambios en el paisaje son señales de modernización urbana. El suelo que durante décadas ocupó Curtiembres se convierte hoy en proyectos de vivienda vertical que reconfiguran la imagen del sector (El Colombiano, 2025). La industria pesada cede paso a la ciudad de servicios, donde antes había chimeneas, hoy hay ciclovías, zonas verdes y torres de apartamentos.

Pero la vida comunitaria que se había construido en esas calles no encontró un lugar equivalente donde reubicarse. Lo que se perdió no era solo espacio físico. Era el tejido que se forma cuando las personas se conocen de toda la vida. Las mejoras llegaron a costa de que el barrio quedara reducido a la mitad, y circula entre los vecinos, dicho en voz baja, que la idea es que el resto desaparezca a largo plazo. El barrio, dicen, está muy bien ubicado. El Metro, a veinte minutos, el parque municipal a cinco, la EPS al lado, el comercio a la vuelta. Una ubicación así, en una ciudad que crece verticalmente, no pasa desapercibida.

Esa construcción vertical ha traído nuevos vecinos al territorio, pero no necesariamente nuevos lazos. Los que llegaron con las urbanizaciones conviven en el mismo sector; no obstante, "antes los vecinos de esta parte eran Curtiembres, ahora tenemos más vecinos por las urbanizaciones, pero no se relacionan" (Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adulto Mayor Las Acacias, 2026, mayo 12).

> Yo pienso que ya somos más solitarios, más adentro de cada casa. Primero todo se hacía fuera (...) Por la transformación pues le digo, porque los vehículos pasan, van, vienen, parquean y todas esas cosas (Carmona, M. E., comunicación personal, 2026, abril 28).

Algunos describen el barrio como flotante —porque hoy está y mañana no—, refiriéndose a los inquilinos que llegan y se van sin echar raíces en el territorio. Las Acacias sigue siendo barrio, pero ya no es solo el barrio que fue.

Las Acacias es hoy un barrio longevo. Algunas familias fundadoras, las que llegaron en los años sesenta y setenta, las que echaron raíces en los ochenta y los noventa, siguen ahí. Lo que ha disminuido es la cantidad de niños. Cada vez se ven menos en las calles y en los parques (Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adulto Mayor Las Acacias, 2026, mayo 12), un recuerdo que evoca nostalgia por épocas pasadas pero que

también refleja una dinámica poblacional más amplia relacionada con la natalidad.

Todo esto lleva a preguntarse qué sostiene la identidad de un barrio cuando el paisaje que lo definió ha cambiado, cuando las calles que lo organizaban desaparecieron y los vecinos de toda la vida conviven con nuevos vecinos. En Las Acacias, quienes llevan más años encuentran la respuesta en su relación con la quebrada.

La Doña María es el hilo que conecta todas las épocas del barrio: la orilla agraria del siglo XVII, las aguas que movían las fábricas, el pozo donde las mujeres lavaban, el cauce donde los muchachos se bañaban, la quebrada que en invierno hacía temblar los vidrios de las casas. Esa misma agua corre hoy entre muros de concreto. Los árboles que durante años rodearon la quebrada ya no están; los árboles que se sembraron durante las obras todavía son jóvenes. Y aunque aún se avistan aves en las cercanías y uno que otro animal silvestre, las conexiones de la quebrada, cada vez más artificializadas, dificultan el tránsito de la vida que todavía intenta abrirse paso por su cauce.

> El paisaje de ahora es bonito, pero es hecho. El de antes era natural. Siempre lo natural es lo más bonito (Mejía, D., comunicación personal, 2026, mayo 5).



Figura 8. Panorama actual de la canalización de la quebrada, sobre el puente de la carrera 53. Se observan los muros de canalización a ambos lados. También se observan algunas rocas sueltas y el cauce rectificado de la quebrada. Fotografía personal.

Itagüí ya no es el municipio industrial que fue. Las grandes fábricas que le dieron forma — Coltejer, Curtiembres, Incametal y Artex — cerraron o se fueron. La misma agua que movía las máquinas bordea hoy ciclovías, zonas verdes y torres de apartamentos. Ese cambio se siente en Las Acacias: el barrio obrero que nació junto a las chimeneas mira ahora cómo el suelo que pisó la industria se convierte en propiedad horizontal. La quebrada sigue corriendo por el mismo cauce, pero el paisaje que la rodea ya no es el mismo.

> Puede que a nosotros no nos toque porque ya nosotros hemos vivido mucho. Pero los que vienen atrás, puede que haya un cambio (Carmona, E., comunicación personal, 2026, abril 28).

Ante los cambios del paisaje, la respuesta que puede seguir sosteniendo el legado de identidad del barrio es el sentido de pertenencia: reconocer lo que se fue y apropiarse de lo que llegó.

A modo de reflexión

La historia del barrio Las Acacias no es solo la historia de un lugar que cambió. En ella aparecen las paradojas que surgen entre el progreso, el desarrollo vial y la modernización urbana. Son tensiones que invitan a detenerse y reflexionar sobre las transformaciones que experimentó el barrio.

La primera reflexión se relaciona con el paisaje como un espacio que integra lo biofísico y lo construido, lo material y lo simbólico, la infraestructura y la memoria. Cuando ese paisaje se transforma, el barrio no desaparece, pero sí necesita ser releído. La pregunta que persiste es cómo hacerlo sin perder aquello que lo hace reconocible.

La segunda reflexión surge del tejido social que se fractura cuando desaparece una parte del barrio y cuando las familias que lo han habitado durante décadas deben buscar un nuevo lugar; algunas permanecen cerca, mientras otras se alejan de las calles que fueron testigos de su historia familiar.

La tercera reflexión gira alrededor de la quebrada, ese cuerpo de agua que ha presenciado la transformación del municipio incluso más allá de lo que hoy podemos recordar. Como un sistema vivo, la Doña María conecta redes de vida humana y vida silvestre. Y así como el tejido social

puede fragmentarse, también las conexiones entre paisajes y zonas verdes se vuelven frágiles ante las rupturas del territorio.

Lo que la Doña María todavía recuerda es, quizás, aquello que este relato intentó recuperar.

Fuentes

Archivos fotográficos

Obando, J. (ca. 1945). *Quebrada Doña María* [Fotografía postal, BPP-F-002-0445]. Biblioteca Pública Piloto de Medellín. https://patrimonio.bibliotecapiloto.gov.co/janium-bin/janium_zui.pl?jzd=/janium/Fotos/BPP-F-002-0445.jzd&fn=1445

Restrepo, R. (ca. 2010). *Fotografías del barrio Las Acacias* [Fotografía personal no publicada].

Periódicos y prensa

Álvarez Balbín, C. (2022, octubre 1). *Así fue la odisea de mover un petroglifo milenario hallado en obra en Itagüí.* El Colombiano. https://www.elcolombiano.com/antioquia/trasladaron-petroglifo-milenario-de-las-obras-del-metroplus-de-itagui-HI18761666

Carvajal Restrepo, M. C. (2021, 22 de mayo). *Las quebradas tienen memoria: Así están las de Medellín.* El Colombiano. https://www.elcolombiano.com/antioquia/medellin/las-quebradas-tienen-memoria-AC15060462

El Colombiano. (2025, marzo 17). *De Curtimbres a un nuevo horizonte: la transformación de Itagüí con Bienes & Bienes* [Informe comercial]. El Colombiano. https://www.elcolombiano.com/informes-comerciales/las-marcas-hablan/de-curtimbres-a-un-nuevo-horizonte-la-transformacion-de-itagui-con-bienes-bienes-PJ26859237

Relatos orales

Acosta, R. (2026, mayo 12). Comunicación personal.
Alzate, O. L. (2026, mayo 19). Comunicación personal.

Carmona, E. (2026, abril 28). Comunicación personal.

Carmona, M. E. (2026, abril 28). Comunicación personal.

Junta de Acción Comunal Las Acacias y Grupo de Adulto Mayor Las Acacias. (2026, mayo 12). Taller colectivo de memoria y cartografía social.

Mejía, D. (2026, mayo 5). Comunicación personal.

Pineda, M. L. (2026, mayo 19). Comunicación personal.

Restrepo, R. (2026, mayo 12). Comunicación personal.

Bibliografía

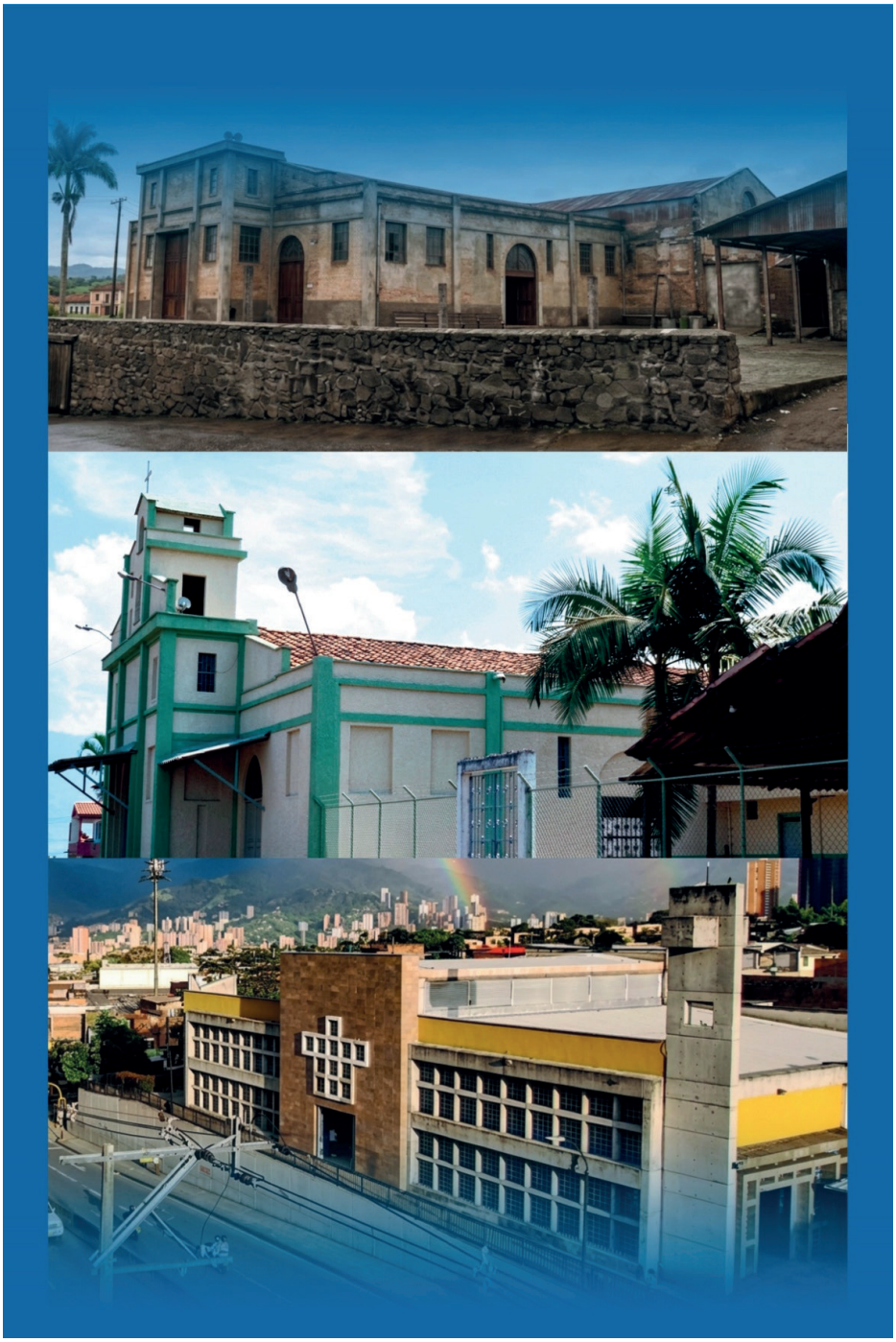
Agudelo Ángel, J. C. (2024). *Semblanzas de mi pueblo: Itagüí años 1910 al 2000*. Todográficas Ltda.

Luján Villegas, L. O., y Posada Arango, C. M. (2023). *Hitos de cultura en Itagüí: aproximaciones e insistencias*. Todográficas.

Molina Arredondo, A., y Hoyos Agudelo, G. (1994). *Historia de Itagüí*. Ediciones gráficas Ltda. https://repositorio.bibliodem.org/handle/123456789/219

Osorio Ramírez, M. A. (2018). *Itagüí, historia social y cultural 1831-2018*. Centro de Historia de Itagüí.

Santos, M. (1994). El retorno del territorio. En M. L. Silveira (Org.), *De la totalidad al lugar* (pp. 15-20). ORSTOM/EGAL/Universidad de São Paulo. https://www.academia.edu/42779861/Santos_M_1996_El_retorno_del_territorio_



Archivo de *Frank Chavarriaga Escobar*



Archivo de *Frank Chavarriaga Escobar*

La parroquia que cambió el nombre al barrio: de San Antonio a San Gabriel, transformación barrial y social

Por *Frank Chavarriaga Escobar*

Los barrios y sus parroquias constituyen verdaderos archivos vivientes de la historia. En ellos permanecen las huellas del esfuerzo, los sueños y la fe de quienes levantaron sus calles, edificaron sus viviendas y consolidaron sus comunidades. La historia de nuestro barrio no solo permite comprender el presente y las transformaciones que han acompañado el paso del tiempo, sino también preservar la memoria colectiva, valorar el legado de las generaciones anteriores y reconocer el camino recorrido en la construcción de nuestra identidad. Recordar el ayer es, en definitiva, comprender mejor el presente y asumir con responsabilidad la tarea de construir el futuro.

Estas breves líneas introductorias buscan llevar al lector a comprender que los barrios poseen una configuración que obedece a múltiples factores de poblamiento; el primero es la migración hacia el mundo urbano, el segundo, el surgimiento de nuevas empresas y el desarrollo económico, social, urbanístico y cultural. Estas son ideas clave a la hora de investigar la llegada a Itagüí de numerosos pobladores a finales del siglo XX. Este fenómeno se desarrolló principalmente en Medellín, ciudad que

dejó de ser una villa para convertirse en un espacio distante de la antigua comarca, experimentando una transformación significativa de pueblo con catedral a ciudad en expansión que permeó los municipios vecinos y sus corregimientos.

El proceso migratorio no puede entenderse como un hecho meramente individual; constituye, en esencia, un asunto familiar que transforma lugares y consolida comunidades en espacios como parroquias y barrios. El caso de Itagüí es particularmente interesante, aunque desde 1774 se buscaba su erección como curato, el proceso no se concretó entonces. Resulta significativo leer el documento enviado desde la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín al Obispo de Popayán, el Ilustrísimo Jerónimo Antonio de Obregón y Mena, en el cual se proponía la creación de dos nuevas parroquias. Allí, don Juan Salvador de Villa y Castañeda, vicario provincial expresaba:

> "Habiéndose aumentado el número de la feligresía de este curato [Nuestra Señora de la Candelaria] en tanto grado, que hallo no poder cumplir con mi obligación, aunque en diferentes partes tengo proveído de sacerdotes que administren y continuamente tengo inquieta la conciencia, por no poderme cerciorar si los dispersos feligreses cumplen con el precepto de la misa y se instituyen en los misterios necesarios para su eterna salvación. Por tanto, y para asegurar en cuanto está de mi parte la mía, hago resignación de dos gajos de este curato de Medellín y los pongo en manos de vuestra señoría ilustrísima para que les provea de párrocos propios, siendo el primero en el río arriba de esta villa desde la quebrada de Yura por este lado de la villa; y por el otro lado desde la quebrada que llaman de Doña María, incluyéndose los habitadores y feligreses que hay en Prado, todo de un lado y otro del río desde dichas quebradas hasta donde finaliza este curato río arriba. Y en este primer gajo hay de feligresía, chicos y grandes, más de dos mil almas". (Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Medellín [AHAM], Fondo Curatos, Erección y provisión de las parroquias de Itagüí y Hato Viejo, fol. 1, R-V).

En 1775, el proceso de erección del curato favoreció a Envigado; solo el 25 de febrero de 1832 se formalizó la erección de Itagüí. Por ello, resulta paradójico el proceso histórico eclesiástico del sur del Valle de Aburrá. Como señalan Hoyos Agudelo, Molina Arredondo y Sánchez Franco

(1992), Itagüí no siguió el modelo tradicional de fundación de ciudades, villas y parroquias, pues su configuración urbana fue el resultado de un proceso de ocupación progresiva del territorio. Para finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, su población creció notablemente.

Las parroquias ubicadas en el Valle de Aburrá entre 1659 y 1899 eran trece. Esta cifra no incluye las del Oriente antioqueño ni las de otros lugares sobre los cuales la Diócesis de Medellín ejercía jurisdicción durante ese mismo periodo. Entre 1900 y 1950 se crearon otras nueve parroquias, lo que permite tener una visión del crecimiento del Valle de Aburrá durante la primera mitad del siglo XX. De este segundo grupo, siete se ubicaron en Medellín y una en lo que hoy corresponde al municipio de Sabaneta.

La configuración de nuevas parroquias permite vislumbrar el crecimiento y el forjamiento de los barrios. El territorio deja de ser plenamente un pueblo y, gracias al poblamiento urbano, asume nuevas características sociales. Los archivos parroquiales permiten observar la vida de estas comunidades desde perspectivas renovadas. No puede negarse que, para entonces, el precepto religioso tenía un profundo valor en la vida social.

1. Espacios en crecimiento

La migración hacia el mundo urbano, el nacimiento de nuevas empresas y la exploración de espacios hasta entonces poco habitados en el Valle de Aburrá, particularmente en municipios como Medellín, Itagüí, Bello y Envigado, constituyen elementos clave para comprender el crecimiento poblacional experimentado durante el siglo XX. El Valle de Aburrá registró un notable desarrollo económico, social, urbanístico, cultural e incluso religioso, favorecido por el proceso migratorio de habitantes provenientes de diversos pueblos de Antioquia hacia Medellín y los municipios circundantes. De esta manera, comenzó a vislumbrarse una nueva configuración territorial y social. Como reafirma el profesor Víctor Álvarez Morales (1996), el desarrollo industrial antioqueño experimentó un notable crecimiento durante las primeras décadas del siglo XX.

1.1. Ciudad en crecimiento

Desde finales del siglo XIX, Medellín se consolidaba como un espacio que progresaba significativamente en el número de sus habitantes. Según

Ramírez Patiño y León Vargas (2013), «el crecimiento del distrito desde 1905 hasta 1927 corresponde al 118 %. En relación con el departamento, la concentración poblacional de Medellín permaneció hasta 1928 por debajo del 10 %, mientras que la cifra para todo el Valle de Aburrá asciende en 1905 al 12,6 % y en 1928 al 15,2 %».

Estas cifras permiten observar el proceso migratorio de los pueblos hacia la ciudad y el surgimiento de una nueva estructura social y familiar, cuya consolidación puede rastrearse a través de la creación de nuevas parroquias. La industria, en constante expansión, generó una creciente demanda de mano de obra, haciendo cada vez más visible el fenómeno migratorio y promoviendo un acelerado crecimiento urbanístico y demográfico, tal como lo evidencian los datos anteriormente citados.

Según Álvarez Morales (1996), aproximadamente dos terceras partes de los habitantes de Medellín durante este período provenían de procesos migratorios vinculados con pobladores de Itagüí, Bello y Envigado. Por su parte, Ramírez Patiño y León Vargas (2013) registran cerca de 15.000 bautizos en diez municipios del Valle de Aburrá y aproximadamente 25.000 matrimonios celebrados en cinco parroquias de Medellín entre 1944 y 1970.

Estos datos resultan significativos, pues permiten evidenciar no solo cuáles eran las parroquias con mayor incidencia pastoral —generalmente las más antiguas de Medellín—, sino también cómo el aumento de la población migrante llevó a la Arquidiócesis de Medellín a crear nuevas parroquias en barrios aledaños al centro de la ciudad y en diversos municipios del Valle de Aburrá, hoy integrados al Área Metropolitana del Valle de Aburrá. Esta expansión respondió al constante crecimiento de los habitantes y a la necesidad de atender adecuadamente la vida religiosa de las nuevas comunidades.

1.2. Industria en desarrollo

Medellín dejó de ser una villa para convertirse en una ciudad en expansión. Un proceso similar se vivió en municipios como Itagüí, Bello y Envigado, donde se produjo una transformación significativa en la configuración urbana y social. Estos espacios se convertirían posteriormente en parte fundamental de la capital industrial antioqueña, escenario en el que los procesos productivos experimentaron cambios sustanciales.

La transformación urbana y económica del Valle de Aburrá fue posible gracias al ingenio de numerosos empresarios, muchos de ellos originarios de poblaciones rurales, quienes impulsaron importantes iniciativas productivas y consolidaron grandes empresas. Sin embargo, este proceso no puede entenderse sin la participación de miles de trabajadores provenientes del mundo rural, quienes migraron hacia los centros industriales en busca de oportunidades laborales.

Si bien el espíritu emprendedor de los empresarios antioqueños del siglo XX representa uno de los pilares del desarrollo económico regional, también es necesario reconocer el papel fundamental de los migrantes llegados desde pueblos vecinos. Fueron ellos quienes constituyeron la principal fuerza laboral de las industrias y quienes, al establecerse en nuevos sectores del territorio, contribuyeron a transformar espacios antes poco habitados en barrios organizados y dinámicos.

Los matrimonios eclesiásticos constituyen igualmente una evidencia significativa de este proceso de asentamiento poblacional. El crecimiento demográfico observado durante este período estuvo estrechamente relacionado con la llegada de trabajadores provenientes de los sectores agrícola, pecuario y rural, quienes encontraron en las industrias del Valle de Aburrá nuevas posibilidades de desarrollo económico y social. Su presencia contribuyó no solo al fortalecimiento de la producción industrial, sino también a la consolidación de comunidades barriales y parroquiales que marcaron la configuración urbana de la región durante la segunda mitad del siglo XX.

2. Vida eclesiástica del Valle de Aburrá

2.1. Parroquias entre 1659 y 1899

Las parroquias ubicadas en Medellín y sus alrededores entre 1659 y 1899 sumaban trece; el siguiente elenco corresponde a las parroquias registradas en la base de datos utilizada para este estudio, de ellas, dos (2 y 11) se encontraban en la zona céntrica de Medellín; tres más (6, 7 y 13) estaban ubicadas en sectores que, aunque cercanos, aún no se encontraban plenamente integrados a la ciudad; y las restantes se distribuían en poblaciones que hoy conforman el Valle de Aburrá (1, 3, 4, 5, 8, 9, 10 y 12). En la siguiente tabla, las parroquias se presentan organizadas según el año de creación o erección canónica:

	Creación	Parroquia	Ciudad
1	1659/17/11	Nuestra Señora de la Asunción	Copacabana
2	1659/17/11	Nuestra Señora de la Candelaria	Medellín
3	1771/15/03	San Cristóbal	Corregimiento
4	1775/13/07	Nuestra Señora del Rosario (Bello)	Bello
5	1775/13/07	Santa Gertrudis	Envigado
6	1818/07/03	Nuestra Señora de Belén	Medellín
7	1832/25/02	Nuestra Señora de los Dolores - Robledo	Medellín
8	1832/25/02	Nuestra Señora del Rosario - Itagüí	Itagüí
9	1832/25/02	Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá	La Estrella
10	1876/01/12	San José - El Poblado	Medellín
11	1883/22/12	La Veracruz	Medellín
12	1888/30/11	San Antonio de Prado	Corregimiento
13	1898/18/04	Nuestra Señora de los Dolores - La América	Medellín

Tabla 1. Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín hasta 1961. Fuente: Chavarriaga Escobar, F. (2026), archivo personal.

La organización cronológica de estas parroquias permite comprender que su antigüedad está estrechamente relacionada con los procesos tempranos de poblamiento y consolidación territorial. Cada una de ellas constituyó un punto de referencia para la organización social, religiosa y comunitaria de los habitantes de la región. La distribución de estas parroquias permite observar que, durante más de dos siglos, la expansión eclesiástica fue relativamente lenta y estuvo estrechamente ligada a los procesos de ocupación territorial y crecimiento demográfico. Las parroquias surgían allí donde existía una población estable que demandaba atención espiritual y administración sacramental.

2.2. Parroquias entre 1900 y 1950

La creación de estas nuevas jurisdicciones eclesiásticas evidencia el fortalecimiento de los procesos de urbanización y la necesidad de acercar los servicios religiosos a comunidades cada vez más numerosas. La Iglesia respondió a las transformaciones sociales y demográficas mediante la fundación de nuevas parroquias que facilitaran la atención pastoral de los fieles.

Entre 1900 y 1950 se crearon ocho nuevas parroquias, hecho que permite dimensionar el crecimiento del Valle de Aburrá durante la primera mitad del siglo XX. De este grupo, siete se establecieron en Medellín (14, 15, 16, 17, 18, 19 y 21), mientras que una de ellas se ubicó en el actual municipio de Sabaneta (20).

	Creación	Parroquia	Ciudad
14	1922/11/04	Nuestra Señora del Sufragio – Boston	Medellín
15	1931/09/07	Nuestra Señora del Sagrado Corazón - Buenos Aires	Medellín
16	1931/09/07	San José -Centro	Medellín
17	1934/01/01	Templo (No Parroquial) San Juan de Dios	Medellín
18	1941/24/12	El Calvario – Campo Valdés	Medellín
19	1941/24/12	El Sagrado Corazón de Jesús - Centro	Medellín
20	1943/10/07	Santa Ana – Santuario de María Auxiliadora	Sabaneta
21	1950/11/08	La Catedral	Medellín

Tabla 2. Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín entre 1900 y 1950. Fuente: Chavarriaga Escobar, F. (2026), archivo personal.

La concentración de nuevas parroquias en Medellín refleja el crecimiento sostenido de la ciudad y su consolidación como principal centro económico y poblacional de Antioquia. Al mismo tiempo, la aparición de nuevas sedes parroquiales en municipios vecinos evidencia la expansión progresiva del Valle de Aburrá y la formación de nuevos núcleos urbanos. Estos nuevos núcleos urbanos impulsaron la aparición de servicios médicos, centros educativos y espacios culturales, algunos promovidos por la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín.

2.3. Parroquias entre 1951 y 1960

El período comprendido entre 1951 y 1960 constituyó un verdadero punto de inflexión para la organización eclesiástica del Valle de Aburrá, durante estos años se produjo un notable incremento en la creación de parroquias: 25 en Medellín, 3 en Bello, 1 en Itagüí y 1 en Envigado. Este crecimiento revela no solamente una respuesta pastoral de la Arquidiócesis de Medellín, sino también la acelerada expansión urbana que experimentó la región durante la década de 1950.

22	1951/08/08	Nuestra Señora de los Dolores-Las Estancias	Medellín
23	1951/28/08	Cristo Rey	Medellín
24	1951/28/08	El Niño Jesús de Praga	Medellín
25	1951/28/08	El Sagrario	Medellín
26	1951/28/08	El Salvador	Medellín
27	1951/28/08	La Milagrosa	Medellín
28	1951/28/08	La Sagrada Familia	Medellín
29	1951/28/08	La Santísima Trinidad	Medellín
30	1951/28/08	Nuestra Señora de Fátima	Medellín
31	1951/28/08	Nuestra Señora de la Asunción	Medellín
32	1951/28/08	Nuestra Señora del Carmen - San Javier	Medellín
33	1951/28/08	Nuestra Señora del Perpetuo Socorro	Medellín
34	1951/28/08	Nuestra Señora del Pilar	Medellín
35	1951/28/08	San Cayetano	Medellín
36	1951/28/08	Santa Ana - Manrique	Medellín
37	1951/28/08	Santa Teresita del Niño Jesús	Medellín
38	1952/27/08	San Isidro Labrador	Medellín
39	1952/28/08	San Judas Tadeo	Medellín
40	1952/31/01	San Joaquín	Medellín
41	1955/16/02	San José - Envigado	Envigado
42	1956/08/08	San Pío X	Itagüí
43	1957/15/05	Santa Rosa de Lima	Medellín
44	1957/19/02	El Espíritu Santo	Medellín
45	1958/15/08	San José Obrero	Bello
46	1959/02/02	Nuestra Señora del Carmen - Bello	Bello
47	1959/02/10	El Santo Cura de Ars	Medellín
48	1959/09/10	Nuestra Señora de Chiquinquirá	Bello
49	1959/15/02	La Inmaculada	Medellín
50	1960/11/10	Hospital San Vicente de Paúl	Medellín
51	1960/24/05	María Auxiliadora - Acevedo	Medellín

Tabla 3. Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín entre 1951 y 1960. Fuente: Chavarriaga Escobar, F. (2026) archivo personal.

La Iglesia dejó de concentrar su presencia en el centro tradicional de la ciudad y comenzó a establecer nuevas parroquias en barrios periféricos y sectores de reciente poblamiento. La expansión parroquial acompañó el desarrollo de nuevas urbanizaciones, la llegada masiva de población migrante y la consolidación de comunidades barriales que requerían espacios de encuentro, organización social y práctica religiosa.

La fundación de estas parroquias constituye un indicador significativo de los cambios sociales experimentados por Medellín y los municipios vecinos. Cada nueva parroquia representó la consolidación de una comunidad estable, con identidad propia y con capacidad para sostener una dinámica pastoral permanente. Durante este período comenzó a consolidarse la nomenclatura de calles y carreras en Medellín y en los municipios vecinos.

2.4. Parroquias de 1961

La configuración de los barrios y municipios del Valle de Aburrá ya demostraba, para comienzos de la década de 1960, una transformación profunda, el territorio había dejado atrás muchas de las características propias de un ambiente rural o de pueblo para asumir dinámicas claramente urbanas. El aumento de los matrimonios, bautismos y demás sacramentos administrados por la Iglesia Católica demuestra el crecimiento de la población y la consolidación de nuevas comunidades que buscaban en sus propios barrios los sacramentos. Como respuesta a esta realidad, el 2 de febrero de 1961 se produjo uno de los acontecimientos más significativos en la historia eclesiástica de la región: la creación simultánea de treinta y tres parroquias en un mismo día. Según la información consultada, una cifra semejante no se ha repetido desdes entonces.

En esta fecha se erigieron veintidós parroquias en Medellín, cinco en Bello, tres en Itagüí y tres en Envigado. Este hecho constituye una clara evidencia del crecimiento demográfico y urbano de estos municipios, así como de la necesidad de establecer nuevas comunidades parroquiales capaces de responder a las necesidades espirituales y sociales de los habitantes. Los nuevos barrios requerían espacios propios para la celebración de los sacramentos, la formación cristiana y la construcción de la identidad comunitaria. Las parroquias surgieron entonces como centros de referencia para comunidades en proceso de consolidación.

52		Cristo Sacerdote	Medellín
53		San Blas	Medellín
54		El Buen Pastor	Medellín
55		El Divino Redentor	Itagüí
56		Jesús de la Buena Esperanza	Medellín
57		La Maternidad Divina	Itagüí
58		La Preciosa Sangre	Bello
59		Nuestra Señora de las Nieves	Medellín
60		Nuestra Señora de Lourdes	Medellín
61		San Bartolomé	Medellín
62		San Bernardo	Medellín
63		San Eduardo Rey	Bello
64		San Fernando Rey	Medellín
65		San Gabriel Arcángel	Itagüí
66		San Juan Bautista Precursor	Medellín
67		San Juan Evangelista	Medellín
68		San Lucas	Medellín
69		San Luis Beltrán	Medellín
70		San Marcos	Envigado
71		San Mateo	Envigado
72		San Pedro Claver	Medellín
73		San Pedro y San Pablo	Medellín
74		San Policarpo	Medellín
75		San Rafael	Envigado
76		San Vicente de Paúl	Medellín
77		San Vicente Ferrer	Medellín
78		Santa Catalina Labouré	Bello
79		Santa Elena	Medellín
80		Santa Inés - Bello	Bello
81		Santa Lucía	Medellín
82		Santa María Goretti	Bello
83		Santa Mónica	Medellín
84		Santo Tomás de Aquino	Medellín

Tabla 4. Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín hasta 1961. Fuente: elaboración de F. Chavarriaga Escobar (2026), con base en archivos personales).

Estos datos permiten afirmar que la expansión parroquial fue paralela al crecimiento urbano, la Iglesia no solamente acompañó la transformación de los territorios, sino que contribuyó activamente a la consolidación de comunidades locales mediante la creación de espacios de encuentro, participación y cohesión social. A diferencia de Medellín, Itagüí no contó durante buena parte de su historia con impulsos para reorganizar el territorio de manera decidida en su desarrollo urbano. Como señalan diversos estudios históricos: «A diferencia de Medellín, Itagüí no tuvo una élite local que se preocupara por su desarrollo. Para comienzos del siglo XIX, Itagüí y, en general, la zona sur presentaba un aspecto marcadamente rural, no muy distante del que caracterizó los primeros siglos de su formación».

En este contexto, los sectores cercanos a empresas como Curtimbres, Cervecería Antioqueña, Satexco, Sedeco, Tejido Unión, Coltejer y otras industrias menores se convirtieron en espacios propicios para el surgimiento de nuevos barrios y parroquias. Aunque gran parte de la población mantenía condiciones educativas y sanitarias precarias, ello no constituyó un obstáculo para el desarrollo de proyectos de vivienda obrera y la consolidación de nuevas comunidades. Como señala Osorio Ramírez (2018), "La población mayoritariamente campesina tenía precarias condiciones educativas y de salud pública".

Entre 1832 y 1961 se crearon cinco parroquias en Itagüí. Resulta particularmente significativo observar que entre la fundación de la primera y la segunda transcurrieron ciento veinticuatro años, mientras que entre la segunda y las tres últimas apenas pasaron cinco años, y tres de ellas fueron erigidas en una misma fecha 2 de febrero de 1961, hecho que evidencia la rapidez con la que se estaba transformando el municipio.

LG[19]	Creación	Nombre	Ubicación
8		Nuestra Señora del Rosario	Itagüí - Centro
42		San Pío X	Itagüí - Cervecería
55		El Divino Redentor	Itagüí - Sector textil
57		La Maternidad Divina	Itagüí - Central Mayorista
65		San Gabriel Arcángel	Itagüí - Ruta a San Antonio de Prado

Tabla 5. Chavarriaga Escobar, F. (2026). Parroquias de la Arquidiócesis de Medellín hasta 1961. [Parroquial]. Fuente (Archivos personales).

19 Ubicación en creación cronológica hasta 1961.

La anterior tabla permite identificar que las parroquias fueron ubicadas estratégicamente en sectores vinculados al desarrollo industrial. Muchos de los trabajadores de las fábricas eran, al mismo tiempo, habitantes de los nuevos barrios y miembros activos de las comunidades parroquiales. No me detendré a analizar las tres parroquias surgidas entre Nuestra Señora del Rosario y San Gabriel Arcángel. Sin embargo, desde una perspectiva cartográfica resulta interesante observar que, entre la Parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria, fundada en 1659, y los actuales municipios del sur del Valle de Aburrá, únicamente existía la Parroquia de Santa Gertrudis de Envigado, erigida en 1775. Posteriormente, en 1831 surgió la parroquia de Heliconia.

La creación de la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Itagüí, en 1832, representó una solución para reducir las distancias que los fieles debían recorrer para participar en la misa y recibir los sacramentos. Más adelante, en 1888, la creación de la Parroquia de San Antonio de Prado respondió a una necesidad similar, facilitando la atención pastoral de comunidades cada vez más numerosas.

Entre la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario y la Parroquia de San Antonio de Prado se erigió la Parroquia de San Pío X en 1956. Cinco años después, en 1961, surgió la Parroquia de San Gabriel Arcángel, ubicada entre ambas jurisdicciones. Este hecho permite comprender que dichos sectores registraban un crecimiento poblacional considerable, suficiente para que la Arquidiócesis de Medellín promoviera la creación de nuevas parroquias destinadas a atender las necesidades espirituales y comunitarias de sus habitantes.

La fundación de la Parroquia de San Gabriel Arcángel no debe interpretarse únicamente como un acontecimiento religioso. Su creación constituye también un indicador del proceso de transformación social, urbana y demográfica que experimentaba Itagüí durante la segunda mitad del siglo XX. La parroquia surgió en un contexto de expansión barrial y consolidación comunitaria, convirtiéndose en un referente fundamental para la construcción de identidad y pertenencia en un territorio que se encontraba en plena formación.

3. Barrio San Antonio

3.1. Asentamiento poblacional

En el Libro de Actas de Creación de Parroquias del Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Medellín aparece el registro correspondiente a la creación de la parroquia, sus límites territoriales y el nombramiento de su primer párroco. El decreto establece: «Parroquia n.º 78. San Gabriel Arcángel, barrio San Antonio en Itagüí» (Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Medellín [AHAM], Libro de Creación de Parroquias, fol. 116). Esta información permitió plantear, desde el inicio de la investigación, la hipótesis acerca del lugar donde fue erigida la parroquia.

Desde mediados de la década de 1950, el barrio San Antonio comenzó a consolidarse como un pequeño asentamiento en expansión poblacional. Este dato permite plantear la hipótesis de que, desde sus inicios, el lugar donde posteriormente se erigió la parroquia formaba parte de unos potreros pertenecientes a la "hacienda ganadera llamada Triana, que tenía como propietario al señor Ricardo Correa" (López Bustamante, 2025). Su ubicación estratégica, entre el corregimiento de San Antonio de Prado y el municipio de Itagüí, favoreció el crecimiento poblacional y el desarrollo urbano. A ello se sumó la adjudicación de terrenos y viviendas por parte del Instituto de Crédito Territorial, entidad que impulsó significativamente la ocupación del sector.

Conviene señalar que, entre las décadas de 1920 y 1940, la economía de la zona estuvo estrechamente vinculada a las actividades de arriería y al comercio de tabaco, aguardiente y madera. Estas dinámicas económicas contribuyeron a la articulación de los territorios rurales con los centros urbanos emergentes del sur del Valle de Aburrá. La reorganización territorial permite comprender cómo los sectores en proceso de crecimiento adquirieron una importancia estratégica dentro de la configuración urbana y eclesiástica de la región.

En este contexto, el barrio San Antonio —actual barrio San Gabriel— ocupó una posición privilegiada al encontrarse entre la parroquia de San Antonio de Prado y la parroquia San Pío X, creada cinco años antes. Asimismo, la cercanía con las rutas de comunicación favoreció la llegada de habitantes procedentes de municipios vecinos, especialmente de las zonas limítrofes con Heliconia, Armenia y Jericó. Muchos de ellos se desempeñaban como arrieros y agricultores que abastecían

los mercados locales, mientras que otros llegaron atraídos por las oportunidades laborales ofrecidas por la industria textil, particularmente por la empresa Coltejer.

Un testimonio oral permite comprender mejor este proceso de poblamiento y vinculación laboral con la industria textil en el sector. Al respecto, Carlos Alberto Diosa García recuerda: "Mi papá era trabajador de Coltejer, compró la casa donde vive actualmente mi mamá y mis hermanas. Yo fui también, junto con mi hermano, trabajador de Coltejer. Ser de la misma familia ayudaba al ingreso en la fábrica de producción; por ello nosotros, junto con otros vecinos que trabajaban en Coltejer, llegamos a vivir al sector El Crédito" (Carlos Alberto Diosa García, comunicación personal, 22 de marzo de 2026).

El anterior testimonio se une al de otros habitantes del sector, quienes coinciden en señalar la importancia de la industria textil y de los programas estatales de vivienda en la consolidación del barrio. Al respecto, Martha Cecilia Yepes Roldán expresó: "Mi hermano Samuel compró esta casa a una señora; él trabajaba en Coltejer. Nosotros vivíamos en Sabaneta, por ello llegamos al barrio. Muchas de estas casas fueron vendidas o adjudicadas por el Instituto de Crédito Territorial" (Martha Cecilia Yepes Roldán, comunicación personal, 30 de abril de 2026).

Los testimonios evidencian la presencia significativa de trabajadores de Coltejer en el barrio San Antonio y su importancia en el proceso de poblamiento. Sin embargo, también se asentaron en el sector familias vinculadas a otras industrias de la región, entre ellas la Cervecería Unión. En este sentido, Óscar Cruz Tamayo recuerda: "Nosotros llegamos al sector porque mi papá fue trabajador de Cervecería Unión —cuando era buena—", y añade que "el Instituto de Crédito Territorial y hasta la misma empresa ayudaban a los trabajadores en la consecución del terreno; los fines de semana se hacían comitivas familiares para ir levantando la casa" (Óscar Cruz Tamayo, comunicación personal, 2 de mayo de 2026).

Las referencias al apoyo brindado por el Instituto de Crédito Territorial son constantes dentro de la memoria colectiva del sector. Son varios los testimonios que destacan el papel desempeñado por dicho Instituto en la consolidación habitacional del sector. De hecho, el denominado sector El Crédito conservó durante muchos años una tipología urbana propia de las urbanizaciones promovidas por esta entidad. La memoria colectiva del

barrio recuerda que “entre los pioneros [estaban] la familia Escobar Jiménez, Restrepo, Henao, Amed” (Diosa Ceballos, 2025).

Los relatos también permiten reconstruir el poblamiento de los sectores aledaños. El área actualmente conocida como El Ideal recibió un importante flujo migratorio de familias procedentes de Heliconia y Armenia, cuyos integrantes adquirieron terrenos y construyeron allí sus viviendas. Entre ellas sobresalen las familias Chavarriaga Álvarez, Chavarriaga Gómez y Chavarriaga Torres, cuyos descendientes aún conservan sus residencias en el barrio y forman parte activa de la comunidad.

3.2. Creación de la Parroquia

Si bien el número de pobladores de San Antonio de Prado se encontraba en constante crecimiento, situación similar se presentaba en el municipio de Itagüí. A ello la migración del campo a la ciudad y el naciente fortalecimiento industrial constituyeron factores determinantes, aspecto que se explicó al inicio de este texto. La organización territorial de la Arquidiócesis de Medellín y el proyecto de creación de nuevas parroquias contaron con la supervisión del importante político, estadista y gerente Jorge Restrepo Uribe. Este proceso fue un punto de partida para el progreso del Valle de Aburrá y permitió la organización en vicarías foráneas territoriales, «como un sistema de descentralización; de esta forma se facilitó la creación de nuevas parroquias, con lo que se logró un mejor servicio de la Iglesia para con sus feligreses y una mejor administración de las parroquias» (Restrepo Uribe, 1981).

Por tanto, ante el número considerable de fieles, el deseo de contar con un espacio para la práctica de la religión católica y la intersección estratégica entre el municipio de Itagüí y el corregimiento de San Antonio de Prado, se creó la quinta parroquia del municipio:

> **PARROQUIA N.° 78: SAN GABRIEL ARCÁNGEL (Barrio San Antonio - Itagüí)** «Por el noreste, con el lindero actual entre las parroquias de Nuestra Señora del Rosario y San Pío X, y desde la quebrada Doña María hasta el alto de El Manzanillo; por el noroeste, con la quebrada Piedra Gorda desde el alto de El Manzanillo hasta la quebrada Doña María y, cruzando la quebrada, sigue por la quebrada Manguala desde la Doña María hasta el lindero con la parroquia de San Antonio de Prado; sigue lindando con la parroquia de San Antonio de Prado hasta

> encontrar la quebrada La Sardina o su prolongación; siguiendo por la quebrada La Sardina hasta la quebrada Doña María y luego por la quebrada Doña María abajo hasta el punto de partida» (AHAM, Libro de Creación de Parroquias, fol. 116).

La parroquia San Gabriel Arcángel fue erigida canónicamente mediante el Decreto N° 232 del 2 de febrero de 1961 por monseñor Tulio Botero Salazar, arzobispo de Medellín. Su creación hizo parte del proceso de ordenamiento territorial impulsado por el crecimiento poblacional y la necesidad de fortalecer la vida parroquial dentro de la arquidiócesis. Si se observa el territorio segregado para su conformación, puede entenderse que comprendía una porción significativa de San Antonio de Prado y la zona sur del municipio de Itagüí. A continuación, se presenta una interpretación de dichos límites para facilitar su comprensión actual:

- **Por el noreste.** Anterior: «el lindero actual entre las parroquias de Nuestra Señora del Rosario y San Pío X» (AHAM, Libro de Creación de Parroquias, fol. 116). Actual: lo que hoy corresponde al sector de Ditaires, sus zonas aledañas y hasta el alto de El Manzanillo, pasando por la quebrada Doña María.
- **Por el noroeste.** Anterior: «con la quebrada Piedra Gorda desde el alto de El Manzanillo hasta la quebrada Doña María y cruzando la quebrada sigue hasta la quebrada Manguala» (AHAM, Libro de Creación de Parroquias, fol. 116). Actual: el territorio comprendido entre la vereda La María, Territorio Verde, La Pradera y el antiguo centro vacacional Singapur.
- **Por el norte.** Anterior: «la quebrada Manguala desde la Doña María hasta el lindero con la parroquia de San Antonio de Prado» (AHAM, Libro de Creación de Parroquias, fol. 116). Actual: los sectores de La Manguala, El Vergel y la intersección con la vía nueva.
- **Por el noroccidente.** Anterior: «sigue lindando con la parroquia de San Antonio de Prado hasta encontrar la quebrada La Sardina o su prolongación» (AHAM, Libro de Creación de Parroquias, fol. 116). Actual: la vía nueva que pasa por la UVA de San Antonio de Prado, Altos de Barichara y continúa hasta los límites con La Estrella, cerca del Colegio Luis Amigó.
- **Por el noroccidente.** Anterior: «La Sardina o su prolongación, siguiendo por la quebrada La Sardina hasta la quebrada Doña María y luego por la quebrada Doña María abajo hasta el punto de partida» (AHAM, Libro de Creación de Parroquias, fol. 116). Actual: los límites con el municipio de La Estrella y el trazado de la vía nueva hasta el sector de Ditaires.

El siguiente gráfico ofrece una noción clara de la territorialidad parroquial. Se trataba de un territorio extenso y diverso. Como dato significativo, la custodia que conserva la parroquia lleva una inscripción que indica que fue una donación realizada por la comunidad de La Manguala.

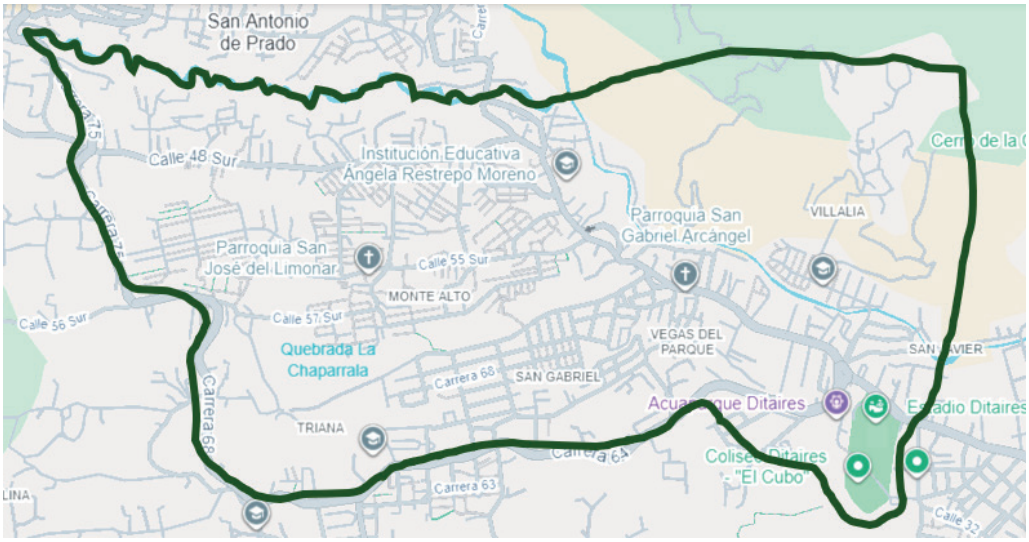


Ilustración 1. Linderos de la Parroquia San Gabriel en 1961. Elaboración de F. Chavarriaga Escobar (2026). Fuente: archivos personales.

La amplitud del territorio parroquial puede apreciarse también a través de testimonios personales de quienes participaron activamente en la vida de la comunidad. Al respecto, recuerdo: “Era la Semana Santa de 1994; aún recuerdo que la procesión de Domingo de Ramos salió desde la entrada de La Pradera, un recorrido largo. Cantaba Idalia Betancur y demás señoras de la parroquia durante el paso entre el corregimiento y el municipio hasta llegar al templo parroquial, durante el recorrido cantaban los cantos propios del día” (F. Chavarriaga Escobar, comunicación personal, 30 de enero de 2026).

Asimismo, recuerdo que, en 1998 el viacrucis partió desde la Urbanización San Agustín, ascendiendo por los terrenos donde actualmente se encuentra la denominada Calle Nueva, desde Ditaires hasta el sector Celoplast. Estos recorridos, de gran extensión, congregaban a numerosos fieles y eran acompañados por dramatizaciones que fortalecían la vivencia comunitaria de la fe. Desde distintos lugares del territorio parroquial, los habitantes acudían masivamente para participar en los diversos actos

litúrgicos de la Semana Santa (F. Chavarriaga Escobar, comunicación personal, 30 de enero de 2026).

Ahora bien, el señor Suso Acosta hizo donación del terreno para la construcción del templo parroquial. Entre 1961 y 1970 se desarrolló una primera construcción, de dimensiones modestas, aunque no se conservan muchas fotografías de sus dimensiones originales, puede afirmarse que era más parecida a una capilla que a un templo de grandes proporciones. El edificio colindaba con la recordada «manga del padre», terreno anexo al templo y a la casa cural que servía de acceso al sector El Crédito.

Esta obra contó con el empeño del presbítero Hernán Montoya Hurtado, hombre de gran capacidad de convocatoria y reconocido gestor social de la parroquia. Durante su corto tiempo al frente de la comunidad adelantó importantes esfuerzos para consolidar la vida parroquial. A este trabajo se sumó el pastoreo de los presbíteros Nevardo Restrepo, en 1962, y Jaime Gómez Madrid, entre 1962 y 1963.

Prosiguió esta labor el presbítero José Jesús Giraldo, párroco entre 1963 y 1974, quien falleció mientras ejercía su ministerio en esta parroquia. Trabajó arduamente por la construcción de un nuevo templo, de mayores proporciones, en una época marcada por importantes luchas sociales encaminadas a mejorar el transporte, el acceso al agua potable y la pavimentación de las vías.

Tras la muerte del presbítero José Jesús Giraldo llegó el recordado presbítero Pedro Nel Torres Giraldo, párroco entre 1974 y 1983, quien continuó con empeño la construcción del templo que había quedado en proceso por su antecesor. Confesor, predicador, hombre de carácter firme y espíritu libre, trabajó incansablemente por la edificación del Pueblo de Dios y por la culminación de las obras del templo parroquial.

Merece una mención especial la figura del presbítero Pedro Nel Torres Giraldo, recordado por muchos habitantes del sector por su liderazgo social y pastoral. Hablar de él es evocar una época en la que las luchas sociales del barrio adquirieron una especial intensidad bajo el acompañamiento de un sacerdote comprometido con las necesidades de su comunidad. Sobre su labor, el periodista Juan José Hoyos Naranjo escribió:

> «Se unió a un grupo de sacerdotes jóvenes que optaron por dedicar su vida a trabajar por la gente más pobre. Su labor no

> fue fácil. Tanto él como sus compañeros chocaron muy pronto con las jerarquías eclesiásticas de la época. Desde entonces fue señalado por sus superiores como un cura rebelde. Así lo recordamos siempre quienes lo conocimos y apreciamos. Cuando era párroco de la iglesia de San Gabriel Arcángel, en Itagüí, fue separado de su cargo por orden del cardenal Alfonso López Trujillo. Y no solo perdió su parroquia, también se quedó sin casa» (Hoyos Naranjo, 2014).

Con la llegada, en 1983, del presbítero Próspero Arboleda García, el templo culminó las obras de su torre principal. Asimismo, se desarrolló una importante labor de ornamentación interior en madera y dotación de mobiliario. Las bancas, sillas, altar, ambón, atriles y retablo del sagrario fueron elaborados con materiales de excelente calidad y enriquecidos con símbolos cristianos de gran significado y belleza.

De este segundo templo, por llamarlo así, la comunidad parroquial conserva numerosos recuerdos. Las celebraciones de Semana Santa se distinguían por la solemnidad de sus imágenes procesionales, varias de ellas de notable valor artístico y con características poco comunes en el departamento. El templo conservó durante años una presentación arquitectónica y ornamental ampliamente valorada por la comunidad. Esta tradición continuó durante los períodos pastorales de los sucesores del presbítero Próspero Arboleda García: el presbítero Johnny de Jesús Pérez Tangarife, entre 1992 y 1994, y el presbítero Guillermo Elías Cano, párroco entre 1994 y 2004. Este último fue un sacerdote de servicio generoso y carácter modesto, y mantuvo siempre impecable el ornato del templo.

Desde el año 2005, los incipientes proyectos de ampliación de la vía hacia San Antonio de Prado trajeron consigo la necesidad de pensar en una transformación estructural del sector. Una vez adelantados los trámites correspondientes con el Área Metropolitana del Valle de Aburrá, la comunidad parroquial comenzó a vislumbrar, poco a poco, los cambios que se gestaban en el barrio, la parroquia y las vías de acceso.

Le correspondió al presbítero Eduardo Antonio Ríos Valencia (28 de noviembre de 2004 – 10 de abril de 2016) acompañar este proceso de transformación. Durante este período fue necesario trasladar las celebraciones eucarísticas, como si el tiempo retrocediera cincuenta años: de un amplio templo se pasó a una incipiente enramada; del salón parroquial

a la celebración en las calles, enfrentando las inclemencias del sol y la lluvia, el ruido constante y, finalmente, la demolición del antiguo templo que causó dolor en sus pobladores.

Debido a la enfermedad que aquejaba al presbítero Eduardo Antonio Ríos Valencia, el señor arzobispo, monseñor Ricardo Tobón Restrepo, nombró como administrador parroquial al presbítero Jairo Alfonso Girón López (15 de abril de 2016 – 15 de septiembre de 2016). Durante su breve permanencia al frente de la comunidad parroquial, adelantó obras de mejoramiento en la casa cural y acompañó la recepción del nuevo templo, que aún se encontraba en proceso de construcción y adecuación para el culto sagrado.

En el año 2016, el señor arzobispo de Medellín nombró párroco al presbítero Juan Carlos Pérez Ferreiro (16 de septiembre de 2016 – 31 de agosto de 2023), quien emprendió importantes obras orientadas al embellecimiento del templo y al fortalecimiento de la dignidad del espacio celebrativo. Asimismo, adecuó y mejoró las instalaciones de la casa parroquial, la oficina y los salones destinados a la pastoral, además de impulsar la adaptación de locales comerciales con el propósito de generar recursos económicos para el sostenimiento de la parroquia.

Luego de siete años de fructífero trabajo pastoral en medio de la comunidad, el señor arzobispo de Medellín nombró como párroco al presbítero Jaime Humberto Mejía Jaramillo, quien ejerce este ministerio desde el 1 de septiembre de 2023 hasta la actualidad, aportando al fortalecimiento de la fe y a las iniciativas pastorales.

3.3. Párrocos que han trabajado a lo largo de 65 años

En estos 65 años de historia, la comunidad recuerda con gratitud a los pastores que han acompañado la vida parroquial de San Gabriel Arcángel:

I. † Presbítero Hernán Montoya Hurtado (1961–1962). Hijo de Ricardo y Alicia. Nació en Medellín el 29 de septiembre de 1930 y fue ordenado sacerdote por monseñor Buenaventura Jáuregui el 30 de octubre de 1955 (Piedrahita Echeverri, 1995, p. 381).
II. † Presbítero Nevardo Restrepo (1962).
III. † Presbítero Jaime Gómez Madrid (1962–1963).

IV. † Presbítero José Jesús Giraldo (1963–1974), quien falleció mientras ejercía su ministerio sacerdotal en esta parroquia.
V. † Presbítero Pedro Nel Torres Giraldo (1974–1983). Hijo de Ricardo y Mercedes. Nació en Fredonia el 28 de diciembre de 1930 y fue ordenado sacerdote por monseñor Tulio Botero Salazar el 15 de febrero de 1959 (Piedrahita Echeverri, 1995, p. 409).
VI. Presbítero Próspero Arboleda García (1983–1992). Hijo de Francisco e Inés. Nació en Cristales el 18 de enero de 1944 y fue ordenado sacerdote por monseñor Tulio Botero Salazar el 1 de junio de 1974 (Piedrahita Echeverri, 1995, p. 414).
VII. Presbítero Johnny de Jesús Pérez Tangarife (1992–1994). Hijo de Manuel y Débora. Nació en Medellín el 12 de mayo de 1955 y fue ordenado sacerdote por el cardenal Alfonso López Trujillo el 7 de agosto de 1981. (Piedrahita Echeverri, 1995, p. 463).
VIII. † Presbítero Guillermo Elías Cano (25 de junio de 1994 – 27 de noviembre de 2004). Hijo de Ricardo Antonio y Clementina. Nació en San Cristóbal el 25 de julio de 1925 y fue ordenado sacerdote por monseñor Buenaventura Jáuregui el 28 de octubre de 1956. (Piedrahita Echeverri, 1995, p. 381).
IX. † Presbítero Eduardo Antonio Ríos Valencia (28 de noviembre de 2004 – 10 de abril de 2016). Hijo de Antonio José y Pastora. Nació en La Ceja el 13 de octubre de 1956 y fue ordenado sacerdote por san Juan Pablo II el 5 de julio de 1986. (Piedrahita Echeverri, 1995, p. 467).
X. Presbítero Jairo Alfonso Girón López (15 de abril de 2016 – 15 de septiembre de 2016), administrador parroquial.
XI. Presbítero Juan Carlos Pérez Ferreiro (16 de septiembre de 2016 – 31 de agosto de 2023).
XII. Presbítero Jaime Humberto Mejía Jaramillo (1 de septiembre de 2023 – actualidad).

Podemos concluir, en los 65 años de historia parroquial y barrial, que la comunidad ha contado con el servicio pastoral de once párrocos y un administrador parroquial. Cada uno de ellos, en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, contribuyó al fortalecimiento de la fe y al desarrollo social y comunitario del barrio San Gabriel. Su empeño por construir, según las necesidades de cada época, espacios dignos para la celebración de la fe fue acompañado por diversas iniciativas sociales encaminadas a mejorar la calidad de vida de los habitantes del sector. La denominación

barrio San Antonio quedó en el pasado, aunque dentro de su territorio actual se encuentra el sector Villas de San Antonio en la zona norte y en la zona sur el sector San Antonio en límites con el barrio Triana.

La historia de nuestros territorios, a menudo, brota de una configuración espacial y social que se desarrolla a lo largo del tiempo. En ella aparecen sujetos e instituciones de carácter público y privado; se trazan líneas para dar forma al territorio y los primeros pobladores construyen el espacio habitado. En el interior de estos espacios se encuentran los sueños y las proyecciones que forman parte de los ideales alcanzados y de los momentos aún por vivir en el trasegar de los años subsiguientes, forjando dentro del territorio construcciones, límites e identidades.

Referencias

Álvarez Morales, V. M. (1996). Poblamiento y población en el Valle de Aburrá y Medellín, 1541-1951. En J. O. Melo (Ed.), Historia de Medellín (Vol. 1). Suramericana de Seguros.

Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Medellín. (s. f.). Libro de creación de parroquias [Fondo Curatos, Erección y provisión de las parroquias de Itagüí y Hato Viejo].

Archivo Parroquial de la Parroquia San Gabriel Arcángel. (s. f.). Documentos históricos parroquiales [Decretos de Creación].

Arquidiócesis de Medellín. (2026). Directorio de parroquias. Delegación Arzobispal para las Comunicaciones.

Diosa Ceballos, I. (2025). *La memoria del barrio San Gabriel, Itagüí* [Podcast]. YouTube. YouTube

Garcés Arboleda, Y. (2018). Ciudad planeada, ciudad habitada: Historia urbana de Medellín, 1950-1980. Universidad de Antioquia.

Hoyos Agudelo, G. M., & Molina Arredondo, Á. M. (1994). Historia de Itagüí. Alcaldía Popular del Municipio de Itagüí (1992-1994); Ediciones Gráficas Ltda.

Hoyos Agudelo, G. M., Molina Arredondo, Á. M., & Sánchez Franco, Ó. (1992). Historia de Itagüí. Alcaldía de Itagüí.

Hoyos Naranjo, J. J. (2014, 15 de junio). Título de la columna. *El Colombiano*.

Jaramillo, R. L., & Perfetti del Corral, M. V. (1995). Cartografía urbana de Medellín, 1790-1950. Concejo de Medellín, Comisión Asesora para la Cultura.

Le Corbusier, Sert, J. L., & Wiener, P. L. (1950). Informe del Plan Piloto de Medellín (Vol. 2). Departamento Administrativo de Planeación.

Lopera López, A., et al. (1976). Incidencia del proceso de industrialización en la estructura urbana (caso municipio de Itagüí) [Tesis de posgrado, Universidad Nacional de Colombia].

Osorio Ramírez, M. A. (2018). *Itagüí: Historia social y cultural, 1831–2018*. Gobernación de Antioquia.

Perfetti del Corral, M. V. (1995). Las transformaciones de la estructura urbana de Medellín: La Colonia, el ensanche y el plan regulador. Escuela Técnica Superior de Arquitectura.

Piedrahita Echeverri, J. (1984). Documentos y estudios para la historia de Medellín. Editorial Colina.

Piedrahita Echeverri, J. (1995). Monografía histórica del Seminario Conciliar Sagrado Corazón de Jesús de Medellín. Editorial Signos.

Ramírez Patiño, S. P., & León Vargas, K. (2013). Del pueblo a la ciudad: Migración y cambio social en Medellín y el Valle de Aburrá, 1920-1970. Universidad de Antioquia y Alcaldía de Medellín.

Restrepo Uribe, J. (1981). Medellín: Su origen, progreso y desarrollo. Servigráficas.

Zapata Cuenca, H. (1998). Monografías de Antioquia. Cervecería Unión.



Fotografía del archivo de John Hebert Cárdenas Alarcón.



Fotografía del archivo de John Hebert Cárdenas Alarcón.

Epistemología de la memoria: la casa de tejas de barro de Cecilia Alarcón Valencia

Por *John Hebert Cárdenas Alarcón*

> "En los tejados de la vieja casa se amontonan los siglos y el musgo. Bajo esas tejas, donde el sol se pone con un brillo de cobre viejo, la vida transcurre en un murmullo de hilos invisibles, uniendo el dolor de los que ya se fueron con el canto triste de los que se quedan a mirar la noche".
>
> Federico García Lorca

El espíritu de la casa de tejas comenzó a profetizar su refugio en el solar que la Urbanizadora Colombiana entregó al abuelo a comienzos de la década de 1950. Allí, agazapado en el latido secreto de los matorrales, contemplaba la silueta del cerro El Manzanillo mientras bebía un aire diáfano que hacía danzar a las golondrinas sobre la órbita naciente del barrio San Pío X. Bajo el amparo verde de un limonero, el espíritu aguardaba en vigilia; presentía el advenimiento de una arquitectura moldeada por la memoria del bahareque. Fue entonces cuando la tierra cedió ante el primer paso de los hombres. Llegaron armados con picas, palas y barras, pero también con un aliento remoto, una determinación fundadora que el espíritu bendijo de inmediato con un abrazo de hermandad.

Sin los trazos geométricos de egipcios, griegos o romanos, aquellos hombres comenzaron a practicarle una autopsia al solar, como con un escalpelo oxidado. Fue la última vez que los azulejos se posaron sobre los

alambres de púas que custodiaban los linderos, despidiendo la antigua quietud de la tierra. El sudor mojaba las partículas del suelo y el sonido del metal contra la piedra rendía tributo al sol poniente. Las raíces de los arbustos y del limonero se enredaban con los pasos del espíritu, el cual les recitó una elegía bajo la lluvia mientras veía abrir la tierra y llenarse las primeras cepas, semejantes a sepulcros a la espera del concreto.

Los hombres seguían golpeando la piedra como en un ritual alquímico. Ya en el ocaso, después de aspirar durante horas el olor de la tierra herida, llegaba el aroma amargo de la cerveza Pilsen, sellando el pacto entre el esfuerzo y el descanso. Al marcharse los hombres, el espíritu se quedaba contemplando los sepulcros bajo una luna que iluminaba aquella pequeña necrópolis. Pasaba la noche en vela a la expectativa de la llegada de los materiales: arena, cemento, adobes macizos, madera, caña brava, barro y boñiga. Aquel inventario de elementos primarios esperaba su turno para levantar los muros de lo que Cecilia Alarcón Valencia llamaría, años más tarde, su hogar.

El espíritu divisó la llegada de la volqueta, con el rugido esforzado del motor y el característico olor a sedimento fresco. El material, descargado con un estruendo húmedo, traía consigo la esencia del valle: arena de río, lavada por la corriente del río Medellín. La arena formaba un montículo grisáceo y granulado, como un pequeño desierto custodiado por la noche.

Minutos más tarde, el estruendo del Dodge 900 anunció su llegada: un gigante cuya carrocería encarpada protegía con celo el cargamento gris. Al desatar los nudos de la carpa, el olor seco y mineral del cemento inundó el aire. Los mil quinientos kilos de cemento Argos —la marca nacida en 1934 y ya convertida en cimiento de Antioquia— aguardaban en bultos de cincuenta kilos, apilados como lingotes de piedra en potencia.

El transportador, con plantilla en mano, supervisaba mientras los cuatro corteros independientes iniciaban la descarga. Eran hombres de espaldas anchas, protegidas con ruanas de costal sobre los hombros para amortiguar el roce áspero del papel kraft, cargando el peso del progreso en cada zancada.

El espíritu se sorprendió aún más con la llegada de los adobes macizos, arrumados entre las estacas de un Dodge 600 proveniente del galpón El Rosario, fundado en 1948. El camión, operado por un transportador

independiente y dos corteros expertos en el oficio, descargaba con un estruendo de bloques chocando rítmicamente, mientras los hombres los apilaban con precisión milimétrica.

Cada bloque de arcilla cocida al fuego guardaba el calor de los hornos nativos y esparcía un polvillo rojizo que encendía la atmósfera gris del solar. Al tacto áspero de los corteros, los adobes no eran un frío material de cantera; eran pedazos de montaña domesticada, lingotes de terracota que comenzaban a trazar los límites del silencio y a edificar la primera muralla contra el olvido.

La tierra roja del galpón El Rosario se integraba así con la pequeña necrópolis. Aquel camión era poético: un veterano de las trochas entregando los cimientos del futuro de la casa de tejas. Cuando el último adobe fue descargado bajo el sol y entre el vaho del diésel, la conexión con el espíritu fue total.

El material no solo servía para levantar paredes, sino también para armar el rompecabezas de una identidad. La casa de tejas no era un proyecto de arquitectura, sino una exhumación. Cada bloque era una pieza de un mapa que conducía directamente al secreto del espíritu.

Al tocar la tierra roja, la entidad mística comprendió que el porvenir de la casa no se escribiría sobre el vacío, sino sobre el sedimento de los ancestros. Los adobes, alineados como lápidas invertidas destinadas a sostener la vida y no la muerte, comenzaron a absorber los murmullos del viento que descendía desde el cerro El Manzanillo, guardando en sus poros de arcilla el primer aliento de un territorio que se negaba a ser olvidado.

Con los tres elementos reunidos —la arena del lecho del río, el cemento de la industria local y el adobe macizo—, la tríada de la construcción estaba completa. El espíritu sentía que el peso de esos materiales no solo sostendría el techo de tejas, sino que también anclaría su propia historia en la tierra.

El golpe rítmico y seco de las palas hundiéndose en la tierra batida se transformó en el metrónomo invisible que dirigía aquella orquesta de sudor y ladrillo. Aquellos hombres, que días atrás habían ejecutado una autopsia minuciosa al solar, hundiendo el acero para auscultar sus estratos heridos y descifrar las densas capas de olvido que el tiempo sepulta en

los rincones del barrio, trabajaban ahora volcando en cada movimiento una fuerza honda, casi filosófica, como quien levanta un templo sobre la memoria misma del territorio.

Cada palada de arena limpia, extraída de los lechos del río para fundirse con la ceniza densa del cemento Argos, levantaba al aire una nube grisácea y flotante, un leve suspiro de polvo que el agua mansa de la quebrada, en su paso eterno, silenciaba de inmediato con un abrazo de frescura líquida.

Al mismo compás, las canecas de acero, abolladas por los años de faena y revestidas con costras de herrumbre rojiza, resonaban con un eco metálico y quebrado cada vez que los corteros vertían aquella agua helada sobre el cráter de material seco.

En ese instante, la prosa ruda y ferrosa de las palas se fundía en un solo cuerpo con el latido sordo del amasado; ese compás del "chac-chac" rítmico e hipnótico de los mezcleros que, con el torso inclinado en una reverencia casi sagrada hacia el suelo, llenaban y sellaban los sepulcros con vigor reflexivo para dar vida y consistencia al mortero.

El espíritu observaba los palustres, aquellos triángulos de acero pulido, afilados y desgastados por el roce constante contra la piedra indómita, que aguardaban a un costado del terreno, listos para entrar en combate. En las manos callosas de esos hombres, aquellas herramientas, desprovistas de alma, no eran simples objetos inertes; se revelaban como extensiones indomables de una voluntad colectiva, prolongaciones de carne y hierro que empezaban a escribir su propia leyenda en la historia del barrio.

El agua de la montaña, pura y persistente, era el pegamento final que unía la industria de 1934 con la arena del río Medellín. La mezcla se mantenía en su punto: una pasta densa y oscura que olía a progreso. Sin embargo, bajo la superficie herida, justo allí donde los hombres terminaban de remover las entrañas de la tierra, quedaba al descubierto la verdadera arquitectura del orden y sus grietas.

Debajo del mortero fresco, el reino oculto de la civilización reclamaba su papel protagónico: una red de tubos de concreto que, en el plano de las promesas, se conectarían con el lavadero, al baño y a la cocina de la casa nueva. Aquellas venas de cemento nacían en el corazón de la vivien-

da, pero la utopía del progreso se rompía al cruzar el umbral del patio. Ante la ausencia de una red matriz municipal que abrazara aquel rincón de Itagüí, el ingenio de los vecinos debían recurrir a conexiones improvisadas que desembocaban en una acequia común.

Así, la zanja abierta se convertía en el destino final donde los tubos descargaban directamente sobre los terrenos bajos y las mangas cercanas de las viejas fincas. El precario sistema de salubridad fallaba de golpe una vez que los desechos alcanzaban la calle; la dignidad del hogar se disolvía en el pantano comunitario, pues no existía aún la infraestructura que transportara aquellas aguas grises de manera segura hasta una planta de tratamiento, dejando al barrio naciente a merced de su propio olvido subterráneo.

En medio de aquel paisaje en construcción, el maestro de obra se alzaba como el director de la faena. Con la precisión de quien ha levantado ciudades enteras desde sus cimientos, sostenía un cigarrillo Pielroja sin filtro entre los labios; el humo denso y amargo del tabaco trepaba por las grietas de su rostro curtido por el sol de Itagüí, pero ni el cansancio acumulado ni el rigor del peor guayabo lograban hacerle temblar el pulso.

De fondo, colgado con alambre de púas a una de las estacas del Dodge, un radio Philips con gabinete de acabado en madera y pilas gastadas escupía la melancolía quejumbrosa de un tango a través de las frecuencias de Todelar. Cada acorde de bandoneón parecía marcar el compás exacto de la faena.

Con el palustre empuñado con firmeza y la destreza heredada del oficio, el maestro comenzó a pegar los adobes de El Rosario. Cada bloque se asentaba sobre la cama de mortero gris con un golpe seco, rotundo y definitivo.

El ritmo de la escena se tornó hipnótico para quienes la observaban: el raspado agudo del metal contra la mezcla, el golpe rítmico del mango de madera para nivelar la pieza y la voz del tango flotando en el aire, otorgándole a la humilde obra del barrio el carácter sagrado de un ritual antiguo.

El maestro no hablaba; su comunicación ocurría a través de la plomada y el nivel. Cada bloque que pegaba era un ladrillo más en el muro del tiempo.

Al llegar el mediodía, el rigor del sol interrumpía la sinfonía de hierro y arcilla. El eco rítmico de las palas y los lamentos metálicos de las canecas abolladas cesaban de golpe, abriendo paso a un rumor más cálido y humano. Desde los fogones improvisados, las mujeres del barrio rompían la densa bruma del cemento con los vapores espesos del sancocho de espinazo coci do a la leña.

En San Pío X, el almuerzo no era una simple pausa, sino un sacramento comunitario: los peones se sentaban sobre las mismas pilas de adobes, con los rostros tiznados de polvo gris, compartiendo el bastimento en portacomidas de peltre mientras los niños correteaban descalzos por la calle empedrada, desafiando la modorra de la tarde.

Las risas de los vecinos flotaban sobre los terrenos bajos, suspendiendo por un instante la pesadumbre del esfuerzo físico y estrechando los lazos de un vecindario que se fundaba a punta de convites.

Sin embargo, la tregua del mediodía duraba poco. El cielo sobre las cumbres de Itagüí comenzaba a cerrarse con una velocidad violenta, tiñéndose de un azul plomizo y espeso que presagiaba la furia de los elementos. El primer trueno rodaba desde la montaña como un eco de cañones antiguos, apagando la quejumbre del tango en el radio Philips.

El viento de la tarde, de repente frío y cargado de olor a tierra mojada, azotaba con fuerza los andamios rudimentarios. Las primeras gotas, densas y pesadas, golpeaban el metal herrumbrado de las canecas y los lomos de los adobes de El Rosario que aún esperaban en el suelo.

El aviso era breve: en un parpadeo, un aguacero torrencial e implacable se descolgaba sobre el barrio naciente, borrando las siluetas de las casas vecinas y transformando la jornada de trabajo en una coreografía del desespero.

El caos se apoderaba de la obra. Mientras el maestro, desafiando la tormenta con el Pielroja apagado entre los labios, corría a cubrir la mezcla fresca con plásticos viejos y costales de fique, los mezcleros se lanzaban a rescatar las herramientas para que el óxido no devorara el acero de los palustres.

Pero el verdadero enemigo no estaba arriba, sino abajo. El agua del cielo colmaba en minutos la acequia común del sector y las venas de ce-

mento que apenas se ensayaban bajo tierra comenzaban a colapsar. Los tubos descargaban un torrente incontrolable de lodo y desechos directamente sobre las mangas bajas de las viejas fincas colindantes.

Sin una estructura municipal que contuviera la corriente, la zanja abierta vomitaba sus aguas grises hacia la calle empedrada, anegando el esfuerzo de la mañana en un pantano comunitario y recordándoles a los pioneros de los años cincuenta que la modernidad de su barrio dependía de una batalla constante contra la naturaleza y el olvido del Estado.

Cuando el sol finalmente se hundía tras el perfil de la montaña, el oficial y los peones daban por terminada la jornada, dejando atrás el rastro fresco de las hiladas recién asentadas: aquellas hileras de adobe de El Rosario que ya daban forma y contorno a los futuros cuartos de la vivienda. Era entonces, al retirarse los trabajadores, cuando el silencio denso de la obra mudaba de dueño y era reclamado por el guachimán. Aquel hombre, curtido por los años y el frío de la noche, llegaba con el sombrero bien calzado hasta las cejas, la ruana de lana virgen sobre los hombros y el machete al cinto, balanceándose con un brillo peligroso a cada paso. Su refugio nocturno no era más que un rincón improvisado entre los bultos polvorientos de cemento Argos y las altas pilas de adobes que aún esperaban el amanecer. Allí, mientras el aroma reconfortante del tinto caliente escapaba del pico de su termo metálico, sintonizaba su radio Sanyo de pilas; la voz de las Hermanas Padilla o la música carrilera de La Calandria emergían de la bocina como su único y fiel escudo contra la soledad y la vigilia.

Entre sorbo y sorbo de café, el guachimán hacía rondas reglamentarias por el terreno. Se detenía de tanto en tanto para encender un Pielroja sin filtro, dejando que la brasa iluminara su rostro mientras pasaba el haz de la linterna por aquel laberinto rojo de muros a medio levantar, asegurándose de que los materiales y las herramientas descansaran en paz hasta el alba. Sin embargo, una noche cualquiera, el aire de San Pío X de finales de los cincuenta se volvió extrañamente pesado, denso como el lodo de la acequia, y la tonada alegre del radio se perdió súbitamente en una estática violenta y chillona. El hombre aguzó el oído en medio de la penumbra y escuchó un galope rítmico, pero extrañamente asimétrico, que rasgaba la quietud: un tacu-tacu-zinc... tacu-tacu-zinc que parecía reverberar en los cimientos mismos de la casa.

Al enfocar el tembloroso haz de la linterna hacia el patio trasero, justo donde el sistema de desagüe colapsaba durante las tardes, el co-

razón se le detuvo en el pecho. Frente a sus ojos, recortada contra la geometría de los muros inacabados, surgió la silueta del caballo de tres patas.

Aquel espanto del folclor arriero, de pelaje negro como el carbón y ojos encendidos como brasas del mismísimo infierno, lanzaba chispas mortecinas cada vez que su único casco trasero golpeaba la piedra viva del suelo. El animal, envuelto en un vaho helado que congelaba el aliento, relinchó con un alarido desgarrador que no parecía pertenecer a este mundo; un eco maldito que hizo vibrar el machete del guachimán entre sus manos.

El miedo abrió una herida tan profunda que el hombre no esperó el veredicto del amanecer. Abandonó el termo a medio vaciar, el radio que todavía balbuceaba estática entre los adobes y hasta su propia dignidad de vigilante. Se perdió en la noche del barrio para no regresar jamás.

Cuando el maestro y los peones volvieron con las primeras luces del día, no encontraron rastro del guachimán. Solo hallaron los adobes fríos que la tormenta de la víspera había lavado y la huella difusa de una presencia inexplicable impresa sobre el fango de la acequia.

Un miedo sordo, de esos que nunca se confiesan, pero se cargan sobre los hombros, se instaló entonces en el solar. Desde aquel día, los peones trabajaron con un frenesí renovado. No veían la hora de techar la vivienda, convencidos de que solo levantando una frontera de tejas de barro entre el cielo y la tierra lograrían dejar afuera a los viejos espantos que todavía reclamaban la soberanía del lugar.

Mientras llegaba ese momento, el espíritu de la casa ya habitaba entre los muros a medio levantar, convertido en una presencia silenciosa y expectante. Como aún no existía una techumbre que confinara la mirada a la intimidad del hogar, aquel hálito invisible se permitía el lujo nocturno de contemplar la órbita entera de San Pío X recortada con nitidez contra el firmamento antioqueño.

Era un diálogo visual suspendido en el tiempo: la conversación entre la arcilla profundamente terrenal y la inmensidad del cosmos. Era un milagro cotidiano que ocurría precisamente en la esquina de la calle 31B con la diagonal 46, allí donde el barrio parecía desafiar el mapa mismo de Itagüí.

Desde la red principal, que corría oculta bajo la mitad de la calle como una arteria colectiva, nació el ramal que traería la promesa del agua a través de un tubo de hierro galvanizado. Aquella línea metálica ascendía rígida por la fachada, interrumpiendo la textura áspera de la arcilla.

El corazón técnico del sistema residía en una pieza de bronce que actuaba como reductor de flujo: un nudo dorado tras el cual los operarios instalaban una llave de paso de manija redonda, pequeño timón que permitía a las cuadrillas municipales y a los nuevos propietarios gobernar el curso del agua.

La llave permanecía expuesta a la intemperie y a las travesuras de los niños, emergiendo de la pared exterior a escasos cincuenta centímetros del suelo. Desde allí, el tubo atravesaba el adobe de El Rosario para clavar su primer punto de servicio en el vientre mismo del lavadero.

Sin embargo, para que aquel esqueleto metálico pudiera recorrer el interior de la vivienda, los peones debieron librar una batalla silenciosa contra la dureza de la arcilla. Con pulso firme y manos agrietadas por el roce de las herramientas, abrieron profundas regatas en los muros recién levantados.

El golpe rítmico de las macetas contra los cinceles de acero templado fracturaba los bloques macizos, desprendiendo astillas de barro cocido y levantando una nube de polvo rojizo que se pegaba al sudor y ardía en los ojos. Aquellas zanjas verticales, heridas necesarias en la piel de la casa, se convertirían en los canales donde descansarían las venas de hierro galvanizado.

Con cada golpe, los peones esculpían el espacio donde el baño y la cocina ocultarían su plomería, empotrando la promesa de la modernidad dentro de la masa ancestral del adobe.

En el barrio San Pío X de finales de la década de 1950 no existían medidores. Nadie contemplaba una carátula de vidrio con números giratorios encargada de tasar el consumo. El control municipal era visible y rudimentario, reducido a una red de tubos expuestos a la mirada de toda la cuadra.

La modernidad del barrio era, sin embargo, apenas un espejismo de metal y griferías relucientes. Aunque las fachadas exhibían orgullosas sus instalaciones hidráulicas y los planos prometían baños y lavaderos intra-

muros, la infraestructura municipal colapsaba bajo el peso de sus propias limitaciones.

El agua rara vez tenía la presión suficiente para ascender por las tuberías domésticas. Era una ironía cotidiana y dolorosa: las casas poseían la anatomía del futuro, pero el servicio permanecía atrapado en el pasado.

Al caer la tarde, las familias terminaban desfilando nuevamente con sus baldes hacia las pilas públicas o aguardando bajo el sol la llegada providencial de los carrotanques. El vecindario habitaba un tiempo escindido, atrapado entre la simetría de una tubería moderna y la persistente premodernidad de cargar el agua a hombros.

Tras varias semanas respirando el aliento mineral de los adobes de El Rosario, el espíritu percibió una transformación en el aire. Irrumpió entonces el aroma profundo y resinoso de la selva.

Desde los confines de Urabá llegó un camión maderero que descargó las vigas maestras destinadas a sostener el esqueleto de la casa.

El maestro, fundiendo en sus manos la mística del artesano y la precisión del carpintero, comenzó a ensamblar cada pieza con exactitud quirúrgica. No alineaba simples tablones: esculpía los umbrales del día. Entre nudos y vigas definía por dónde entrarían la luz y las sombras y dónde se consagraría la mañana.

Con cada encaje perfecto sabía que no estaba construyendo únicamente un techo, sino dibujando los cauces eternos por donde la luz viajaría como un huésped sagrado.

Mientras se preparaba para sellar la cima, el espíritu de la casa elevó la mirada por última vez hacia la silueta de San Pío X, despidiéndose de la inmensidad del cielo abierto.

Con el golpe rítmico de los martillos y el encaje milenario de la madera, se tejieron el esqueleto y la dermis del techo. La esquina cambió para siempre. Aquel vacío que antes dialogaba con el cosmos se convirtió en un refugio capaz de contener su propio universo.

Tras la llegada de la madera de Urabá, arribó también la caña brava, cosechada en las riberas de la quebrada Doña María. Allí, donde el agua

corría limpia y el verde parecía una ley absoluta, la caña crecía silvestre, fortalecida por el sol y la humedad del cauce itagüiseño.

Entró a la obra en manojos solemnes, exhalando todavía el aliento de la tierra mojada y la frescura de la ribera, lista para entregarse a las manos expertas del maestro.

Sobre el armazón de madera comenzó entonces la delicada urdimbre vegetal. Era un oficio que exigía paciencia y precisión absoluta. Una a una, las cañas fueron alineándose sobre las alfardas hasta formar una trama firme destinada a sostener los sueños de la casa entera.

Aquella caña brava, nacida en las entrañas de Itagüí, se transformaba ahora en el cielo interior de la vivienda: un escudo vegetal preparado para recibir primero el abrazo tibio del barro y luego el peso definitivo de la teja cocida.

Con el tejido ya concluido llegó el momento más físico y ancestral de la construcción: el pisado del barro.

En el patio trasero, bajo el sol que encendía el polvo de Itagüí, descargaron montañas de tierra arcillosa extraída de los antiguos chircales de El Manzanillo.

El maestro, acompañado por un radio Philips a todo volumen que marcaba el compás de la jornada, dio la orden de comenzar.

Los peones remangaron los pantalones hasta las rodillas, se quitaron las botas y entraron en la mezcla fría. Al principio, el barro se resistía como una masa indómita. Pero el agua vertida a cántaros y el movimiento constante de los pies terminaron por doblegarlo.

Era una danza de fuerza pura. Los hombres hundían sus piernas en aquella piel de tierra viva, expulsando el aire, rompiendo los terrones y entrelazando la paja que daría cohesión a la mezcla.

El chapoteo del barro bajo el peso de los cuerpos se fundía con las canciones de la radio, componiendo una sinfonía de trabajo que resonaba por toda la calle 31B.

Desde su atalaya inacabada, el espíritu observaba cómo aquella amalgama bendita ascendía en baldes hacia el techo.

Allí, sobre la dermis de caña, los peones extendían la mezcla con las manos y el palustre, sintiendo el pulso tibio de una arcilla destinada a endurecerse bajo el cielo de Itagüí.

No era solamente barro.

Era la montaña misma de El Manzanillo elevándose sobre la estructura para preparar la cama donde reposarían las tejas cocidas y sellar, por fin, el secreto definitivo del refugio.

Al consumarse el arcano ritual del barro, el bramido telúrico de un motor pesado profanó el silencio, anunciando el final de la larga espera. Por la angosta franja de la calle 31B emergió el titánico contorno de un Dodge 900, cargado con centenares de tejas de arcilla cocida nacidas en las entrañas del legendario tejar San José.

El vehículo, ungido por el polvo errante de los caminos, descargó con reverencial cuidado aquellas piezas que aún conservaban el alma ardiente del horno. Su matiz bermellón, encendido como una brasa perpetua bajo el sol de Itagüí, ascendió hombro a hombro por las frágiles escaleras de madera, sostenido únicamente por la fuerza humana.

El maestro, con la devoción de quien custodia un tesoro, fue disponiendo las hileras en su armónico juego de canales y cobijas sobre el lecho vivo de barro y caña brava. A medida que el techo avanzaba, el cielo parecía cerrarse, aunque no para ocultar la fe, sino para protegerla. Cada teja, moldeada en una curvatura perfecta, parecía pronunciar un juramento silencioso: custodiar la órbita celeste de Itagüí durante generaciones.

Así nació un vasto espejo de terracota que, destinado a cobijar las alegrías y las penas de una familia, mantendría intacta su vocación mística, ofreciendo siempre su faz más pura al cielo.

En el instante preciso en que la última pieza encajó sobre el caballete superior, el espíritu de la morada se sintió completo. La dermis de arcilla quedaba definitivamente sellada contra las inclemencias del tiempo. El rojo del tejar San José coronaba ahora con orgullo la emblemática esquina de la diagonal 46.

Tras concluir aquella labor, el Dodge 900 regresó por la calle 31B. Sin embargo, esta vez su llegada fue anunciada mucho antes por

el olfato. Desde las fincas lecheras de San Antonio de Prado transportaba densos bultos de fique que exhalaban un aroma penetrante a establo y campo abierto.

Era boñiga fresca recolectada con las primeras luces del alba y seleccionada cuidadosamente por su riqueza en fibras vegetales. Aquel pasto transformado por el ganado actuaría como un refuerzo natural dentro de la mezcla de barro.

Al fundirse con la tierra, la boñiga convertía la amalgama en una pasta noble, flexible y resistente, capaz de soportar las grietas impuestas por el sol inclemente de Itagüí. Los peones la extendían con energía, conscientes de que estaban aplicando la piel definitiva de la casa.

Aquel olor, que para los forasteros podía resultar áspero y desagradable, constituía para el espíritu el perfume mismo de la fertilidad y la permanencia. Era la señal inequívoca de que la estructura comenzaba a sanar, cerrando sus poros abiertos y preparándose para desafiar el paso de los años.

Bajo aquel manto de fibra vegetal y tierra nativa, la casa terminó de nacer. Se desprendió de su esqueleto expuesto para revestirse con la fuerza misma de la montaña.

Entonces llegó la luz blanca.

No era simplemente pintura. Descendía sobre los muros como una túnica ceremonial. Los peones, cuyas manos ya parecían extensiones de la tierra que trabajaban, empuñaban toscos hisopos y jirones de tela con los que cubrían los adobes de El Rosario mediante movimientos rítmicos y ceremoniales.

Aquella sustancia no compartía la naturaleza de las pinturas convencionales. Era cal viva despertada de su letargo mineral mediante la sal y el jugo de naranja agria. La acidez de la naranja agria, capaz de irritar la piel y castigar las manos de quienes lo manipulaban, constituía el sacrificio silencioso que garantizaba una blancura duradera.

Bajo el sol de Itagüí, los muros comenzaron a resplandecer. La casa ya no solo habitaba la esquina de la calle 31B: ahora la iluminaba.

Aquel blanco intenso, nacido del esfuerzo humano y de la alquimia de la tierra, envolvía la construcción como una vestidura de gloria. El espíritu de la casa, protegido por la dermis de barro y la epidermis de boñiga, se sentía vestido con su mejor gala, mientras el rojo de las tejas de San José destacaba contra el cielo y la órbita de San Pío X parecía recibir la bendición de una obra concluida con sudor, sacrificio y fe.

Cuando el sol se hundía tras la montaña, el oficial y los peones descendían de los andamios, dejando atrás el rastro de los pegues: hileras de adobe que ya daban forma a los futuros cuartos. Era entonces cuando el silencio de la obra era reclamado por el "guachimán", un hombre curtido que llegaba con el sombrero bien calzado, la ruana de lana virgen sobre los hombros y el machete al cinto.

Su refugio nocturno quedaba en un rincón entre los bultos de cemento y las pilas de adobes. Allí, mientras el aroma del tinto caliente escapaba de su termo metálico, sintonizaba su radio Sanyo de pilas; las notas de la música carrilera eran el único escudo contra la soledad de la construcción.

Entre sorbo y sorbo hacía sus rondas, iluminando con la linterna el laberinto rojo, asegurándose de que todo descansara en paz hasta el alba. Sin embargo, una noche el aire se volvió pesado y la música del radio se perdió en una estática súbita.

El hombre escuchó entonces un galope rítmico, pero extrañamente asimétrico:

—tacu… tacu… zinc… tacu… tacu… zinc…

Al enfocar la linterna hacia el patio trasero, el corazón se le detuvo. Frente a él, recortado contra las paredes inacabadas, surgió el caballo de tres patas: un espanto de pelaje negro y ojos como brasas, que echaba chispas al golpear la piedra con su único casco trasero.

El animal, envuelto en un vaho frío, relinchó con un sonido que no pertenecía a este mundo, haciendo que el machete del guachimán temblara en su mano.

El terror fue tal que el hombre no esperó al amanecer. Abandonó el termo, el radio aún encendido y su dignidad en aquel patio de sombras. Cuando el oficial y los peones regresaron con las primeras luces del día,

solo encontraron los adobes fríos y el rastro de una presencia que nadie pudo explicar.

El guachimán nunca volvió a la obra y, desde entonces, los peones no veían la hora de techar, convencidos de que, cerrando la casa, lograrían dejar afuera a los espantos que reclamaban la tierra.

El espíritu de la casa habitaba ya entre los muros: una presencia silenciosa que, al no tener todavía la techumbre, se permitía contemplar la órbita de San Pío X recortada en el firmamento. Era un diálogo visual entre lo terrenal y lo divino que ocurría en la calle 31B con diagonal 46.

Bajo aquella abertura cósmica, la casa parecía suspendida entre dos órdenes: el de la civilización que ascendía con tubos galvanizados y cemento Argos, y el de las fuerzas antiguas que aún galopaban sobre la tierra removida.

Cuando la última pieza encajó en el caballete, el espíritu de la casa se sintió completo. La dermis estaba sellada. El rojo del tejar San José coronaba ya la esquina de la diagonal 46 como una extensión mineral de la montaña.

Pero la casa todavía debía recibir su última piel.

Tras sellarse la dermis de barro y caña, el Dodge 900 regresó nuevamente a la esquina de la 31B, esta vez con un cargamento que anunciaba su presencia desde el olfato. Desde las fincas lecheras de San Antonio de Prado traía bultos de fique que goteaban humedad y exhalaban un aroma profundo a establo y campo abierto.

Era la boñiga fresca, recogida al primer rayo del alba, elegida por su riqueza en fibra y celulosa —el pasto transformado por el vientre bovino— para actuar como un microarmado natural dentro del lodo.

Al mezclarse con la tierra, aquella epidermis orgánica transformaba la masa en una pasta noble y flexible que no se agrietaría bajo el rigor del sol. Los peones la extendían con vigor, conscientes de que aplicaban la piel definitiva de la casa.

El olor, que para algunos resultaba áspero, era para el espíritu el perfume mismo de la fertilidad y la permanencia; la señal inequívoca de

que la estructura estaba cicatrizando, cerrando sus poros y preparándose para enfrentar los siglos.

Bajo ese manto de fibra y tierra, la casa terminó de abandonar su condición de esqueleto para vestirse con la fuerza de la montaña.

Finalmente llegó la luz blanca.

No era un color: era una túnica.

Los peones, con las manos curtidas, empuñaban hisopos y trapos que golpeaban los adobes de El Rosario con la fuerza de bofetadas rítmicas, dejando en cada impacto una huella de pureza.

La mezcla no era una pintura vulgar; era un polvo ancestral de cal activado por el rigor químico de la sal y la naranja agria. Ese ácido natural, que devoraba la piel y corroía lentamente las manos de quienes sellaban la estética del muro, era también el que garantizaba la permanencia de la blancura.

Bajo el sol de Itagüí, las paredes comenzaron a vibrar. La casa ya no solamente habitaba la esquina de la 31B: ahora la iluminaba. Ese blanco cegador, nacido del sacrificio de las manos y de la alquimia mineral de la tierra, envolvía la estructura como un sudario de gloria.

Entonces el espíritu comprendió la verdad final de su existencia: las casas no se construyen únicamente para proteger a los hombres de la intemperie, sino para resguardar la memoria de la tierra contra el olvido del tiempo.

Con el blanco de la cal aún fresca, la casa quedó terminada: tres alcobas, sala-comedor, cocina, baño, zaguán y un patio que era un trozo de cielo de Itagüí cautivo entre tantos olores ancestrales. Al frente, dos ventanas celosas custodiaban la puerta principal de madera bajo la mirada de la calle 31B y su naciente corredor de encuentros. Hacia un costado, desafiando el quiebre de la esquina, otros dos ojos de vidrio se abrían de par en par para beberse el murmullo vespertino de la diagonal 46.

Fue allí, bajo el sol de finales de los años cincuenta, donde la casa reclamó su lugar en la tierra, quedó identificada con la placa 46-04. Entonces, el tiempo de los espantos y las largas vigilias a oscuras se desmo-

ronó de golpe. Las viejas linternas de metal, que tanto habían reclamado su rincón de fuego, se rindieron ante el decreto del progreso cuando las cuadrillas de las Empresas Públicas de Medellín sembraron robustos postes y tejieron una telaraña de alambres negros sobre el cielo de San Pío X.

Eran líneas desnudas de cobre que traían la fuerza de ríos lejanos, sostenidas en las esquinas por pequeños aisladores de porcelana blanca que parecían tazas de té invertidas. Al llegar a la fachada, aquel torrente invisible y magnético descendió directo al vientre del contador: una caja de hierro negro donde un disco plateado de aluminio comenzó a girar con un compás silencioso e incansable, devorando los segundos para medir el nacimiento de la modernidad.

Adentro, suspendidos de cables forrados en tela, los primeros bombillos Philips de filamento de tungsteno parpadearon antes de estallar en un sol ámbar, desterrando para siempre las sombras del barrio.

En el mapa del destino de 1961, una esquina de Itagüí quedó grabada como el norte de la familia Alarcón Valencia. Mis tíos Bernardo y Otoniel habían descolgado años atrás el aire puro de Montebello para sembrar sus pasos en las promesas del valle. Fue entonces cuando el azar, cuarenta y nueve mil pesos de la época y el respaldo laboral de Coltejer, empresa en la que trabajaban, hicieron posible algo más que una compra. Mis tíos no solo adquirieron muros de arcilla; fundaron el puerto definitivo donde encallarían para siempre las barcas de toda la estirpe.

Mientras tanto, en el pueblo, la raíz aguardaba el llamado de la industria. Mis abuelos, Miguel Alarcón, roble legendario y valeroso, y doña María Cecilia Valencia, “Chila”, matriarca de coraje bendito y estirpe berraca, sostenían el tiempo con firmeza. A su sombra crecían los días: mi tío Jaime, todavía habitando la infancia en pantalones cortos; mi tía Beatriz, sumergida en su tierno reino de muñecas; y las jóvenes Cecilia y Esperanza, mi madre, apodada cariñosamente “la niña de los lentes”, cuyas manos adolescentes ya descifraban la vida entre agujas, hilos y costuras.

Juntos eran un racimo de almas esperando el momento exacto para cambiar el silbo del campo por el rugido y el latido fértil de un barrio industrial. Cuando llegó el resto de la familia, el círculo de la sangre se completó y la casa cobró una nueva vida.

Mi abuelo Miguel Alarcón abrió las puertas de un negocio sin nombre oficial, pero que la comunidad bautizó con el afecto propio de la vecindad: “La tienda de don Miguel”. Como era el único negocio de la calle 31B, la tienda se convirtió en un punto de encuentro y en una guía para el sector. Era un templo de abundancia, confianza y encuentro cotidiano.

Cruzar su umbral era respirar un inventario de nostalgias. Aquel espacio funcionaba bajo el amparo de dos fuerzas invisibles, pero omnipresentes: desde la pared de la sala, la mirada serena del Sagrado Corazón de Jesús custodiaba las oraciones y la honestidad de las cuentas; mientras tanto, en el marco de la entrada, una vieja herradura de hierro clavada en la madera rendía un silencioso tributo a la mística popular, atajando las malas energías y asegurando la fortuna del negocio.

El centro de gravedad del lugar era un hermoso mostrador de madera y vidrio, el verdadero altar civil donde mi abuelo Miguel tejía la solidaridad vecinal. Sobre su superficie reposaba la báscula de metal, fiel jueza que pesaba el arroz, el maíz, el fríjol, las papas y el azúcar por kilogramo, flanqueada por recipientes plásticos repletos de dulces que encandilaban los ojos de los niños de la cuadra.

A un lado, gastado por los dedos y el lápiz de carbón, descansaba el cuaderno del fiado, aquel registro sagrado de la palabra empeñada donde la economía del hogar se sostenía sin contratos, basada únicamente en el honor y el cumplimiento de los sábados de pago.

Alrededor del mostrador, la tienda respiraba gracias a los bultos de granos y papas que descansaban sobre el suelo y al aroma de tierra fértil que se abrazaba con la parva proveniente de la panadería El Rosario. Cada mañana, el repartidor descargaba allí su canastilla de madera, liberando el vapor de los panes recién horneados, los pandequesos tibios que se deshacían en la boca y las tradicionales cucas que se aferraban a las muelas. Mientras tanto, el mítico salchichón Belestra desafiaba la gravedad colgado de un garfio junto al brillo verdoso de una botella de Aguardiente Antioqueño.

Los tarros de lata llenos de galletas saladas aguardaban junto a los bloques de mantequilla de vaca y la panela valluna; y, cerca de los chorizos, la infaltable bolsa de agua danzaba para espantar las moscas. Todo era despachado en envolturas de papel periódico y, en ocasiones especiales, en bolsas de papel kraft.

Detrás del mostrador, mi abuelo Miguel lucía siempre camisas de manga larga confeccionadas en dacrón o algodón grueso. Las mangas, cuidadosamente remangadas hasta los antebrazos, le permitían manipular los pesados bultos de mercancía. Los botones permanecían cerrados casi hasta el cuello, dejando apenas el último sin abrochar.

Vestía pantalones de dril grueso, de tiro alto y corte recto, con prenses bien marcados y doblez en el ruedo inferior. Sus favoritos eran los zapatos negros de cuero amarrados, semejantes a los Oxford de trabajo, siempre bien embolados, aunque inevitablemente gastados por las largas jornadas de pie.

Nunca le faltaba el reloj mecánico de pulso con correa de cuero envejecida en la muñeca izquierda ni el escapulario de la Virgen del Carmen que asomaba discretamente por el cuello de la camisa.

Aunque mi abuelo Miguel era el pilar del negocio, contaba con frecuencia con la ayuda de las mujeres de la familia, quienes llenaban la tienda de gracia y movimiento.

Mi abuela, doña María Cecilia “Chila”, llevaba un impecable moño bajo y un delantal de cuadros estilo vichy con encajes en los bordes. Sus amplios bolsillos guardaban las llaves de la casa, monedas para dar las vueltas rápidas y un rosario de madera. Calzaba zapatos de cuero cerrados, de tacón bajo y grueso, cómodos para caminar entre el mostrador y la cocina. Administraba el cuaderno de cuentas con una mano dulce, pero firme.

Mi tía Cecilia y mi madre, Esperanza, lucían el cabello cuidadosamente peinado y sujeto con gruesas diademas de tela. Un discreto labial rosado y las uñas pintadas en tonos suaves completaban su apariencia. Vestían blusas de algodón con cuello bebé y mangas cortas abombadas. La falda, de sutil vuelo y largo midi, se ajustaba a la cintura con un delgado cinturón a juego. Los zapatos planos con cordones eran ideales para moverse con rapidez y despachar la parva de El Rosario mientras tarareaban las canciones que brotaban de un radio Philips colocado en una repisa alta.

Aquel aparato, conectado directamente a la corriente eléctrica, exhibía una carcasa rígida de color café y circuitos basados en válvulas de vacío que requerían unos instantes de calentamiento antes de entregar el sonido. A bajo volumen sonaba algún tango nostálgico de la época, como «Clavelito Bananero» de las Hermanas Padilla o algún tema de la Sonora

Matancera. La música llegaba con el característico sonido monoaural y el suave siseo propio de la amplitud modulada (AM).

Mientras el trajín de la tienda disminuía durante las tardes, la niña Beatriz, mi tía, se empinaba con esfuerzo, haciendo crujir sus zapatos de charol para alcanzar los dulces que mi abuelo le consentía. El vuelo de su falda almidonada llenaba de color aquel pequeño universo. A pocos metros, en la mesa del comedor, mi tío Jaime intentaba concentrarse en sus cuadernos de caligrafía. Vestido con su suéter de punto y pantalones cortos, fingía atender las tareas escolares, aunque su mente permanecía cautiva del patio. El tintineo de las canicas y el cordel de su trompo de madera, apoyados sobre la mesa, ejercían una fuerza magnética que rivalizaba con cualquier deber académico.

La reina indiscutible de la tienda era una nevera Icasa modelo JGS-670 de color verde claro. Aquella joya de lámina verde menta y líneas curvas parecía salida de una carretera norteamericana. Su motor rítmico arrullaba las tardes de la calle 31B, mientras su vientre de acero conservaba la escarcha milagrosa que transformaba el calor del barrio en frescura pura.

Detrás de su pesada puerta de manija cromada, las botellas de vidrio de Proleche exhibían la nata blanca adherida al cuello del cristal; los bloques de quesito sudaban envueltos en hojas protectoras, y los coloridos refrescos Postobón brillaban junto a las botellas oscuras de cerveza Pilsen.

Cuando los obreros textiles abandonaban las fábricas agotados por el sol y la jornada, llegaban a la tienda buscando el inconfundible siseo del destapador contra el metal. Al recibir la bebida helada de manos de mi abuelo Miguel, sentían cómo el alma regresaba al cuerpo gracias al frío perfecto de la Icasa.

Al caer la noche sobre la calle 31B, el zumbido de la nevera continuaba resonando en la penumbra. Mi abuelo Miguel acomodaba los bultos para el día siguiente; mi abuela, doña María Cecilia «Chila», guardaba el lápiz detrás de la oreja, el volumen del radio disminuía lentamente de volumen. La tienda cerraba sus puertas, pero dejaba grabada en la memoria del barrio la historia de una familia unida, donde el peso exacto, la palabra empeñada y el frío de una nevera verde menta construyeron un refugio de prosperidad en el corazón de Itagüí.

La tienda conservaba además un nombre secreto de madera y afecto: «La Ventanita», bautizada así por los alquimistas del aguardiente y el telar. Allí nació la hermandad de la cuadra. Mi padre, Omar Cárdenas, joven oriundo de Arboleda, Caldas, que vivía apenas una cuadra más abajo, se convirtió en entrañable amigo de mis tíos Bernardo y Otoniel.

Los tres desafiaban la noche con la estampa orgullosa de sus veintitantos años: camisas de cuello firme, pantalones oscuros perfectamente planchados y zapatos todavía brillantes pese a las jornadas laborales. El cabello, domado por la gomina, completaba la elegancia de la época.

Al fondo, el imponente radio Philips operaba como una rockola artesanal, ambientando la atmósfera con la luz cálida de su dial iluminado. Mi padre, que moldeaba el fuego en los hornos de Peldar, buscaba entre reflejos de vidrio los ojos de mi madre, Esperanza. Entre los telares y la transparencia del cristal levantaban copas de fuego líquido y brindaban bajo el amparo musical de las Hermanas Padilla, mientras el viejo aparato desgranaba la tristeza de «Fatalidad» y mientras la voz de Julio Jaramillo interpretaba «Nuestro juramento» destinado a permanecer para siempre en la memoria del barrio.

Bajo el rumor de la tertulia, la voz de mi abuelo Miguel destilaba historias tan densas como la niebla de Montebello. Con un trago de aguardiente para calentar el alma, guiaba a los presentes por senderos de penumbra donde el Mohán adoptaba la figura de un toro negro. Aquel espanto resultaba incluso más temible que el legendario caballo de tres patas.

En una de sus historias, el acero del machete despertó de la vaina para cantar sobre el lomo de la bestia, dejando una lluvia de chispas en la oscuridad. Días después, cuando el misterio se quitó la máscara y un hombre le reclamó por aquel encuentro cercano con la muerte, mi abuelo respondió con la frase que terminó de sellar la leyenda:

—Eso le pasa por querer asustar a un varón.

Y es que, mientras aquella criatura seguía sembrando el espanto entre los viajeros de la noche, mi abuelo continuaba cabalgando sin miedo. Desafiaba las sombras de los caminos y los susurros de las brujas, quienes, como único tributo a su valentía, tejían trenzas de misterio en las crines de su caballo.

Su temple desconocía el frío del miedo, tanto frente a los espantos de la montaña como ante los hombres de carne y hueso. En los tiempos aciagos en que la patria se desangraba entre las banderas roja y azul de los partidos Liberal y Conservador, lo obligó a desenvainar el machete; no por crueldad, sino para imponer el respeto de su coraje frente a la intolerancia de sus adversarios.

Así, mi abuelo Miguel esculpió su leyenda tanto en el mito de la montaña como en la historia de la tierra que habitó.

Hasta el espíritu de la casa parecía fascinado por aquellas tertulias. Se embriagaba suavemente con el aroma etílico del aguardiente sin perder jamás la mística ni la cordura.

Con el paso de los años, los tíos construyeron nuevos rumbos en otras cuadras y la casa de la esquina pasó a ser, por derecho y destino, el territorio de mi tía Cecilia Alarcón Valencia. Allí se casó y diseñó sus mañanas. Sin embargo, la estructura del amor resultó más frágil que la de la vivienda. Su esposo la abandonó, dejándola sola frente al desafío de criar a cuatro hijos bajo el amparo de aquella casa.

Fue entonces cuando el barro y la madera demostraron de qué estaban hechos. Mi tía dejó atrás la legendaria tienda y la transformó en un apartamento de alquiler. Ese ingreso adicional, sumado a las largas jornadas frente al canto incesante de su máquina de coser, fue el motor con el que sacó adelante a sus hijos.

Puntada tras puntada, convirtió el invierno del abandono en un monumento de resistencia levantado dentro del mismo vientre de adobe que años atrás había llegado del galpón El Rosario. La casa dejó de ser únicamente una construcción para convertirse en el alma viva de una mujer que, pese a las profundas grietas del dolor, mantuvo firme el techo bajo el cual creció su descendencia.

En las calles tradicionales de San Pío X, donde hoy el sol de la tarde pierde su brillo detrás de frías fachadas de concreto y altos edificios, antes respiraba libre la tierra viva de la antigua calle destapada.

Recuerdo con profunda nostalgia la casa de tejas de barro de Cecilia Alarcón Valencia, ubicada en la esquina de la calle 31B con la diagonal 46. Aquella vivienda fue el escenario sagrado de mi infancia.

Recuerdo una puerta de madera y metal pintada de azul claro, ya desgastado por los años y la intemperie. Por las noches, una pesada tranca de madera aseguraba la entrada.

Los vecinos se sentaban afuera, al fresco de la tarde, a tomar tinto o saborear un dulce Moresco junto a mi tía y a mi madre, mientras yo jugaba con mis primos sobre la acera de tierra y piedra.

En aquellas tardes interminables jugábamos al bate, transformando la calle empedrada en un coliseo improvisado donde el crujido de las rocas bajo nuestros pies marcaba el ritmo de la libertad.

Sin embargo, el clímax llegaba con la «pelota envenenada». Cavábamos pequeños huecos en la tierra y cada ponchado sumaba una piedra. Al completarse diez, se decretaba el temido fusilamiento. Apoyar la espalda contra el muro y esperar los pelotazos era entregarse a la incertidumbre absoluta. Casi siempre éramos diez verdugos infantiles riendo alrededor de la víctima de turno.

Luego, el universo se reducía al diámetro de las canicas. Nos debatíamos en el sagrado dilema de las ochas y panochas, midiendo la cuarta con los dedos. Anhelábamos la cachada perfecta, pero temíamos al pipo, aquel disparo capaz de hacer trizas el cristal. Todo se arriesgaba por un único tesoro: la esquiva Bogotá de porcelana.

Bajo el sol de Itagüí, el cansancio se derretía con los manjares de la tarde: bolis de leche, bananos congelados y crema de salpicón que vendía doña Socorro, tres casas más arriba.

Éramos una pequeña comarca de rostros distintos bajo el mismo sol. En la retaguardia permanecían mis hermanas mayores, Virma y Eliana, tan caseras que preferían observar el mundo desde la ventana. Cerca de ellas estaba mi prima Jormary, la mayor de todos los primos, dedicada a sus estudios y convertida en nuestra silenciosa vigilante.

El frente de batalla nos pertenecía a los demás. Mi hermano Andrés, delgado y meticuloso, mantenía una férrea aversión a ensuciarse. Bayron, el menor de todos, era un duendecillo indomable que adoraba caminar descalzo mientras su cabello rubio brillaba bajo el mediodía. Entre los primos lideraba Alexander, quien, sin ser el más alto, ejercía naturalmente el papel de protector. Detrás corría Dower, el más flaco de la banda,

oculto tras una melena negra que le cubría los ojos. Cerraba la fila Sender, siempre distraído en su propio universo, pero dispuesto para cualquier aventura.

Y finalmente estaba yo, John Hebert: el más alto de la pandilla, aunque todavía demasiado joven para liderarla, cargado siempre con la misma dosis de juego y travesura que encendía nuestras tardes.

Pero la calle no solo conocía las risas; también sabía de carencias. La escasez de agua potable nos obligaba a suspender los juegos para unirnos a los convites que se organizaban en la esquina de la 31B. Allí, largas filas de vecinos aguardaban la llegada del carrotanque municipal.

Lo que para nuestros padres era incertidumbre y desesperación, para nosotros, los niños, se transformaba en una aventura épica. Junto a mi madre, mi tía Cecilia, mis hermanos y mis primos, desafiábamos el peso de la realidad cargando baldes rebosantes. Nos fascinaba ver pasar los carros de rodillos: rústicas plataformas de madera que gemían sobre balineras de hierro mientras los corteros las arrastraban con fuerza titánica.

Cuando el agua por fin llegaba, el barrio estallaba en una celebración unánime de aplausos y vítores. El rumor de la angustia se disipaba mientras los chorros bendecían ollas, canecas y galones. Nosotros aprovechábamos el alboroto para empaparnos, transformando la crisis en un carnaval improvisado de frescura.

Al caer la tarde, cuando la luz iniciaba su retirada y la noche avanzaba sobre el barrio, el misterio reclamaba su turno con el juego del escondite. Fue a comienzos de los años ochenta cuando nació una de las leyendas más recordadas de San Pío X: la historia de la niña del cesto de ropa.

El ritual comenzaba con los ojos cerrados contra una pared y una cuenta regresiva hasta sesenta. Luego todos corríamos a escondernos entre las sombras.

Aquella noche, Lina, la niña que vivía al lado de mi casa en la diagonal 46, justo al doblar la esquina de la vivienda de mi tía Cecilia, decidió ocultarse dentro de un cesto de ropa vacío. Allí, sin proponérselo, se quedó profundamente dormida.

Mientras ella dormía, sus padres, familiares y vecinos removieron cada rincón de la casa sin imaginar que permanecía dentro del mismo cesto donde se había escondido. Un convite entero peinó las calles del barrio sin hallar rastro alguno.

A las tres de la madrugada, ajena al pánico colectivo, Lina emergió del cesto frotándose los ojos. Se sorprendió al encontrar su sala repleta de personas. El alma de todo el vecindario regresó al cuerpo cuando la vieron sana y salva, todavía con el rastro inocente del juego reflejado en la mirada.

Evoco también el santuario íntimo de la casa de mi tía Cecilia, cobijado bajo un cielo de tejas de barro donde las dóciles cortinas de algodón filtraban la tarde con la suavidad de un susurro.

Allí, un atril de madera sostenía el abismo milenario de la palabra divina: una Biblia de páginas gastadas que cargaba el peso de los siglos y orientaba la fe del hogar. En los muros colgaban retratos familiares en blanco y negro. La mirada misericordiosa del Sagrado Corazón de Jesús, protegida en un marco que mi primo Alexander había dispuesto con devoción, irradiaba su presencia sobre toda la estancia. A su lado convivía la figura impasible del Indio del almanaque Pielroja, cuyo bloque de hojas desprendibles custodiaba el santoral y deshojaba el tiempo día tras día.

Bajo la tutela simbólica de estas dos presencias se levantaba un altar de frecuencias y cables: un majestuoso equipo Pioneer de aguja insomne y doble casetera, capaz de capturar el viento en cintas magnéticas y recorrer centenares de lunas negras de vinilo que reposaban en su torre con la quietud de un rito sagrado.

Al cruzar hacia la salita contigua aparecía un pequeño cajón de madera suspendido en la pared. Era una humilde biblioteca doméstica, apenas capaz de albergar una docena de libros. Allí brillaba el lomo de El Principito, esperando que algún niño entrara en su galaxia de papel.

Más allá de la salita, la casa se bifurcaba en cuatro pequeños universos.

El primero era el taller de mi tía Cecilia: un templo tejido a mano donde las cortinas respiraban con el viento y la máquina de coser marcaba el ritmo de los días bajo la mirada silenciosa de varios santos de madera.

Junto a él se encontraba el refugio de Jormary, un espacio que respiraba juventud y esperanza, custodiado por un viejo peluche cuyo corazón de felpa parecía guardar todos los sueños de la adolescencia.

La habitación de Alexander conservaba una sobriedad casi monástica. Allí solo habitaban el descanso y una bandera del Deportivo Independiente Medellín que detenía el tiempo sobre la pared.

Al fondo, la infancia resistía su inevitable partida en el cuarto compartido de Dower y Sender, un pequeño mundo donde dos hermanos aprendían a soñar bajo el mismo techo.

Dentro de aquella casa se escuchaba la lluvia golpear las tejas de barro. Se percibía el olor de la cal, el hollín de la cocina y el perfume cálido de las arepas recién hechas acompañadas por chocolate.

En el patio, helechos y "novios" florecían dentro de tarros de pintura reutilizados, mientras recibían el rocío de la mañana. Allí mi tía Cecilia molía maíz sin descanso, con un cigarrillo Pielroja entre los labios y la radio encendida en el programa Cómo amaneció Medellín.

Mientras las calles de San Pío X se mecían al ritmo de la tarde itagüiseña, puertas adentro el mundo cambiaba para siempre.

En un rincón de la sala, una televisión Hitachi inauguró el arcoíris electrónico de una nueva época. Bajo el amparo de la infancia, mis primos y yo perseguíamos los destellos dorados de el Mundial de España 82 a través de Naranjito, alternando el fervor futbolero con las batallas mecánicas de Mazinger Z y Centella.

Al mismo tiempo, el romance conquistaba la casa. Mi tía Cecilia suspiraba con los hilos de cristal de Topacio, mientras Jormary se reflejaba en la dulzura de Andrea Celeste. Juntas tejían los melodramas que perfumaban las noches del barrio.

Al llegar diciembre, la sala se vestía de leyenda. Un árbol de chamizo recubierto de celofán plateado reclamaba su lugar en la tradición familiar. Las bolitas rojas brillaban como pequeñas brasas y las ventanas se convertían en constelaciones domésticas adornadas con coronas luminosas.

Desde el corazón del Pioneer, la voz inmortal de Guillermo Buitrago derramaba su ritmo pausado y melancólico.

Aquellas melodías parecían dirigir, como una danza perfectamente sincronizada, el movimiento constante del mecedor sobre la paila de natilla y el giro dorado de los buñuelos de mi abuela, doña María Cecilia "Chila", que flotaban en el aceite y perfumaban la casa durante la Nochebuena.

Mientras tanto, la inmortal canción Faltan cinco pa' las doce mantenía fija nuestra mirada sobre el pequeño reloj de péndulo que colgaba orgulloso en el rincón más silencioso de la salita. Era un viejo guardián del tiempo cuyas doce campanadas romperían el silencio para fundirnos en el abrazo del Año Nuevo.

Pero el reloj de la vida nunca detuvo su marcha.

Los años deshojaron nuestra inocencia y, casi sin advertirlo, mis primos, mis hermanos y yo soltamos las amarras de la niñez para embarcarnos en el océano eléctrico de la juventud.

Corría 1992 cuando la esquina de la calle 31B se convirtió en nuestro parche sagrado. Entre las dos jardineras que construimos con nuestras propias manos surgió un refugio de tardes interminables y noches que parecían desafiar el amanecer.

Allí, bajo la custodia del infatigable Pioneer, dejamos atrás los villancicos para abrazar los himnos de nuestra propia revolución: Queen, Poison, Guns N' Roses, Mötley Crüe y Pink Floyd sellaron con guitarras, distorsión y camaradería el pacto eterno de nuestra juventud.

Los brindis de los sábados adquirieron entonces una liturgia propia. Bautizamos aquel ritual con el nombre de "Chamberlain": una alquimia callejera que mezclaba alcohol, leche, gaseosa Premio y confites de menta.

Cada sorbo compartido en la penumbra de la acera nos parecía una comunión secreta. Nos hacía sentir eternos. Nos convencía de que la noche nos pertenecía.

Pero el tiempo devora los calendarios con la velocidad de un parpadeo.

Aquella juventud indomable y aquellas tertulias interminables terminaron disipándose como el humo de un cigarrillo en la madrugada. Sin previo aviso despertamos habitando la gravedad de la adultez.

La esquina quedó en silencio.

Cada uno siguió su propio rumbo, desplegando las alas hacia horizontes distintos. Atrás quedó el altar de la infancia, aunque jamás abandonamos el eco del Pioneer ni el sabor dulce y mentolado de aquella hermandad.

Llegó el año 2000 y con él la demolición de la casa de tejas de barro, una de las tres últimas que sobrevivían en el sector.

El estruendo de la retroexcavadora y de las volquetas que arrastraban las tejas de San José, la caña brava sembrada por doña María, las maderas traídas de Urabá y los adobes macizos de El Rosario fue, en esencia, el sonido de un espíritu convertido en escombros.

Nunca olvidaré la tristeza de ver caer aquellos muros que habían guardado décadas de historias, olores y afectos.

La casa pasó de ser una vivienda de un piso donde todos se miraban a los ojos a convertirse en una fachada de cuatro niveles y ventanales oscuros que ocultan el rostro de quienes viven detrás de ellos.

Todos llevamos una casa de tejas de barro en la sepia de la memoria; muchas veces, hoy, convertida en un bloque de concreto.

Un día mi madre, Esperanza Alarcón Valencia —testigo, guía y guardiana de esta travesía— me preguntó:

—Oiga, mijo, ¿y quién es el espíritu de la casa?

Le respondí:

—Madre, el espíritu de la casa no es una ficción. Es la memoria colectiva hecha presencia; es el sudor, la fuerza y la voluntad de quienes fundaron el barrio. Los muros pueden demolerse o cubrirse de cemento, pero el esfuerzo popular que levantó esas tejas de barro, y que usted me ayudó a recordar, es indestructible.

Ella me miró en silencio. Luego sonrió con nostalgia y respondió:

—Ah, mijo... entonces qué bendición, porque de ese espíritu se sostienen los muros de nuestra memoria.

Este relato es un ejercicio de memoria histórica sobre el barrio San Pío X. A través de los recuerdos de la casa de tejas de barro de mi tía Cecilia Alarcón Valencia y de las vivencias de mi niñez y juventud, busco rescatar el patrimonio inmaterial que ayudó a forjar nuestra identidad barrial durante el siglo XX.

Es, sobre todo, un homenaje a los vecinos, a la infancia compartida y al parche de la esquina que el concreto jamás pudo borrar.

Testimonios

Mi nombre es Esperanza Alarcón Valencia y quiero compartir una parte de mi historia, relatada por mi hijo John Hebert Cárdenas.

Yo tenía 14 años cuando mi padre escuchó sobre una nueva urbanización que se estaba construyendo en el barrio San Pío X. Era una de las primeras del sector y estaba conformada por 50 casas. En aquel entonces todo era muy diferente. Las calles no estaban pavimentadas y alrededor solo había mangas y terrenos vacíos.

El 24 de octubre de 1962 nos entregaron la casa. Recuerdo que era época de invierno y que el día de la mudanza mi padre contrató un camión enorme para transportar nuestras cosas. Debido a la lluvia y al pantano que se formaba en las calles sin pavimentar, el vehículo quedó atascado en una esquina. Aun así, la emoción era más grande que cualquier cosa.

Cuando entramos por primera vez, todo parecía mentira. La casa tenía un piso café y áspero, y todavía conservaba ese olor a cemento, adobe y construcción nueva. Se sentía fría. Un mes después, el 23 de noviembre, celebré allí mis quince años.

Al poco tiempo mi padre abrió una pequeña tienda y construyó una cocinita. En esos primeros años nadie se conocía porque todos éramos nuevos en el barrio. No teníamos vecinos cercanos y a pocos metros de la casa solo había campos abiertos. Poco a poco, gracias a la tienda de don Miguel, mi papá, las personas comenzaron a encontrarse, conversar y conocerse. De alguna manera, aquel pequeño negocio nos ayudó a conocernos y a construir una convivencia comunitaria.

Viví en esa casa hasta que me casé y allí permaneció mi hermana Cecilia Alarcón. Con el paso de los años la vivienda fue demolida y en su lugar se levantó un edificio.

A veces me da mucha tristeza pasar por esa esquina y recordar todo lo que vivimos allí: los esfuerzos de mi familia por establecerse, los vecinos que llegaron después y la manera en que aquel lugar fue transformándose con el tiempo.

La casa ya no existe, pero los recuerdos siguen vivos. Cada vez que paso por allí vuelvo a sentir el olor de la casa nueva, la emoción de aquella mudanza y el comienzo de una historia que creció junto con el barrio.

II

Soy Jormary, hija de Cecilia Alarcón, y crecí en una casa muy especial ubicada en la calle 31B N°. 46-04. Entre esas paredes transcurrieron algunos de los momentos más felices de mi vida.

Aquella casa no fue simplemente una construcción de ladrillos, adobe y cemento; fue el territorio donde crecieron mis sueños, donde aprendí las primeras lecciones de la vida y donde compartí innumerables momentos junto a mi familia. Allí transcurrieron mi niñez y mi juventud, llenas de risas, juegos, celebraciones y recuerdos que aún permanecen vivos en mi corazón.

Cada rincón conserva una historia. En sus espacios habitan todavía las tardes tranquilas, las conversaciones familiares, las fechas especiales y los aprendizajes que nos ayudaron a crecer y a enfrentar la vida con fortaleza. Fue un hogar construido sobre el amor, donde mi madre, Cecilia Alarcón, sembró valores, afectos y enseñanzas que hoy forman parte esencial de quien soy.

Con el paso de los años, mis sueños comenzaron a expandirse más allá de aquellas paredes. Anhelaba salir adelante, apoyar a mi familia y devolverle a mi madre una parte de todo el amor, el esfuerzo y los sacrificios que nos entregó durante su vida. Fue entonces cuando tomé una de las decisiones más importantes de mi existencia: emigrar a los Estados Unidos.

No fue fácil dejar atrás mi tierra, mi barrio, mi familia y la casa que guardaba los recuerdos más valiosos de mi infancia. Sin embargo, llevaba conmigo un propósito claro: luchar por mis sueños y construir un futuro que me permitiera retribuir a mi madre todo lo que había hecho por nosotros.

Fueron años de trabajo constante, de sacrificios silenciosos y de nostalgias profundas. Muchas veces la distancia pesó en el alma, pero jamás abandoné la ilusión que me acompañaba desde el primer día: regresar y ver transformado aquel hogar que nos vio crecer.

Cada esfuerzo realizado tuvo un significado especial, porque no se trataba únicamente de remodelar una vivienda. Se trataba de honrar una historia familiar, de preservar un legado construido con trabajo y amor, y de agradecerle a mi madre la vida que nos regaló entre aquellas paredes.

Hoy, cuando pienso en la casa de la calle 31B #46-04, no solo evoco los recuerdos de mi niñez y mi juventud. También recuerdo el camino que emprendí para honrar ese pasado y contribuir a que mi madre disfrutara de un hogar renovado, más fuerte y más hermoso, pero conservara intacta la esencia que siempre lo distinguió: el amor de una familia unida.

Porque las casas pueden transformarse con el tiempo, pero los recuerdos, los valores y el amor que nacen dentro de ellas permanecen para siempre.

III

Soy Steven, nieto de mamita Cecilia Alarcón. Durante mi niñez viví en la casa ubicada en la calle 31B #46-04, un lugar que para muchos puede ser solo una dirección, pero que para mí siempre será el escenario de algunos de los recuerdos más hermosos de mi vida.

En aquella casa transcurrieron momentos muy especiales de mi infancia. Fue allí donde crecí rodeado del amor, el cuidado y la dedicación de mi mamita Cecilia, quien, con su paciencia infinita, sus enseñanzas y su cariño incondicional, convirtió ese hogar en un refugio lleno de calidez y tranquilidad. Cada día tenía algo especial: las conversaciones familiares, los juegos compartidos y la certeza de sentirme protegido por el amor de quienes me rodeaban.

También tuve la fortuna de vivir momentos inolvidables junto a mis tíos. Con ellos compartí risas, historias, enseñanzas y experiencias que hicieron de mi niñez una etapa profundamente feliz. Cada uno dejó una huella en mi vida y contribuyó a construir los recuerdos que hoy atesoro con tanto afecto.

Las paredes de aquella casa guardaban la memoria de una familia que encontró en lo cotidiano su mayor riqueza. Allí se vivieron momentos sencillos, pero profundamente valiosos; instantes que con el paso de los años se transformaron en verdaderos tesoros de la memoria.

Para mí, esa casa siempre representará mucho más que una construcción física. Representa el amor de mamita Cecilia, el cuidado que recibí durante mis primeros años y el entorno familiar que me ayudó a crecer con valores, afecto y sentido de pertenencia.

Entre esos muros no solo se levantó una vivienda. También se construyeron recuerdos imborrables, enseñanzas para toda la vida y los lazos de una familia que marcó mi infancia para siempre.

Hoy, al recordar la casa de la calle 31B #46-04, vuelvo a encontrarme con una parte fundamental de mi historia. Porque los lugares donde somos amados nunca desaparecen del todo: permanecen vivos en la memoria, en el corazón y en todo aquello que llegamos a ser gracias a ellos.

Bibliografía

Bachelard, G. (2014). *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica.

Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.

Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.

Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria: El tiempo como imaginario*. Paidós.

Heidegger, M. (1994). Construir, habitar, pensar. En *Conferencias y artículos*. Ediciones del Serbal.

Derrida, J. (1997). *Mal de archivo: Una impresión freudiana*. Trotta.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.

Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Siglo XXI Editores.

Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria: El tiempo como imaginario*. Paidós.

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra*. Ediciones UNAULA.

Ospina, W. (2013). *Pa' que se acabe la vaina*. Planeta.

Bergson, H. (2016). *Materia y memoria*. Cactus.

Casey, E. S. (2011). *Recordar: Un estudio fenomenológico*. Ediciones Siruela.

Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la percepción*. Planeta-Agostini.

Carrasquilla, T. (2008). *La marquesa de Yolombó*. Biblioteca Ayacucho.

En busca del tiempo perdido. Proust, M. (2001). *En busca del tiempo perdido*. Alianza Editorial.

Pedro Páramo. Rulfo, J. (2019). *Pedro Páramo*. RM Verlag.

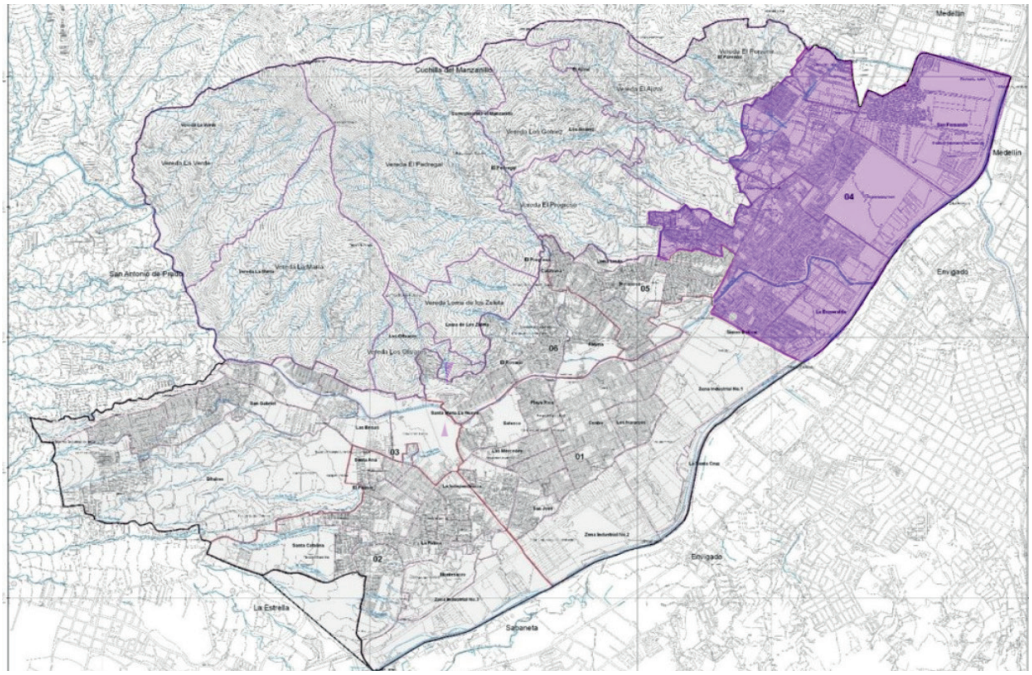
Cien años de soledad. García Márquez, G. (2007). *Cien años de soledad*. Real Academia Española.

Al faro. Woolf, V. (2008). *Al faro*. Alianza Editorial.

El ruido y la furia. Faulkner, W. (1990). *El ruido y la furia*. Alianza Editorial.



Archivo personal de Manuela Osorio Rúa.



Mapa de localización de la Comuna 4 de Itagüí. Archivo de Manuela Osorio Rúa

Efecto Gaviota: crónicas de las consecuencias atribuidas a hechos de violencia sucedidos en las décadas de 1990 y 2000 a familias de la Comuna 4 de la ciudad de Itagüí

Por Manuela Osorio Rúa

«Las gaviotas iban y venían, como siempre, con la atroz indiferencia de las fuerzas naturales.»

Ernesto Sábato.

¿Cómo aprendo a vivir sin mi madre de un día para otro?, ¿Cómo reacciono a la muerte de mi padre, si era un asesino?, ¿Cómo mantengo viva la esperanza de recuperar a mi padre, que lleva tres décadas desaparecido?, ¿Cómo puedo seguir mi vida, si perdí a mi hijo? Sería una fortuna poder decir que estas preguntas se las debe hacer una mínima parte de la población. Sin embargo, son una pequeña muestra de la realidad que viven miles de familias en Colombia, y cientos de ellas en Itagüí. Durante esta

investigación, evidenciamos que no son preguntas que se hacen mirando al cielo tras el asesinato de un ser querido, sino que muchas veces quedan sin respuesta a lo largo de la vida, como una herida que permanece abierta desde el momento en el que la violencia arrebató algo irremplazable.

Hay dolores que no llegan lentamente, ni dan tiempo para prepararse. Hay dolores que irrumpen, que entran violentamente en la vida de una persona y dividen la existencia: un antes y un después. La llamada inesperada, el disparo que atravesó una esquina equivocada, la noticia que nadie debería recibir, la ausencia que comienza una mañana cualquiera y nunca termina. Desde ese instante, el mundo deja de funcionar como antes. El tiempo se transforma. La cotidianidad se rompe. Y quienes sobreviven deben aprender a existir con una herida que no eligieron.

Las siguientes son historias que reflejan las relaciones causales que han generado los hechos trágicos en nuestra ciudad, una relación causal semejante al llamado *Efecto Mariposa*. El proyecto recibió inicialmente iba a ser llamado *Efecto Gaviota*. Esta es una idea asociada a la teoría del caos que plantea que pequeñas acciones o cambios iniciales pueden producir consecuencias muy grandes e inesperadas con el paso del tiempo. El nombre proviene de una metáfora popularizada por el meteorólogo Edward Lorenz, quien explicó que, en sistemas complejos como el clima, algo tan pequeño como el aleteo de una mariposa podría alterar ligeramente las condiciones del aire y, con el tiempo, contribuir a generar fenómenos mucho mayores en otro lugar. En términos generales, el Efecto Mariposa ilustra cómo una causa aparentemente pequeña puede desencadenar un flujo de eventos que termina produciendo efectos significativos e imprevisibles. (Robinson, 1970; Lorenz, 1972).

Perder a alguien de manera violenta no es solamente enfrentar la muerte. Es enfrentar también el vacío abrupto de lo que esa persona representaba: la voz que sostenía el hogar, la risa que daba sentido a las tardes, el abrazo que convertía la angustia en calma, la certeza de no estar solos. Cuando una madre muere por una bala perdida, un joven no pierde únicamente a quien le dio la vida; pierde parte de su refugio emocional, de su identidad y de la forma en que entendía el mundo. Cuando asesinan a un hijo, una madre no sólo entierra a una persona: entierra proyectos, recuerdos, futuros imaginados y una parte profunda de sí misma. Y cuando alguien desaparece en medio de la violencia, el duelo queda suspendido en un lugar imposible, porque no hay cuerpo, no hay despedida y muchas veces tampoco verdad.

El impacto de estas pérdidas atraviesa todas las dimensiones humanas. Emocionalmente, aparece un dolor que desborda las palabras: culpa, rabia, miedo, ansiedad, tristeza profunda, silencios difíciles de explicar. Psicológicamente, la vida puede quedar marcada por el trauma, por recuerdos que regresan una y otra vez, por la sensación permanente de inseguridad o por la incapacidad de comprender cómo el mundo siguió avanzando mientras el suyo se detuvo. Socialmente, muchas víctimas cargan además con el peso del abandono, del estigma o de la indiferencia. Algunas familias aprenden a callar para sobrevivir. Otras convierten el dolor en memoria, en resistencia, en la necesidad urgente de contar lo ocurrido para impedir que el olvido termine de borrar a quienes ya les fueron arrebatados. (Worden, 2004; Boss, 2006; Beristain, 2010).

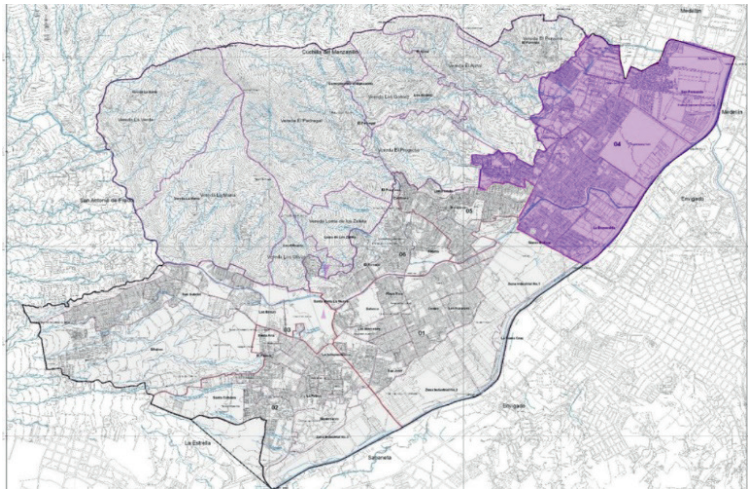
Porque la violencia no termina cuando cesa el disparo. Continúa en las sillas vacías, en las mesas incompletas, en las fotografías que envejecen, en las preguntas sin respuesta y en las décadas de espera. Permanece en quienes tuvieron que crecer demasiado rápido, en quienes aprendieron a convivir con la ausencia y en quienes siguen buscando, treinta años después, a alguien que nunca volvió a casa.

Vidas que cambiaron para siempre

Esta investigación nace precisamente de esas vidas atravesadas por la pérdida. De voces que durante mucho tiempo fueron reducidas a cifras, titulares o expedientes. Aquí, cada testimonio evidencia que detrás de toda tragedia hay una historia humana que merece ser contada. Historias de dolor, sí, pero también de memoria, dignidad y resistencia. Porque narrar estas ausencias no devuelve a quienes faltan, pero sí impide que desaparezcan también de la memoria colectiva.

La Comuna 4 de Itagüí, integrada por los barrios Santa María 1, Santa María 2 y Santa María 3, San Pablo, La Hortensia, Colinas del Sur, San Fernando, Simón Bolívar, Central Mayorista, El Carmelo, Viviendas del Sur, Villaventura y La Raya, es la comuna más poblada de la ciudad y uno de los territorios donde con más fuerza se ha tejido la historia social, económica y cultural de Itagüí. Marcada por el comercio, la industria, el trabajo comunitario y las expresiones culturales populares, esta comuna también cargó durante décadas las heridas de la muerte que golpeó a Itagüí, a Antioquia y a Colombia. Historias de dolor, ausencia y resistencia que aún sobreviven en la memoria de quienes perdieron a

alguien que amaban, incluso en medio de la transformación urbana, el fortalecimiento de la seguridad y el crecimiento cultural que hoy muestran una ciudad distinta, pero que no olvida.



Para entrar en materia, es necesario comprender el contexto que formaba parte de la vida cotidiana de los itagüiseños. Esta investigación, más allá de reconstruir los hechos violentos que marcaron la historia de la ciudad, busca dignificar la lucha de las familias que han debido aprender a vivir sin una presencia fundamental en sus vidas.

Entre 1990 y 2010, Itagüí vivió uno de los periodos más dolorosos y violentos de su historia. Aunque la crisis no era exclusiva de la ciudad, sino el reflejo de una Colombia marcada por el narcotráfico, el conflicto armado y la expansión de estructuras criminales en gran parte de Antioquia, Itagüí terminó convirtiéndose en uno de los epicentros de esa guerra urbana. La presencia de bandas delincuenciales, grupos paramilitares, sicariato y disputas por el control territorial transformó barrios enteros en escenarios de zozobra, silencio y muerte cotidiana (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013; Perea Restrepo, 2007; Observatorio de Seguridad Humana de Medellín, 2011).

Durante esos años, la ciudad alcanzó cifras estremecedoras de homicidios y llegó a ser considerada una de las ciudades más violentas del país e incluso de América Latina. Solo en 1991 se registraron cerca de 900 asesinatos, mientras que entre 1990 y 2010 generaciones enteras crecieron en medio de funerales, fronteras invisibles y el dolor permanente de

perder familiares, amigos o vecinos. (Alcaldía de Itagüí, 2026; Historia de mi Barrio 2025)

¿Quiénes son víctimas de la violencia?

En los contextos de violencia urbana y conflicto armado en Colombia, las víctimas no pueden entenderse únicamente como quienes recibieron directamente un disparo, una amenaza o una desaparición. Este atroz panorama transforma círculos completos de vida: familias, barrios, generaciones enteras. Cada asesinato deja múltiples víctimas alrededor; cada desaparición rompe comunidades; cada actor armado, incluso cuando era también victimario, deja tras de sí personas marcadas por el dolor, la culpa, el miedo o el estigma.

El conflicto colombiano, y particularmente sus expresiones urbanas en ciudades como Itagüí, produjo una compleja red de víctimas directas e indirectas. El Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) ha documentado cómo la violencia no solo causó muertes, sino también daños emocionales, sociales, culturales y psicológicos que alteraron la vida de familias y comunidades enteras.

Entre las víctimas más visibles aparecen quienes perdieron a un ser querido de manera repentina y violenta. Jóvenes que crecieron sin sus madres tras una bala perdida en medio de enfrentamientos barriales; madres que tuvieron que reconocer el cuerpo de sus hijos asesinados; hermanos que quedaron atrapados entre la rabia y el silencio; niños obligados a madurar demasiado rápido porque la criminalidad les arrebató la posibilidad de una infancia estable. En estos casos, el duelo suele ser abrupto y traumático: la vida cotidiana se fractura de un momento a otro y la sensación de seguridad desaparece. El hogar deja de sentirse como refugio y el miedo comienza a habitar incluso los espacios más comunes.

Uno de los casos más dolorosos corresponde a las familias de personas desaparecidas. La desaparición forzada tiene una dimensión distinta al homicidio porque impide cerrar el duelo. No hay certeza, no hay despedida, no hay tumba sobre la cual llorar. El CNMH explica que esta violencia produce una “muerte suspendida”, donde las familias viven atrapadas entre la esperanza y el terror, incapaces de reconstruir plenamente sus vidas. Muchas madres, esposas e hijos han dedicado décadas enteras a

buscar respuestas, abandonando trabajos, rutinas y proyectos personales para sostener una búsqueda que, en ocasiones, nunca termina.

También existen víctimas invisibilizadas: las familias de quienes participaron en dinámicas violentas. Hijos de sicarios, esposas de hombres armados, madres de jóvenes reclutados por bandas o grupos ilegales. Muchas veces estas familias cargan un doble peso: el dolor por la pérdida y el estigma social de ser asociadas con el victimario. Sin embargo, numerosos estudios sobre memoria y conflicto han insistido en que el sufrimiento humano no desaparece porque la persona asesinada haya sido partícipe de esta problemática. Una familia cuyo padre fue asesinado después de años de deterioro por consumo de drogas y participación en homicidios también experimenta rupturas profundas y una herencia emocional marcada por la violencia normalizada, además de la intimidación de los enemigos o sobrevivientes, que ocasionalmente buscan venganza por los hechos cometidos por el fallecido.

En barrios atravesados por economías ilegales y confrontaciones armadas, muchas personas crecieron viendo cómo las fronteras entre víctima y victimario podían volverse difusas. Algunos jóvenes fueron simultáneamente víctimas de abandono, pobreza extrema, reclutamiento y consumo problemático, mientras terminaban involucrados en estructuras violentas. Sus familias, lejos de quedar intactas, terminaban viviendo persecuciones, desplazamientos, retaliaciones o exclusión social. El conflicto urbano colombiano dejó innumerables hogares donde convivían el amor familiar y el miedo permanente.

Otro tipo de víctimas fueron quienes sobrevivieron a la cotidianidad sin necesariamente perder la vida o un familiar cercano, pero sí perdiendo su tranquilidad. Comerciantes extorsionados, vecinos confinados por fronteras invisibles, adolescentes obligados a abandonar sus barrios por amenazas, mujeres sometidas al control de actores armados, niños que aprendieron a distinguir disparos antes que juegos. El CNMH ha documentado que el conflicto produjo daños socioculturales profundos: ruptura de la confianza comunitaria, miedo colectivo y debilitamiento del tejido social.

Además, muchas víctimas quedaron atrapadas en duelos imposibles porque la violencia no terminó con el hecho traumático. Continuó en la impunidad, en el silencio institucional, en la falta de verdad y en la estigmatización. Algunas madres fueron señaladas por buscar a sus hijos desaparecidos; otras familias aprendieron a callar por temor a represalias.

Incluso décadas después, muchas personas siguen viviendo emocionalmente en el momento exacto en que perdieron a alguien.

A consecuencia de esto, durante la década de 1990 existió un amplio sector de la población juvenil de Itagüí con graves lesiones físicas (principalmente parálisis de la columna vertebral ocasionadas por arma de fuego), a la que no se le prestaba gran atención. Posteriormente fue conformada una corporación para la ayuda de los limitados físicos. (Foro Municipal de Itagüí de la Consejería Presidencial, 22 de febrero de 1992).

Comprender a los diferentes tipos de víctimas implica entender que la violencia colombiana no sólo produjo muertos: produjo ausencias permanentes, discapacidades, traumas heredados y generaciones enteras marcadas por la inseguridad. El conflicto atravesó la intimidad de los hogares y transformó la manera en que miles de personas aprendieron a relacionarse con el amor, la memoria, la justicia y la esperanza. Por eso, escuchar sus testimonios no es únicamente un ejercicio histórico; es también una forma de reconocer la dimensión humana que existe detrás de cada cifra.

En el año 1992, durante la Comisión de Bienestar Social y Seguridad Ciudadana del Foro Municipal de Itagüí de la Consejería Presidencial realizado el 22 de febrero, el comandante de la policía de la ciudad para la época mencionó que las balaceras y homicidios que se presentaban en Santa María 1 (El Guayabo) y Asturias eran por enfrentamientos entre los delincuentes de la zona, y dijo algo que deja profundamente marcada la estigmatización de las cifras de la violencia que atemorizó por décadas a los habitantes de Itagüí: “cuestión que no debe preocupar, porque antes resulta un beneficio ciudadano”.

Para el año de estas declaraciones, familias enteras lloraban las pérdidas de sus familiares no asociados al conflicto en la ciudad. En el mismo barrio en cuestión, una familia empezaba a vivir la angustia de la desaparición del padre de la familia, un comerciante que, sin ninguna amenaza, advertencia o indicio de estar próximo a convertirse en víctima de los grupos delincuenciales, fue desaparecido sin dejar algún rastro para su búsqueda, o alguna explicación que le diera entendimiento o claridad a sus hijos y esposa. En esa casa, un niño pensaría en abandonar sus estudios para convertirse en el hombre de la casa, cargando no solamente con la economía y estabilidad de sus hermanos y madre, sino con la incertidumbre de si algún día volvería a ver a su padre.

Tres décadas de espera

Didier Eduardo Santamaría Deossa desapareció en Itagüí en medio del contexto violento que vivía el sector de Villaventura. Era un hombre familiar, que vivía por y para sus hijos, sin enemigos conocidos, desvinculado del conflicto, que un día cualquiera a comienzos de la década de 1990 salió de casa a trabajar y nunca más volvió. Su hijo mayor, Alex Santamaría, tenía 5 o 6 años, según recuerda, mientras su hermana tenía aproximadamente 3 años.

> *"Nos impactó bastante en nuestra familia, ya que estábamos realmente pequeños, ser madre soltera no es fácil. Mi padre era separado de mi madre, pero aún había un vínculo y compartíamos mucho como familia. Entonces el saber que, de pronto, mi padre no nos iba a estar acompañando, sí nos afectó a nosotros bastante como niños. Y hoy, a mis 42 años, todavía me pesa, todavía siento esa ausencia de padre".*

Alex cuenta que a sus 8 o 9 años, empezaba a ser consciente de la tristeza y preocupación de su madre, de las noches de silencio y llanto.

En los contextos de violencia urbana y conflicto armado en Colombia, muchas mujeres quedan atrapadas en una transformación abrupta de sus vidas luego de la desaparición o asesinato del padre de sus hijos. La pérdida no representa únicamente un duelo afectivo; implica también la ruptura completa de la estructura económica y familiar sobre la que se sostenía el hogar. De un día para otro, numerosas madres deben asumir solas responsabilidades que antes compartían: garantizar alimento, proteger a sus hijos, sostener emocionalmente a la familia y enfrentar la incertidumbre sobre el futuro.

En los casos de desaparición forzada, la situación adquiere una dimensión todavía más compleja. A diferencia de la muerte confirmada, la desaparición mantiene a las familias en un estado permanente de espera. Muchas mujeres continúan buscando durante años noticias sobre sus compañeros mientras intentan conservar cierta estabilidad para sus hijos. La ausencia de respuestas oficiales, la impunidad y el miedo instalado en los barrios convierten la maternidad en un ejercicio de resistencia cotidiana. El hogar deja de ser únicamente un espacio de crianza y se transforma también en un lugar atravesado por el silencio, la ansiedad y la incerti-

dumbre. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2012; Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013; Grupo de Memoria Histórica, 2013)

> *"Siendo muy pequeño uno notaba la tristeza de la mamá, de "cómo voy a hacer para conseguir la comida para los hijos mañana, cómo voy a hacer para esto…" Mi mamá llorando "hijuepucha, mañana me tengo que ir a pie, porque si no, no le puedo dejar el desayuno a mis hijos". Yo empecé a cargar con eso en silencio, yo me empecé a decir que yo tenía que hacer un poquito más y darle solución a eso, ponerle un pare a eso, ponerme a trabajar. Yo no pensaba ni en estudiar, sino en trabajar para poder quitar ese sufrimiento que mi mamá tenía".*

En medio del dolor y la angustia, Alex empezó a preocuparse más por convertirse en un soporte para su madre y su hermana que por estudiar o jugar.

> *"En el desarrollo y en el crecimiento mío fui como supliendo y convirtiéndome en el padre de la casa. Porque a raíz de esto pues, obviamente, me tocó trabajar desde muy temprana edad. Yo dije: no, yo tengo que hacer algo. Porque nuestra vida había cambiado significativamente […] Estaba muy pequeño pero me daba cuenta de absolutamente todo".*

Muchos niños crecieron viendo cómo la figura paterna desaparecía abruptamente en medio de amenazas, asesinatos, confrontaciones armadas o desapariciones forzadas. De un momento a otro, la casa quedaba marcada por el silencio, la incertidumbre y la rabia. Las preguntas sobre el paradero del padre empezaban a mezclarse con necesidades más inmediatas: conseguir comida, ayudar económicamente en el hogar o asumir responsabilidades que no correspondían a su edad.

En numerosos casos, especialmente en sectores populares afectados por la precariedad y la criminalidad, los hijos mayores comenzaban a asumir el rol del padre ausente. Sin haber terminado de entender el dolor de la pérdida, muchos adolescentes sentían la presión de convertirse en "el hombre de la casa". Esto significaba abandonar parcial o completamente la escuela, buscar trabajos informales desde edades tempranas, cuidar hermanos menores o acompañar emocionalmente a madres también devastadas por el duelo y las dificultades económicas.

> *"Me convertí en el hombre de la casa. Por ejemplo, mi hermana me ve como el papá, ella me dice "usted para mí es mi hermano, mi amigo y mi papá".*

Didier Eduardo, su padre, nació en Venecia, Antioquia, pero toda su vida la pasó en Itagüí con su familia. Visitar la casa de Alex y caminar a su lado fue verlo saludar a sus tías y primos vecinos, citarse con su hermana para verse después de la entrevista y con su hija, para entregarle uno de sus habituales regalos. Así era también Didier Eduardo; un hombre cercano a su familia, que acostumbraba a estar siempre con sus hijos, sus hermanos y su madre. Un día, sin saber cómo ni por qué, desapareció en la ciudad que lo vio crecer y convertirse en el padre, hermano e hijo que era.

> *"No solamente esto afectó e impactó bastante a nuestra familia [él, su madre y su hermana], también fueron sus hermanos, sus padres, eso fue bastante trágico, el desespero y la zozobra de saber dónde está, qué le hicieron, por qué no aparece, por qué no llama, y mucho más sabiendo que era un hombre tan familiar. Es decir, él siempre estuvo pendiente de sus hijos, de su mamá, de sus hermanos, era de compartir. Entonces empezaban a llegar esas fechas especiales, un día de la madre, un día de la mujer, y no aparecía. Y nosotros "no, este año sí va a aparecer, mi papá sí va a aparecer, mi hermano sí va a aparecer, mi hijo sí va a aparecer". En diciembre, "no, él nos va a dar la sorpresa y sí va a aparecer". […] Las ganas y la ilusión eran tantas que, cualquier persona que veíamos parecida íbamos a averiguar, y nos decían que lo habían visto en Bello y corríamos para Bello, que lo vieron en Venecia y nos íbamos para Venecia, que lo vieron deambulando en un pueblo y para allá pegábamos todos juntos… Eso hicimos, lo buscamos. Sin mentirte, en toda Colombia. Hermanos, tíos, madre, primos, y mi persona. Todo el mundo se unió en esa búsqueda, pero hasta el momento no sabemos nada de él, si sigue vivo, si está muerto… nada".*

Según narra Alex, su padre no tenía enemigos conocidos ni antecedentes de violencia, no era una persona violenta, ni tuvo nunca problemas con nadie. Era una persona del común, trabajadora, que tenía sus amigos, era sociable y contaba con un círculo que lo quería. Esto, hacía más desconcertante aún el caso.

> *"No hubo nunca responsables […] y nunca nos dijeron nada. Lo que nos llegó a dar un poquito de ilusión fue una vez, cinco años*

> *después de su desaparición, que llamaron a mi abuela y le colocaron una canción que a él le gustaba mucho y nosotros lo vimos como una señal, entonces dijimos como "no, él está vivo, entonces de pronto fue capturado por algún grupo de acá de Itagüí, o la guerrilla, o quién sabe qué, y no puede hablar en el momento, de pronto algún día aparece o cumple el tiempo que tenga que cumplir allá y aparece", pero no, ya mira todo el tiempo que ha transcurrido y no sabemos nada de él, y obviamente las esperanzas se desvanecen cada día más".*

Durante los primeros meses suele mantenerse la esperanza. Muchas familias creen que la persona regresará en cualquier momento. Conservan intactas sus pertenencias, evitan mover objetos de lugar y permanecen atentas a cualquier noticia. Hay hogares donde la ropa continúa colgada durante años, donde una cama permanece tendida como si todavía esperara a quien falta, donde el sonido de una puerta o una llamada telefónica sigue provocando la ilusión momentánea del regreso.

Sin embargo, con el paso del tiempo, la búsqueda comienza a decaer emocionalmente. La esperanza no desaparece del todo, pero empieza a convivir con el desgaste, la frustración y el miedo. Las familias aprenden a vivir en una incertidumbre permanente. No pueden despedirse porque no existe certeza de muerte, pero tampoco logran continuar plenamente porque la ausencia sigue abierta.

> *"Acudimos a medios, para tratar de publicar su desaparición, buscando ayuda en todos lados, colocando fotografías, emisoras, en la Universidad de Antioquia también buscamos apoyo… Hicimos lo habido y por haber para saber al menos una respuesta de si está vivo, o no está vivo, o saber algo de él. Pero no lo pudimos lograr. […] Toda mi familia es demasiado unida. Saber que llegaban esas fechas especiales y mi abuela ya no compartía ni vivía lo mismo un Día de la Madre, un día de su cumpleaños, si le pedían cuál era su deseo, siempre era ver a Didier. El Día de la Madre el mejor regalo, el que ella más quería, era que mi papá apareciera. El deseo de más de uno, como regalo del Niño Dios, era que mi papá apareciera. Entonces, de una u otra forma, no se viven lo mismo esas fiestas, esos momentos que ya se dieron en algún momento cuando estuvimos todos juntos. Se baila, se ríe, pero ahí está siempre ese vacío, ese vacío incurable, ese roto que nunca se va a poder llenar."*

Alex atribuye lo que es, y lo que es su familia, a su papá:

> *"El amor que él sembró en mí, en tan poco tiempo, creo que influyó bastante para ser la persona que yo soy hoy, el hombre que soy hoy, el hijo que soy hoy, el compañero de vida que soy hoy y el padre que soy hoy. Entonces, Dios me lo prestó por muy poco tiempo, pero en ese tiempo pude absorber todo lo bonito que él tiene y tuvo para darnos a nosotros. Gracias a él y a mi madre, que está viva, soy el hombre que soy. […] Y la familia de mi padre, que fue de mucho apoyo, y la familia de mi madre, que estuvo ahí siempre".*

Pero la violencia no marca únicamente a quienes crecen sin padre. También deja huellas profundas en quienes, justo cuando comienzan a construir su propia identidad y a imaginar el futuro, pierden de manera abrupta a la persona que representaba protección, guía y refugio emocional.

Aprender a vivir sin mi madre

Si para un niño la desaparición del padre significa crecer bajo el peso de una ausencia permanente, para muchos jóvenes la muerte de su madre representa el derrumbe repentino de aquello que todavía sostenía estabilidad en medio del caos. A los dieciocho años, una etapa atravesada por cambios, decisiones y búsquedas personales, perder a la madre no sólo implica enfrentar un duelo devastador, sino también quedar expuesto a una sensación de orfandad emocional difícil de explicar. De un momento a otro, la vida deja de parecer un camino abierto hacia el futuro y comienza a sentirse como un territorio incierto marcado por la problemática y la necesidad de aprender a sobrevivir sin quien hasta entonces había sido el centro afectivo del hogar.

Alex Santamaría se convirtió en el padre de su casa. Para 1997, en el barrio Santa María 2 de la Comuna 4, María Isabel Gutiérrez se convertiría, a sus 18 años, en la madre de la suya.

Era el Día del Amor y la Amistad del '97 cuando María Isabel acompañaba a su madre, Carmelina Mejía Duque, a cuidar el negocio de la tía en la avenida Santa María con la calle 77. Varios familiares acostumbraban a departir en el negocio, y allí se encontraban en la tarde pasando el rato antes de ir a visitar a su abuela, que vivía en el sector.

> *"Tardecito, llegó un tipo que vivía por ahí, no era de acá de Antioquia pero vivía en el barrio, y nos puso ahí como problema por una cuenta. Mi mamá era la persona que estaba encargada y era la persona como mayor. Le cobró, y él se enojó, y entonces otro que estaba ahí le dijo "Ah, descarado, que porque son mujeres te vas a aprovechar…" y le dio un cabezazo, y el tipo se fue, cascado y se fue. Entonces mi mamá dijo "No, mejor cerremos, después viene a ponernos problema", y cerramos. Cuando íbamos caminando por ahí por la avenida, por el semáforo, por Zarabanda… bala".*

Vivir en territorios atravesados por balaceras constantes y violencias cotidianas, como ocurrió en gran parte del Valle de Aburrá durante la década de 1990, significó mucho más que habitar un espacio geográficamente peligroso. Desde una perspectiva psicosocial, implicó crecer y desarrollar la vida cotidiana dentro de entornos donde el miedo, la muerte y la incertidumbre se normalizaron hasta formar parte de la experiencia diaria de miles de personas.

En numerosos barrios populares de Medellín, Bello, Itagüí, Envigado o Caldas, la violencia urbana se convirtió en una presencia permanente. Las confrontaciones entre estructuras criminales, milicias, grupos armados, sicariato y economías ligadas al narcotráfico transformaron profundamente la vida social y emocional de las comunidades. El conflicto dejó de percibirse como algo excepcional y comenzó a integrarse a la rutina: escuchar disparos por las noches, tirarse al piso durante una balacera, reconocer qué calles no podían cruzarse o saber que una discusión mínima podía terminar en un homicidio empezó a formar parte de la cotidianidad de muchas familias. (Villa Gómez, 2007; Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017; Naranjo Giraldo, 2001).

En ese sentido, la muerte dejó de ser exclusiva de las personas ligadas al conflicto, y pronto estar parado en una esquina, cobrarle la cuenta a un borracho o caminar con la familia en una avenida, podía terminar en desgracia.

> *"Unos corrimos, otros saltamos… mi mamá corrió agachada, le entró una bala en la espalda, y el trayecto de la bala le cogió la aorta, y murió. Cuando eso, al frente del EVE [Institución Educativa Enrique Vélez Escobar] estaba el hospital, la llevamos y cuando llegó estaba sin signos vitales. Ya ahí me tocó ir a avisar a mi papá y a mi hermano".*

A los dieciocho años, muchas personas apenas comienzan a imaginar quiénes quieren ser. Es una etapa atravesada por proyectos, estudios, amistades, descubrimientos personales y expectativas sobre el futuro. En condiciones más comunes, la vida todavía conserva cierta sensación de acompañamiento: existe alguien que sostiene emocionalmente el hogar, que aconseja, que cuida, que resuelve necesidades cotidianas invisibles hasta el momento en que desaparecen. Por eso, cuando una madre muere de manera repentina y violenta en esa etapa de la vida, el impacto no sólo es emocional; altera completamente la estructura sobre la que esa persona estaba construyendo su futuro.

La ausencia materna transforma profundamente la cotidianidad porque las madres suelen ocupar un lugar central no sólo en el cuidado emocional, sino también en la organización práctica de la vida familiar. Su muerte deja vacíos visibles en tareas pequeñas y enormes al mismo tiempo: preparar comida, cuidar enfermedades, administrar el dinero del hogar, recordar fechas importantes, sostener conversaciones difíciles, acompañar emocionalmente a los hijos o simplemente hacer sentir que existe un lugar seguro al cual regresar.

> *"Yo ya había salido del colegio, había entrado a la Universidad de Medellín a estudiar Derecho. Yo recuerdo que yo estaba como aburrida, y ya con eso, pues, nunca más volví, ni cancelé, ni nada, yo no volví a la universidad. Ya al cabo de años, de pasar un duelo largo, ya ahí sí entré a estudiar y terminé mi carrera de diseño gráfico, pero ese momento sí fue demasiado traumático y quedé a cargo con mi papá de mi hermanito y de la casa".*

Para una joven, presenciar la muerte violenta de su madre significa enfrentarse a una ruptura emocional extrema en un momento donde ella misma apenas está comenzando la transición hacia la adultez. Pero cuando, además del duelo, debe asumir el cuidado de un hermano menor que también acaba de perder a su madre, el impacto transforma por completo el lugar que ocupa dentro de la familia y dentro de su propia vida. La hija deja de ser únicamente hija. La hermana mayor comienza, muchas veces de manera involuntaria y abrupta, a ocupar el rol de madre dentro del hogar.

> *"Muy difícil, porque estaba en una edad muy difícil, apenas tenía 10 años y había perdido a la mamá también, entonces que llegara la hermana mayor a darle órdenes, y en medio de la falta de*

> *la mamá. […] Debió haber sido mucho más difícil [para él]. […] El primer día, fue escoger la ropa con la que íbamos a enterrar a mi mamá, y los días siguientes había un dolor muy grande pero había que resolver esas cosas, las novenas… La cosa fue cuando ya con el pasar de los días había menos gente en la casa, y fue llegar al fin de semana y ver que toda la ropa estaba sucia y yo no sabía usar la lavadora, y había que comer y yo no sabía cocinar, todavía no había aprendido. Mi papá estaba trabajando y cuidándonos pero la que se encargaba de esas cosas y de nosotros, los niños, era ella. Entonces ahí fue muy duro porque yo no tenía a mi mamá para preguntarle cómo hacía unos fríjoles, me tocaba preguntarle a alguna tía e ir aprendiendo a vivir sin ella. […] Yo por eso a mi hija desde chiquita le fui enseñando todas esas cosas, yo no sabía sobrevivir sin mi mamá y me tocó aprender a las malas."*

Después de esto, la familia tuvo un proceso legal para el esclarecimiento del caso, donde la familia y testigos que estuvieron presentes declararon lo sucedido. El hombre que había reclamado por la cuenta fue declarado culpable. Sin embargo, se dio a la fuga y nunca más lo volvieron a ver.

> *"En este momento, cuando esas cosas pasan llevan a los niños al psicólogo, les dan acompañamiento, y bueno. En ese entonces no, eso fue: recupérese como pueda. Aprenda a vivir sin la mamá. Entonces mi hermano, tuvo una adolescencia difícil, el trauma fue muy grande, además porque él era el consentido de mi mamá, el niño. […] Mi papá ya falleció, hace seis años por COVID-19. Para él fue muy duro, porque fue un señor que quedó solo a cargo de este par de muchachos, de una que estaba saliendo de la adolescencia y de uno que estaba entrando a ella, quedamos una familia muy dispareja: un señor ya muy grande, con una chica de 18 años y un niño de 10, estábamos en etapas muy distintas todos y viviendo la misma situación que ya era difícil de por sí".*

Durante las décadas de 1980 y 1990 en Colombia, miles de niños, jóvenes y familias enfrentaron pérdidas profundamente traumáticas en un contexto donde prácticamente no existían las garantías institucionales de atención psicosocial y reparación que comenzaron a consolidarse años después. La violencia habitaba los barrios, pero el acompañamiento emocional para quienes sobrevivían era casi inexistente. En aquella época, el

enfoque estatal hacia las víctimas estaba centrado principalmente en la seguridad y el control del conflicto, no en las consecuencias emocionales y psicológicas que dejaba la violencia sobre la población civil.

Por eso, muchos niños y jóvenes tuvieron que aprender a procesar la tragedia prácticamente solos. Después de presenciar la muerte de una madre, la desaparición de un padre o el asesinato de un hermano, la vida continuaba inmediatamente. Había que regresar al colegio, trabajar, cuidar familiares o sostener económicamente el hogar, aun cuando emocionalmente la persona seguía atrapada en el momento traumático. El duelo rara vez podía vivirse plenamente porque la supervivencia no daba espacio para detenerse.

Además, el apoyo emocional disponible provenía casi exclusivamente del núcleo familiar, pero esas mismas familias también estaban profundamente afectadas por la pérdida. Una misma muerte golpeaba de maneras distintas a cada integrante del hogar: la madre perdía a un hijo; los hijos perdían a su padre o a su madre; un esposo quedaba viudo; una hermana asumía responsabilidades adultas demasiado pronto. Cada persona intentaba sostener a los demás mientras también cargaba su propio sufrimiento. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013; Villa Gómez, 2012; Ministerio de Salud y Protección Social, 2017).

> *"De todas formas, la mamá es la que une, la que está pendiente, la que consuela, la que conserva la familia, sin embargo, nosotros siempre estuvimos unidos y con mi papá nunca nos faltó nada. […] Él mantuvo mucho siempre en la casa, al pendiente de los hijos, que nos les faltara nada económicamente, no se consiguió otra señora, nada, siempre estuvo ahí pendiente. Pero sí era una época en la que no había como mucho apoyo pues psicológico, era como "Sálvese el que pueda". Y son heridas tan grandes que muchas veces se trata es como de no hablar de ellas para no destaparlas. […] Hay muchas cosas que no alcanzamos a vivir. Por ejemplo, ahora que viene el Día de la Madre, yo nunca tuve platica para darle un regalo, porque cuando eso yo no trabajaba, solamente estudiaba, entonces hoy que ya hay forma no hay mamá por quien ir a buscar el regalo. […] Yo hubiera querido poder haberle dado algo del Día de la Madre, así fuera comer o lo que fuera, pero no alcanzamos. Además, mi mamá se murió muy joven, se murió de 39 años."*

El "qué hubiera sido" es algo que alimenta la nostalgia, sobre todo al considerar que, en los años posteriores a 2011, la percepción de seguridad mejoró de manera significativa, cuando los riesgos de que ocurriera un suceso trágico eran mínimos. Para María Isabel, algo que toca esas fibras es ver que sus tías, las hermanas de su madre, siguen siendo la misma familia unida. Piensa que su madre habría disfrutado mucho salir a tomar tinto, comprar cosas y "callejear" con ellas en un territorio que hoy es transitable, tan distinto de aquel que le tocó vivir y que finalmente le quitó la vida.

Pero la violencia no deja una sola forma de ausencia dentro de una familia. Mientras algunas hijas tuvieron que aprender demasiado pronto a vivir sin sus madres y asumir responsabilidades para las que todavía no estaban preparadas, otras mujeres enfrentaron el dolor opuesto: sobrevivir a sus propios hijos. Porque en medio de las dinámicas violentas que marcaron al Valle de Aburrá durante décadas, muchas madres también quedaron atrapadas en el duelo imposible de ver morir a quienes habían criado, protegido y acompañado desde la infancia. Allí, en Santa María 2, donde una joven intentaba convertirse en sostén para su hermano menor tras perder a su madre, otras mujeres se enfrentaban al vacío devastador de regresar a casa y descubrir que el cuarto de su hijo sería, desde entonces, únicamente un lugar lleno de recuerdos.

Una madre sin su hijo

Doña Georgina Jaramillo es una de esas personas icónicas de la Comuna 4, reconocida especialmente en el sector de la Institución Educativa Enrique Vélez Escobar porque lleva más de 40 años en la misma tiendita, un lugar de encuentro para los más veteranos de Santa María, vendiendo mecato a los estudiantes y los tintos y almuerzos para los profesores. Para alguien como yo, egresada de la institución, fue una sorpresa enterarme de que allí mismo, afuera de su negocio, su hijo fue asesinado en 2010.

> *"Acá en Itagüí vivimos una época de violencia muy exagerada, ya estaba como empezando a pasar esa época cuando yo sufrí mi acontecimiento, me mataron a mi hijo por matar a otro. Mi hijo no debía nada, no pertenecía a ningún combo, nada. Simplemente él estaba trabajando, cerrando el negocio, cuando se armó la balacera y le pegaron un tiro a él".*

Doña Georgina cuenta que en ese momento no la reconocieron como víctima, porque su hijo había sido asesinado por personas comunes. Después, junto a otro grupo de familias que habían perdido a sus seres queridos, iniciaron los procesos para reconocer como víctimas a las madres, padres e hijos de quienes, como su hijo, habían sido inocentes que perdieron la vida durante el conflicto. Con apoyo institucional, lograron que Don Berna, desde la cárcel, reconociera haber dado la orden de matar a muchas personas, y que en medio de los ataques, habían caído inocentes, cuyas familias al menos han recibido una disculpa de su parte. A partir de ese reconocimiento, sigue la lucha legal para reconocerla oficialmente como víctima. (Reconocimiento a víctimas de 'Don Berna' por sentencia del 24 de septiembre de 2015 dado por el Tribunal Superior de Distrito de la Sala de Justicia y Paz, CAMI, 2018).

> *"Es un dolor muy grande el que uno pasa. Nadie alcanza a imaginar, hasta que lo vive. Afortunadamente, un tiempito después, llegó una administración que mejoró mucho todo, demasiado mejoró la situación de violencia, porque antes yo no sé cuántos muertos hubo en solamente esta cuadra… muchos, imagínese en el resto de Itagüí. Yo no alcancé a contar yo creo."*

Para muchos padres y madres, perder a un hijo no significa únicamente enfrentar uno de los dolores emocionales más profundos que puede vivir una persona. En numerosos hogares populares de Colombia, la muerte de un hijo joven también representa la pérdida de un apoyo económico fundamental, de una compañía y de un proyecto de vida familiar construido durante años alrededor de sueños que quedan abruptamente interrumpidos.

Cuando un joven de 25 años muere violentamente, no desaparece solamente una persona; desaparece también una parte del futuro que su familia imaginaba junto a él. Especialmente en hogares donde los hijos comienzan desde temprano a trabajar, estudiar y ayudar económicamente, su ausencia deja un vacío que se siente todos los días de la forma más básica. Muchos jóvenes acompañan a sus madres en negocios familiares, ayudan con gastos de la casa, cuidan hermanos menores o representan la esperanza de una estabilidad económica futura que parecía comenzar a construirse lentamente.

Por eso, después de la pérdida, muchas madres no sólo deben enfrentarse al duelo emocional, sino también al agotamiento físico y eco-

nómico de continuar solas una vida que antes sostenían junto a sus hijos. El cansancio comienza a acumularse en pequeñas escenas diarias: trabajar más horas, cargar solas responsabilidades que antes eran compartidas, regresar a una casa silenciosa después de jornadas extensas o intentar mantener funcionando un negocio donde antes existía compañía y ayuda permanente.

En estos casos, el duelo adquiere una dimensión particularmente dolorosa porque la ausencia del hijo se manifiesta constantemente en la rutina. La madre no sólo extraña su voz, sus conversaciones o su presencia afectiva; también extraña las manos que ayudaban a organizar el trabajo, el apoyo económico que aliviaba ciertas cargas y la tranquilidad emocional de saber que no estaba sola enfrentando las dificultades de la vida cotidiana. Muchos proyectos quedan suspendidos abruptamente: estudios universitarios que nunca terminan, sueños laborales inconclusos, metas familiares que dependían del esfuerzo conjunto entre madre e hijo.

El impacto económico rara vez se menciona con la misma fuerza que el dolor emocional, pero forma parte profunda de las consecuencias que la violencia deja sobre las familias.

> *"Uno ya no tiene la misma alegría, ya uno no quiere nada, para uno es igual una cosa que la otra. ¿Que si se trabaja? Bien. ¿Que si hay eso? Bien. Pero uno ya no siente alegría de irse para un paseo, de nada. La vida le cambia a uno y también le cambia a uno la situación económica, porque el aporte de esa persona que le ayudaba a uno, porque a pesar de que mi hijo estudiaba, también trabajaba y me ayudaba mucho, y cambió todo. Tuve muchas necesidades a partir de ahí, hubo muchos gastos en ese entonces. […] El vacío de la casa, la vida da una vuelta muy grande, se siente la falta de su cariño, todo. Son muchas las cosas que uno siente y las cosas que uno ya no siente igual".*

El hijo de doña Georgina, Iván, iba a cumplir 25 años y estudiaba Ingeniería en Telecomunicaciones en la Universidad de Antioquia. Su futuro se vio truncado debido a la violencia que aún persistía en Itagüí para el 2010, y el futuro de una madre quedó marcado por un vacío que nunca se iría, y una hija que crecería sin su padre.

¿Cómo es ser hija de un asesino?

Pero la violencia también dejó otro tipo de víctimas silenciosas: las familias inocentes de quienes estaban vinculados al conflicto. Hijos, esposas y madres que, aun sin participar en actividades ilícitas, crecieron cargando el temor constante de saber que su padre podía morir en cualquier momento. Durante años vivieron entre amenazas, enemigos y la angustia de entender que el hombre que conocían dentro de la casa, también había causado dolor afuera de ella.

Y cuando finalmente llegaba el asesinato, el duelo se volvía todavía más complejo. Porque no sólo enfrentaban la pérdida violenta de un familiar, sino también el peso emocional de haber vivido durante años esperando esa muerte que parecía inevitable, atrapados entre el amor familiar, la angustia y las heridas que la violencia ya había dejado dentro del hogar mucho antes del disparo final.

Para este testimonio se optó por preservar el anonimato de la víctima y no mencionar el barrio de la Comuna 4 en el que sucedió el hecho de violencia, con el fin de preservar la seguridad de ella y de su familia.

> *"La muerte de mi papá fue en venganza. Él le mató el hijo a una señora de por aquí, y ella en venganza lo mandó a matar a él. […] Era como una muerte que esperábamos, realmente, porque era una persona demasiado mala. Él tiraba mucho vicio, y cada que consumía, él ya estaba como muy llevado de eso, se volvió violento y le daba por matar a alguien."*

Este tipo de víctimas no solo cargan con el dolor de haber sufrido un flagelo en la estructura y tranquilidad de la casa mientras esta persona estaba viva, sino con el estigma a su alrededor, vinculándolas constantemente con los actos que un familiar cometió. Cuando su padre fue asesinado, ella tenía 2 años.

Ser hija de un hombre que asesinó a otras personas implica cargar una herencia emocional profundamente compleja, incluso cuando nunca se participó en estas dinámicas. En muchos contextos del conflicto urbano colombiano, las familias de quienes estuvieron involucrados en dinámicas criminales también crecieron atravesadas por el miedo, el silencio y el estigma. Los hijos heredaban no sólo la ausencia posterior al asesinato del

padre, sino también las consecuencias sociales y emocionales de todo lo que él hizo mientras estuvo vivo.

Muchos hijos crecieron sintiendo temor constante de convertirse en víctimas indirectas de venganzas pendientes. En barrios donde la violencia funcionaba bajo lógicas de retaliación, el apellido, el rostro o simplemente el vínculo familiar podían convertirse en motivo de amenaza. Incluso después de muchos años, algunas familias continúan sintiendo la necesidad de mantenerse en el anonimato, evitar hablar del pasado o esconder ciertos detalles de su historia por temor a que sobrevivientes, enemigos o personas afectadas por las acciones de su padre intenten cobrar una deuda simbólica o violenta con su descendencia.

A esto se suma el peso del estigma social. Muchas familias quedan marcadas por los crímenes cometidos por uno de sus integrantes, aunque jamás hayan participado en ellos. Las hijas y esposas terminan asociadas públicamente con las vidas que esa persona arrebató, cargando miradas de rechazo, rumores o señalamientos dentro de comunidades donde todos conocen las historias de violencia ocurridas años atrás. En algunos casos, esto afecta incluso la manera en que construyen relaciones personales, vínculos afectivos o sentido de pertenencia dentro del barrio. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013; Villa Gómez, 2016; Jimeno, 2010).

Por eso, en numerosos casos, las familias de personas vinculadas al conflicto también terminan viviendo una forma silenciosa de victimización. No porque se ignore el daño causado por el agresor, sino porque la violencia urbana dejó heridas que se extendieron mucho más allá de quienes empuñaban las armas, alcanzando también a hijos, esposas y madres que durante años aprendieron a vivir escondiendo el miedo, el apellido y parte de su propia historia para intentar sobrevivir.

> *"Mi mamá decía que ella ya sabía que eso iba a pasar, que lo iban a matar. Incluso que cuando escuchó los tiros ya sabía que era él, entonces salió corriendo y claro, lo vio morir. El hombre que lo mató incluso había estado algunos días rondando por ahí, entonces ella decía que ya sabía que él iba derecho por mi papá. De pronto para mi abuela sí fue muy duro, porque él era la adoración de ella."*

El duelo de estas familias suele ser complejo y cambiante, es un dolor de una pérdida que se mezcla con cierta tranquilidad que no tenían

cuando esta persona estaba viva. Cuando se pregunta por el "qué hubiera sido" de estos casos en los que una muerte cambia la vida por completo, las respuestas pueden variar según la emocionalidad y perspectiva de quien responde. En este caso:

> *"Si mi papá no hubiera sido lo que fue, y no hubiera hecho todo lo que hizo, yo creo que sí hubiera sido todo muy diferente, claro. Pero si mi papá hubiera sido igual, y hubiera hecho todo lo que hizo y siguiera vivo, yo digo que… no sé, hubiera sido todo peor."*

La persona entrevistada señala que, aunque tuvo una figura paterna que fue el esposo de su hermana que, según ella, hizo el papel *"súper bien"* y le muestra mucho cariño y agradecimiento, sí le hizo mucha falta haber tenido a su papá biológico con ella, y piensa constantemente en ello.

Hasta la fecha, casi tres décadas después de los hechos, aún sabe que algunos sobrevivientes de las acciones de su papá aún intentan averiguar si el hombre tuvo descendencia. Aunque no han sufrido amenazas directas o ataques, hay un miedo constante de que estas personas pretendan actuar en venganza por los atroces hechos cometidos por su padre.

Conclusión

Las historias reunidas en esta investigación demuestran que la violencia nunca termina en el instante del disparo, la desaparición o la muerte. Sus consecuencias permanecen durante décadas en la vida de quienes sobreviven: en los hijos que crecieron demasiado rápido, en las madres que continúan esperando respuestas, en las familias que aprendieron a convivir con el miedo, el silencio y la ausencia. Cada testimonio evidencia que el conflicto vivido en Itagüí no sólo dejó cifras de homicidios o registros judiciales, sino heridas emocionales, fracturas familiares y memorias que aún atraviesan la cotidianidad de muchas personas en la Comuna 4.

Comprender estas experiencias implica reconocer que las víctimas de la violencia son múltiples y diversas. No sólo quienes perdieron la vida, sino también quienes quedaron obligados a reconstruirse después de ella: hijos sin padres, madres sin hijos, familias de desaparecidos e

incluso descendientes de personas vinculadas al conflicto que crecieron cargando el peso del estigma y el temor. La violencia urbana transformó la manera en que generaciones enteras aprendieron a relacionarse con la seguridad, el amor, la familia y la esperanza.

Sin embargo, estas historias también hablan de resistencia. A pesar del dolor, muchas familias encontraron formas de sostenerse mutuamente, preservar la memoria de quienes faltan y continuar construyendo vida en medio de la ausencia. Narrar estas experiencias no devuelve a quienes ya no están, pero sí permite dignificar sus recuerdos y reconocer la humanidad que existe detrás de cada tragedia.

Hoy, cuando Itagüí muestra profundas transformaciones sociales, urbanas y de seguridad frente a las décadas más violentas de su historia, persiste la necesidad de escuchar a quienes aún cargan las consecuencias invisibles de ese pasado. Porque una ciudad no sana únicamente cuando disminuyen las cifras de violencia, sino también cuando es capaz de mirar de frente sus heridas, reconocer a sus víctimas y evitar que el olvido termine borrando aquello que jamás debió suceder.

Agradecimientos

Agradezco especialmente a las personas que brindaron su testimonio para la construcción de esta investigación, por su disposición para hablar de un tema que duele y mueve fibras. Gracias por confiarme su historia y hablar en nombre de todas las víctimas que no han podido hacerlo. Admiración total por su resiliencia, su capacidad de salir adelante y no dejar que su historia sea olvidada.

A Alex Romero, por ser maestro de vida y brindarme apoyo y guía desde mis 13 años. Un verdadero profesor, cuya vocación de enseñar no se limita a las aulas del Enrique Vélez Escobar, sino que permanece con el pasar de los años y los cambios de vida.

Al Instituto de Cultura, Recreación y Deporte de Itagüí por su trabajo constante en favor de la memoria de la ciudad. Espacios como este nos permiten a la comunidad recopilar todo aquello que configuró los barrios y lo que somos hoy, desde el respeto por nuestra historia y el amor que tenemos por las calles que nos vieron crecer.

Bibliografía

Alcaldía de Itagüí. (2021). Itagüí por debajo de la tasa nacional de homicidios. Alcaldía de Itagüí.

Alcaldía de Itagüí. (2026). Cuando el luto era diario: Itagüí enfrenta su pasado con la exposición Obituario. Alcaldía de Itagüí.

Beristain, C. M. (2010). Diálogos sobre la reparación: Qué reparar en los casos de violaciones de derechos humanos. Instituto Interamericano de Derechos Humanos.

Boss, P. (2006). Loss, trauma, and resilience: Therapeutic work with ambiguous loss. W. W. Norton & Company.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2012). Mujeres y guerra: Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano. CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). ¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). Medellín: Memorias de una guerra urbana. CNMH.

Halbwachs, M. (2004). La memoria colectiva. Prensas Universitarias de Zaragoza.

Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Siglo XXI Editores.

Jimeno, M. (2010). Crimen pasional: Contribución a una antropología de las emociones. Universidad Nacional de Colombia.

Lorenz, E. N. (1972). Predictability: Does the flap of a butterfly's wings in Brazil set off a tornado in Texas? American Association for the Advancement of Science.

Ministerio de Salud y Protección Social. (2017). Lineamientos del Programa de Atención Psicosocial y Salud Integral a las Víctimas (PAPSIVI). Ministerio de Salud y Protección Social.

Naranjo Giraldo, G. (2001). Medellín en zonas. Corporación Región.

Observatorio de Seguridad Humana de Medellín. (2011). Dinámicas de violencia urbana en Medellín y el Valle de Aburrá. Universidad de Antioquia.

Perea Restrepo, C. M. (2007). Con el diablo adentro: Pandillas, tiempo paralelo y poder. Siglo del Hombre Editores.

Robinson, G. D. (1970). The Seagull Effect in Meteorology.

Ruta Pacífica de las Mujeres. (2013). La verdad de las mujeres: Víctimas del conflicto armado en Colombia. Ruta Pacífica de las Mujeres.

Villa Gómez, J. D. (2007). Daño, trauma y acción psicosocial en contextos de violencia política.

Villa Gómez, J. D. (2012). Acción psicosocial con víctimas del conflicto armado: Una aproximación teórica y metodológica.

Villa Gómez, J. D. (2016). Acompañamiento psicosocial y acción comunitaria en escenarios de violencia sociopolítica.

Worden, J. W. (2004). El tratamiento del duelo: Asesoramiento psicológico y terapia. Paidós.



1



2

1. Doña Benedikta, Isolda y Don Diego.
2. Don Diego e Isolda.



3



4

3. Don Diego, Isolda y Doña Benedikta.
4. Doña Benedikta y Benny Duque.

Archivo de Hernán González Carmona.



Familia Echavarría zur Nieden. Archivo de la Fundación Diego Echavarría Misas

Tres personajes, dos naciones, una historia. Diego Echavarría, Benedikta zur Nieden, Isolda Echavarría zur Nieden

Por *Hernán González Carmona*

> "¿Dónde está el libro en el que el profesor puede leer acerca de lo que es enseñar? -¡Los mismos niños son ese libro!"
>
> Rudolf Steiner.

Este breve recuento histórico está profundamente motivado a resaltar y a mantener viva, en la Comunidad itaguiseña, antioqueña, y en general, del país, la fusión cultural, educativa y patrimonial entre dos segmentos de sociedad, lejanos entre ellos, y a la vez, con marcadas diferencias en su origen y en su desarrollo sociopolítico; a través de la trilogía humana, conformada por tres grandes, excelsos y significativos personajes: Don Diego Echavarría Misas, Doña Benedikta zur Nieden e Isolda Echavarría zur Nieden.

Se trata entonces, de hacer un corto, pero significativo recuento, del legado cultural, educativo, patrimonial y espiritual de esta familia, que al radicarse en este municipio, convirtió la calidez humana y la fraternidad hogareña, en un símbolo auténtico, de filantropía y de construcción social, llevada a lo más alto de lo posible, y de lo deseable!

En lo puramente cultural, se debe comenzar por la unión matrimonial, de una pareja, integrada por dos personas oriundas de países distintos, uno del otro, como son: Alemania y Colombia. Esta interacción, se presenta, a través de dos personas, que por afortunada coincidencia, se encuentran una noche de febrero de 1933, en una tradicional fiesta, en la ciudad de Berlín. Allí, en un fastuoso baile de carnaval, se conocen, interactúan, bailan y comienzan un breve romance que se convierte en matrimonio, para luego viajar a radicarse en Colombia. Ellos fueron: el joven colombiano, oriundo de Medellín: Diego Ricardo Echavarría Misas, y la joven alemana Sophie Benedikte zur Nieden, oriunda de la ciudad de Herscheid.

Radicados, muy temporalmente en Medellín, decidieron comprar en Itagüí, una apacible y extensa finca, llamada la "Carola", en el sector que ahora ocupan: el Colegio Alemán, la hermosa Casa Museo Ditaires, el Estadio Municipal, la Casa de la Cultura, el Colegio Isolda de Santa Ana y el Polideportivo Municipal, llamado el Cubo, de este municipio. Allí, fijan definitivamente su residencia, y don Diego más tarde, decide cambiarle el nombre a la finca, por el bellísimo y sonoro nombre de "Ditaires", que él mismo se imaginó, en honor a su amada esposa; abreviando su nombre a "Dita" y uniéndolo con la fresca palabra "aires", para así, romantizar, amorosa y poéticamente, la nueva palabra: "Ditaires" o "Los Aires de Dita".

Luego, catorce años después de contraer de matrimonio, les nace su única hija, a quien bautizaron con el singular y muy alemán nombre de Isolda, tal vez como referencia, a la famosa leyenda celta, de la que el famoso músico alemán Richard Wagner, compuso luego, su famosa ópera: "Tristán e Isolda". De esta manera, se conforma la trilogía de personajes, a cuyo alrededor giraría el devenir de gratos acontecimientos que hacen parte sustancial, de la identidad y del progreso de este municipio y de otros sectores del Valle de Aburrá.

Esta pareja, con orígenes, culturas e idiomas diferentes; separados sus hogares por un inmenso océano, como el Atlántico, y con una notable distancia de progreso y de adelanto social entre sus países de origen, no encontraron obstáculo, para unir sus corazones, y servir como ejemplo, de que no hay barreras para construir un hogar y disfrutar juntos un proyecto de vida, fundamentado en la atracción física, y el amor que surge, entre dos seres, hasta llegar a la decisión de unir lazos de convivencia, construir familia, en medio del afecto, tolerancia y respeto mutuo, sin entender muchas veces, ni el cómo ni el porqué del origen de tan profundo y significativo encuentro!

Don Diego nació en Medellín un 25 de febrero de 1895, en el hogar conformado por su padre: Alejandro Echavarría Isaza y su madre: Ana Josefa Misas. Su casa estaba situada en Maracaibo con Sucre, según relata su misma esposa Benedikta, en su autobiografía. Cuando sólo tenía 15 años, los padres lo envían a estudiar a Suiza y luego a Alemania, exactamente a la ciudad de Bad Godesberg, en donde inició el estudio de piano; disciplina que tanto amó y profesó, como evolucionado melómano. Al regresar a Colombia, alterna el trabajo al lado de su padre, con frecuentes viajes a países europeos, como Alemania, Suiza, Inglaterra, Francia, Italia, España, etc. en busca de ampliar el conocimiento del progreso cultural e industrial de estos países, y de asistir a selectos conciertos y festivales de música clásica, que tanto conocía y degustaba, con su característica sensibilidad musical.

Doña Benedikta, nace en Herscheid, Alemania- un 18 de agosto de 1910, es decir, 15 años después del nacimiento de don Diego. Sus padres fueron: Arnold zur Nieden y Constanza Emilia Jacob; su única hermana, menor que ella, se llamaba: Annemarie, Ana María en español, quien se dedicó a ejercer la educación, después enfermera, y luego, a la noble misión de rescatar y proteger a muchos de los niños huérfanos, como consecuencia de la cruenta Segunda Guerra Mundial.

Siendo doña Benedikta, una adolescente, ingresó a un internado, en el cual interactuó con personas que pregonaban los principios de la Antroposofía, cuyo pionero fue Rudolf Steiner. Este tipo de filosofía espiritual, busca conectar y nutrir la vida o esencia del alma del individuo y de la sociedad, a través de varias disciplinas, como: la Educación Waldorf, la Agricultura Biodinámica, la Euritmia, la Comunidad Cristiana, etc. Este tipo de filosofía, la originó Steiner, en el año de 1919. El término Antroposofía viene de las palabras griegas: “anthropos”, que significa: “humano” y de “sophia”, que significa: “sabiduría”, es decir, “ sabiduría del ser humano”.

Según datos de su biógrafa, Benny Duque, “en 1930, termina el bachillerato en la ciudad de Kassel; y luego en Berlín, ingresa a estudiar Bellas Artes. En esa época, le correspondió vivir, muy de cerca, las luchas de los obreros con el gobierno, y los comienzos de la movilización del ejército alemán”. Como buena amante del arte, aprovechaba los fines de semana para visitar los diferentes museos de esa ciudad; mientras acrecentaba su creciente interés por el arte y la cultura, a través de continuos viajes a París, epicentro del arte, en la Europa de entonces.

Como se puede observar, al leer los breves datos biográficos de esta pareja, se deduce fácilmente que la afinidad por el arte y la cultura de ambos, era palpable y coincidente. Pero, aún más, había otra faceta común en sus vidas, y era la de la devoción y práctica de la filantropía, la cual, iría a hacerse una plena y afortunada realidad en comunidades deprimidas, tanto de Medellín, Itagüí, y otros lugares del Valle de Aburrá.

Don Diego y doña Benedikta se casaron en la ciudad de Herscheid, en 1934, y luego emprenden su viaje a Colombia. Don Diego, al retorno regresar a su país de origen, y doña Dita, a iniciar la aventura de comenzar la vida matrimonial en un país desconocido para ella; aprender el idioma español y disponerse a reafirmar el amor por el esposo, y simultáneamente, a empezar otro romance más: el de amar a nuestro país, representado, primero: en la Medellín de la época, y luego en nuestro municipio de Itagüí y otros parajes antioqueños.

Así es como comienza la fusión de estas dos culturas, la de un país suramericano como Colombia, inmerso en un esfuerzo continuo por industrializarse y superar escollos de tipo cultural, industrial, social, político y educativo, que eran característicos en el lento tránsito como nación en vía de desarrollo; y la de un país europeo como Alemania, inmerso en una decidida recuperación, después del colapso provocado por la Primera Guerra Mundial, de la cual, había sido protagonista de primera línea, pero que su larga historia en el devenir europeo, lo ubicaban como un país de mejor progreso que el nuestro; aunque se le aproximaba otra inmensa debacle: el de la devastadora Segunda Guerra Mundial.

La aproximación de estos dos países, causada por el amor de dos seres que unen sus vidas por medio del matrimonio, se reafirma y consolida, con el nacimiento de la amadísima y única hija: Isolda. Esta hija, viene a conformar con sus padres, una trilogía, llena de amor filial, de talento y de filantropía, que marcan un hito de grandeza humanitaria, social y cultural, en nuestro Valle de Aburrá, y sobre todo en nuestro icónico municipio de Itagüí.

Isolda, nació el 15 de julio de 1947. Desde su nacimiento, esta niña recibió los más tiernos cuidados, que son característicos en los hogares, donde el amor abunda. Al mismo tiempo, tuvo la gran oportunidad de recibir una esmerada y selecta formación en algunas vertientes de las artes, como la música, el ballet y la pintura; de tal manera, que desde los cinco años, tenía ya, una buena formación en la interpretación de algunos ins-

trumentos musicales como el violín y el piano. Tenía buenos conocimientos de otros idiomas, además del español, como: el alemán, inglés, francés e italiano; como resultado de la esmerada educación impartida por los padres, de la auto disciplina y de los viajes a Europa.

En la siguiente reflexión de doña Benedikta, acerca del anhelo por tener un hijo o hija, y la larga espera, para volverse realidad, se puede palpar, tanto la dimensión de su sentimiento maternal, como la hermosa habilidad de transmitir el significado de esta, en el lenguaje escrito:

> "Recientemente, leía en un libro, sobre puericultura, la introducción escrita por Rabindranath Tagore, con respecto a la pregunta formulada por un niño: "de dónde provenía yo cuando tú me engendraste?". La madre contestó: "tú estabas guardado en mi corazón en forma de deseo, en los juegos de la infancia; cuando mi corazón juvenil, abría sus hojas, tú flotabas sobre él, como un agradable aroma ¿Cuál poder mágico me ha llevado este tesoro a mis débiles brazos?
>
> Así mismo, puedo yo afirmar, también ahora: ¡qué clase de milagro celestial experimento en mi corazón. Después de tantos años, puedo participar aún, de una dicha tan grande. Yo ya no la esperaba. Ahora, que ya casi verá la luz de la tierra, me sobreviene una alegría inmensa y divina.
>
> Durante 14 años nos rondaste y ahora serás acogida por nosotros, con un amor infinito. Dios seleccionó dos personas de razas distintas: Diego, de un tipo fuerte, saludable, activo, emprendedor; con una combinación, entre la mentalidad española y la americana. Yo, con raíces alemanas de caballería ancestral; con una forma de pensar y una concepción espiritual, muy serenas. Ojalá sea portadora de lo más valioso: amor emprendedor por el mundo, en combinación, con un apacible amor celestial. Mi deseo más grande, es que sea una persona con mucha armonía. Junio 20 de 1947

Después del nacimiento de Isolda, se trasladan de la muy querida finca "Ditaires", para vivir en el bello Castillo en el Poblado, Castillo que, don Diego compró con el fin de conservar tan icónica edificación; y estando ya instalados allí, decide como amoroso padre, construirle a la pequeña Isolda, de sólo 11 años, la encantadora Casa de Muñecas, que

llamó “Tarantela”, y en la que la amadísima hija, compartió, hermosos e imborrables momentos de su niñez, y de su ensoñada adolescencia, en la candorosa y casual, compañía de amiguitas; y sobre todo, del afectuoso, tierno e inocente universo de sueños infantiles, que sus muñecas le inspiraban; para colmar de bellas fantasías su corazón infantil, y hacer que sus tiernos brazos y el susurrar de sus labios, le extendieran: abrazos de ternura a sus muñecas, y también, motivaran emocionantes diálogos y melodías, al darles vida imaginaria, ya que, aunque eran inanimadas, se convertían, inexplicablemente, en seres de espíritu y de alma, para hacer sonreír y prodigar felicidad, a la pequeña Isolda, como les suele suceder, a todas las niñas afortunadas del universo. Esta casa de muñecas, aún se conserva en la Casa Museo El Castillo, como una antorcha encendida, que perpetúa, la ternura manifiesta entre los amorosos padres y la muy consentida hija.

En cuanto al nombre de “tarantela”, posiblemente don Diego, lo tomó de un legendario baile folclórico italiano, que se baila con castañuelas y panderetas. En la reconocida obra “Casa de muñecas” del escritor noruego Henrik Johan Ibsen, la “tarantela”, es un apasionado baile, que Nora, uno de los personajes de la novela, ejecuta para distraer a su esposo Torvaldo, para que no pueda enterarse de uno de sus secretos.

Isolda estudió su primaria y bachillerato, en el Colegio La Enseñanza Villa Lestonnac de Medellín, y luego viajó a Estados Unidos en 1966, con el fin de estudiar Sociología y Diplomacia, en la Universidad Lake Erie College de la ciudad americana de Painesville, Ohio. Mientras estudiaba y disfrutaba de los sueños en los que estructuraría su proyecto de vida, muere el 1° de abril de 1967, a los 19 años, como consecuencia de una súbita y lamentable enfermedad…

Su amor y sentido de pertenencia por nuestro país, eran tan arraigados y manifiestos, que en la biografía de doña Benedikta, se lee lo siguiente:

> “Era tan grande el amor por su patria, que había llevado fotos, postales, folletos de información y libros sobre Medellín y Colombia. En una Conferencia, expuso con entusiasmo, mucho de lo hermoso de su país, que ignoraban en aquella nación”.

Siempre fue para sus padres, un símbolo de la más refinada esencia de lo que es una hija, llena de virtudes, de afecto familiar y de proyección

hacia el constante progreso del ser humano; en cuanto a su objetivo de trascender en lo cívico, lo humano y lo social. Por lo tanto, su partida, les causó un vacío, que sólo trataron de compensar, con amor, resignación y decisión para convertir su ausencia, en una eterna presencia de obras sociales y de servicio comunitario.

Y para nuestra sociedad, Isolda representa, un valioso testimonio de lo que son los resultados de nacer en un hogar de buenos principios cristianos y de ser educada dentro de un sistema educativo, que facilita las mejores bases, tanto formativas como cognitivas, para ser ejemplo de buena ciudadana, de interactuar con sencillez, humildad y solidaridad con las familias de estratos sociales menos favorecidos; y por lo tanto, ser una valiosa fortaleza en el crecimiento social y educativo de una sociedad con tantas dificultades, como la nuestra en esa época.

Al tener ya un breve y conciso perfil de los tres personajes que enmarcan esta historia, es el momento de incursionar en el relato de la misma, enfocada en dejar plasmadas en estos párrafos, las emocionantes, profundas y maravillosas facetas de sus vidas, en pro del progreso cultural, urbanístico, y sobre todo, educativo, de Itagüí.

En lo estrictamente familiar, es obvio deducir, que se presentó la interacción de dos personas, en medio de posibilidades muy remotas de conocerse. Y que, desde su mismo comienzo como esposos, desarrollaron una vida matrimonial, con fuertes lazos de atracción y comunes estilos de vida, que sólo se truncaron, cuando el destino y la adversidad, determinaron momentos cruciales en su existencia. Primero, el temprano fallecimiento de la adorada hija: Isolda, a los 19 años. Y luego, el infortunado secuestro de don Diego, que terminó con su muerte, en manos de sus captores, el día 19 de septiembre de 1971. Doña Dita, entonces, afronta con fuerza, entereza y resignación, estas duras pruebas, que ella superaría con paz interior, serenidad de espíritu, y lo más relevante: ánimo y decisión, para incrementar su labor social y filantrópica, hacia la comunidad antioqueña.

Esta tendencia al servicio social, fue siempre el común denominador entre ellos. Él, bien educado y de un ambiente familiar de buenas costumbres ciudadanas, buen estatus socioeconómico, y con fuerte inclinación por el disfrute de las bellas artes y por la ayuda continua y decidida, a impulsar obras de beneficencia. Ella, también perteneciente a una refinada familia de auténticas raíces alemanas, de exquisitos modales, y de una

formación humanística, educativa y académica, que la orientaba a ser una dama de excelentes costumbres, enmarcadas por el servicio social, buenos modales familiares, y un enorme deseo de impartir educación y civilidad a estas comunidades.

Fue así, como dedicaron su proyecto de vida a desarrollar de manera continua, el maravilloso ejercicio de construir y donar obras para las diferentes comunidades de varios municipios. Una práctica filantrópica de pensamiento, de decisión y de acción. Y aún más, proyectada en los grupos sociales y comunitarios más deprimidos de esta región. Casi que paralelamente al inicio de su vida matrimonial, y ya establecidos en Itagüí, inician esta misión silenciosa, generosa, y efectiva, que se intensificó y prolongó, hasta la partida de doña Dita para su natal Alemania. Aunque puede decirse que su legado no termina, sino que perdura a través de la conservación de los bienes materiales, de la memoria y gratitud que se les tenga, y del legado cultural, social y educativo que día a día se repite en la formación sólida y continua de miles y miles de niños y jóvenes, que reciben instrucción en los colegios y centros culturales, fundados por ellos.

Un recuento, de las más conocidas obras y actividades filantrópicas, llevadas a cabo por don Diego y doña Benedikta, en esta región, son las siguientes:

- Participación en el comité de personas fundadoras del Colegio Alemán en el Poblado, en el año 1968. Donación de parte del terreno de su finca Ditaires, para construir una nueva sede del Colegio Alemán, y propiciar su traslado de la sede del Poblado, hacia Itagüí; donación del terreno para el Hogar del Niño, hoy Casa de la Cultura de Itagüí; fundación de la Escuela Musical Diego Echavarría Misas, Biblioteca Pública de Itagüí, Clínica Materno Infantil de San Antonio de Prado, Ancianato de San Antonio de Prado, Centro Cultural y Humanístico Micael, Primaria Musical Diego Echavarría, Escuela de Artes y Oficios de Itagüí, Hogar Infantil Rotario, Colegio Isolda Echavarría de Itagüí, Colegio Waldorf Isolda Echavarría de la Estrella, Biblioteca Isolda Echavarría de Barbosa, Colegio el Triángulo de Rionegro, donación del Museo El Castillo y de las esculturas de Simón Bolívar y Antonio Nariño, para el parque de Itagüí.

En cuanto a la Biblioteca de Itagüí, don Diego la mandó a construir y la donó a este municipio, con el fin de fomentar de manera efectiva, el crecimiento cultural, educativo y artístico, de sus habitantes; lo cual sig-

nificó una enorme y efectiva contribución en la educación de sus niños, jóvenes y adultos. Una contribución, que aún se mantiene, y que seguirá siendo un referente de orgullo en el desenvolvimiento cultural de esta ciudad.

Esta biblioteca se inauguró el domingo 13 de mayo de 1945, unos cuatro meses antes de que se terminara la Segunda Guerra Mundial. De tal manera, que cuando Itagüí, florecía con este bello edificio, con apariencia de templo o "de inspiración monumental, para enriquecer la lectura e instrucción de los itagüiseños, Alemania, la tierra natal de doña Benedikta, se encontraba casi destruida, y agobiada en la pobreza, debido a las consecuencias de tan funesta contienda.

Esta Biblioteca, además de estar estratégicamente ubicada, y de tener un bello, amplio y bien diseñado auditorio, y en sus muros laterales, hermosas pinturas que representan secuencias evocadoras de la vida aventurera y caballeresca de Don Quijote de la Mancha y su fiel amigo, Sancho Panza, tenía también, un nutrido y eficiente número de libros y enciclopedias, traídos y donados, por don Diego y doña Dita.

Desde su comienzo, y mientras vivió don Diego, esta Biblioteca, fue un verdadero templo de la cultura, el estudio, la contemplación y disfrute de bellas piezas musicales; también de excelentes talleres de pintura, y otras expresiones del arte, que don Diego ofrecía, generalmente los sábados y domingos, desde las 3:00 p.m. hasta más o menos las 7:00 p.m.

Es manifiesto y claro, que en Itagüí, desde aquellos lejanos años, y mientras la familia Echavarría Misas zur Nieden, estuvo completa, se escuchaban en las tardes sabatinas y dominicales, las más selectas piezas musicales, de los mejores y más destacados compositores de la época, como: Mozart, Chopin, Beethoven, Wagner, etc. También era común, escuchar en vivo, a selectos artistas nacionales y extranjeros, que invitados por don Diego, como: Blanca Uribe, el pianista Joseph Matza, Pietro Mascheroni, la soprano rionegrera Lía Montoya, y Harold Martina etc, ofrecían conciertos de música, canto, y hasta poesía.

En cuanto a la pintura, los talleres eran frecuentes, y los niños y jóvenes de las escuelas y colegios, eran invitados a pintar en el recinto, estimulados por la compañía de la misma familia Echavarría zur Nieden, y con la dirección de algunos tutores, que ellos contrataban, para capacitar a los escolares.

Los programas sabatinos y dominicales eran más o menos así: durante los días previos, los encargados de dirigir la Biblioteca, elaboraban las piezas musicales escogidas para cada tarde, lo mismo que las actividades de pintura, que se realizarían. Luego en un caballete o atril, y cerca a la entrada, colocaban el programa completo de dicha tarde. Y alrededor de las tres, llegaban en su automóvil: don Diego, doña Dita e Isolda. Ingresaban directamente al fondo del auditorio. Don Diego y doña Dita se sentaban, cada uno en su respectivo sillón, y pronto comenzaba la audición de las piezas musicales, programadas para esa tarde. En otras ocasiones, tanto doña Dita como Isolda, solían recorrer los pasillos, con el fin de observar y estimular a los niños y niñas que pintaban. En mi caso, creo recordar, que por lo menos una vez, de esas añoradas tardes, recuerdo que Isolda apoyó la mano en mi hombro, estimulando, el discurrir de mi incipiente dibujo.

En lo estrictamente educativo e instructivo, la mayoría de los escolares de Itagüí, íbamos algunos días, a consultar información para nuestras tareas, a leer una obra preferida o asignada por el colegio, o buscar a alguien que voluntariamente se ofrecía para explicar o hacernos, las difíciles tareas de matemáticas. Otras veces, se iba sólo a charlar en voz muy baja y a conseguir amigos, ¡que en el barrio no se tenían! En resumen, desde ese entonces, y aún hasta hoy, la Biblioteca de don Diego, era y seguirá siendo, el "Google" del presente, que debido a su generosidad, le ayudó a miles y miles de estudiantes, a encontrar: educación, instrucción, amigos y cultura. Qué enorme y profunda sensación de nostalgia, de gratitud y de asombro.

Llega el momento de centrar esta historia, en el advenimiento de la Pedagogía Waldorf a nuestra región, y de la implementación de la misma, en algunas instituciones educativas, por la distinguida benefactora Benedikta Zur Nieden. Antes de entrar en los detalles de esta implementación, debo hacer un breve, pero obligado introito, del origen y esencia de este sistema educativo, según información recopilada de artículos y documentales difundidos por Internet; de testimonios de las profesoras del Colegio Isolda Echavarría de la Estrella: Ana María Duque y Laura Duque, así como del mismo testimonio y nutrido archivo de la historiadora Benny Duque Carvajal, acerca de esta pedagogía y de la vida misma de doña Benedikta.

La Pedagogía Waldorf, fue concebida por el filósofo, pedagogo y científico, Rudolf Steiner, quien nació en Austria, el 27 de febrero de

1861. Mientras vivió en Berlín, se dedicó al estudio de la Teosofía, un movimiento esotérico que promueve el "Divino Reino" a través del estudio comparativo de la religión, la filosofía y la ciencia. Como consecuencia de este estudio, estructuró su propia filosofía de pensamiento, a la que llamó Antroposofía o Sabiduría del ser humano o Ciencia del Espíritu, para investigar las realidades no físicas.

Rudolf Steiner, fue un destacado y visionario pensador y pedagogo, quien produjo una extensa obra acerca de sus experiencias y convicciones sobre la educación, la ciencia y el desarrollo espiritual del ser humano. Desde muy joven, tuvo acceso a los archivos del gran erudito, dramaturgo y poeta alemán, Johann Wolfgang von Goethe, y del renombrado filósofo alemán, Friedrich Niezsche; así como a la edición de las obras de otro ilustre filósofo, también alemán: Arthur Schopenhauer. Estos breves datos acerca de la producción científica y filosófica de Rudolf Steiner, dimensionan el profundo alcance de su pensamiento, enfocado a estructurar, su mundialmente reconocida, Pedagogía Waldorf.

En 1919 empieza a dirigir en la ciudad de Stuttgart, una escuela para los hijos de la empresa de cigarrillos Waldorf Astoria, cuyo director era Emil Molt. El pedagogo Steiner, ejerció tal función durante cinco años. Durante estos años, desarrolla e implementa un modelo de pedagogía educativa de orientación social que, al tener origen en esta escuela, decide llamarla Pedagogía Waldorf-Astoria, en honor al nombre de la empresa.

En el archivo personal, de la señora Benny Duque Carvajal, historiadora y biógrafa, de la señora Benedikta zur Nieden, aparece el boletín número 22, correspondiente al mes de abril de 1995, del Centro Humanístico Micael, fundado por doña Benedikta, en el que se publica una muy interesante reseña, acerca de lo que es un "Retrato de una Escuela Waldorf", escrita por Alfred Cecil Harwood, un profesor inglés, seguidor de la Pedagogía Waldorf.

Este escrito, dimensiona en profundidad, la filosofía y razón de ser de esta Pedagogía, y el por qué se justifica, resaltar positivamente, el advenimiento de la misma, a nuestro terruño. Escribe el mencionado autor:

El movimiento educativo Waldorf, surgió del caos en que se encontró sumida Europa, al final de la Primera Guerra Mundial. En esa época, un industrial, de gran visión, de Stuttgart, Alemania del Sur, se dio cuenta de que el "materialismo" de los tiempos modernos, y especialmente el

concepto “naturalista”, hacía prácticamente inevitable, la repetición de un conflicto mundial. La única esperanza de evitar ese desastre, creía, residía en una concepción nueva del hombre, que incluyera un nuevo concepto de la educación.

Encontró esta concepción, en la obra sobresaliente, del filósofo austríaco Rudolf Steiner. Por consiguiente, se dedicó a pedirle a Steiner, que estableciera una escuela para los hijos de los trabajadores de su fábrica.

Steiner, nunca emprendía una empresa específica, sin recibir primero, una petición práctica y concreta. También fue característica suya, elegir para primeros maestros de esa escuela, hombres y mujeres de diversas capacidades, algunos de los cuales, no habían tenido ninguna intención previa de hacerse maestros, ni poseían preparación especial, para esa profesión.

Steiner siguió este camino, porque pudo darse cuenta, de que el carácter y experiencia de esos colaboradores, sería factor importante, para comprender y enseñar bien a los niños.

Establecida esta pequeña escuela, personas de toda clase social, quisieron inscribir a sus hijos, y el número de alumnos, pronto rebasó el millar. Se fundaron otras escuelas, y a los doce años, no sólo había escuelas Waldorf en muchas ciudades de Alemania, sino que el Movimiento, se había extendido a Suiza, Holanda, Escandinavia, Gran Bretaña, y Norteamérica. No había ninguna Organización Central: las escuelas estaban asociadas únicamente por el origen común de su inspiración.

El advenimiento del Partido Nazi, asestó un golpe de muerte a las escuelas en Alemania. Primero, vino la presión política, que convertía en un acto de valor enviar un niño a una escuela Waldorf. Pero esto, fue pronto seguido por una orden final de clausura, que declaró con franqueza sorprendente, que “esas escuelas, vigorizan la vida individual, y son por lo tanto, enemigas del estado”.

En los países conquistados por los nazis, se cerraron las escuelas, a menudo, con escenas de intensa emoción, con la palabra “resurgam” -“me levantaré de nuevo”-, en los labios y en los corazones de maestros y padres. Sólo en los países libres, se mantuvo la tradición y el desarrollo de las escuelas.

No fue pues, sorprendente, que, con la caída de la Alemania Nazi, las escuelas Waldorf fueron las primeras en volver a funcionar normalmente.

Queda muy evidente, la dimensión y solidez de los principios pedagógicos de este modelo educativo, así como el trascendental papel, desempeñado por maestros, niños y padres de familia, al sortear tantos escollos, para resurgir después, con mayor firmeza y logros de los mejores alcances formativos y educativos.

Otras fuentes de información, publicadas en Internet, expresan que, este Modelo Educativo, se considera como un modelo alternativo, entre muchos más que se implementan en el desarrollo de la educación, tanto en Oriente como en Occidente, desde los griegos. Se basa en la libertad y la creatividad del niño durante su proceso educativo, con el fin de alcanzar una formación idónea del futuro ciudadano, que le permita desarrollar un pensamiento libre, autónomo y altruista. En este proceso educativo, como en la mayoría de otros procesos, el maestro es un actor central, pues es él o ella, quien debe saber en qué estado del proceso, se encuentra el niño, y cómo orientar su evolución.

Otras fuentes, definen a la Pedagogía Waldorf, como una pedagogía holística y una aproximación educativa integrada a las artes, que se enfoca en desarrollar las capacidades intelectuales, emocionales y físicas del niño, a través de etapas de desarrollo de siete años cada una o septenios. Esta pedagogía, enfatiza la creatividad, el juego imaginativo y el aprendizaje experimental, en la temprana niñez, posponiendo las disciplinas académicas formales, hasta la edad de los 7 años, para fomentar de por vida, el aprendizaje y el pensamiento crítico.

Y al entrar a la praxis de esta pedagogía, se pueden mencionar, someramente, los principios fundamentales y áreas del saber y aprendizaje, de esta pedagogía, que conforman el currículo y pénsum de las escuelas Waldorf, recalcando, que no es lo exacto, debido a los diversos momentos y enfoques, que están inmersos en las metodologías, de tantos y tantos colegios y docentes, esparcidos por el mundo.

1. Los tres estadios o etapas del desarrollo de la formación del niño, están distribuidos así:

A. Primera infancia: de 0 a 7 años, cuyo eje central es el aprendizaje, a través del juego y la imitación.

B. Infancia media= (Educación Primaria): de los 7 a los 14 años, los ejes centrales del aprendizaje son las artes y la imaginación.

C. Adolescencia = Secundaria o Superior: de los 14 a los 21 años, su eje central es el pensamiento crítico

2. El Aprendizaje Holístico, se enfoca a integrar las artes, la música, humanidades, y la Educación Física en todas las disciplinas académicas, promoviendo así, el logro del "desarrollo integral del niño". Integra pues, un aprendizaje cognitivo, emocional, espiritual y físico; concibiendo al niño como un ser integrado en tres aspectos: cuerpo, alma y espíritu.

3. El currículo de artes integradas

4. Las materias postergadas, como la lectura y escritura, se introducen a la edad de los 7 años, que permita la adquisición en el niño, de un conocimiento natural y emocional, a la vez, que un desarrollo motor. Además, se considera que una presión intelectual, puede dificultar el desarrollo del niño.

5. Los ritmos y las rutinas: Enfatiza los ritmos de aprendizaje diarios, semanales, semestrales y anuales. En estos ciclos se implementan actividades como relato de historias, actividades basadas en la naturaleza, etc, generalmente tutoreados por un mismo profesor, en los diferentes ciclos.

6. El enfoque con restricción en tecnología: se trata de reducir al máximo el uso de pantallas y dispositivos electrónicos, en los primeros años, con el fin de proteger la imaginación y fomentar la interacción humana de una manera directa.

7. El acople de relación profesor-alumno por dos años consecutivos, o tal vez, todo el ciclo de Primaria, con el fin de construir relaciones fuertes y consistentes, entre el maestro y el estudiante.

8. El ambiente o atmósfera de la escuela: Se enfoca a crear un ambiente propicio y agradable, en los que predominan materiales de aprendizaje totalmente naturales y "juguetes de finalidad abierta" (Open ended toys), "juguetes de uso diario".

9. El objetivo de esta Pedagogía: El principal objetivo de la Pedagogía Waldorf, es el de formar pensadores independientes con un fuerte sentido de creatividad, de responsabilidad y de amor por el aprendizaje.

10. Evaluación cognitiva y cualitativa: En muchos centros Waldorf se priorizan evaluaciones cualitativas y se reduce el uso de pruebas estandarizadas, tanto orales como escritos, con el fin de calificar sus resultados con letras o números. La evaluación del progreso académico y humanístico, se hace a través de una descripción detallada por el profesor sobre el progreso de cada estudiante, en sus aptitudes y actitudes, tanto académicas como comportamentales.

En cuanto al currículo y recursos en el aula, se destacan estos aspectos:

Lecciones principales: Durante tres o cuatro semanas, se desarrolla una "clase principal intensiva", en la que se escoge una materia determinada, para ser dictada todos los días en bloques de dos horas, lo que permite una inmersión profunda, en dicha asignatura.

Recursos naturales: Se emplean recursos o juguetes didácticos para las diferentes clases, elaborados en madera, lana, seda o cera de abeja, con el fin de nutrir los sentidos del niño.

Integración artística: En todas las asignaturas, se incluyen los aprendizajes de pintura, música, tejido, talla en madera, la euritmia o el arte del movimiento armónico del cuerpo, propio de esta pedagogía.

Elaboración de textos: Los mismos estudiantes elaboran sus cuadernos y libros, a lo largo del proceso educativo, y los ilustran con sus propios dibujos y escritos.

Hay en la Pedagogía Waldorf, entre tantos aspectos importantes, dos que merecen, por lo menos, ser mencionados con una breve síntesis. Uno es la Medicina Antroposófica y el otro es la Euritmia.

En cuanto a la Medicina Antroposófica, dicen los autores James A. Davison y Carlotta Hollman, lo siguiente, en un escrito que pertenece al Archivo de la señora Benny Duque:

"El término "medicina antroposófica", sirve para denominar un planteamiento médico, basado en, e inspirado por la obra y enseñanzas de Rudolf Steiner (1861 - 1925).

De 1920 a 1924, Steiner dirigió una serie de conferencias sobre métodos de terapia, a las que sólo fueron admitidos médicos y estudiantes

de medicina, aparte de algunas excepciones, cuidadosamente elegidas. En su libro “Enigmas del alma” (1917), ya había trazado la relación entre el funcionamiento de la mente y los procesos físicos. En 1920, aplica esta relación a la fisiología. Sus conferencias significaban un alejamiento radical de la opinión generalizada de que todas las funciones de la mente y del alma se centran en el cerebro. Steiner describe la dinámica de un organismo sano, como resultado de la actuación de tres sistemas de órganos, más o menos autónomos, y sin embargo relacionados entre sí, y hasta cierto punto, penetrándose mutuamente:

1. El sistema nervioso y sensorial, que se extiende por todo el cuerpo, pero cuya actividad principal, se centra en la cabeza, proporcionando la base física, para las percepciones sensoriales y el pensamiento.

2. El sistema del metabolismo y los miembros, que proporcionan la base fisiológica para la vida volitiva.

3. El sistema rítmico de circulación y respiración, que es la base fisiológica de la vida sentimental.

La diferencia esencial entre estos tres sistemas, reside en que la actividad del sistema nervioso, concentrada en la cabeza, tiene un centro en un punto, mientras que el sistema metabólico, posee una calidad más periférica y extendida”.

Ilustrando este interesantísimo artículo, hay un dibujo de un cuerpo humano de espaldas, y dentro del mismo: un árbol con sus raíces en la cabeza, su tallo hacia abajo, sus hojas en el tórax; y entre la cintura y las caderas: la flor del árbol. Dicen los autores: “Tanto el cuerpo humano, como las plantas, tienen una naturaleza triple. Desde el punto de vista de la medicina y la nutrición, la relación entre las plantas y el cuerpo humano, es inversa. Las fuerzas frescas de la cabeza, corresponden a las raíces de la planta; las fuerzas calientes del metabolismo, corresponden a la flor, y las hojas son el sistema rítmico del hombre”.

Esta analogía y reflexión entre las plantas y el cuerpo humano, además de sus otros planteamientos me parecen interesantísimos, y me llevan a concluir, que la analogía resulta sugerente dentro del marco antoposófico en lo propuesto por el señor Rudolf Steiner.

Respecto a la Euritmia, se debe empezar por definir la palabra, según sus raíces griegas: “eu” =bueno, armonioso y “rhythmos”= ritmo, movimiento.

En el Archivo de la señora Benny Duque, se encuentra un pequeño texto, titulado “El Arte de la Euritmia” (sin el nombre del autor). Dice el texto:

> “Esta disciplina fue desarrollada por el mismo inspirador de la Educación Waldorf, en Alemania, el Dr. Rudolf Steiner. En 1912, inició su trabajo con una joven y su grupo de amigas. En 1915, fue conocida por unos representantes públicos, despertando el interés general. Se inicia un curso en Dornach (Suiza) y surgen nuevos impulsos. La señora Steiner continuó el trabajo en Dornach, unido al arte de la declamación y la recitación.
>
> Rudolf Steiner, dibujó gran cantidad de coreografías, para grupos grandes y pequeños de artistas. También dio indicaciones referentes a los trabajos de la Iluminación. En la realización de la obra completa del “Fausto” de Goethe, la euritmia, obtuvo un papel muy importante, para representar las figuras de la Mitología Griega y seres inmateriales. En Dornach, Suiza, continuaron las representaciones semanales, hasta que en el año 1919, se realizó la primera presentación grande, en público; llevando la Euritmia, a través de toda Europa.

Hoy en día, hay escuelas de euritmia en la mayoría de los países europeos. En 1924, Rudolf Steiner -un año antes de su fallecimiento- dio dos grandes cursos, resumiendo el conocimiento de la Euritmia, y logrando que fueran publicados en dos libros. También dio un curso especial, para médicos, sobre la aplicación de la euritmia, en la medicina. Con la fundación de la escuela Waldorf en 1919, Rudolf Steiner, introdujo la euritmia, como materia obligatoria, y pilar de la pedagogía, y así permanece hasta hoy día.

La medicina antroposófica y la euritmia forman parte de algunos enfoques Waldforf, sea también parte de su currículo, da prueba fehaciente, de lo inmensamente bien concebida que fue esta ciencia educativa, por su genial inspirador, además de otras disciplinas, que su autor dejó inmersas en ella.

Este recuento de la síntesis de esta pedagogía, puede contener inexactitudes o interpretaciones diferentes, a lo aquí expresado, según la concepción de tratadistas y expertos en la materia, y que a través del tiempo, se adapta a las características sociales, culturales y antropológicas de las regiones, en las que esta pedagogía se implemente, como modelo educativo. Lo que sí es claro, es que la filosofía original de esta pedagogía, está definida en gran parte de lo antes mencionado, sin descartar que haya conceptos que se deban corregir o precisar, en aras de la autenticidad.

Crítica a esta Pedagogía

Como cualquier tipo de modelo, o enfoque educativo, esta filosofía de la Pedagogía Waldorf, está sujeta a la crítica de los sectores de sociedad, en los que se implementa su práctica. Crítica, que es plenamente justificada, si se tiene en cuenta, que alrededor de la educación, instrucción y formación del ser humano, como un sujeto en búsqueda continua de superación corporal y espiritual, han surgido y surgirán, innumerables perspectivas y teorías; tan diversas unas, tan concomitantes otras, como innumerables, son los hombres y mujeres, que a través de los tiempos, se interesan en encontrar, el mejor y más adecuado modelo de educación, para los niños, jóvenes y adultos, que pueblan el universo.

Además, en la medida que las sociedades evolucionan, y que el ser humano, se cuestiona métodos que apunten a dignificar, cada vez más, el comportamiento humano en la sociedad, se siente la necesidad de reforzar, transformar o implementar nuevos modelos de educación, casi siempre, sustentados en principios tan sólidos como los modelos ya establecidos, como este de la Pedagogía Waldorf, etc.

Después de hacer estas salvedades, el reconocimiento a la positiva misión de la Pedagogía Waldorf, es evidente, debido a las profundas bases científicas y pedagógicas, en las que está sustentada, lo que constituye un maravilloso acierto, en haber tenido el florecimiento de este modelo educativo en nuestro medio.

Por lo tanto, la gratitud y reconocimiento hacia la señora Benedikta Zur Nieden, al poner en marcha en nuestra sociedad, esta pedagogía tan decisiva para el desarrollo educativo, integral, progresivo y pertinente de niños y niñas de este Valle de Aburrá, y de otros lugares, reconocer su aporte constituye un deber moral y humano, hacerlos. Dejando constan-

cia de que todo sistema educativo, está sujeto a observaciones y mejoramientos, de acuerdo con la evolución natural, del desarrollo humano. He aquí algunos de estos conceptos y puntos de vista:

Ventajas: Estudios y seguimientos acerca de la Pedagogía Waldorf, demuestran que los estudiantes desarrollan una creatividad superior, mejores habilidades sociales, y resultados en Matemáticas y Ciencias, equivalentes o superiores a los de otros modelos.

Desventajas: Se critica la tardía introducción de los procesos de lecto escritura y tecnología, en el ciclo de Primaria, dificultades potenciales en la transición a la educación superior, y la falta de evaluación estandarizada, para medir el logro de objetivos, en las diferentes asignaturas.

De la grata experiencia de esta Pedagogía Waldorf, en nuestro territorio, es oportuno citar los testimonios de dos distinguidas personas que la han vivido directamente, y han investigado acerca de su filosofía, son ellos: doña Benny Duque Carvajal y el joven Jonny Chalarca.

Doña Benny, por ser una madre de familia, que además de tener el orgullo de educar a sus tres hijos en este gran Colegio Isolda Echavarría de la Estrella, y poder formarlos bajo los lineamientos, de esta gran pedagogía; reconoce sus extraordinarios logros en la formación educativa de ellos, y aún de ella misma, como madre; pues vivió intensamente, y paso a paso, todos los ciclos o septenios de esta fructífera experiencia, y la transformación de su visión como madre y ciudadana, en lo que significa, la verdadera y positiva educación del ser humano.

Y en cuanto al joven Jonny, su testimonio, está impregnado de argumentos sólidos, basados en su creciente entusiasmo por investigar, cada día, aspectos trascendentales de esta familia, en pos del progreso integral de la niñez y juventud de esta región. Además, es egresado del Colegio Isolda Echavarría, de Itagüí, que aunque no se enfoca en este modelo educativo, sí honra la proyección educativa de la familia Echavarría zur Nieden. También, es un constante coequipero de doña Benny, en la misión de divulgar la memoria de esta distinguida familia en nuestra sociedad.

Dice la señora Benny:

> “Mis vivencias con doña Benedikta, marcaron intensamente mi visión de la vida. En ella conocí un ser humano colmado de

> paz, de calma, mucha calma y paciencia. Una mujer, que siempre estaba pensando en la educación y en el servicio a los demás. Era seria, pero cariñosa y tierna. Muy dedicada al Colegio Isolda Echavarría, y al Instituto Micael. Mi fortuna de educar a mis tres hijos, según los lineamientos de la Pedagogía Waldorf, y de estar comprometida con este Colegio, de pies a cabeza, marcaron mi vida, con profunda satisfacción. El haberme encontrado con doña Benedikta, el ser su amiga y compañera, y conocer, a través de su legado educativo, las enseñanzas de la Pedagogía Waldorf, transformaron mi proyecto de vida por completo, y me ayudaron, maravillosamente bien, a encontrarle, el verdadero y sublime, sentido a mi vivir".

Agrega también doña Benny, que el arraigo de doña Dita, por Colombia, fue tan grande, y en especial por Antioquia, que le encantaba escuchar pasillos y bambucos, y preferentemente, la muy autóctona canción "Antioqueñita", pues en la letra y melodía de esta canción, veía y sentía, el mismo origen de su hija Isolda.

Si la letra y melodía de esta canción que tanta emoción e identidad nos causa a los antioqueños, llegó hasta las fibras más profundas de la sensibilidad musical y afectiva de doña Benedikta, merece entonces, y como tributo de puro toque humanístico a esta historia, dejar abiertos a los futuros lectores de la misma, los bellos versos, que enmarcaron el orgulloso origen de su hija: Isolda.

"Antioqueña, que tienes negros los ojos.... El cabello rizado, y los labios rojos... Antioqueñita, antioqueñita... La palma del desierto, ¡no es tan bonita... Antioqueña, que vives cerca a los montes... Donde son más extensos los horizontes ... Por tí daría, por tí daría... Los sueños más hermosos, del alma mía... Antioqueña, que miras como una diosa... Y tienes las mejillas color de rosa ... Por ti se calma, por tí se calma... La tempestad que ruge, dentro del alma... Quien pudiera, a tu oído, decir ternezas ... Y en tus brazos, librarme de mis tristezas... Antioqueñita, antioqueñita... Del Jardín de Colombia, la más bonita"... Autor: Pelón Santamaría.

Jonny, agrega lo siguiente: "Siento una conexión muy especial con esta familia Echavarría Zur Nieden, debido a la misión y visión que ejercieron en pro de la sociedad antioqueña. En cuanto a doña Dita, recalco, que a pesar de provenir de un país tan lejano, se asentó en el nuestro, con decisión y afecto, de tal manera que su generosidad se convirtió en un

gran legado para esta comunidad. Y en lo personal, esta misión de doña Dita, me ha servido como ejemplo, para tener una visión más estructurada de mi vida".

Se debe enfatizar y dimensionar en grado máximo, el positivo impacto que debe siempre tener, en esta parte de Antioquia, el hecho de que una Pedagogía, como la Waldorf, haya sido inspirada por esta familia asentada en Itagüí e implementada, inicialmente, en Medellín, luego La Estrella y Rionegro. Además, Itagüí, se convirtió en un gran objetivo educativo de la Familia Echavarría zur Nieden, pues más adelante, se mencionarán algunas instituciones, que dan testimonio del legado educativo a este municipio.

Y algo o mucho de similitud, mientras en la Alemania de 1919, un industrial pensó en crear su propia escuela, para educar a los niños de su empresa, en nuestro Itagüí, de los años 50, la familia Echavarría Misas, fundó su propia escuela y biblioteca, para los hijos de los trabajadores de Coltejer, empresa fundada por don Alejandro Echavarría, padre de don Diego. Qué bella y afortunada tradición de servicio social.

Un breve recuento de instituciones educativas fundadas por don Diego, y luego por doña Benedikta en este sector de Antioquia, son:

- En 1969, según testimonio de la educadora Blanca María Arango, don Diego, donó al municipio de Itagüí, un terreno ubicado en el barrio Santa Ana con el fin de que se construyera un colegio para los niños de ese barrio. La Comunidad se empoderó de este proyecto, y a través de convites y constante trabajo comunitario, construyeron la primera etapa con cinco salones para Primaria. Este ciclo de Primaria, se inauguró el 2 de abril de 1970.

En la actualidad, el colegio está totalmente terminado con instalaciones amplias y modernas, y ofrece los ciclos completos de: jardín, primaria y bachillerato. Sus directivos son:

Rector: John Jairo Parra Herrera

Coordinadora Académica: Blanca María Restrepo

- En el año 1985, doña Benedikta decide fundar otro Colegio, con el mismo nombre de su hija Isolda, en el barrio Laureles de Medellín, pero

ya, con un enfoque concreto hacia la implementación de la Pedagogía Waldorf. Después de dos años, lo trasladan al sector de Pilarica. Allí, funciona durante otros dos años, y luego se mudan a su actual sede, en el municipio de La Estrella, en donde siguen con su enfoque de la Pedagogía Waldorf, en concordancia con el propósito de su fundadora.

Este Colegio Isolda Echavarría de la Estrella, es el más representativo del espíritu educativo de doña Benedikta y el mejor homenaje que ella quiso hacerle a la memoria de su hija. Fue su fundadora y constante tutora, hasta su retorno a Alemania.

Las distinguidas docentes: Ana Isabel Duque y Laura Duque, son profesoras fundadoras de esta bella, amplia y acogedora Institución. Estas dos docentes, hermanas entre sí, son la prueba más clara de la excelente calidad educativa de este colegio. Hablan con pasión, claridad y gratitud acerca de la misión educativa de doña Benedikta, de lo mucho que aprendieron a su lado, y del decisivo y provechoso legado que, a través de esta Institución, doña Benedikta, dejó para beneficio de la comunidad educativa de la Estrella y de los municipios a su alrededor.

En la actualidad, su directora es la educadora Astrid Hincapié, de quien las profesoras Duque, dicen que es una docente, de inmensas cualidades humanas y de una proyección educativa, digna de la Pedagogía Waldorf.

Con las docentes Ana Isabel y Laura, hay temas inagotables para conversar y para aprender, acerca de este gran Modelo Educativo, y de la extraordinaria influencia de doña Benedikta en sus vidas como ciudadanas y como educadoras. Conversan con erudición, con simpatía, respeto y entusiasmo, y al finalizar nuestra charla, en una amplia y acogedora sala de trabajo de este hermoso y encantador colegio, me despidieron con sendos abrazos, y el mejor de los recuerdos hacia doña Benedikta: que a doña Dita, le encantaba comer plátano maduro asado, acompañado de bocadillo y queso. Y que, cuando ellas la visitaron en Alemania, les mostró un bello sitio, alrededor de su lugar de residencia, en el que solía sentarse, pues al estar rodeado de árboles y vegetación, era para ella, la mejor manera de recordar a su amada Colombia.

También evocan estas dos educadoras, al igual que doña Benny, la sensibilidad tan humana, tierna y pedagógica de doña Benedikta, al proponerse incentivar, el inmenso y profundo caudal de emociones, que

encierra para la niñez, y aún para los adultos, el escuchar, vivenciar y recrear la bella imaginación, de los contenidos de los cuentos de hadas, a través de dedicarse a traducir del idioma alemán al castellano, gran parte de la hermosa y tierna colección de cuentos, de los hermanos Grimm; para que nuestros niños y niñas, tuvieran la bella oportunidad, de sentir y disfrutar, las más hermosas sensaciones de felicidad, que el mundo de las fantasías infantiles, puede ofrecerles a los niños del mundo.

Cómo sería la ternura, delicadeza y amor de doña Dita, al facilitar que los niños de nuestras escuelas, vibraran de emoción, al escuchar historias, como las mencionadas por nuestro poeta Jorge Robledo Ortiz:

Escribirle a la novia de la infancia.../ Es regresar al reino de los cuentos:.../ Es volver a vivir con Blanca Nieves.../ Es buscar a Aladino el hechicero.../ Es entrar con los ojos asombrados.../ En el lejano bosque del ensueño!..//.... Es sufrir porque está Caperucita,.../ Cuidando la maldad de un lobo viejo.../ Es pensar en la dulce Cenicienta.../ Que borda su pobreza cerca al fuego.../...Es volver a creer en Pulgarcito,.../ En Michín, el travieso bandolero.../ Es calzarse las botas del Gigante,.../ Para saltar de noche los luceros!.../ Es releer a Grimm, mientras la lluvia,.../Llora en los vidrios, su canción de invierno.../Es contemplar los trasgos y los gnomos.../ Que danzan en las chispas de los leños!".... Oh doña Dita, cómo nos vuelves con tus cuentos, a la "edad de la inocencia".

Otro colegio, con enfoque en la misma Pedagogía Waldorf, es el Colegio Rudolf Steiner, también con sede en el municipio de la Estrella. Según su portal que aparece en Internet, fue fundado por la educadora Silvia Amparo Orozco Escobar, discípula de doña Benedikta zur Nieden. Esta institución, merece también ser mencionada y resaltada, como una proyección de la huella educativa, que va forjando, día a día este modelo educativo, en esta comunidad antioqueña.

Doña Benedikta murió apaciblemente, en la ciudad alemana de Dortmund, el 29 de diciembre de 1998.

- El Colegio Alemán, recibe de don Diego, y luego de doña Benedikta la donación de los terrenos cercanos a su casa de Itagüí, para que se construyan sus nuevas instalaciones, y se pueda trasladar del Poblado. Hoy el Colegio Alemán, es una de las grandes instituciones educativas de Antioquia. Una Institución con un enfoque educativo intercultural, y que

propicia una formación académica impartida, tanto en español, como en alemán.

Su nombre en alemán es: Deutsche Schule Medellín... Y en la historia que este colegio, conserva de su fundación, citan en el idioma alemán y como reconocimiento a doña Benedikta, la original e inspiradora pregunta, que ella les planteó a un grupo de amigas que la acompañaban, al recordar a su hermana Annemarie, quien era educadora en la ciudad de Marburg: *"Was ist, wenn wir in Medellín eine deutsche Schule gründen?"* = ("Y si fundamos un colegio alemán en Medellín"?)

Esa pregunta, fue puesta en acción, con un selecto grupo de amigos, y la historia de este colegio, se vuelve enternecedora, por lo humano y divino de sus relatos que continúan así:

"El 18 de diciembre de 1968, se obtuvo la personería jurídica de la Corporación Colegio Alemán. El 15 de enero de 1969, en una casa de dos pisos, de la calle 10 del Poblado, 22 cabecitas parlanchinas, se dispusieron a recibir, lo que el mito de Prometeo, representa: la búsqueda de la luz, para vencer las sombras y sobrevivir, con el uso de la razón, más allá de los instintos. Crepitaban las llamas del entusiasmo, y una algarabía de "germanidades" y "paisanadas", llenó los rincones de la casa primigenia. A escondidas, los niños, descorchaban las paredes tapizadas con esteras, compradas por doña Dita, y daban volteretas, sobre una volquetada de arena, descargada en el garaje.

Luego el colegio, se trasladó a la Loma de los Balsos en 1970, cuya sede no tenía, ni tanque de agua, ni timbre ni teléfono, pero sí tenía secretaria, y un busecito alquilado, al que llamaban "La Arrierita", para el transporte de los estudiantes.

Luego, y gracias a la donación del terreno, por don Diego Echavarría, el Colegio Alemán, se trasladó a Itagüí, en 1972, donde actualmente funciona".

- El Centro Humanístico Micael, con sede principal en Medellín, es otra fundación inspirada por doña Benedikta en la Pedagogía Waldorf, y cumple funciones educativas, sociales y culturales, que enaltecen la memoria de su fundadora.

También, es la gran oportunidad, de agradecer en su profunda dimensión, y a nombre de la sociedad antioqueña, representada en municipios como Medellín, Itagüí, la Estrella, Rionegro, y Barbosa, etc. a las familias Echavarría Misas y Echavarría zur Nieden, tan generoso, inmenso y valioso legado cultural, patrimonial y educativo, que además de ser una muestra tangible y afectuosa de la mejor práctica de filantropía, se convirtió en pilar fundamental para el progreso social , educativo y cultural, de esta región, con epicentro en Itagüí; pues este municipio, le debe su difícil, pero próspero progreso, a muchas personas y entidades progresistas de este municipio; pero sin ninguna duda, el legado de esta trilogía: don Diego, doña Benedikta y su hija Isolda, ha sido parte sustancial de este progreso, y por lo tanto , la gratitud hacia ellos, debe ser tan coherente con el tamaño de su obra, como con el fruto de la misma, para las antiguas, presentes y futuras generaciones.

El testimonio de gratitud hacia Doña Benedikta, de tantas familias, niños y niñas, de las pasadas, presentes y futuras generaciones, que han tenido, tienen y tendrán el privilegio de ser educados bajo los diferentes proyectos educativos, de esta familia, debe ser tan sincero, profundo y satisfactorio, que sólo el mismo logro de sus conocimientos, la nobleza de sus mentes y la inspiración divina, les ayudará a dimensionarlo y a expresarlo, en la medida de su grandeza.

Reconociendo que, respecto a doña Benedikta, la gobernación de Antioquia, tuvo el acierto de condecorar por su gestión humanitaria en la sociedad antioqueña, y destacarla como “Mujer de Antioquia” en 1988, y como “Hija ilustre de Antioquia”, en 1990. También existe una selección de 14 mujeres notables de Antioquia, cuyos bustos en bronce, han estado en la llamada “Esquina de las Mujeres”, en el Jardín Botánico, desde el año 2011, pero que, casualmente, desde este mes de mayo de 2026, serán trasladadas a la Avenida la Playa. Una de estas mujeres, es doña Benedikta, lo cual, enaltece su merecida memoria.

Y en cuanto a Itagüí, el autor de esta historia, considera que esta ciudad, se debe sentir muy orgullosa, no sólo por el liderazgo industrial, que la ha caracterizado desde tiempos pasados, y de su actual progreso urbanístico, educativo y social, sino también, por el otro legado que don Diego, le dejó en la parte literaria, romántica y suavemente sonora, al crear con su gran imaginación, la hermosa y vibrante palabra: “Ditaires”; con la que parece que todo colombiano, identifica, no sólo a uno de sus barrios , sino a toda nuestra ciudad, al sentir una bella sensación de me-

lodía en la garganta, cuando tararea sus sílabas! Tal vez, el más hermoso referente, para una ciudad colombiana.

El paso de doña Benedikta por esta tierra antioqueña, fue tan gigantesco y significativo para esta sociedad antioqueña, como tal vez, guardadas las proporciones, el paso del pueblo hebreo por las aguas del Mar Rojo. Fue un modelo de humildad y de renuncias extremas: después de vivir gran parte de su vida en su mansión y castillo, también fue feliz viviendo en una humilde y digna casa de Cristo Rey, de esas que llamamos comúnmente, "de plancha y ladrillo". El día del retorno a su natal Alemania, debió ser un dilema muy intenso para esta noble dama: dejar para siempre su querida y amada Antioquia, en donde desarrolló con creces, su gran proyecto de vida, colmado de profundas experiencias, unas de frustración, otras de gratísimos momentos de autorrealización y de merecidas recompensas; y al mismo tiempo, el de retornar a su país de origen, "después de haber donado en Colombia, hasta mi última blusa", tal como lo solía repetir!, para reencontrarse con su única y anhelada hermana, con el fin de vivir momentos de placentera paz interior, y en medio de su "saudade" por Colombia, entrar a la vida eterna, con la profunda satisfacción, del deber de una misión, insuperablemente bien cumplida, en esta tierra.

Quisiera, también, comentar un hecho de pura sociología y singular paradoja para nuestra sociedad. En los difíciles tiempos para Alemania de los años 30 y 40, eran tantas las dificultades económicas y sociales de este país, que doña Benedikta, desde acá, le enviaba ayuda material a su familia, como queda constatado en este escrito, extractado de su biografía, y fechado el 15 de mayo de 1947:

> "Hace un rato, recibí una carta de mi familia, en la cual, se me escribe cuán grande es la alegría de recibir un paquete, proveniente de América. Se les llenan los ojos de lágrimas, ya que hace años, no han vuelto a tener semejantes tesoros en sus manos. La mayoría de los alemanes viven de papas y remolacha. En una semana, reciben por cabeza, 50 gramos de grasa, 150 gramos de carne, y 300 gramos de pan; lo cual, es demasiado poco para vivir, y excesivo para morir".

Me resta recalcar, que algunos relatos aquí expresados, pueden tener la deficiencia de algunas imprecisiones históricas, motivadas por mis limitaciones en hacer una investigación en profundidad, lo cual sabré aceptar con respeto y humildad.

Y para terminar esta breve y grata historia, quiero dejar escritos estos poco armoniosos, pero sentidos versos, que intentan interpretar la gratitud de toda una sociedad, hacia una inmensa mujer, que tanto hizo en pro de la educación de nuestra región, y que como ser humano, dejó una huella y trazó un camino, que se espera, lo sigan transitando con acierto, las próximas generaciones de nuestro país:

Señora Benedikta: Gott segne dich... Viviste de "paisana" en nuestra tierra... Con fe y amor cultivaste la alegría... De ser humana, solidaria y bondadosa/... Amaste a Don Diego, y floreció tu Isolda... Como puro fruto de un amor intenso... Y cuando esta flor, ya encapullaba... Padeciste el viacrucis de su "ascenso"/... Vino después, la tragedia de tu Diego... Lo ganaste en amor, y lo perdiste a mares... Fuiste valiente, ante el infortunio...Y cultivaste, firme, a tu Ditaires!/... La Educación Waldorf, llegó con tu ternura... Y así, en escuelas, se tornó en la savia. Para darle grandeza a nuestros niños, ...Y espíritu sereno a nuestra raza/... Tu amiga Benny, se refundió en tu vida... Y juntas, vivieron lazos de hermandad! Para siempre sentir con tu carisma. El bello encanto de solidaridad/ Antioquia, te agradece y valora tu existencia. Dejaste obras, ejemplos y constancia... Y cuando el ocaso, se aproximó a tu vida... Regresaste ansiosa a tu Alemania/... Para vivir reencuentros del pasado... Y abrazar con amor, la fiel hermana.

-Infinitas gracias, y paz en tu vida celestial-

Agradecimientos

- Al señor historiador y jefe del Archivo Municipal de Itagüí: Henry García, por su valiosa disposición documental, y aportes de su nutrida información histórica.

- Al señor historiador Orlando Luján, cuya asesoría y efectiva información, acerca de la construcción de esta historia, fueron vitales para su adecuada realización.

- A doña Benny Duque Carvajal, distinguida historiadora y biógrafa personal de doña Benedikta zur Nieden, quien fue el faro más iluminado, para que esta historia, tuviera aciertos, vivencias y testimonios de verdadera autenticidad. A través de la intensa emoción de sus relatos, de sus apasionados testimonios de vida y de su abundante, selecto y bien conservado archivo, pude acercarme, en lo general: a lo más valioso de la

vida de los tres personajes: don Diego, doña Benedikta e Isolda; y en lo específico: a la excepcional vida y obra de doña Benedikta, pues como fiel compañera de esta excelsa benefactora, me ofreció aspectos trascendentales y puntuales, de sus insuperables acciones, en pro de la educación en nuestra región.

- Al señor Jony Chalarca, quien me suministró valiosa información de la familia Echavarría zur Nieden, pues junto con doña Benny, es un ejemplo auténtico, de la grata misión de mantener viva, la vida, obra y legado de esta gran familia colombo-alemana. Conocerlo y aprender de su perfil ciudadano, fue muy gratificante.

- A la educadora Blanca María Arango Restrepo, coordinadora del Colegio Isolda Echavarría de Itagüí, por sus gentiles y valiosos aportes, acerca de esta destacada mecenas de la educación.

- Al Colegio Alemán, por sus valiosos aportes, a través del contenido histórico de la Institución.

- A las educadoras: Ana Isabel Duque y Laura Duque, integrantes desde su fundación, del Colegio Waldorf Isolda Echavarría de la Estrella, por su nutrida información, acerca de la misión educativa de esta Institución, y de hermosos testimonios, que ellas vivieron, al lado de doña Benedikta, en pos de arraigar y ver florecer este colegio en este municipio.

- A mi esposa Alicia y a mis hijos: Harold, Sergio y Mónica, que siempre estuvieron animando mi espíritu y estimulando mi trabajo e investigación; así como en la cooperación, sobre aspectos técnicos de este trabajo.

- ¡Al Dios Supremo, por hacer posible, a pesar de mis limitaciones, que la historia de la Pedagogía Waldorf, en esta región antioqueña, siga siendo un pilar determinante, para fortalecer el crecimiento ciudadano y educativo de nuestra juventud!

Bibliografía

Duque Carvajal, Benny. Historia con corazón.

Duque Carvajal, Benny. Archivo personal de la vida y obra de la familia Echavarría zur Nieden.

Escobar, A. (2023, 28 de agosto). [Título de Cortometraje] [Cortometraje documental]. Colegio Alemán.

Teleantioquia, Documental: Más allá del tiempo, Benedikta zur Nieden. 24 de diciembre de 2024

Colegio Alemán, Un puente de cuatro colores, reseña histórica.

Zur Nieden, Benedikta. Autobiografía.

Naranjo González, Sandra. Diarios de una mujer valiente. Historia de Benedikta zur Nieden de Echavarría. Editorial Académica Española, Deutschland, Alemania, 2012



Fotografía de Juan Galeano Molina y Kenny Alejandro Quiroz Molina. Archivo personal.



Fotografía de Juan Galeano Molina y Kenny Alejandro Quiroz Molina. Archivo personal.

Barrio Undido: memorias y violencias

Por *Juan Galeano Molina, Kenny Alejandro Quiroz Molina y Fundación Baho Kende*

Introducción

Hay lugares que no aparecen en los mapas oficiales de la ciudad, aunque llevan décadas existiendo. Lugares que la cartografía institucional registra con un nombre y los habitantes bautizan con otro, porque los nombres también son una forma de poder; de ahí su disputa. Este capítulo trata de uno de esos lugares: una calle alargada y paralela a una quebrada, en el municipio de Itagüí, que algunos llaman Barrio Hundido, otros El Hoyito, y muchos jóvenes nombran hoy con orgullo —y sin hache— Barrio Undido. La diferencia ortográfica no es un error, es una declaración.

Escribo este texto desde una posición que no es neutral ni pretende serlo. Soy habitante antes que investigador, y esa condición determina tanto lo que puedo ver como lo que me cuesta nombrar. Crecí en una atmósfera donde la muerte y la supervivencia son constantes y donde el silencio tiene más información que cualquier informe oficial. Esa experiencia no invalida el análisis; lo sitúa. Asumo que el conocimiento producido desde adentro exige una vigilancia epistemológica particular, no para borrar la implicación del investigador, sino para convertirla en una herramienta de comprensión que el observador externo difícilmente podría alcanzar.

El método que sostiene este capítulo es fundamentalmente oral e histórico-archivístico. A lo largo del trabajo de campo se recolectaron testimonios de habitantes del barrio —fundadores, hijos de fundadores, jóvenes que crecieron en medio del conflicto armado y personas que tuvieron que irse—, cuyos nombres han sido codificados para proteger su identidad. Paralelamente, se consultó el Archivo Histórico del Municipio de Itagüí, en particular la serie Actas de levantamiento de cadáveres correspondiente a la Inspección de Permanencia, documentos que ofrecen una mirada burocrática y descarnada sobre la muerte que contrasta y complementa la memoria viva de los testimonios. La articulación entre estas dos fuentes —la voz y el expediente— no es un recurso retórico: es la manera en que este barrio guarda su historia, dispersa entre lo que se recuerda y lo que el Estado registró sin entender del todo.

Otra búsqueda central del capítulo es leer la violencia en Barrio Undido no como un fenómeno local, anómalo ni reducible a la pobreza o a la ausencia del Estado. Se trata, más bien, de una expresión situada de dinámicas estructurales más amplias: la violencia política bipartidista que marcó las primeras generaciones, la expansión del narcotráfico en los años ochenta, la reorganización paramilitar de los noventa y la guerra entre facciones de la Oficina de Envigado en la primera década del siglo XXI. En cada uno de esos ciclos, el barrio estuvo en disputa, no solo soportando, sino también reproduciendo la violencia que padecía.

El capítulo se organiza en tres momentos. El primero, «Orígenes», reconstruye la historia del barrio desde su fundación a mediados del siglo XX, mostrando cómo desde sus inicios la violencia doméstica, política y armada estuvo presente, aunque silenciosa. El segundo, «La grieta» y «Grieta» continuación, traza el arco de la violencia organizada: desde la primera guerra entre familias en 1987, pasando por la formación de bandas, la articulación con el narcotráfico y el paramilitarismo, hasta el pico de violencia entre 2009 y 2012. El tercero, «Confrontar la grieta», es una reflexión sobre las posibilidades de transformación, no desde la ingenuidad del optimismo, sino desde la convicción de que los cambios culturales profundos son posibles cuando se trabaja sobre las condiciones simbólicas y afectivas que sostienen la violencia.

Este texto no es un diagnóstico ni un manual de intervención. Es un intento de producir relato, de convertir el dolor en palabra y la memoria en pensamiento, con la convicción de que nombrar lo que ocurrió —con rigor, con honestidad y desde adentro— es ya una forma de no repetirlo.

"Mis parientes antiguos según chismes
eran brujos duendes y matones
y si llegaba un forastero a la casa se escondían"

Helí Ramírez

Orígenes

El lugar del que hablaré ha sido sitio de llegada para gentes provenientes de diversas regiones del país, antes hacía parte de un barrio más grande, llamado El Tablazo, que en 1966 se integró al proceso de parcelación que afectó a la mayoría de las fincas pertenecientes a las familias más adineradas de Medellín. En aquel tiempo el poder de la Iglesia católica era tal que ponía los nombres de los barrios; a estos cañaduzales y cafetales le correspondió el nombre de Fátima. El poblamiento comenzó con campesinos provenientes del Occidente y el Suroeste antioqueño: algunos en busca de trabajo y otros huyendo del tropel[20].

Este bosquejo histórico centra su atención en una calle alargada, paralela a la quebrada —perteneciente al Barrio Fátima—, que ha sido simbólicamente apartada tanto por los habitantes de barrios vecinos como por quienes viven en su interior. A este lugar lo han llamado, según los testimonios recolectados, El Hoyito o Barrio Hundido, de forma despectiva. Actualmente, muchos de sus habitantes, en su mayoría jóvenes, lo nombran y reconocen como 'Barrio Undido', sin hache. Para unos, esto representa una involución en el nombre; para otros, un uso simbólico que reconoce y resignifica una forma del lenguaje que antes se utilizaba para señalar y humillar.

Actualmente, este lugar cuenta con dos conexiones con el barrio El Rosario: una entrada principal vehicular por la calle 48 con carrera 58B; a la altura de la parroquia María Auxiliadora, y un acceso peatonal por la calle 47B. Con el barrio Calatrava se conecta por la vía principal en la carrera 60 con calle 55A, en el sector conocido como "Los rieles", y mediante un paso peatonal por la carrera 60 en el sector Villa Fátima. Asimismo, colinda con el barrio El Tablazo por la carrera 59B, en el sector denominado "La Cumbre". Como se aprecia en el siguiente mapa, Barrio Undido aparece resaltado en amarillo.

20 En Los años del tropel, Alfredo Molano Bravo analiza, mediante una metodología testimonial, los ciclos de movilización y violencia en Colombia desde mediados del siglo XX, conceptualizando el "tropel" como una categoría para comprender la recurrencia de la conflictividad social.

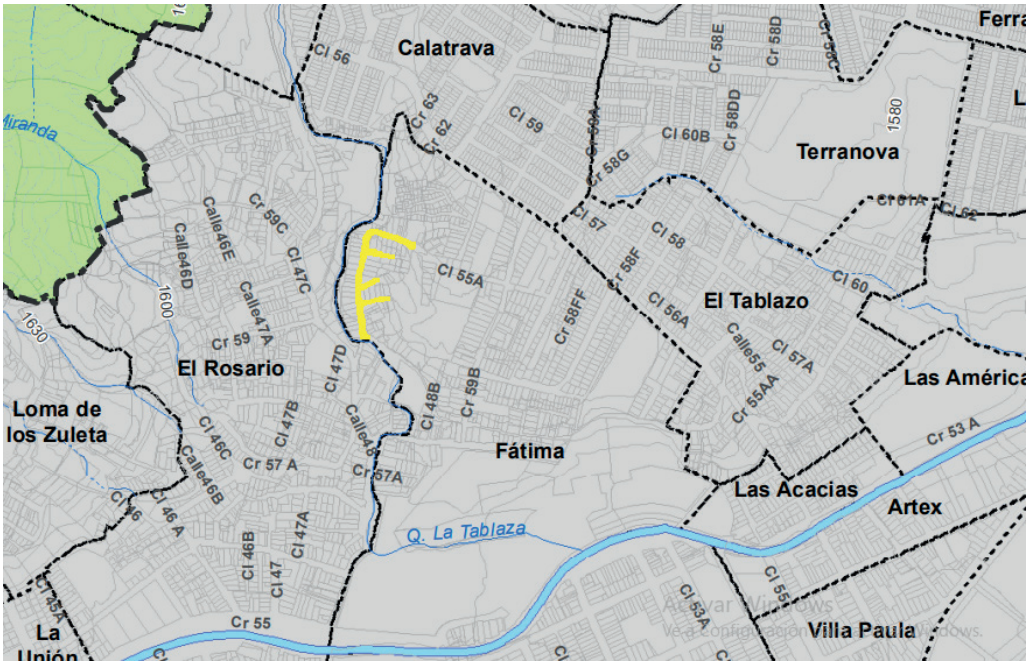


Ilustración 2. Ubicación Barrio Undido

> "Yo llegué por aquí a este barrio en el año 1951, aquí existía cuando yo llegué; Luis Gil, Francisco Ramírez que era abuelo de Luis Campillo, de ahí fueron llegando aquí Don Gilberto Molina, Ramón Zapata, Moisés Quiceno y varios de ellos llegaron después de mi época. Aquí me vendió don Pablo Ramírez, esto era una estrechura, el puente era una cosita bajita para peatones pues pasaba apenas un nacimiento de agua de un metro de diámetro, después de negociar esto aquí, ocurrió una tempestad como a las 3 de la tarde; se abrió esta trocha tan berraca, se desbordó del todo y como por arte de magia se creó la quebrada" (J. B., comunicación personal, 2026)

Las primeras viviendas del sector se construyeron a partir de la extracción manual de arena de la quebrada, realizada entre otros por Moisés Quiceno con la ayuda de su hijo Hernán Quiceno, conocido en el barrio como Moña, quien recuerda:

> Llegaba mi papá a las 6 de la mañana y se metía en la quebrada hasta las 11 de la mañana, y ahí me dejaba la pila de arena

> para que yo la sacara. A veces se crecía la quebrada y se llevaba la arena —eso era pela fija—. Mi papa era muy estricto, me daba una orden y yo tenía que cumplirla. También fue policía en Amagá; mi papa fue muy chusmero[21], nunca le falto el revolver. (H. Q., comunicación personal, 2026)

Moña, desde los 9 años, cargaba en su cintura los revólver de su padre para que no se los robaran, mientras este se guindaba a beber. Este pasaje evoca lo que Restrepo (1997b) describe como el pánico a la incertidumbre y el odio generados en tempranas relaciones infantiles signadas por la crueldad de una autoridad despótica, fuerzas que terminan confluyendo en movimientos de masas que no reconocen alternativa diferente al autoritarismo o la ciega obediencia (p. 44).

Con el tiempo, los potreros y cafetales comenzaron a transformarse. El paisaje rural fue cediendo ante una urbanización progresiva, no planificada, pero sostenida por el esfuerzo colectivo, como se recuerda: 'Este barrio fue sacado del Tablazo y le pusieron Barrio Fátima; más tarde comentaron que partieron el barrio en Fátima 1 y Fátima 2, no se partiendo de que' (J. B., comunicación personal, 2026). Se entrevée que la falta de claridad y consenso en los procesos de denominación y delimitación barrial —desde la génesis misma del barrio— ha sido fruto de clasificaciones institucionales y religiosas.

El junte y los convites comenzaron buscando agua mediante pozos, ampliando vías y algunas veces haciendo dedicatorias con canciones, reproducidas en altavoz para todo el barrio.

> En ese tiempo empezaron a organizar la Junta de Acción Comunal los señores Gilberto Molina, mi papa José León Bustamante, Moisés Quiceno, Jairo Bustamante, don Joaquín Posso, Luis Gil, Luis Campillo, entre otros. En ese momento el barrio era empedradito y ellos empezaron a organizar a la gente a través de unas cornetas grandes que colocaban donde Gilberto Molina, y ahí le anunciaban a la comunidad los convites para organizar las vías. (J. J. B., comunicación personal, 2026)

21 Chusmeros: término usado en Colombia, especialmente durante el periodo de La Violencia, para referirse de manera despectiva a grupos armados irregulares, en su mayoría campesinos liberales, que participaban en enfrentamientos políticos y territoriales. Más en: Yie Garzón, S. M. (2011). Los chusmeros: historias de la memoria de la agencia campesina.

La consolidación del barrio responde no solo a un proceso material de ocupación y construcción, sino también a una trama de relaciones sociales, prácticas solidarias y formas de organización comunitaria que lo hicieron habitable. A causa de una estructura rígidamente patriarcal, los roles de mujer y hombre eran diferenciados: 'El municipio les daba el material y ellos ponían el trabajo. Nos levantábamos felices a verlos trabajar, y las señoras hacían empanadas para vender en el corredor de Rosmira; las vendían los sábados por la noche, así se recogían fondos para la Junta de Acción Comunal' (R. M., comunicación personal, 2026).

Patriarcas de sombrero con esposas de vestido y delantal fueron multiplicando los habitantes y, con estos, no solo la bondad: también se reproducía la violencia. Esta, como todas las existentes, tenía color, ideología y muertos: 'Aquí eran rojos, como el Partido Liberal. Mi papá, cuando venía borracho y con machete, gritaba desde la entrada del barrio: Que viva el Partido Liberal' (F. Z., comunicación personal, 2026). Estas divergencias trajeron diversas costumbres y formas de vida que no pudieron compaginarse ni tolerarse fácilmente, generando grandes conflictos sociales que desencadenaron problemas de violencia (Rueda, 1998, citado en Osorio Ramírez, 2018, p. 38)[22]. Algunas identidades políticas dejaron de ser solo una filiación simbólica para convertirse en un riesgo latente que atravesaba la vida cotidiana.

Así crecieron las primeras generaciones, habituadas a la presencia de escopetas, revólveres y machetes en sus hogares, que salían a relucir en medio de peleas y asesinatos: producto de la unión incestuosa de la guerra con la política, de la injusticia con la intolerancia. Lo simbólico está ligado a aquello que construye comunidad a través de significados comunes. En un barrio, las armas dejan de ser solo objetos materiales para convertirse en signos cargados de sentido: representan autoridad, defensa, masculinidad, control o incluso pertenencia. No son únicamente instrumentos de daño, sino elementos que organizan la percepción y las relaciones entre los sujetos.

La grieta

Es necesario comprender que esto no ocurre únicamente en este barrio, sino que responde a una lógica global más amplia. Esta es, de hecho,

22 Estudio sobre la aparición de los barrios en Itagüí. Ver más en: Ramírez, M. A. O. (2018). Itagüí: historia social y cultural, 1831-2018. Centro de Historia de Itagüí.

una de las claves del presente texto: si bien existen problemáticas locales concretas, estas están inscritas en dinámicas geopolíticas que las atraviesan y condicionan. En ese sentido, el verdadero campo de disputa no es solo el territorio físico, sino también el simbólico. La tarea consiste en auscultar lo particular para luego traducirlo como engranaje cultural[23]. Sin embargo, en la contemporaneidad asistimos a una crisis de lo simbólico, caracterizada por la erosión de los vínculos profundos y de los significados compartidos. En este marco, la violencia en el barrio puede entenderse como un sustituto fallido de lo simbólico: ante la fragilidad o ausencia de estructuras sólidas de reconocimiento —sean institucionales, culturales o afectivas—, la violencia irrumpe como un recurso inmediato para llenar ese vacío.

Para comprender lo anterior, recurrimos al concepto de violencia cultural planteado por Galtung (2016), concebida como aquellos aspectos de la esfera simbólica de nuestra existencia que pueden ser utilizados para justificar o legitimar la violencia directa o la violencia estructural (p. 149). Se invoca la violencia con facilidad o se silencia según convenga al clima del momento; no en vano, una etapa entera de la historia de Colombia terminó por llevar su nombre[24]. Ha atravesado la vida cotidiana de barrios, ciudades y del país entero. Se proclama su erradicación, se intenta contenerla, disimularla o anestesiarla, pero persiste: se transforma, se perfecciona, se vuelve más vil y, paradójicamente, parece ocupar un lugar cada vez más funcional dentro de la realidad social.

Así, con el paso de los años, el barrio continuó transformándose y algunas familias empezaron a integrarse en un entramado de economías ilegales. Estos circuitos, en muchos casos, resultan más accesibles para quienes nacen en los niveles más bajos de la estructura social, donde las oportunidades formales son escasas y la movilidad social es limitada. No es menor que, según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE, 2018), en Colombia se requieren entre nueve y once

---

23 Stuart Hall concibe la cultura como un proceso dinámico de producción, circulación e interpretación de significados, atravesado por relaciones de poder. Desde esta perspectiva, los procesos culturales no son estáticos ni neutrales, sino espacios de disputa simbólica donde se configuran y resignifican identidades, prácticas y representaciones sociales. Véase Stuart Hall, Representation: Cultural Representations and Signifying Practices (Londres: Sage Publications, 1997).

24 La categoría Violencia en Colombia remite tanto a un periodo histórico específico el comprendido entre 1946 y 1964, marcado por el enfrentamiento armado entre los partidos Liberal y Conservador. Más en Borda, F., Orlando, G. G., & Umaña, E. (1962). La violencia en Colombia. Bogotá: Tercer Mundo.

generaciones para que una familia que nace en la pobreza alcance ingresos promedio. En ese contexto, las plazas de expendio de droga emergen como una de las expresiones más visibles de estas dinámicas.

Sin embargo, reducir la violencia a un efecto directo de la pobreza sería una simplificación problemática. La evidencia comparada muestra que existen contextos igualmente empobrecidos donde los niveles de violencia son significativamente menores, lo que sugiere que el fenómeno no depende exclusivamente de la carencia material. Más bien, la violencia se configura en la intersección de múltiples factores: la debilidad institucional, la desigualdad persistente, la normalización cultural de ciertas prácticas y la presencia de economías ilegales que requieren control territorial. Desde esta perspectiva, la pobreza puede entenderse como una condición que incrementa la vulnerabilidad, pero no como una causa suficiente.

Desde la década de 1980, el municipio de Itagüí comenzó a consolidarse como un escenario estratégico para el surgimiento y fortalecimiento de estructuras vinculadas tanto al narcotráfico como a organizaciones dedicadas al uso privado y extralegal de la violencia. "Son conocidas las denuncias que el entonces fiscal general Rodrigo Lara Bonilla, en 1983, hizo para sacar a la luz 'dineros calientes' que financiaron la campaña electoral del entonces congresista Pablo Escobar Gaviria" (Soto, 2020, p. 280)

En el año 1987, un hecho aparentemente aislado desencadenó una de las etapas más violentas de la zona:

> La primera guerra que hubo fue entre dos familias. Empezó cuando un muchacho de la Calle 15 estaba en una panadería del sector con un revólver prestado, estaba escampando porque llovía. En ese momento llegó otro y le quitó el arma. Cuando el dueño se enteró, fue a reclamarla; pero el otro, sin mediar palabra, le disparó y no se la devolvió. (S. Q, comunicación personal, 2026)

Este episodio desató una cadena de retaliaciones: el hermano de la víctima tomó venganza en cuestión de horas, inaugurando un ciclo de violencia que marcaría profundamente la historia del barrio. La conexión con oficinas del narcotráfico fortaleció y transforma la capacidad criminal de estos actores. Un sobreviviente de aquel tiempo recuerda: 'Se dieron muy duro, se mataron los papas de cada familia, sobrinos, familiares, her-

manos que no tenían nada que ver; hasta que los poquitos que quedaron se perdieron' (J.V. comunicación personal, 2026). Quienes vivieron ese periodo recuerdan que aún no existían las fronteras invisibles y enfatizan que en aquel tiempo 'le daban al que era'. Cada bando llegó a reunir más de ciento cincuenta hombres.

Sin embargo, reducir este suceso a un punto de inicio de la violencia sería simplificarlo. Desde sus primeras etapas, aunque silenciosa, la violencia ya habitaba el barrio. Varios jóvenes participaron en aquella confrontación y, una vez esta se disipó, muchos quedaron armados y con un aprendizaje concreto: sabían matar. Con el tiempo, algunos integrantes de familias fundadoras comenzaron a ejercer ese poder acumulado de manera indiscriminada. A este grupo se le conoció como Los Haraganes, compuesto por jóvenes desde los 14 años. 'Era reconocido por la presencia de ladrones que, ocultos en los cafetales, asaltaban tanto a vecinos como a forasteros; en no pocos casos, estos hechos incluían agresiones sexuales' (S.Q. comunicación personal, 2026).

> Eran violadores y ladrones; se iban para los bailes y se lo robaban todo: se traían el trago, el equipo de sonido, hasta a las mujeres se las llevaban. A cualquier hora del día pasaban con un televisor y otras cosas, y nadie les decía nada. Hasta que se formó una banda de 'los buenos' y empezaron a limpiar todo esto. (H. Q., comunicación personal, 2026)

A esta nueva banda la llamaron La Tropa Res o El escuadrón; muchos de sus integrantes eran de Calle 15 del Barrio El Rosario, otros de Calatrava y El Tablazo, y sus acciones contaron con el respaldo de buena parte de la comunidad. Ese apoyo no fue solo simbólico: cuando alguno de sus integrantes era capturado por la policía, los vecinos organizaban colectas de dinero y alimentos.

Para comprender la atmósfera de aquellos días, nos adentramos en las actas de levantamiento de uno de los habitantes del barrio, cuyo caso articula un suceso que retrata con claridad las dinámicas violentas de entonces. Los crímenes son una forma de expresión urbana: cada asesinato es una pregunta y una afirmación tajante, pero también la respuesta a otra pregunta, ¿Quién era? ¿Por qué ocurrió? ¿Alguien oyó algo? ¿A qué hora? ¿Dónde? En las novelas policiacas, el autor debe responder esas preguntas; sin embargo, la realidad tiene una manera extraña de escribir sus propias historias (Gamboa, 2012).

En varias entrevistas se repite el mismo episodio. A los 15 años, el joven conocido como 'el Orejón' ya hacía parte de los sicarios criados y moldeados en estas calles. El contraste entre las actas de levantamiento de 1990 y 1991 con los testimonios recolectados permite relacionarlo directamente con varios asesinatos: 'heridas causadas por arma cortopunzante de 2 cm', dictaminan distintos documentos oficiales sobre sus víctimas.

El 24 de septiembre de 1991, su jefe directo le ordenó asesinar a un vecino apodado el 'Bucaro'. Después de cometer el crimen, el joven fue a reportar su victoria. El jefe, desconfiando de la información, le propuso que fueran juntos a verificar si realmente estaba muerto. Al llegar al lugar, asesinó a quien acababa de matar por él. Allí, junto al cadáver de su víctima de 42 años, terminó el Orejón a sus 16 años.

Según el AHMI (Archivo Histórico Municipio de Itagüí), en la Serie Actas de Levantamiento de Cadáver, correspondiente a la Inspección de Permanencia, registra 'Con 16 años de edad, sin profesión conocida, no se halló ningún documento. En su cuerpo se halló una leyenda así: 'SE MURIÓ POR VIOLADOR Y POR MATAR POR DEPORTE. LIMPIEZA CALLE 15' (Acta N°. 488, 24 de septiembre de 1991). Los habitantes recuerdan que hasta para hacer maldades se escondían, y por eso casi todo sucedía en la noche. El Orejón vivía en las primeras casas del barrio, junto a la quebrada. Allí mismo lo estaban velando.

'Yo recuerdo que sonaron unos tiros y alguien empezó a gritar: Ay, Dario, ay, Dario. Pensamos que estaban llorando al Orejón, porque su segundo nombre era Dario, pero no' (D. M, comunicación personal, 2026). En el acta de levantamiento, registrada a las dos de la mañana del 25 de septiembre de 1991, quedó consignado el testimonio de la hermana de otra víctima:

> Yo estaba en la casa cuando fueron y me dijeron algunas personas que habían matado a mi hermano. Al trasladarme a este sitio verifiqué la veracidad de la información. Mi hermano era inválido. Él estaba en el velorio de un muchacho que mataron el día de ayer. Mi hermano no tenía enemigos, no estaba amenazado; no sé quién pudo haberlo matado. Me dijeron que llegaron dos jóvenes, entraron por él y lo sacaron; luego le dispararon y lo arrojaron a la quebrada que pasa cerca del lugar. No se más nada. (Acta No. 490, 25 de septiembre de 1991)

La víctima recibió cinco disparos antes de ser arrojada a la quebrada. Varios testimonios coinciden en que el motivo del asesinato fue robarle un revólver.

Lo anterior deja preguntas que, creo, aún no tienen respuesta. ¿Qué tuvo que ocurrir en la vida de un muchacho de apenas dieciséis años para que, a tan corta edad, ya hubiera cometido actos de homicidio, robo y violación? ¿Dónde estaban las redes de apoyo que debieron protegerlo? ¿Quién escuchó sus primeros silencios, quién vio sus primeras violencias? ¿Quién las advirtió? La tragedia del Orejón no habla únicamente de un individuo, sino también de una comunidad fracturada por el abandono, la pobreza y la normalización de la violencia. Que un adolescente mate y viole no solo revela el derrumbe moral de una época, sino también el fracaso colectivo de una sociedad incapaz de ofrecer otros destinos posibles.

> En Barrio Undido era muy normal levantarse y escuchar que habían matado a alguien. Uno iba, miraba y veía ahí el parche de sangre; y al otro día, una marranada en ese mismo lugar, como si nada. Siempre había una causa: que estaba muy gamín, que estaba robando, que se puso a pelear; siempre se justificaba la muerte. En mi barrio, el malo siempre era el muerto. (A. G., comunicación personal, 2026)

Lo anterior evidencia un proceso de inscripción reiterada del acontecimiento traumático en la vida cotidiana, en el que la muerte pierde su carácter excepcional para integrarse a una secuencia reconocible. Esto puede comprenderse a partir del concepto de compulsión a la repetición, entendida como la tendencia del sujeto a revivir experiencias traumáticas no elaboradas psíquicamente (Freud, 1920). Por eso, que, aquello que no logra simbolizarse retorna de manera reiterada en la experiencia subjetiva y social. Simbolizar estas experiencias implica, entonces, producir relatos, memorias y espacios colectivos capaces de transformar el dolor en palabra y representación.

Grieta continua

Si bien la cantidad de homicidios comenzó a disminuir hacia finales del siglo XX, la muerte seguía apareciendo de manera rutinaria en las calles del barrio. Los cadáveres ya no se acumulaban con la misma intensidad de los

primeros años noventa, pero los asesinatos continuaban formando parte de la cotidianidad. Muchos de estos homicidios estaban relacionados con atracos, venganzas personales y desencuentros vecinales que escalaban rápidamente hacia la violencia armada. En un contexto donde la vida había perdido valor y las armas circulaban con facilidad, cualquier discusión podía terminar en tragedia.

Sin embargo, mientras la violencia cotidiana parecía fragmentada en conflictos menores, en el país comenzaba a consolidarse una transformación mucho más profunda y estructural: la expansión del proyecto paramilitar. Hacia finales de los años noventa, la presencia de estructuras armadas articuladas bajo la lógica de los bloques paramilitares era ya inminente. En Medellín y sus periferias, ese proceso de reorganización criminal tuvo uno de sus principales operadores: Diego Fernando Murillo Bejarano, conocido como "Don Berna" o "Adolfo Paz", nombres que circulaban en voz baja entre los habitantes, algunos con miedo, otros con admiración y muchos con resignación.

Varios relatos coinciden en que aquel capo caminó por estas mismas calles dando órdenes, organizando bandas y delimitando espacialmente la zona de cada cual. Lo que antes eran grupos dispersos de jóvenes armados comenzó a integrarse bajo una estructura mayor, donde cada banda respondía a una jerarquía y a una lógica de control territorial más amplia, bajo la sombrilla paramilitar, convirtiéndose en un sistema de regulación social y militar.

Los habitantes recuerdan incluso la realización de los llamados "sancochos de paz", encuentros comunitarios promovidos en medio de aquel proceso de control armado. El nombre resultaba profundamente contradictorio: la palabra "paz" aparece asociada a estructuras que consolidaron su poder mediante el control y las armas. Sin embargo, esa fue precisamente una de las estrategias más eficaces del paramilitarismo urbano: combinar coerción y legitimidad social, presentándose ante algunos sectores como garante de orden, seguridad y convivencia, allí donde el Estado había sido incapaz de hacerlo. Las fachadas del barrio comenzaron entonces a llenarse de mensajes alusivos a esos jefes armados; una prueba de ello es la siguiente imagen.



Aquí no hablamos de paz, trabajamos por ella. Adolfo Paz sembraste una semilla en nuestra ciudad y ahora recogerás los frutos de la paz

> Un hecho clave para entender la continuidad de los GAI[25] asociados al narcoparamilitarismo en Itagüí sucedió en 2003 con la desmovilización del Bloque Cacique Nutibara. Los mandos medios y la mayoría de las armas no se entregaron. Pero después del 2008, la fase de relativa calma fue reemplazada por un incremento en la conflictividad. La Oficina de Envigado, nodo organizacional de la alianza narcoparamilitar, se fractura después del fracaso del proceso de desmovilización paramilitar y la extradición de su cúpula a Estados Unidos. La extradición en 2008 de Don Berna, así como la muerte y entrega a la justicia norteamericana de otros integrantes de la Oficina de Envigado, desató una lucha interna por el control del monopolio criminal protagonizada por Maximiliano Bonilla, alias "Valenciano" y Erick Vargas, alias "Sebastián" (Soto, 2020, p. 253)

Lo que siguió fue una reorganización violenta de combos ya conformados, donde cada barrio comenzó a ser disputado como pieza estratégica dentro de una geografía ilegal más amplia. En medio de aquella pugna, el barrio terminó quedando bajo la influencia de la estructura de 'Valen-

25 Grupos Armados Ilegales

ciano', aunque muchos habitantes apenas comprendían las dimensiones reales de aquella confrontación.

> Ese pico de violencia lo recuerdo muchísimo porque me acuerdo muy bien del primer muerto. Uno desde por la mañana se sabía que iba a haber muerto; siempre la forma en que mi papa lo decía era 'la cosa esta maluca'. Fue super triste porque a las 8 de la noche, pac pac pac, me acuerdo muy bien de esos primeros disparos; mataron a un muchacho que no conocía, pero desde ahí todo se desato muy rápido. (J. G. M., comunicación personal, 2026)

A partir de entonces, el barrio se transformó en un escenario permanente de disparos, heridos y muertes que parecían multiplicarse sin control. Las balaceras se volvieron parte de la rutina diaria; el sonido de las ráfagas interrumpía conversaciones, cenas familiares y noches enteras de insomnio. Los habitantes aprendieron a distinguir el tipo de arma por el sonido, a identificar desde que esquina venían los disparos y a determinar en qué momento salir corriendo a socorrer a quien fuese el herido antes de que muriera.

Aunque el barrio El Rosario había mantenido históricamente cierta separación respecto de Barrio Undido, ambos conservaban una relación inevitable debido a su conexión vial principal. Tanto El Rosario como El Tablazo quedaron bajo influencia de alias 'Sebastián', mientras Barrio Undido era identificado como territorio adscrito a la estructura rival. Las fronteras invisibles comenzaron entonces a condicionar cada desplazamiento, cada visita y cada trayecto cotidiano.

La guerra transformo incluso los recorridos escolares. Muchos niños y niñas que estudiaban en colegios públicos ubicados en la centralidad urbana tuvieron que abandonar sus instituciones y trasladarse a otros planteles por razones de seguridad. Varias familias recuerdan cómo estudiantes comenzaron a ser asesinados a plena luz del día, vistiendo aún el uniforme escolar y sin tener relación directa con el conflicto armado que se disputaba. En aquellos años, portar un uniforme no garantizaba inocencia ni protección; bastaba vivir en cualquier barrio, caminar por cualquier calle, para perecer.

La violencia termino alterando profundamente la experiencia misma de la infancia y la juventud. Ir a estudiar, jugar en la calle o regresar a

casa después de clases dejó de ser un acto cotidiano para convertirse en un riesgo calculado. En medio de aquella disputa apareció además un elemento nuevo: las redes sociales se convirtieron en otra extensión del conflicto. Una joven del barrio recuerda que 'por Facebook empezaron a robarse fotos y crear perfiles de gente de Barrio Undido, de la 15; gente que eran mis amigos, y ponían fotos de los muertos que seguían' (J. G., comunicación personal, 2026). La amenaza ya no circulaba únicamente en las esquinas o en los rumores de la calle; ahora también aparece en las pantallas, amplificando el miedo y anunciando la muerte casi como una lista pública de futuras víctimas.

Aquello produjo una forma distinta de terror, los jóvenes comenzaron a verse expuestos incluso en los espacios virtuales donde intentaban relacionarse y construir identidad. Las fotografías robadas, los perfiles falsos y las publicaciones amenazantes funcionaban como mecanismos de intimidación y control psicológico. La guerra ya no solo ocupaba el territorio físico del barrio, sino también los escenarios digitales de socialización juvenil.

Un aspecto adicional es que 'en esa estructura patriarcal del machismo eran los hombres los involucrados en la guerra' (J.G., comunicación personal, 2026). La confrontación armada estaba profundamente atravesada por mandatos de masculinidad donde el prestigio, el respeto y el poder se asociaban con la capacidad de ejercer violencia. Mientras tanto, las mujeres habitaban el conflicto desde otros lugares: acompañando duelos, resistiendo silencios, cuidando familias fracturadas y observando cómo hermanos, amigos o parejas eran absorbidos por una guerra que parecía devorarlo todo.

> Antes había más respeto; antes se mataban los que eran. Pero si usted la cagaba, iban hasta su casa, lo sacaban delante de la familia y lo mataban —no lo mataban adentro, lo sacaban—; antes respetaban más. No como ahora, que cae tanto inocente. O si no vea, uno no puede pasar para una parte ni para la otra. (H. Q., comunicación personal, 2026)

Entre 2009 y 2012, el barrio sufrió más de 600 actos armados violentos, enmarcados en la horrorosa cifra de 942 personas asesinadas en Itagüí durante el mismo periodo. Esta nueva ola de violencia no solo dejó muertos; también expulsó silenciosamente a muchas de las familias fundadoras del barrio. El desplazamiento urbano comenzó a transformar las

relaciones comunitarias y a fracturar vínculos construidos durante décadas. Casas que durante años habían permanecido habitadas por las mismas familias empezaron a quedar vacías y el poco comercio quedó profundamente afectado. Uno de los testimonios recolectados relata el caso de un habitante que, después de sobrevivir a la violencia de los años noventa, había logrado montar una pequeña barbería en la sala de su casa.

> Cuando se empezó a escuchar bala más seguido, empezó a mermar la clientela. Me acuerdo que la gente que entraba al barrio a motilarse le caían los pelados de la vuelta; al saber que iban a motilarse los dejaban pasar, pero se motilaban y no volvían. Hasta que el barrio se volvió un fogón, y me tocó irme. Yo me acuerdo que mi tía fue la primera que se fue; a mí me dio mucha nostalgia porque yo siempre salía y veía era a mi tía al frente. De ahí me fui yo, luego mi otra tía y las otras familias. A mí me da rabia cuando la gente dice que uno no sufrió la violencia, pero uno sí la sufrió; solo que uno se crió en esa violencia y uno no lo veía así (A. G., comunicación personal, 2026).

El desplazamiento ocurrió de manera progresiva, casi imperceptible al comienzo. No fue un éxodo masivo de un solo día, sino una cadena de despedidas silenciosas. Muchos habitantes no reconocieron plenamente el daño vivido sino años después, cuando pudieron comparar aquella experiencia con otras formas posibles de vida. La costumbre del horror termina produciendo una peligrosa adaptación emocional: los niños aprenden a distinguir disparos antes que canciones, los adolescentes entienden las fronteras armadas antes que las fronteras de la ciudad, y las familias comienzan a medir la tranquilidad no por la ausencia de violencia, sino por la disminución temporal de los muertos. Esa naturalización no significa que el dolor no existiera, significa, más bien, que el miedo se volvió una condición permanente de existencia.

Hoy, Andrés Esteban es padre de dos hijas y mira el barrio desde otro lugar. La experiencia de haber crecido rodeado de asesinatos, violaciones y desplazamientos transformó profundamente su manera de entender la vida y la crianza. Por eso tomó la decisión de irse. No quería que sus hijas crecieran en un entorno donde la violencia fuera vista como algo normal, donde escuchar disparos en la noche o enterarse de un asesinato formara parte de la rutina cotidiana. Su decisión representa también una forma de ruptura con esa herencia del miedo: el intento de impedir que otra generación aprenda a convivir con el horror como si fuera paisaje.

En 2013, las dos facciones de la Oficina de Envigado y otros grupos narcoparamilitares presentes en Antioquia, entre ellos Los Urabeños, habrían llegado a un pacto para poner fin a la confrontación armada. Aunque la fuerza pública nunca reconoció oficialmente dicho acuerdo, fundaciones y organizaciones no gubernamentales ligadas a la academia sostuvieron que sí existió un "pacto de fusil" entre los grupos armados ilegales, cuyo propósito era cesar las disputas y garantizar la continuidad del negocio del narcotráfico (Corpades, 2015). Finalmente, miles de jóvenes murieron en una guerra entre empresarios de las drogas que Occidente aún persigue.

Confrontar la grieta

El paso hacia el horizonte se dará cuando encontremos el camino que nos condujo hasta aquí, caracterizado por la codicia y la violencia, ese cruce de caminos como enunciación de un proyecto estético que convierta lo cultural en la brújula que nos sacará de esta deriva espiritual. Solo saldremos si se recurre al pensamiento y debate de ideas, aminorando el ego que quiere tener la razón a toda costa sin argumentos, para así crear nuevos signos que reinventen aquellos otros creados. Pensar es regalar esperanza e incitar a la ternura, mientras sabemos la delgada línea en que se convierte en muerte.

Para afrontar el devenir, lo primero es aceptar una categoría social que hemos invisibilizado: la infancia. Todas las infancias del barrio —sin excepción— se han gestado en una atmósfera de muerte constitutiva de un país donde sus ciudadanos resuelven desencuentros por medio de la violencia directa. Los signos y símbolos se han gestado a partir de recuerdos: vecinos baleados, amigos disparando y siendo asesinados, meses enteros durmiendo en el piso por miedo a un petardo o a una bala perdida. Los asesinos, ellos y nosotros, entregados a la banalidad del mal (Arendt, 1964)[26]. Aún en el barrio sabes a quién van a asesinar antes de ser efectuado el acto y de antemano sabes que no puedes hacer nada, como si fuera un mandato divino que nadie puede detener. ¿Por qué pasa esto?

La violencia deja huellas en el pensamiento y en el cuerpo, miedos que transversalizan formas de relacionamiento y creencias, pues la vio-

26 Sobre la banalidad del mal: el mal más profundo no viene de monstruos, sino de la incapacidad para pensar lo que se hace (Arendt, 1963).

lencia osifica las ideas para que no accedan al campo del pensamiento. Debemos entonces retornar a la causa cultural de los acontecimientos, para despejar la ecuación del yo -¿Por qué a mí?- y reconocer lo frágil y monstruoso, no como individuo, sino como elemento de un contexto más amplio, que nos enseña sobre los espantos constitutivos de la cultura. Las ideas deben volverse fértiles en las fronteras de la muerte, amurallando pensamientos que permitan contener ese flujo incandescente de matar.

En busca de estos nuevos signos debemos convocar en comunidad a la víctima, el victimario, el que grabó, el espectador, el periodista, el funcionario, etc. y pensar más allá de las peticiones abstractas que claman justicia, paz y orden, a sabiendas que estamos encantados con el terror y las fuerzas autoritarias, dándole uso cada que podemos. De allí la importancia de mirar hacia dentro y dejar de sentir vergüenza por algo que sí es tuyo, pero a causa de la cultura, entenderlo permitirá entonces propiciar ideas y pensamientos en la borrasca violenta que nos desborda, asumir desde las vivencias dolorosas la paradoja de la paz y la guerra, pariendo ideas para que en su sumatoria pueda ser parte de un andamiaje que permita superar dicha paradoja.

Para caminar las incesantes preguntas que acompañan a cualquier caminante que atiende el camino, es necesario iniciar ojeando lo que data la antropología. El profesor Carl Henrik Langebaek en su libro *Antes de Colombia: Los primeros 14.000 años* (2021) plantea que algunas de las pinturas rupestres más espectaculares en Chiribiquete y La Lindosa representan personas armadas con propulsores, lanzas, mazos o, en menor medida hachas y escudos (p. 266). Estas evidencias están datadas en 22.000 años; evidencia tajante y tozuda, la violencia nos acompaña desde tiempos que ya no recordamos.

Hay un objeto que siempre ha estado presente en este barrio, como seguro en muchos otros lugares del mundo, ese elemento simbólico-material infaltable: las armas como juguete. Esta tradición no es de ahora, mucho menos exclusiva de nuestro país, los hallazgos evidencian su aparición desde la edad media, incluso Carlos VI de Francia, recibió a sus 15 años de edad (en 1383) un pequeño cañón de madera (Villar 1968, p. 65). Hoy son imitadas casi con cualquier elemento, sin distingo de estratos sociales. ¿Qué nos hace tan violentos?, ¿Acaso padecemos de alguna mutación mental?, ¿Qué y cómo se activan esas fuerzas incontenibles las cuales detienen su curso una vez la vida del otro es silenciada?, ¿Qué rédito simbólico, económico y social sacamos del asesinato?, ¿Estamos

acaso condenados a la violencia como lo sugería José Eustasio Rivera?, ¿Qué hacer entonces?

Es fundamental mantener a raya el afán de resultados inmediatos, los cambios culturales requieren de tiempo, es por esto que las bases conceptuales deben estar claras, pues ellas son el sostén para la contingencia. Los pueblos llamados primitivos tienen un porcentaje mucho más alto de personas que mueren en guerras o por violencia, que los pueblos modernos y que pese a todo, la sociedad moderna ha desarrollado mecanismos que pacifican la sociedad y que de alguna manera pacifican los instintos violentos de los seres humanos, es evidente que nos asesinamos menos ahora, pero dudo que esto demuestre el triunfo de la tolerancia.

Aunque actualmente el barrio continúa siendo escenario de múltiples violencias y permanece marcado por un fuerte estigma social, lo más preocupante es que aún persisten formas de relación atravesadas por la lógica de la eliminación del otro. Los conflictos continúan resolviéndose, en muchos casos, mediante la agresión extrema y la muerte, evidenciando que sigue existiendo un vacío en el campo simbólico capaz de tramitar el desacuerdo, la frustración y el dolor por vías distintas a la violencia.

En este sentido, pensar procesos reales de transformación exige intervenir tanto en el plano íntimo como en el social. La violencia ejercida contra niños y jóvenes, la exclusión interna y externa, la marginalidad y la ausencia de espacios de ocio y reconocimiento continúan configurando subjetividades atravesadas por el resentimiento, la desesperanza y la repetición del daño. Tal como se ha señalado, no es posible desactivar las violencias sin transformar simultáneamente las condiciones culturales que las legitiman y las disposiciones afectivas que las sostienen. Mientras la sociedad continúe reproduciendo modelos autoritarios, prácticas de exclusión y discursos que exaltan la fuerza como mecanismo de resolución de conflictos, seguirán fortaleciéndose las condiciones para la repetición de la barbarie.

La reconciliación, por tanto, no puede entenderse únicamente como el silenciamiento de las armas, sino como la transformación profunda de los vínculos sociales y afectivos que históricamente han naturalizado la crueldad. Solo a partir de un compromiso colectivo con la verdad, la responsabilidad y el reconocimiento mutuo será posible desarticular esa histórica asociación entre palabra y violencia que ha marcado amplios sectores de la sociedad colombiana.

El principal desafío de una ecología social y cultural consiste en transformar los imaginarios y prácticas que históricamente han alimentado la exclusión, la intolerancia y la violencia. Más que aspirar a modelos homogéneos de sociedad o a nostalgias de una supuesta unidad perdida, resulta necesario construir formas de convivencia capaces de fortalecer los vínculos colectivos sin anular la singularidad y la diferencia. Desde esta perspectiva, la reconciliación exige abrir espacios de aprendizaje social orientados a desactivar las dinámicas de odio y retaliación que han atravesado generaciones enteras.

En este proceso, todas las generaciones implicadas tendrán la responsabilidad de relacionarse críticamente con la memoria histórica, comprendiendo lo ocurrido sin reproducir lógicas de culpabilización colectiva ni narrativas que glorifiquen la violencia y el pasado armado. La construcción de ciudadanía demanda, entonces, una ética fundada en el reconocimiento mutuo, la tramitación simbólica del conflicto y la capacidad de construir diferencias sin convertir al otro en enemigo.

Bibliografía

AHMI (Archivo Histórico del Municipio de Itagüí). Serie Actas de Levantamiento de cadáver, Inspección de Permanencia, carpeta N°. 2, Caja N°. 1235 de 24 de septiembre de 1991, Acta N°. 488.

AHMI (Archivo histórico Municipio de Itagüí). Serie Actas de Levantamiento de cadáver, Inspección de permanencia, carpeta N°. 2, caja N°. 1235, 25 de septiembre de 1991, Acta N°. 490.

Arendt, H. (1964). *Eichmann in Jerusalem* (p. 240). New York: Viking Press.

Borda, F., Orlando, G. G., & Umaña, E. (1962). *La violencia en Colombia*. *Bogotá: Tercer Mundo*.

Corpades. (2015). *Informe de seguridad. Pacto de fusil: Emerge un nuevo jefe militar en el crimen urbano*.

Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer y otras obras*. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu.

Galtung, J. (2016). *La violencia: cultural, estructural y directa. Cuadernos de estrategia*, (183), 147-168.

Gamboa, S. (2012). *Necrópolis*. Europa Editions.

Hall, S., Evans, J., & Nixon, S. (2024). *Representation: cultural representations and signifying practices.*

Hobsbawm, E. J. (1974). *Rebeldes primitivos* (pp. 263-274). Barcelona: Ariel.

Molano Bravo, A. (1985). *Los años del tropel*. El Áncora Editores.

Organisation for Economic Co-operation and Development [OECD]. (2018). *A broken social elevator? How to promote social mobility*. OECD Publishing.

Ramírez, M. A. O. (2018). *Itagüí: historia social y cultural, 1831-2018*. Centro de Historia de Itagüí.

Restrepo, L. C. (1997). *El derecho a la paz, proyecto para un arca en medio de un diluvio*. Arango Editores.

Restrepo, L. C. (1997). *El derecho a la ternura*. Península.

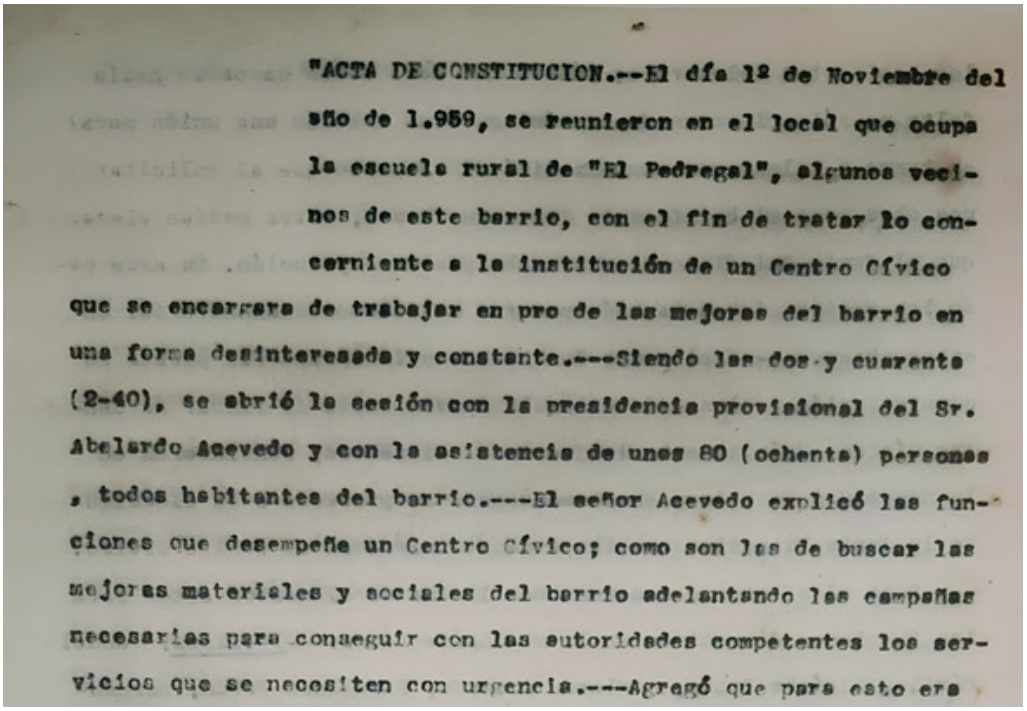
Soto Aguirre, J. A. (2020). *Itagüí: violencia estatal y violencia narcoparamilitar. Una reflexión desde lo municipal sobre el monopolio de la violencia legitimada del Estado*. *Hallazgos*, *17*(34), 241-269.

Villar, A. A. (1968). *Psicología de los juguetes bélicos. Revista Española de la Opinión Pública*, (13), 65-93.

Yie Garzón, S. M. (2011). *Los chusmeros: historias de la memoria de la agencia campesina. Universitas Humanística*, (72), 133-156.



Vista aérea de El Pedregal. Archivo de Ana Isabel Pabón Rúa.



"ACTA DE CONSTITUCION.--El día 1º de Noviembre del año de 1.959, se reunieron en el local que ocupa la escuela rural de "El Pedregal", algunos vecinos de este barrio, con el fin de tratar lo concerniente a la institución de un Centro Cívico que se encargara de trabajar en pro de las mejoras del barrio en una forma desinteresada y constante.---Siendo las dos y cuarenta (2-40), se abrió la sesión con la presidencia provisional del Sr. Abelardo Acevedo y con la asistencia de unas 80 (ochenta) personas, todos habitantes del barrio.---El señor Acevedo explicó las funciones que desempeña un Centro Cívico; como son las de buscar las mejoras materiales y sociales del barrio adelantando las campañas necesarias para conseguir con las autoridades competentes los servicios que se necesiten con urgencia.---Agregó que para esto era

Primera acta de constitución de la Junta de Acción Comunal. Archivo de Ana Isabel Pabón Rúa.

Entre convites y juntas: memoria, historia y construcción comunitaria de la Junta de Acción Comunal de la vereda El Pedregal

Por *Ana Isabel Pabón Rúa*

Introducción

Hay un lugar en Itagüí donde la historia no reposa en estantes de archivos ni en salas de museos. Vive en la memoria de un hombre que recuerda cómo su comunidad abrió caminos a pico y pala; en la voz de una mujer que se emociona cuando habla de su abuela cocinando empanadas para la acción comunal; en las palabras de un hombre de ochenta y dos años que lleva más de medio siglo vinculado a la organización comunal de su vereda. Ese lugar es El Pedregal, ubicado en el corregimiento El Manzanillo del municipio de Itagüí, y esta es la historia de cómo sus habitantes construyeron, con sus propias manos y con voluntad colectiva, un territorio y una comunidad.

Gabriel Mauricio Hoyos y Ángela María Molina, en su Historia de Itagüí, señalan que a principios del siglo XX el municipio presentaba aún un aspecto muy rural: cañaduzales, plataneras, sembrados de yuca y frí-

jol, y pequeños caseríos dispersos con nombres que les conferían vida propia. Entre esos caseríos figuraban ya El Pedregal, junto al Tablazo, el Barrio Centro y la Calle Negra, lugares que fueron tejiendo el territorio de Itagüí antes de que la industria lo transformara. Esa condición periférica marcaría la manera en que sus habitantes aprendieron a organizarse: sin esperar demasiado del municipio, pero sin renunciar a exigirle lo que necesitaban.

El sociólogo Carlos Andrés Ramírez Mejía, en su tesis Invisibilización de la ruralidad en el municipio de Itagüí (Universidad de Antioquia, 2017), mostró que mientras el municipio se consolidaba como referente industrial, las veredas del corregimiento El Manzanillo, entre ellas El Pedregal, quedaron rezagadas en los planes de desarrollo municipales. Lo que la comunidad construyó a través de convites y organización de base no fue un complemento al desarrollo municipal, sino su sustituto en el territorio rural.

En 1988, cuando el municipio reorganizó su territorio, El Pedregal quedó clasificado en el Sector 2 de la Zona Rural, junto a las veredas El Progreso y El Rosario. Ese dato encierra una historia larga: la de una comunidad que durante décadas existió en los márgenes del perímetro urbano, levantando su propia vereda con los recursos que tenía.

Este texto es fruto de cuatro entrevistas realizadas a habitantes de El Pedregal: Noé Jesús Pabón, nacido en esta vereda; Magaly Dávila, expresidenta de la Junta de Acción Comunal; Jairo de Jesús Estrada, quien lleva más de 54 años vinculado a la organización comunal; y Juan Fernando Pabón Pabón, secretario de la Junta de Acción Comunal durante diez años y presidente entre 1985 y 1989. Sus voces se cruzan con el acta de constitución del primer Centro Cívico de la vereda, fechada el 1°. de noviembre de 1959, y con el libro de actas de la Junta, que Fernando Pabón rescató de entre bultos de cemento antes de que lo terminaran de comer los insectos.

El propósito de este relato no es construir una historia oficial ni señalar responsables de nada. Es recuperar el recuerdo de quienes hicieron posible que El Pedregal tuviera calles pavimentadas, electricidad, agua potable, acueducto, iglesia, escuela y salón comunal, como resultado del trabajo de una comunidad que aprendió a organizarse y a trabajar en conjunto. Es también una invitación a preguntarse qué queda de ese espíritu hoy y qué puede hacerse con él.

El territorio y sus familias: raíces de una comunidad

Para entender la historia de la Junta de Acción Comunal de El Pedregal hay que remontarse mucho antes de 1959, año en que se firmó el primer documento oficial. Hay que ir a las familias que poblaron estas laderas, pues, durante generaciones, construyeron una forma de vivir juntas y luego conformarían una Junta de Acción Comunal que les permitiría nombrar lo que ya habían construido y luchar por lo que identificaran como necesario.

Los apellidos que aparecen una y otra vez en las conversaciones con los entrevistados son los mismos que figuran en los documentos del siglo XX: Pabón, Dávila, Restrepo, Estrada, Agudelo. En las actas fundacionales del Centro Cívico Simón Eladio Pabón, fechadas en 1959 y 1960, estos nombres llenan las listas de candidatos y de socios. No es casualidad. Son las familias que llegaron primero a habitar este espacio, subdividieron sus tierras entre los hijos, que emparentaron entre sí y que terminaron conformando lo que Magaly Dávila describe con una mezcla de orgullo y humor:

> *"Acá muy pocos no son familia, porque todos somos familia. Póngase a desenredar, y acá todos somos familia, por un lado y por el otro."*

Los abuelos maternos de Magaly fueron Manuel Antonio Pabón y Rosa Amelia Restrepo; y los paternos José Santos Dávila y María Dolores Pabón. Cuando su abuela, a quien todos llamaban mamá Lola, murió, tenía casi ciento tres años y había vivido toda su vida en El Pedregal. Las raíces de estas familias en el territorio se remontan, cuando menos, a finales del siglo XIX. Noé Pabón recuerda que su abuelo se llamaba Ricardo Antonio Pabón, y que sus bisabuelos también habían vivido siempre por allí.

Hoyos y Molina documentan que en los primeros años del siglo XX la mayor parte de los terrenos de Itagüí eran cañaduzales, plataneras y cultivos de pancoger, con casas dispersas que solo se concentraban en torno a la plaza. El Pedregal era uno de esos caseríos de ladera: familias que combinaban el trabajo agrícola con una sociabilidad estrecha, casi inevitablemente familiar. Las casas eran de tapia pisada, techadas con cañabrava y los solares grandes permitían cultivar gran parte de lo que se consumía.

Juan de Dios Dávila Pabón parece haber sido uno de los propietarios más importantes del sector. Cuando Magaly buscaba el registro de bautismo de su padre en la parroquia de Itagüí, el archivero sacó un libro grueso lleno de un solo apellido:

> *"Era todo el mundo, Dávila Pabón, Dávila Pabón, hijo de Juan de Dios Dávila Pabón. Ese señor era dueño de casi todo el Pedregal y tuvo yo no sé de cuántos hijos. Todo ese libro era de hijos de ese señor."*

Esa concentración de tierra en pocas manos no impidió que la vida comunitaria funcionara. Al contrario: los propietarios más grandes donaron lotes para la escuela, para la capilla y para la sede comunal. Fue la manera en que estas familias entendían su relación con el lugar y con quienes lo habitaban junto a ellas.

La primera escuela del Pedregal —la que hoy se llama María Josefa Escobar— nació así. Una maestra llegó a la vereda y no tenía dónde enseñar. La sala de la casa de uno de los Pabón fue el primer salón de clases. Luego un bisabuelo ofreció un lote, otro puso dinero, los demás aportaron madera y trabajo. Así se construyó. No hubo contratista ni licitación. Hubo comunidad.

Las familias numerosas, con doce o quince hijos, no eran una excentricidad sino una necesidad productiva: la tierra requería brazos. Juan Fernando Pabón, quien creció en la vereda y llegó a ser ingeniero civil y presidente de la Junta de Acción Comunal, recuerda que de su casa hacia arriba podía contar unas diez o doce fincas solamente:

> *"Lo demás era agricultura, cultivos de café, cultivos de plátano, cultivos de yuca. Eso parecía una zona puramente rural, más bellos cultivos."*

Los jóvenes de entonces trabajaban en los tejares y ladrilleras cercanas, o en empresas como Coltejer y la Curtimbre de Itagüí. La educación era escasa: la escuela ofrecía apenas primero y segundo grado. Quien quisiera continuar tenía que bajar al casco urbano de Itagüí a buscar un cupo, y no siempre lo conseguía.

El abuelo de Magaly, Manuel Antonio Pabón, era dueño de una finca cuya quebrada usaba toda la comunidad para lavar ropa y cargar agua:

> *"Mi abuelo Toño era el dueño de la Verde. Esa quebrada siempre era muy limpia… él le permitía a mucha gente, como no tenían agua, ahí había los lavaderos."*

Esos lavaderos eran mucho más que un lugar donde lavar. Eran el punto de encuentro de las mujeres de la vereda, el espacio donde se contaban las dificultades, se prestaban consejos y se tejían amistades. Hoyos y Molina documentan que la distribución del agua era hasta la década de 1920 responsabilidad de los propios vecinos: el municipio cobraba el derecho, pero dejaba la ejecución a la iniciativa local. En El Pedregal eso se vivió de manera literal.

> *"Ellas lavaban y nosotros les ayudábamos a extender la ropa, y nosotros íbamos a pescar, cogiendo ranas. Por allá había muchos de esos pescados con barba. Eso era una vida muy feliz." (Magaly Dávila, comunicación personal, 2026).*

Esta vida de ladera, tejida por lazos familiares, de compadrazgo y de vecindad, fue el suelo en que germinó la organización formal. Cuando llegó el momento de constituir un Centro Cívico, en 1959, no fue necesario construir una comunidad. La comunidad ya existía. Solo necesitaba un nombre.

El Centro Cívico y la Junta: cuando la comunidad se formalizó

El 1°. de noviembre de 1959, siendo las dos y cuarenta de la tarde, ochenta personas se reunieron en el local de la Escuela del Pedregal. En una vereda donde había unas cien casas en total, eso era prácticamente todo el mundo. Los convocó Abelardo Acevedo, quien explicó el propósito: constituir un Centro Cívico para buscar las mejoras de la vereda, gestionar obras ante las autoridades y ser la voz organizada de la comunidad frente al municipio.

La iniciativa no nació de la nada. Hoyos y Molina señalan que desde la década de 1910 habían existido en Itagüí juntas cívicas locales, y que en 1931 se formó la Sociedad de Mejoras Públicas de Itagüí, que impulsó la creación de Centros Cívicos en todos los barrios del municipio. En El Pedregal ese impulso encontró terreno fértil porque la comunidad ya tenía décadas de práctica organizándose por cuenta propia.

Don Manuel Dávila —uno de los habitantes más recordados de la vereda y figura central en los primeros años de la organización— le contó al sociólogo Ramírez Mejía que la idea del Centro Cívico nació a mediados de los años cincuenta mientras tomaba aguardiente con algunos amigos. Ahí acordaron reunirse para buscar soluciones a las necesidades que padecía la vereda, porque para él la vereda era muy sana, pero carecía de todo. La primera actividad que convocó a toda la comunidad fue la construcción de unos rieles para mejorar el acceso: recurrieron a la Sociedad de Mejoras Públicas, que donó algunos materiales, pero fue la participación de familias y vecinos la que permitió sacar la obra adelante.

Resultado de esta conversación mediada por copas de aguardiente y según consta en el acta N°. 1 de 1959 se realizaron tres listas de candidatos. La votación fue secreta. La primera lista obtuvo sesenta votos; la segunda, nueve; la tercera, cinco. La primera junta directiva quedó así:

Tabla 6. Primera directiva del Centro Cívico Simón Eladio Pabón (1959)

Cargo	Nombre
Presidente	Darío Tobón
Primer vicepresidente	Eleázar Pabón
Segundo vicepresidente	Francisco Pabón
Tesorero	José Pabón
Fiscal	Hernando Restrepo
Secretario	Abelardo Acevedo
Comité de Trabajo	Ignacio Dávila Pabón, Gerardo Pabón, Cristóbal Pabón
Comité de Bienestar Social	Ernestina Cuartas de Freijdell, Olga González de Pabón, Regina Restrepo de Restrepo
Comité de Educación	Pedro Ceballos Hincapié, Ignacio Dávila Pabón, Cristóbal Pabón Pabón

El nombre elegido para la Junta Cívica fue Simón Eladio Pabón, en honor a un miembro de una de las familias más numerosas de la vereda y el primer ingeniero que tuvo El Pedregal. Era un gesto simbólico: la organización que iba a gestionar el futuro llevaba el nombre de quienes

habían construido el pasado. Es importante resaltar que, en los tres comités pertenecientes a la junta: Trabajo, Bienestar Social y Educación, ya se contaba con la presencia de figuras femeninas. Ernestina Cuartas, Olga González de Pabón y Regina Restrepo de Restrepo integraban el Comité de Bienestar Social, aunque en los cargos directivos principales aún predominaban los hombres.

En la segunda acta que se conserva, del 6 de noviembre de 1960, los delegados informaron que habían avanzado en la gestión de la energía eléctrica, al punto de tener la promesa de las Empresas Públicas de Medellín de iniciar las canalizaciones. También habían conseguido la limpieza de la carretera. El tesorero reportó $197,45 pesos en caja, y anunció que el equipo de amplificación, elemento fundamental para la amenización de los posteriores encuentros comunitarios, comprado en 154 pesos, estaba totalmente pago.

La personería jurídica N°. 8343 fue otorgada el 19 de febrero de 1962 por la Gobernación de Antioquia. El papel llegó después de la realidad. En 1963, siguiendo la reglamentación nacional, la organización adoptó el nombre de Junta de Acción Comunal. Magaly Dávila recuerda la precisión con que su padre hacía esa distinción:

> *"La acción comunal nació acá en 1963. Primero eran centros cívicos, y ya después en 1963 lo declararon acción comunal."*

Jairo Estrada, quien comenzó a participar en esos primeros años y lleva más de medio siglo vinculado a la junta, recuerda los nombres de quienes estuvieron en ese momento fundacional:

> *"Cuando se inició la acción comunal la dirigían Fabriciano Restrepo, Tulio Restrepo, Virgelina Restrepo. Y Arturo Agudelo, Ricardo Agudelo, Manuel Pabón, Pedro Arenas, José Restrepo, Pablo Agudelo, Samuel Restrepo, Marco Tulio Pabón..."*

El Acuerdo N.° 01 del 21 de enero de 1966 del Concejo de Itagüí formalizó a nivel municipal las Juntas de Acción Comunal. Dos años después, el Acuerdo N.° 41 de 1968 las incorporó a los planes de desarrollo municipal y creó el fondo de acción comunal. La junta del Pedregal, que ya llevaba casi una década funcionando, quedaba respaldada por un marco legal más amplio. Pero su fuerza nunca vino de arriba: venía de abajo.

El convite y las fiestas: muestra de la fuerza comunitaria

Si hay una práctica que define la vida de El Pedregal en las décadas del cincuenta, el sesenta y el setenta, es el convite. No como metáfora sino como realidad concreta: la comunidad se reunía un día determinado y, con sus propias manos, construía algo que todos necesitaban. Noé Pabón lo explica con sencillez:

> *"Si el barrio no tenía calle, pues tenía la calle, no, pero sin pavimentar. Y a través de la comunidad, todo el mundo cada ocho días había que ir a trabajar. Todo el mundo participaba. El municipio nos daba los materiales para pavimentar, y el trabajo lo poníamos todos nosotros, toda la gente del barrio."*

Hoyos y Molina documentan que la construcción de vías, acequias y alcantarillados era históricamente responsabilidad de los vecinos: el municipio regulaba los derechos, pero dejaba la ejecución a la iniciativa local. En El Pedregal esa tradición tomó una forma clara: en ocasiones el municipio ponía los materiales y la comunidad ponía la fuerza de trabajo. Así se construyeron las calles, se instaló la electricidad, se tendió el acueducto.

Pero el convite no era solo trabajo. Era también el espacio donde se reproducía la vida social de la vereda. Siempre había alguien que llevaba "fresquito" para los que trabajaban, alguien que prestaba la herramienta, alguien que llegaba a echar el cuento.

> *"Por aquí todo el mundo nos conocíamos. Como había unos que se encargaban de llevar fresquito cuando estábamos trabajando, otros tenían la herramienta... y ahí nos encontrábamos todos y nos ayudábamos." — Noé Pabón*

Magaly tiene memorias casi cinematográficas de los convites para construir los rieles, las primeras vías empedradas del Pedregal:

> *"Me acuerdo muy clarito cuando hicieron los rieles. Todas las familias daban algo: mamá, si era un fresco, lo que sea, y vaya lleve a los trabajadores. Entonces uno se iba feliz porque eso era pantano."*

La niña que era Magaly no iba al convite a trabajar; iba porque ahí podía chapotear en el barro mientras los adultos echaban cemento. Esa

imagen dice algo esencial: el convite era un acontecimiento familiar, no una obligación laboral. Las familias iban completas.

Los fondos para las obras casi nunca venían del municipio. La junta los generaba a través de festivales y romerías. Hoyos y Molina documentan que esas fiestas eran habituales en los barrios de Itagüí: bazares para conseguir fondos, comedias, venta de comidas. En El Pedregal tenían la misma textura:

> *"Era una fiesta para vender empanadas y dos o tres cajas de licor, vender cerveza... y con eso lo recogían, porque ese fin de semana íbamos a hacer los rieles."— Magaly Dávila*

Dos o tres cajas de cerveza para comprar dos o tres bultos de cemento. Así, de a poquito, se construyó El Pedregal. Jairo Estrada añade otro método de recolección que resulta entrañable: él mismo salía con un poncho por las casas de la vereda, y la gente le pegaba billetes:

> *"Me ponían un poncho. Y yo salía con el poncho puesto, de casa en casa. Péguele billetes, péguele billetes. Yo llegaba agachado con ese poncho lleno de billetes, y dos o tres más detrás de mí pegándole, y eso se hacía plata." — Jairo Estrada*

Los San Isidros, fiestas patronales en honor al santo de los campesinos, eran otra ocasión de recolección. La gente donaba lo que tuviera: gallinas, revuelto, lo que fuera. Se remataba todo en el tablado y la plata iba para las obras. Magaly recuerda que alguien llegó a donar hasta una tortuga. Los festivales podían extenderse desde las nueve de la mañana hasta las tres de la madrugada. No había orquesta; había guitarra, dedicatorias por el parlante y el entusiasmo de quien prendía el equipo de sonido.

La electricidad llegó gracias a una gestión que combinó insistencia y dinero comunitario. Magaly conserva unas hojas que su padre Manuel Dávila guardó durante décadas y que ella rescató cuando él quería botarlas:

> *"Ahí hay cosas invaluables. Él contaba la lucha para conseguir 9.000 pesos, que fue lo que tuvo que dar el municipio para poder que pusieran la energía por acá."*

Juan Fernando Pabón recuerda con precisión el día en que la red eléctrica llegó a su casa. Su padre logró comprar un bombillo, pero la corriente era tan débil que la luz apenas se adivinaba:

> *"Era tan poquita la fuerza que tenía eso que apenas uno veía el huevito, y eso era la felicidad bien grande. Porque es que a nosotros nos tocó estudiar con velas."*

La junta no se conformó con llevar la red hasta las casas; pensó también en iluminar la carretera, que no tenía postes, la solución fue tan ingeniosa como sencilla: la Junta de Acción Comunal compró alambres, soquetes y switches, y cada familia que vivía a las orillas de la vía colgó un bombillo en su fachada con un interruptor interno para encenderlo al caer la noche.

> *"Hombre, la gente nos colaboró con eso y todo el mundo cuidaba el bombillito." — Juan Fernando Pabón*

Jairo Estrada recuerda de primera mano las gestiones para el alumbrado público:

> *"Se intervino mucho con el municipio y con Empresas Públicas para que pusieran la postería. Y después llegué yo al municipio y yo chillaba, chillaba para que me dieran lamparitas. Me tocó poner un poco de lamparitas."*

La carretera fue otra batalla. Para trazar la vía vehicular, la máquina tuvo que atravesar terrenos de propietarios que en algunos casos se opusieron. Hoyos y Molina documentan que en la historia de Itagüí muchos propietarios tapaban los caminos para extender sus cercas. En El Pedregal ocurrió algo similar: uno de los vecinos casi llega a los golpes con quienes venían a abrir el camino vehicular, porque no concebía que algún día por allí pasarían automóviles. Al final, la carretera pasó.

Jairo Estrada habla también con orgullo de los alcantarillados que construyó siendo presidente de la junta:

> *"Es un alcantarillado de barro. De doce pulgadas, hecho en barro. Y todavía existe."*

Que medio siglo después el alcantarillado que él tendió siga funcionando es, para Jairo, la prueba de que aquellas obras se hicieron bien. Con orgullo de artesano, no de burócrata.

Cultura, mujeres y juventud: la vida que también la junta sostuvo

Sería un error reducir la historia de la Junta de Acción Comunal de El Pedregal a su dimensión de obra pública. La junta fue también un espacio de vida cultural: las fiestas, los grupos juveniles, las danzas, el teatro, la música. Todo esto pasó de la mano de la acción comunal. Y una parte importante de esa vida fue sostenida por las mujeres de la vereda, cuya historia corre el riesgo de quedar invisibilizada si no se hace el esfuerzo de buscarla.

Noé Pabón recuerda que desde que era niño existía un grupo juvenil en la vereda:

> *"Cuando yo tenía 13 años existía un grupo juvenil. Y esta gente hacía danza, teatro, música; teníamos una estudiantina. Cada mes hacíamos una tarde cultural muy buena y toda la gente asistía."*

La vena artística de El Pedregal tenía raíces profundas. Magaly la traza hasta el abuelo Santos, que tocaba lira, guitarra y tiple, y fue transmitiendo esos saberes a los hijos. El tío Samuel enseñó a los jóvenes de la siguiente generación; ellos, a su vez, formaron el grupo juvenil donde había danzas, teatro y zarzuelas. La junta prestaba los espacios y, cuando podía, aportaba económicamente. Juan Fernando Pabón fue el primero en aprender guitarra en su familia. Recuerda que la estudiantina llegó a amenizar misas en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario en Itagüí, llevándose su primer regaño por interpretar canciones de Plablus Gallinazo en un ambiente eclesial. También guarda memoria de una pequeña biblioteca que la Junta de Acción Comunal organizó, con libros recogidos entre la comunidad y que después fue donada a la escuela.

Había también una banda marcial —que Noé llama "banda de guerra"— cuyos jóvenes iban a hacer intercambios con otras veredas y municipios. La junta gestionaba esos intercambios y facilitaba el transporte. Era, en su escala, una política cultural de base.

Pero hay una historia dentro de esta historia que merece su propio espacio: la de las mujeres. Ellas no aparecen en las listas de presidentes ni tesoreros de los primeros años. Sin embargo, sin ellas ninguna de las obras descritas habría sido posible. ¿Quién hacía las empanadas que vendían

en los festivales? ¿Quién preparaba las natillas para los bazares? ¿Quién cocinaba la comida para los trabajadores de los convites? Las respuestas aparecen en las entrevistas casi de manera lateral. Magaly habla de su tía que hacía los menudos y las empanadas, de mamá Lola que organizaba a las mujeres más jóvenes para llevar comida o leche a los enfermos, de su propia madre que colaboraba desde la casa:

> *"Mi mamá decía: ah, yo colaboro con eso. O lo hacía acá y lo mandaba. No le gustaba salir, pero aportaba. Mucha gente que no va y no participa en un festival, pero yo aporto eso, yo hago eso."*

La quebrada era también un espacio de encuentro femenino. En un tiempo en que las reuniones formales de la junta eran casi exclusivamente de hombres, la quebrada era el punto de encuentro de las mujeres, allí se tomaban decisiones, se resolvían conflictos y se forjaban alianzas; además, se daban pautas de crianza, se compartían remedios caseros y se sanaba lo que en la vida de matrimonio dolía. No quedó nada escrito de esas conversaciones, pero sus efectos se sienten en la cohesión que tuvo esa comunidad.

Mamá Lola fue una figura que trascendió los roles domésticos. Fue ella quien negoció la donación del terreno para la nueva iglesia y fue ella quien, al final de su vida, se aseguró de que la escritura del lote donado quedara en regla. Cuando se cayó la iglesia pequeña, mamá Lola ya tenía avanzadas las conversaciones para construir una más grande.

Magaly misma llegó a ser presidenta de la junta, después de haber pasado por secretaria, fiscal y vicepresidenta. Se inscribió como afiliada el día que cumplió catorce años, la edad mínima, porque así lo había soñado desde pequeña:

> *"Yo me acuerdo que yo muy pequeñita veía a mi tía hacer los menudos, las empanadas para la acción comunal. Veía a las mujeres que hacían las natillas, y decía: cuando yo sea grande voy a ser del grupo juvenil y voy a ser de la acción comunal."*

De manera similar, Noé Pabón tomó un camino similar: a los veinte años se acercó a la junta porque tenía un grupo juvenil que había organizado y necesitaba apoyo:

> *"Cuando vi que los jóvenes estaban fregados, un grupo juvenil que yo hice, que yo organicé, la comunidad me prestaba todo para conseguir el dinero."*

La junta no era solo la entidad que gestionaba obras; era el lugar donde los jóvenes encontraban un propósito colectivo. Saber que hubo una época en que El Pedregal hacía su propia música, sus propias fiestas, sus propias obras de teatro, es también saber que puede volver a hacerlo.

La memoria como herencia y como tarea

Los cuatro entrevistados, con matices distintos y desde edades y experiencias diferentes, coinciden en que algo se transformó con el paso del tiempo. No la infraestructura, que sigue ahí y en muchos casos sigue funcionando, lo que cambió fue el espíritu que la construyó.

Noé Pabón lo dice con melancolía:

> *"Por aquí todo el mundo nos conocíamos y por eso íbamos a los convites. Pues socialmente eso sí ha desaparecido un poquito por aquí, porque ya hay mucha gente que no conocemos."*

> *"El muchacho no se encuentra con nadie, la gente ya no se encuentra; las personas permanecen prácticamente solas. En cambio, por aquí había muchas actividades. Había hasta banda de guerra, había danzas, teatro, música."*

Magaly señala que el vínculo entre las personas y su lugar se ha debilitado. Cuando llegaron las primeras familias al Pedregal, la tierra era de ellas o de sus padres; la vereda era literalmente el lugar donde habían nacido, donde estaban enterrados sus muertos. Hoy, El Pedregal es una vereda periurbana en crecimiento con mucha población nueva que no tiene esos vínculos históricos. Eso no es culpa de nadie; es el resultado de décadas de crecimiento urbano: la fragmentación de las grandes propiedades, la llegada de nuevos pobladores, la transformación de fincas en urbanizaciones.

> *"Lo que se ha perdido es el sentido de pertenencia. Muy poca solidaridad, mucho individualismo. Antes ellos hacían las cosas pensando en el futuro, en los que venían después, no en ellos mismos." — Magaly Dávila*

Ramírez Mejía documentó esta misma tensión desde las actas de la Junta de Acción Comunal entre 2008 y 2017: las necesidades seguían siendo las mismas de décadas atrás —vías, alumbrado, transporte, alcantarillado, nomenclatura—, pero ya no se resolvían con convites, sino gestionándolas ante una administración que nunca trató el corregimiento desde su particularidad rural. El dato más revelador de su investigación es que el 97,4% de la población de El Pedregal registrada en el Sisbén tenía en 2017 un nivel educativo igual o inferior a secundaria, frente al 81% del municipio en general. La brecha no era nueva; era la acumulación de décadas de postergación.

Jairo Estrada, el más longevo de los cuatro entrevistados, señala que lo que hace falta hoy no son recursos ni voluntad, sino algo más difícil de legislar:

> *"Lo que se ha perdido es el respeto. Antes hacíamos reuniones para acordar el plan de trabajo, para trabajar. En ese tiempo eran muy honorables todos, muy respetuosos."*

Esa tensión entre el interés particular y el bien común no es nueva: existía en el siglo XIX, cuando algunos propietarios tapaban los caminos para extender sus cercas; la diferencia es que en las décadas fundacionales de El Pedregal se resolvía con más frecuencia a favor de lo colectivo, quizás porque el tamaño de la comunidad y sus lazos familiares hacían más visible el costo del individualismo.

¿Qué queda entonces? Queda más de lo que parece. Queda la infraestructura que es la memoria materializada del esfuerzo colectivo: las calles que abrieron a pico y pala, el alcantarillado de barro de doce pulgadas que sigue funcionando, la iglesia que mamá Lola vio terminarse antes de morir. Queda la solidaridad en los momentos difíciles: El Pedregal sigue siendo una vereda donde si alguien muere, todos acompañan, y donde si alguien tiene una necesidad, la comunidad responde.

Queda además esta historia: conocer el pasado no es nostalgia, es una herramienta para entender el presente. Si los habitantes de El Pedregal saben cómo se construyó su vereda, pueden entender que lo que tienen no cayó del cielo y pueden preguntarse, con más fundamento, qué pueden hacer ahora.

El Pedregal fue levantado por personas que no pensaban en sí mismas, sino en los que vendrían después. Eso, más que cualquier obra de

concreto, es lo que vale la pena conservar. Esta historia está escrita para que los que llegaron después sepan de quiénes llegaron antes; para que los jóvenes que hoy viven con agua corriente, calles pavimentadas y electricidad sepan que todo eso tuvo un precio: no en dinero, sino en tiempo, amor, esfuerzo y en la convicción de que lo que es bueno para todos termina siendo bueno para cada uno. La vereda es siempre una construcción, no de ladrillos y cemento, sino de personas que deciden, una y otra vez, que vale la pena construirla juntas.

Fuentes y bibliografía

Fuentes primarias

Archivo personal. Acta de constitución del Centro Cívico Simón Eladio Pabón, 1 de noviembre de 1959. Itagüí.

Archivo personal. Acta N.° 6 de la Asamblea General de Socios del Centro Cívico Simón Eladio Pabón, 6 de noviembre de 1960. Itagüí.

Gobernación de Antioquia. Personería Jurídica N.° 8343, 19 de febrero de 1962.

Entrevistas realizadas

Magaly Dávila (53 años). Técnica en monitoreo ambiental, expresidenta de la Junta de Acción Comunal de El Pedregal. Entrevista realizada en El Pedregal, Itagüí, mayo de 2026.

Jairo de Jesús Estrada (82 años). Líder comunitario, delegado de Asocomunal. Entrevista realizada en El Pedregal, Itagüí, mayo de 2026.

Noé Jesús Pabón (64 años). Técnico electricista, habitante de El Pedregal de toda la vida. Entrevista realizada en El Pedregal, Itagüí, mayo de 2026.

Juan Fernando Pabón Pabón (70 años). Ingeniero civil, secretario y expresidente de la Junta de Acción Comunal de El Pedregal. Entrevista realizada en El Pedregal, Itagüí, mayo de 2026.

Bibliografía

Hoyos A., G. M. y Molina A., Á. M. (2004). Historia de Itagüí. Alcaldía de Itagüí. [Elaborada por la carrera de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.]

Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Siglo XXI Editores.

Londoño Vélez, S. (2003). Historia de la acción comunal en Colombia. Ministerio del Interior, Dirección General para el Desarrollo de la Acción Comunal y la Participación.

Ramírez Mejía, Carlos Andrés. (2017). Invisibilización de la ruralidad en el municipio de Itagüí. Trabajo de grado para optar al título de Sociólogo. Departamento de Sociología, Universidad de Antioquia, Medellín.

Restrepo, E. (2016). Etnografía: alcances, técnicas y éticas. Envión Editores.

Torres Carrillo, A. (2002). Reconstruyendo el vínculo social: movimientos sociales, organizaciones populares y constitución de sujetos colectivos. Universidad Pedagógica Nacional.

Torres Carrillo, A. (2013). El retorno a la comunidad: problemas, debates y desafíos de vivir juntos. El Búho.

Velásquez, F. y González, E. (2003). ¿Qué ha pasado con la participación ciudadana en Colombia? Fundación Corona.



Festividades de las Fiestas de la Pereza, Itagüí. Fotografía de Juan Fernando Duque, 2025



Presentación de “Yo me llamo The Beatles” en las Fiestas de la Pereza
Fotografía de Juan Fernando Duque, 2025

El rock en Itagüí: una forma de resistencia social

Por *Lucas Ocampo Roldán*

Objetivo general

Analizar el papel del rock en el municipio de Itagüí como una expresión cultural que ha funcionado como forma de resistencia social frente a diferentes dinámicas sociales, culturales y territoriales.

Objetivos específicos

Identificar el proceso histórico de surgimiento y desarrollo de la escena rockera en Itagüí, reconociendo sus principales actores, espacios de circulación y momentos significativos.

Examinar las dinámicas sociales y culturales que han influido en la consolidación del rock en Itagüí, así como las formas en que sus participantes han construido identidades y sentidos de pertenencia.

Reconocer las prácticas, discursos y manifestaciones artísticas del rock como mecanismos de resistencia social, frente a problemáticas y transformaciones presentes en el municipio.

Explorar la relación entre el rock y el territorio de Itagüí, identificando cómo los espacios urbanos, comunitarios y culturales han incidido en el desarrollo de esta expresión musical.

Interpretar las percepciones y experiencias de músicos, gestores culturales y seguidores del rock respecto a su papel como herramienta de participación, expresión y resistencia social.

Resumen

Este artículo analiza el papel del rock en el municipio de Itagüí, Antioquia, Colombia como una expresión cultural que ha funcionado históricamente como una forma de resistencia social frente a diferentes dinámicas sociales, culturales y territoriales, ello a partir de un enfoque cualitativo y de corte interpretativo, en el cual se desarrolló un proceso investigativo basado en entrevistas semiestructuradas realizadas a actores clave de la escena rockera del municipio, tales como la agrupación musical "Averno" y tres líderes culturales vinculados a la promoción del rock y la cultura alternativa en el territorio, entre ellos Ubeimar Osorio, Julián Nieto y Juan Fernando Duque.

Igualmente, los resultados obtenidos permitieron comprender cómo el rock en Itagüí se configuró como un espacio de encuentro juvenil, crítica social, construcción identitaria y resistencia frente a fenómenos como la violencia urbana, la estigmatización cultural, la exclusión institucional y las tensiones territoriales y, asimismo, se evidenció que la escena rockera local ha sido un escenario de producción cultural independiente, organización comunitaria y construcción de memorias colectivas.

En los resultados obtenidos por parte de los protagonistas entrevistados se concluye que el rock en Itagüí no puede entenderse únicamente como un género musical, sino como una práctica sociocultural que ha permitido a diferentes generaciones expresar inconformidades, fortalecer vínculos comunitarios y resignificar espacios urbanos históricamente asociados a problemáticas sociales; de igual manera, se identifican desafíos contemporáneos relacionados con la sostenibilidad de los procesos culturales alternativos, el relevo generacional y el reconocimiento institucional de las expresiones juveniles.

Palabras clave

Rock; resistencia social; cultura juvenil; identidad cultural; Itagüí; música alternativa; movimientos culturales.

Introducción

El rock ha representado históricamente una de las expresiones culturales más significativas para distintos sectores juveniles alrededor del mundo, es así que más allá de su dimensión musical, este género ha estado vinculado a procesos de transformación social, construcción identitaria y manifestaciones de inconformidad frente a estructuras políticas, culturales y económicas dominantes, es por ello que en diferentes contextos latinoamericanos, el rock se consolidó como una herramienta de expresión colectiva mediante la cual numerosos jóvenes encontraron posibilidades de representación, participación y resistencia frente a condiciones de desigualdad, violencia y exclusión.

Por su parte, en Colombia las escenas rockeras locales han tenido un importante papel en la configuración de dinámicas culturales urbanas, especialmente en municipios y ciudades donde los jóvenes han enfrentado contextos marcados por la violencia, el control territorial, la falta de oportunidades y la estigmatización social y, particularmente en este panorama, el municipio de Itagüí, ubicado en el Valle de Aburrá, constituye un territorio particularmente significativo para comprender las relaciones entre música, cultura y resistencia social.

Históricamente, Itagüí ha sido reconocido como un municipio de fuerte desarrollo industrial y comercial; sin embargo, también ha enfrentado complejas problemáticas sociales relacionadas con la violencia urbana, las dinámicas del conflicto armado, la presencia de estructuras delincuenciales y la limitada oferta cultural para las juventudes, es así que en medio de este contexto, el rock emergió como un espacio alternativo desde el cual diferentes generaciones de jóvenes encontraron maneras de expresar sus inconformidades, construir identidades colectivas y desarrollar procesos culturales independientes.

La escena rockera de Itagüí no surgió únicamente como una práctica musical aislada, sino como una forma de encuentro comunitario y una posibilidad de apropiación territorial y es que a través de conciertos, festivales, ensayos, encuentros culturales y proyectos autogestionados, numerosos actores juveniles construyeron redes de solidaridad y resistencia frente a las dificultades sociales del municipio, en este sentido, el rock se convirtió en una manifestación cultural que trascendió el entretenimiento para posicionarse como un lenguaje de denuncia, memoria y transformación social.

Por ello, desde la presente investigación se parte del interés por comprender cómo el rock ha funcionado como una forma de resistencia social en Itagüí y de qué manera los actores vinculados a esta escena interpretan su papel dentro de las dinámicas culturales del municipio; para ello, se planteó como objetivo general analizar el papel del rock en el municipio de Itagüí como una expresión cultural que ha funcionado como forma de resistencia social frente a diferentes dinámicas sociales, culturales y territoriales.

Y, con el propósito de desarrollar dicho objetivo, se realizaron entrevistas semiestructuradas a los integrantes de la agrupación "Averno" y a tres líderes culturales vinculados históricamente a la escena rockera y a la promoción de eventos culturales en el municipio, tales como Ubeimar Osorio, Julián Nieto y Juan Fernando Duque, encontrando que sus relatos se permitieron reconstruir experiencias, percepciones y memorias relacionadas con el desarrollo del rock en Itagüí, así como identificar las tensiones, transformaciones y posibilidades que han caracterizado este movimiento cultural.

La investigación es relevante porque reconoce las prácticas culturales juveniles como escenarios legítimos de producción social y política, ello debido a que con frecuencia, las expresiones alternativas han sido minimizadas o reducidas únicamente a formas de entretenimiento, desconociendo su capacidad para generar procesos organizativos, participación comunitaria y construcción de ciudadanía y, para el caso del rock en Itagüí, las experiencias de los participantes evidencian que esta expresión artística ha contribuido significativamente a la consolidación de espacios de diálogo, resistencia y construcción cultural.

Asimismo, desde este estudio se busca aportar a la comprensión de las culturas juveniles desde una perspectiva territorial y comunitaria, reconociendo las particularidades históricas y sociales del municipio Es por ello que analizar el rock como forma de resistencia implica comprender las relaciones entre música, poder, territorio e identidad, así como reconocer las maneras en que las juventudes construyen sentidos de pertenencia y participación desde escenarios alternativos.

Finalmente, desde este artículo se pretende visibilizar las memorias y experiencias de quienes han hecho parte de la escena rockera de Itagüí, contribuyendo al fortalecimiento de la memoria cultural del municipio y al reconocimiento del papel de las prácticas artísticas en la transformación social.

Planteamiento del problema

Las expresiones culturales juveniles han sido históricamente objeto de múltiples formas de estigmatización social, por ejemplo, los géneros musicales como el rock han sido asociados en diferentes contextos con comportamientos considerados problemáticos, rebeldes o contrarios a los valores institucionales dominantes, es así que en Colombia, particularmente durante las décadas de 1980 y 1990, las escenas rockeras urbanas fueron frecuentemente relacionadas con el consumo de sustancias psicoactivas, la violencia y la marginalidad, generando tensiones entre las juventudes y diversos sectores sociales.

En el caso del municipio de Itagüí, estas tensiones adquirieron características particulares debido a las dinámicas sociales y territoriales presentes en el Valle de Aburrá, vale la pena recordar que el municipio atravesó durante varios años escenarios marcados por la violencia urbana, el control territorial y las limitadas oportunidades de participación cultural para los jóvenes y es así que en este contexto, numerosas agrupaciones y colectivos juveniles encontraron en el rock una posibilidad de expresión alternativa frente a las condiciones sociales que enfrentaban. No obstante, pese a la importancia cultural y social que ha tenido el rock en el municipio, existen escasos procesos investigativos que documenten las experiencias de quienes han construido esta escena cultural desde la autogestión y la resistencia y ello, aunado a la falta de reconocimiento institucional y académico, ha contribuido a invisibilizar las prácticas culturales desarrolladas por generaciones de jóvenes que encontraron en el rock un espacio de participación y construcción colectiva.

Adicionalmente muchas de las memorias relacionadas con la historia del rock en Itagüí permanecen dispersas en relatos individuales, archivos personales y experiencias comunitarias que no han sido suficientemente sistematizadas, lo que ha conllevado a que esta situación dificulte comprender el impacto social y cultural que la escena rockera ha tenido en el territorio, mediante lo anterior es que se conoce que a partir de ello surge la necesidad de analizar de qué manera el rock ha funcionado como una forma de resistencia social en Itagüí, considerando las experiencias de quienes han participado activamente en el desarrollo de la escena cultural del municipio; ante ello, desde esta investigación se busca responder la siguiente pregunta: ¿cómo ha funcionado el rock en el municipio de Itagüí como una expresión cultural de resistencia social frente a las dinámicas sociales, culturales y territoriales presentes en el municipio?

Justificación

La presente investigación surge de la necesidad de reconocer las expresiones culturales juveniles como escenarios fundamentales para comprender las dinámicas sociales contemporáneas y los procesos de construcción colectiva que emergen en los territorios urbanos, históricamente, muchas prácticas artísticas y musicales desarrolladas por las juventudes han sido reducidas a simples actividades recreativas o manifestaciones estéticas sin mayor trascendencia social, desconociendo su potencial para generar procesos de organización comunitaria, construcción identitaria, participación ciudadana y resistencia cultural frente a diferentes formas de exclusión social, en este sentido, el rock constituye una expresión cultural que trasciende el ámbito musical y se configura como una práctica social cargada de significados políticos, simbólicos y territoriales.

Estudiar el rock en el municipio de Itagüí resulta especialmente relevante debido a que este género ha representado para múltiples generaciones juveniles una forma de construcción de identidad y resistencia frente a contextos complejos relacionados con la violencia urbana, la estigmatización social, las limitadas oportunidades culturales y las dinámicas territoriales presentes en el municipio; a través del tiempo, la escena rockera local ha permitido que numerosos jóvenes encuentren espacios alternativos de encuentro, expresión y participación, consolidando procesos culturales independientes que han contribuido a fortalecer vínculos comunitarios y formas de apropiación territorial.

La pertinencia de esta investigación también radica en la posibilidad de visibilizar experiencias y memorias que, en muchos casos, han permanecido al margen de los relatos institucionales y académicos sobre la historia cultural del municipio. Las expresiones juveniles alternativas suelen estar poco documentadas desde enfoques investigativos, lo que genera vacíos frente a la comprensión del impacto social y cultural que estas prácticas tienen dentro de las comunidades, por ello, analizar el rock como forma de resistencia social permite reconocer el papel que las juventudes han desempeñado en la transformación simbólica y cultural del territorio.

Como parte fundamental del proceso investigativo, se realizaron entrevistas semiestructuradas a actores directamente vinculados con la escena rockera de Itagüí, entre ellos los integrantes de la agrupación “Averno” y los líderes culturales Ubeimar Osorio, Julián Nieto y Juan Fernando

Duque, quienes han participado activamente en la promoción de eventos musicales, procesos culturales y espacios alternativos dentro del municipio, sus relatos permitieron reconstruir experiencias relacionadas con el surgimiento de la escena rockera, las condiciones sociales y culturales que marcaron sus trayectorias, los conflictos enfrentados con instituciones y autoridades, así como las transformaciones que ha vivido el rock desde sus inicios hasta la actualidad.

En dichas entrevistas se evidenció que el rock ha funcionado como una herramienta de expresión de inconformidades sociales y construcción colectiva, permitiendo que diferentes generaciones de jóvenes encuentren mecanismos simbólicos para enfrentar situaciones de exclusión, violencia y falta de reconocimiento social, asimismo, desde los testimonios mostraron cómo los conciertos, encuentros culturales y procesos autogestionados se convirtieron en escenarios de convivencia, participación y fortalecimiento de identidades juveniles dentro del municipio.

Desde el ámbito académico, desde esta investigación se pretende aportar al fortalecimiento de los estudios relacionados con culturas juveniles, memoria colectiva, participación cultural y resistencia social en contextos urbanos; de igual manera, contribuye a ampliar las reflexiones sobre el papel de las prácticas artísticas como herramientas de transformación social y construcción de ciudadanía, de igual manera, desde el presente estudio se permite comprender que las expresiones culturales no son fenómenos aislados, sino procesos sociales complejos que reflejan las tensiones, necesidades y formas de organización presentes en los territorios.

En el campo del Trabajo Social y las ciencias sociales, la investigación adquiere importancia debido a que posibilita analizar las prácticas culturales juveniles como escenarios de intervención comunitaria y fortalecimiento del tejido social, por ello, las experiencias relatadas por los participantes evidencian que la música y la cultura pueden convertirse en herramientas de mediación social, generación de vínculos comunitarios y construcción de procesos organizativos desde las juventudes.

Finalmente, desde esta investigación se busca contribuir a la preservación de la memoria cultural de Itagüí, reconociendo el trabajo realizado por agrupaciones, líderes y colectivos que han sostenido durante años la escena rockera del municipio y es por ello que recuperar estas experiencias implica valorar las múltiples formas en que las juventudes producen

cultura, resignifican el territorio y construyen alternativas frente a las dificultades sociales, reafirmando el papel del rock como una expresión viva de resistencia social y construcción comunitaria.

Fundamentos teóricos sugeridos para el artículo

El análisis del rock en el municipio de Itagüí como una forma de resistencia social requiere comprender esta expresión cultural desde diferentes perspectivas teóricas que permitan interpretar las dinámicas juveniles, identitarias, territoriales y comunitarias presentes dentro de la escena rockera, en este sentido, el presente marco teórico articula categorías relacionadas con culturas juveniles, resistencia cultural, identidad colectiva, memoria social, apropiación territorial e intervención comunitaria, entendiendo el rock como una práctica sociocultural que trasciende lo musical y se configura como un escenario de participación y transformación social.

Desde la perspectiva de las culturas juveniles, el rock puede entenderse como una manifestación mediante la cual las juventudes construyen formas de identidad, pertenencia y diferenciación frente a las estructuras sociales dominantes, es así que las culturas juveniles representan procesos de producción simbólica donde los jóvenes desarrollan códigos, lenguajes, prácticas y estéticas propias que les permiten expresar sus inconformidades y construir sentidos colectivos de vida; al respecto, Feixa (1998) plantea que "las culturas juveniles pueden entenderse como formas de expresión colectiva construidas por los jóvenes en respuesta a sus condiciones sociales e históricas" (p. 84); esta perspectiva permite comprender que la escena rockera de Itagüí no surge únicamente desde el interés musical, sino también como una respuesta social y cultural frente a contextos marcados por la violencia, la exclusión y la falta de espacios de participación juvenil.

En relación con ello, el rock ha sido históricamente interpretado como una expresión de resistencia cultural frente a modelos sociales hegemónicos y estructuras institucionales que buscan homogenizar las formas de expresión juvenil, desde los estudios culturales, las subculturas musicales representan mecanismos simbólicos mediante los cuales los jóvenes cuestionan normas sociales y construyen discursos alternativos frente a las dinámicas de poder, según palabras de Hall y Jefferson (2000) sostienen que "las subculturas juveniles representan intentos simbólicos de resolver contradicciones sociales experimentadas por los jóvenes" (p.

38), así en el contexto de Itagüí, esta concepción permite analizar cómo el rock se consolidó como una herramienta de protesta simbólica y resistencia social frente a diferentes situaciones de estigmatización, exclusión cultural e invisibilización de los procesos comunitarios impulsados desde las juventudes.

Asimismo, la escena rockera puede comprenderse como un espacio de construcción de identidad cultural y memoria colectiva y es que a través de la música, las prácticas estéticas y las relaciones comunitarias, los participantes desarrollan sentidos de pertenencia y reconocimiento mutuo que fortalecen la construcción de identidades juveniles, es por ello que Martín-Barbero (2003) afirma que "la identidad se construye en la interacción entre prácticas culturales, memoria y territorio" (p. 241), lo que permite interpretar la escena rockera de Itagüí como un escenario donde los jóvenes resignifican sus experiencias sociales y territoriales mediante procesos culturales compartidos, en este sentido, el rock se convierte en una expresión que articula vivencias individuales y colectivas alrededor de la música, la resistencia y la apropiación simbólica del municipio.

La resistencia social constituye otra categoría central dentro de esta investigación, ya que permite comprender el rock como una práctica mediante la cual las comunidades juveniles construyen alternativas frente a dinámicas sociales excluyentes. Desde esta perspectiva, las prácticas culturales y comunitarias representan formas legítimas de organización y transformación social construidas desde las bases sociales, por ello Fals Borda (1985) señala que "el conocimiento popular y la organización comunitaria constituyen formas legítimas de transformación social" (p. 57), planteamiento que resulta pertinente para interpretar los procesos autogestionados desarrollados por agrupaciones, colectivos y líderes culturales dentro de la escena rockera de Itagüí, es así que los conciertos, festivales y encuentros culturales realizados por estos actores representan formas de acción colectiva mediante las cuales las juventudes defienden espacios culturales y fortalecen procesos comunitarios frente a situaciones de invisibilización institucional.

De igual manera, el rock puede relacionarse con procesos de educación popular y construcción de conciencia crítica, ello porque las letras musicales, los encuentros culturales y los espacios de diálogo generados dentro de la escena rockera favorecen procesos de reflexión colectiva sobre las problemáticas sociales presentes en el territorio, desde esta perspectiva, Freire (1970) sostiene que "nadie libera a nadie, ni nadie se libera

solo; los hombres se liberan en comunión" (p. 67), resaltando la importancia de las prácticas colectivas en los procesos de transformación social, en este sentido, el rock en Itagüí puede entenderse como una herramienta pedagógica y cultural mediante la cual diferentes generaciones de jóvenes han construido pensamiento crítico, reflexión social y formas alternativas de participación ciudadana.

Otro aspecto fundamental para comprender el fenómeno estudiado es la relación entre territorio y apropiación cultural, porque las prácticas culturales desarrolladas por las juventudes no solo producen expresiones simbólicas, sino también formas de resignificación de los espacios urbanos y comunitarios. García Canclini (1995) plantea que "las prácticas culturales urbanas redefinen las maneras de habitar y significar la ciudad" (p. 112), permitiendo interpretar los eventos de rock y las actividades culturales como escenarios de apropiación territorial y construcción de ciudadanía; en el caso de Itagüí, los conciertos, festivales y encuentros musicales han permitido transformar espacios asociados históricamente a dinámicas de violencia y exclusión en lugares de convivencia, participación y expresión colectiva.

A su vez, la reconstrucción de las experiencias de la escena rockera puede analizarse desde el concepto de memoria colectiva, entendida como el conjunto de relatos y experiencias compartidas que permiten construir identidad histórica dentro de una comunidad, por ello, Halbwachs (2004) sostiene que "la memoria individual existe siempre a partir de marcos sociales colectivos" (p. 26), planteamiento que permite comprender cómo las experiencias narradas por los participantes de la investigación contribuyen a reconstruir parte de la memoria cultural del municipio y que las vivencias relacionadas con conciertos, procesos organizativos, conflictos institucionales y experiencias comunitarias forman parte de una memoria colectiva que da cuenta del papel histórico del rock dentro de las dinámicas sociales de Itagüí.

Posteriormente, desde el campo del trabajo social y la intervención comunitaria, el rock puede comprenderse como un escenario de fortalecimiento del tejido social y construcción de vínculos colectivos, toda vez que las prácticas culturales desarrolladas desde las juventudes permiten generar procesos de integración social, participación comunitaria y transformación territorial, ante ello, Carballeda (2002) afirma que "la intervención en lo social implica comprender las prácticas cotidianas y los procesos culturales de los sujetos" (p. 94), lo cual permite reconocer la

importancia de las expresiones culturales alternativas dentro de los procesos de desarrollo comunitario, en este sentido, el rock en Itagüí no solamente representa una práctica artística, sino también una herramienta de organización social y construcción comunitaria que ha contribuido al fortalecimiento de procesos culturales independientes y formas de resistencia frente a dinámicas que buscan desfavorecer o invisibilizar las acciones colectivas impulsadas desde las comunidades juveniles.

El rock si ha actuado como resistencia social en Itagüí

La investigación permitió comprender que el rock en Itagüí ha representado históricamente mucho más que una manifestación musical o una expresión artística juvenil, a partir de las narrativas construidas en las entrevistas realizadas a la agrupación "Averno" y a los líderes culturales Ubeimar Osorio, Julián Nieto y Juan Fernando Duque, fue posible evidenciar que la escena rockera del municipio se consolidó como un escenario de resistencia social, construcción comunitaria y apropiación cultural frente a diferentes dinámicas sociales, territoriales e institucionales que afectaron las posibilidades de participación de las juventudes dentro del territorio.

Uno de los principales hallazgos en la investigación consiste en reconocer que el rock surgió en Itagüí como una alternativa cultural construida desde la autogestión y la necesidad de generar espacios propios de expresión y participación juvenil y que las narrativas de los participantes permitieron identificar que, en diferentes momentos históricos del municipio, las juventudes encontraron limitadas oportunidades para acceder a escenarios culturales incluyentes, situación que motivó la creación de procesos independientes orientados a fortalecer encuentros musicales, festivales, conciertos y actividades culturales desarrolladas desde las comunidades, en este sentido, el rock no apareció únicamente como una preferencia estética o musical, sino como una respuesta colectiva frente a contextos marcados por la exclusión, la estigmatización y la invisibilización de las expresiones juveniles alternativas.

Los relatos de los líderes entrevistados durante las entrevistas, también permitieron demostrar que la escena rockera desempeñó un papel importante en la construcción de identidad y sentido de pertenencia entre quienes participaron activamente en estos procesos culturales; por ejemplo, las experiencias compartidas alrededor de la música, los conciertos

y las dinámicas organizativas posibilitaron la consolidación de vínculos comunitarios y redes de apoyo entre jóvenes que encontraban en el rock una forma de reconocimiento colectivo, para muchos participantes, el rock representó un espacio donde podían expresar pensamientos críticos, emociones, inconformidades y formas alternativas de entender la realidad social del municipio.

Asimismo, desde la investigación se evidenció que el rock funcionó como una herramienta de resistencia social frente a diferentes acciones institucionales y administrativas que, según las narrativas de los entrevistados, limitaron o invisibilizaron procesos culturales comunitarios impulsados desde las juventudes; los participantes señalaron que los participantes señalaron que en múltiples ocasiones las expresiones relacionadas con el rock fueron estigmatizadas o asociadas a problemáticas sociales como la violencia, el desorden o el consumo de sustancias, situación que generó tensiones entre los colectivos juveniles y algunos sectores institucionales y comunitarios, sin embargo, lejos de debilitar la escena cultural, estas experiencias fortalecieron procesos organizativos y consolidaron formas de resistencia simbólica y comunitaria orientadas a defender los espacios culturales alternativos dentro del municipio.

Las narrativas de los entrevistados también permitieron identificar que los eventos culturales relacionados con el rock se convirtieron en escenarios de transformación territorial y apropiación comunitaria, es así que los conciertos y encuentros musicales desarrollados en parques, espacios públicos y escenarios comunitarios permitieron resignificar lugares históricamente asociados con dinámicas de violencia o exclusión, transformándolos temporalmente en espacios de convivencia, diálogo y participación juvenil, de esta manera, el rock contribuyó no solamente al fortalecimiento cultural del municipio, sino también a la recuperación simbólica del territorio y a la construcción de escenarios de encuentro social desde las bases comunitarias.

Otro aspecto relevante encontrado en la investigación se relaciona con el carácter pedagógico y reflexivo que adquirió la escena rockera dentro del municipio, las letras de las canciones, los discursos construidos durante los eventos culturales y las dinámicas organizativas promovieron procesos de reflexión crítica sobre las problemáticas sociales presentes en el territorio, los participantes destacaron que el rock permitió visibilizar inconformidades relacionadas con la exclusión social, las desigualdades, la violencia y las limitadas oportunidades para las juventudes, convirtién-

dose así en una forma legítima de participación cultural y expresión política desde los sectores juveniles.

La investigación también permitió reconocer el importante papel desempeñado por líderes culturales, agrupaciones musicales y colectivos independientes en la permanencia y fortalecimiento de la escena rockera de Itagüí, ya que a pesar de las dificultades económicas, la falta de apoyo institucional y los procesos de estigmatización, los actores vinculados a esta expresión cultural lograron sostener durante años espacios de participación y organización comunitaria que favorecieron el desarrollo cultural del municipio.

Las experiencias relatadas por "Averno", Ubeimar Osorio, Julián Nieto y Juan Fernando Duque evidencian que la persistencia de estos procesos ha dependido principalmente del compromiso comunitario y de la capacidad de autogestión construida desde las juventudes y los colectivos culturales.

De igual manera, los resultados permitieron identificar transformaciones importantes dentro de la escena rockera local, ya que los participantes reconocen que actualmente existen nuevas dinámicas culturales, formas de circulación musical y posibilidades tecnológicas que han modificado las maneras de participación juvenil, sin embargo, también señalaron la necesidad de fortalecer procesos organizativos y preservar la memoria histórica de la escena rockera del municipio, debido a que muchas de las experiencias construidas durante décadas continúan siendo poco reconocidas dentro de los relatos oficiales sobre la cultura local.

En consecuencia, puede concluirse que el rock en Itagüí constituye una expresión cultural profundamente vinculada con procesos de resistencia social, construcción identitaria y fortalecimiento comunitario, su permanencia histórica demuestra la capacidad de las juventudes para construir alternativas culturales frente a contextos de exclusión y para generar formas de participación social desde el arte y la música, es así que desde este ejercicio investigativo se permite comprender que las prácticas culturales juveniles no deben ser interpretadas únicamente como actividades recreativas, sino como escenarios legítimos de construcción política, producción simbólica y transformación territorial. En conclusión, desde la investigación se evidencia la necesidad de que las instituciones públicas y los procesos de gestión cultural reconozcan las expresiones alternativas como actores fundamentales dentro del desarrollo social y comunitario del municipio, ya que el rock, lejos de constituir una práctica

marginal, representa en Itagüí una memoria viva de resistencia cultural y una manifestación colectiva que ha contribuido significativamente a la construcción de ciudadanía, participación juvenil y fortalecimiento del tejido social desde las comunidades.

Recomendaciones para la administración municipal frente a este proceso

A partir de los hallazgos obtenidos durante la investigación sobre el rock en Itagüí como forma de resistencia social, es necesario que la administración municipal fortalezca sus procesos de reconocimiento, acompañamiento y promoción de las expresiones culturales alternativas desarrolladas por las juventudes y los colectivos comunitarios del territorio, y es que las narrativas construidas a partir de las entrevistas realizadas evidencian que la escena rockera ha contribuido significativamente al fortalecimiento del tejido social, la apropiación territorial y la construcción de espacios de participación ciudadana, por lo que resulta fundamental que las políticas culturales locales incorporen de manera más amplia y participativa estas manifestaciones dentro de sus agendas institucionales.

En este sentido, se recomienda que desde la administración municipal se implementen políticas públicas culturales incluyentes que reconozcan el rock y las expresiones alternativas como prácticas legítimas de construcción social y participación comunitaria y, es que históricamente, muchas de estas manifestaciones han sido objeto de estigmatización o han recibido apoyos limitados debido a imaginarios negativos asociados a las culturas juveniles, por ello, es importante promover enfoques institucionales que comprendan el valor social, pedagógico y comunitario que poseen los procesos culturales impulsados desde las juventudes, reconociendo que estos espacios contribuyen a la prevención de violencias, al fortalecimiento de vínculos sociales y a la construcción de ciudadanía.

Asimismo, se recomienda fortalecer los mecanismos de participación de los colectivos culturales y agrupaciones musicales dentro de los procesos de planeación y toma de decisiones relacionadas con la política cultural del municipio; ello debido a que desde la investigación se permitió identificar que gran parte de los procesos desarrollados desde la escena rockera han surgido desde la autogestión comunitaria, lo que demuestra la capacidad organizativa de estos actores sociales; en consecuencia, resulta pertinente generar mesas de diálogo, consejos culturales y espa-

cios de concertación donde los jóvenes, músicos, gestores culturales y líderes comunitarios puedan participar activamente en la formulación de estrategias culturales que respondan a las realidades y necesidades del territorio.

De igual manera, se considera necesario que desde la administración municipal se fortalezca la destinación de recursos económicos y logísticos para el desarrollo de eventos culturales alternativos relacionados con el rock y otras expresiones juveniles, los testimonios obtenidos durante la investigación evidencian que numerosos festivales, conciertos y actividades culturales han sido sostenidos durante años gracias al esfuerzo comunitario y la autogestión de los colectivos culturales, pese a las dificultades económicas y las limitaciones institucionales, es por ello que en este contexto, el apoyo gubernamental puede contribuir significativamente a garantizar la sostenibilidad de estos procesos y ampliar las oportunidades de participación cultural para las nuevas generaciones.

Otra recomendación importante consiste en promover procesos de memoria histórica y documentación de la escena rockera del municipio, ello debido a que desde la investigación se permitió identificar que muchas de las experiencias construidas por agrupaciones, gestores culturales y colectivos juveniles no han sido suficientemente registradas dentro de la memoria institucional y cultural de Itagüí, ante ello, se propone impulsar iniciativas como archivos culturales, exposiciones, publicaciones, documentales y procesos pedagógicos que permitan recuperar las memorias relacionadas con el desarrollo del rock y las culturas juveniles dentro del municipio, este tipo de acciones contribuirían no solamente a preservar el patrimonio cultural local, sino también a reconocer el aporte histórico de las juventudes en la construcción social y comunitaria del territorio.

También le recomienda fortalecer los procesos de formación artística y cultural dirigidos a niños, niñas y jóvenes del municipio, promoviendo escenarios donde las expresiones musicales alternativas puedan desarrollarse de manera libre, crítica y participativa, ello gracias a que desde la investigación se evidenció que el rock ha funcionado como una herramienta de construcción identitaria y reflexión social para múltiples generaciones, razón por la cual resulta importante garantizar espacios de formación que permitan a las juventudes desarrollar capacidades artísticas, organizativas y comunitarias desde enfoques de inclusión y participación social.

Del mismo modo, se considera pertinente que desde la administración municipal se implementen estrategias orientadas a disminuir los procesos de estigmatización histórica asociados al rock y a las culturas juveniles alternativas, ya que los participantes de la investigación relataron múltiples experiencias relacionadas con prejuicios institucionales y sociales que asociaban estas expresiones con problemáticas de violencia, desorden o marginalidad. Frente a ello, es necesario promover campañas pedagógicas, procesos educativos y acciones comunitarias que contribuyan a transformar imaginarios negativos sobre las juventudes y sus formas de expresión cultural, favoreciendo escenarios de convivencia, respeto y reconocimiento de la diversidad cultural.

Igualmente, se recomienda impulsar procesos de articulación entre las instituciones educativas, organizaciones sociales y colectivos culturales del municipio, con el propósito de fortalecer proyectos culturales y comunitarios que involucren a las juventudes en dinámicas de participación y transformación territorial, ya que las experiencias narradas durante la investigación demuestran que el rock y las expresiones culturales alternativas poseen un importante potencial pedagógico y comunitario que puede contribuir a la construcción de procesos educativos críticos y participativos dentro del territorio.

Se considera fundamental que desde la administración municipal se comprendan las expresiones culturales juveniles no únicamente como actividades recreativas o eventos artísticos aislados, sino como escenarios estratégicos para el fortalecimiento de la cohesión social, la participación ciudadana y el desarrollo comunitario; ello debido a que desde la investigación se permitió demostrar que el rock en Itagüí ha sido una manifestación cultural profundamente vinculada a procesos de resistencia social, construcción de identidad y apropiación territorial, razón por la cual su reconocimiento institucional representa también una oportunidad para fortalecer políticas públicas orientadas a la inclusión, la participación y el bienestar colectivo de las comunidades.

Pensamientos en voz alta para la comunidad rockera del municipio

A partir de los hallazgos obtenidos en la investigación, se considera fundamental que la comunidad rockera de Itagüí continúe fortaleciendo los procesos organizativos, comunitarios y culturales que históricamente han permitido consolidar el rock como una expresión de resistencia social

dentro del municipio. Las experiencias relatadas por los participantes evidenciaron que gran parte de los logros alcanzados por la escena rockera han sido resultado de la autogestión, la solidaridad colectiva y el compromiso de agrupaciones, gestores culturales y líderes juveniles que han trabajado por mantener espacios alternativos de participación cultural, en este sentido, resulta importante preservar y fortalecer estos procesos organizativos como mecanismos de sostenibilidad cultural y construcción comunitaria.

Se recomienda que la comunidad rockera continúe promoviendo escenarios de articulación entre agrupaciones musicales, colectivos juveniles, gestores culturales y organizaciones sociales del municipio, pues es claro que la investigación permitió identificar que los momentos de mayor fortalecimiento de la escena cultural coincidieron con procesos de trabajo colectivo, organización comunitaria y construcción de redes de apoyo entre diferentes actores culturales, por ello, consolidar espacios permanentes de encuentro, diálogo y planeación conjunta puede contribuir a fortalecer la capacidad organizativa de la escena rockera y ampliar su incidencia dentro de las dinámicas culturales y sociales del territorio.

Asimismo, se considera importante que la comunidad rockera impulse procesos de formación y acompañamiento dirigidos a las nuevas generaciones interesadas en participar dentro de la escena musical y cultural del municipio; ello debido a que las narrativas obtenidas durante las entrevistas reflejan la preocupación de algunos participantes frente a la pérdida de ciertos procesos comunitarios e identitarios que históricamente caracterizaron el movimiento rockero local; en consecuencia, promover espacios pedagógicos, talleres, encuentros formativos y procesos de intercambio de experiencias permitiría transmitir conocimientos, memorias y prácticas organizativas a los jóvenes que actualmente comienzan a vincularse a las expresiones culturales alternativas.

De igual manera, se recomienda fortalecer las estrategias de memoria histórica dentro de la comunidad rockera del municipio, ello porque la investigación evidenció que muchas experiencias relacionadas con conciertos, festivales, procesos de resistencia cultural y dinámicas organizativas han permanecido únicamente en la memoria de quienes participaron directamente en ellas, sin procesos amplios de documentación o sistematización, frente a ello, resulta pertinente que la comunidad impulse iniciativas orientadas a recopilar archivos fotográficos, audiovisuales, testimoniales y documentales que permitan preservar la historia del rock

en Itagüí y reconocer el aporte realizado por diferentes generaciones de músicos, líderes culturales y colectivos comunitarios.

Otra recomendación importante consiste en continuar promoviendo el rock como una herramienta de participación social y transformación comunitaria.

Ello gracias a que las experiencias narradas por los entrevistados evidencian que el rock ha tenido un impacto significativo en la construcción de espacios de convivencia, apropiación territorial y resistencia frente a diferentes problemáticas sociales, es así que se considera pertinente que la comunidad rockera siga desarrollando eventos culturales, festivales y actividades comunitarias que favorezcan el encuentro entre jóvenes, el fortalecimiento del tejido social y la construcción de escenarios alternativos de participación ciudadana.

También se recomienda fortalecer los procesos de diálogo y relacionamiento con otros sectores culturales, sociales e institucionales del municipio, aunque históricamente la escena rockera ha enfrentado situaciones de estigmatización y conflicto con algunos actores sociales, desde la investigación se demuestra que las expresiones culturales alternativas poseen un importante potencial para generar procesos de integración comunitaria y construcción colectiva; en este sentido, establecer alianzas con organizaciones sociales, instituciones educativas, colectivos artísticos y espacios comunitarios puede contribuir a ampliar el reconocimiento social de la escena rockera y fortalecer su incidencia dentro de las dinámicas culturales del municipio.

Asimismo, se considera necesario que la comunidad rockera continúe defendiendo los espacios públicos y comunitarios como escenarios legítimos para el desarrollo de actividades culturales y expresiones juveniles, por ejemplo, los participantes de la investigación destacaron que muchos conciertos y encuentros musicales permitieron resignificar territorios afectados por dinámicas de violencia, exclusión o estigmatización, convirtiéndolos en espacios de convivencia y apropiación social, es así que mantener este tipo de iniciativas resulta fundamental para seguir fortaleciendo la relación entre cultura, territorio y comunidad dentro de Itagüí.

De igual manera, se recomienda promover procesos de reflexión crítica al interior de la misma escena rockera sobre temas relacionados con inclusión, diversidad, participación y convivencia comunitaria, ello porque la permanencia y fortalecimiento de los procesos culturales alternati-

vos depende también de la capacidad de las comunidades para construir espacios abiertos, participativos y respetuosos de las diferentes formas de expresión juvenil; en este sentido, fortalecer valores relacionados con la solidaridad, el respeto y la construcción colectiva permitirá consolidar una escena cultural más incluyente y representativa de las realidades sociales del municipio.

Por otro lado, se considera importante que la comunidad rockera continúe reconociendo el valor político, cultural y social de las expresiones artísticas desarrolladas desde las juventudes, con lo cual se acierta en demostrar que los resultados de la investigación permitieron concluir que el rock en Itagüí ha sido una manifestación profundamente vinculada con procesos de resistencia social, construcción de identidad y fortalecimiento comunitario, por ello, mantener viva esta escena cultural implica no solamente preservar una tradición musical, sino también continuar construyendo espacios de participación, memoria y transformación social desde las bases comunitarias del territorio.

Reflexiones desde los actores

El rock como resistencia cultural: una revisión de la trayectoria de la banda Averno

La historia del metal en el municipio de Itagüí no puede entenderse sin la presencia de *Averno*, una agrupación que ha mantenido su alineación original desde sus inicios a finales de la década de 1980. Conformada por Walter Henao (baterista), Juan Manuel Herrera (guitarrista, vocalista y compositor) y Alejandro Santamaría (bajista), la banda representa un baluarte de la vieja escuela del metal regional. El vínculo entre sus integrantes se remonta a 1987. Cuando Henao y Herrera coincidieron en el colegio María Jesús Mejía y, tras descubrir su afinidad por el género y sumar a Santamaría (quien ya experimentaba con un bajo de fabricación artesanal), el proyecto comenzó a consolidarse en salas de ensayo improvisadas, como la habitación de un conocido llamado Luis Emilio en el sector de Santa Gema, donde las dinámicas de aprendizaje técnico se dieron de manera empírica y colectiva.

A finales de la década de 1980, la escena rockera en Itagüí se desarrollaba en un entorno de alta estigmatización social; por ejemplo, los

integrantes de la banda recuerdan que el simple hecho de vestir de negro o llevar el cabello largo generaba sospechas tanto en las autoridades como en la comunidad, al punto de ser vistos con mayor recelo que los actores de la violencia de la época, ante ello, se aprecia que la falta de espacios oficiales y el rechazo institucional fueron el punto de encuentro principal de la comunidad metalera, el cual se materializaba en la Farmacia Santa María, donde se reunían decenas de jóvenes que debieron enfrentar la hostilidad del entorno. Esta situación obligó a las agrupaciones a adoptar la autogestión como único mecanismo de supervivencia; es así que los conciertos se organizaban de manera comunitaria, compartiendo equipos e instrumentos entre bandas afines como *Degradeth*, *Confusión*, *Enosis* y *Abaddón*, y utilizando dinámicas artesanales para la creación y distribución de boletería y material promocional (*flyers*).

Como acciones particulares se identifica que, desde sus primeras composiciones, *Averno* orientó sus letras hacia la crítica social y la expresión de las problemáticas que afectaban su entorno; aunque en sus inicios experimentaron con la corriente del "ultrametal" de la época, la banda consolidó rápidamente una identidad contestataria. Con ello, la propuesta lírica e instrumental de la agrupación ha funcionado como un medio para expresar la inconformidad frente a la exclusión social, la falta de oportunidades y el acoso policial que caracterizó su juventud y, esta postura estética no solo definió su sonido, sino que también estableció una forma de resistencia cultural frente a un municipio que, en ese entonces, no ofrecía espacios para las manifestaciones artísticas periféricas o extremas.

Al mismo tiempo, al contrastar el panorama actual con el de sus inicios, los músicos señalan una evidente diversificación y tecnificación de la escena musical, destacando la aparición de nuevas bandas con un alto nivel de ejecución técnica y un mayor acceso a instrumentos de calidad; asimismo, reconocen que el prejuicio social ha disminuido, permitiendo una convivencia más tranquila en el espacio público. Sin embargo, advierten que el apoyo institucional por parte del municipio de Itagüí hacia las vertientes más extremas del rock y el metal sigue siendo prácticamente inexistente. A diferencia de otros géneros de mayor consumo comercial, el metal underground continúa marginado de las agendas culturales oficiales, lo que mantiene vigentes las dinámicas de autogestión para la realización de eventos especializados.

Al finalizar la entrevista se encuentra una voz generalizada entre los integrantes al expresar que el futuro del metal en Itagüí se vislumbra

complejo debido a la persistente falta de políticas culturales que incluyan formalmente a los géneros extremos, asimismo, los integrantes de *Averno* enfatizan la importancia de mantener la independencia de la banda frente a los espacios gubernamentales que suelen instrumentalizar el arte con fines políticos, por otra parte, para la agrupación, el rock y el metal van más allá de un simple estilo musical; constituyen una expresión cultural profunda y una forma de vida que requiere dedicación y comprensión de su trasfondo histórico, finalmente, a pesar de las barreras institucionales, la permanencia de la banda y el surgimiento de nuevos talentos locales aseguran la continuidad de una tradición cultural que se resiste a desaparecer en el municipio.

El rock como fenómeno sociocultural en Itagüí: un análisis de la evolución de la escena local

El estudio del rock y el metal en el municipio de Itagüí requiere comprender de primera mano los testimonios de quienes vivieron la génesis de este movimiento, para el caso se presentan las palabras de Juan Fernando Duque Giraldo, nacido y criado en el municipio, quien ofrece una perspectiva histórica valiosa sobre cómo se estructuró la relación de la juventud local con este género musical, plantea que la emergencia de esta manifestación cultural en el contexto territorial está profundamente ligada a dinámicas globales y regionales que transformaron la identidad juvenil a finales del siglo XX; Juan Fernando continúa con su relato diciendo que el acercamiento inicial al rock en Itagüí estuvo determinado por los gustos personales de una generación que creció entre las décadas de 1970 y 1980, en este periodo, el género era percibido de manera general como una "estridencia bacana" o agradable, sin distinciones críticas iniciales entre subgéneros. Durante esta época, la juventud local adoptó las corrientes del *hard rock* y el *heavy metal* antes de que el circuito *underground* o el *punk* tuvieran un reconocimiento pleno en la región.

Este proceso de asimilación cultural estuvo fuertemente influenciado por los circuitos de comunicación internacionales, el desarrollo tecnológico y, de manera primordial, el cine, por ejemplo, las bandas sonoras de las producciones cinematográficas de la época funcionaron como el principal vehículo de difusión, generando un romanticismo hacia la música anglosajona, argentina, peruana y venezolana, lo que consolidó los referentes

estéticos de los futuros roqueros del municipio; es así que a medida que la escena evolucionó hacia finales de la década de 1980 y comienzos de la de 1990, el rock en Itagüí comenzó a reflejar divisiones socioeconómicas y geográficas, se generó una dinámica contracultural donde el *hard rock* y el *heavy metal* se asociaban predominantemente con los sectores de clases medias y altas, mientras que el *punk* emergió como la expresión propia de los barrios marginales.

Esta fragmentación del sonido local se integró rápidamente con las dinámicas de Medellín y el resto del Valle de Aburrá, impulsada por hitos regionales como: El impacto cultural del "Barón Rojo" en Pereira como epicentro del eje cafetero y el surgimiento de agrupaciones fundacionales del *heavy metal* paisa como Kraken; sin embargo, uno de los problemas estructurales que ha enfrentado la escena en Itagüí es la estigmatización institucional porque históricamente, las administraciones municipales han operado bajo un sesgo asociativo que vincula directamente a la juventud con la violencia, y a su vez, a la juventud roquera con conductas delictivas; ante este panorama, el rock mutó de ser una moda "anglo" a convertirse en una plataforma de protesta social con letras cargadas de contenido crítico, debido a la crisis y posterior desaparición de las casas disqueras tradicionales que se negaban a registrar estas expresiones conceptuales.

Por otro lado, la resistencia de los jóvenes frente a la censura eclesiástica y política quedó marcada en eventos históricos referenciales del país como: El Festival de Ancón (ubicado en los límites entre La Estrella, Caldas e Itagüí), los festivales de la comunidad de Lleras o Lijacá y el concierto de la "Fiesta de la Vida" en el Parque Nacional de Bogotá, esta tensión con las autoridades se mantiene viva incluso en eventos masivos contemporáneos, donde los encargados de la seguridad imponen restricciones de horarios drásticos o ejecutan la desconexión forzada de los equipos de sonido.

En la actualidad se reconoce en el municipio de Itagüí que la gestión de eventos de rock ha transitado un camino complejo, operando históricamente desde el carácter privado y no comercial y que, con la consolidación de la elección popular de alcaldes desde finales de la década de 1990, el municipio comenzó a asumir responsabilidades parciales con la juventud, integrando eventos específicos en la agenda pública como el festival *FestItagüí* (2004) y posteriormente el programa *Toque Pues Parce* (2014).

Sin embargo, el hito comunitario más relevante lo constituye el "Parche Rock" en el marco del **Día Mundial de la Pereza**, un espacio autogestionado que durante cuatro décadas ha convocado a decenas de miles de personas, logrando ser reconocido como patrimonio inmaterial del municipio; a pesar de estos avances, los músicos y gestores locales señalan una deficiencia comparativa con procesos exitosos como el Festival Altavoz de Medellín y por su parte en Itagüí se evidencia la necesidad urgente de un **comité de criterio técnico** que unifique y profesionalice la escena, superando las divisiones entre quienes ejercen la música formalmente y quienes solo adoptan la estética roquera. La asignación presupuestal actual por parte del Instituto de Cultura sigue siendo insuficiente para las demandas de la población juvenil.

En palabras de Juan Fernando, aparece la siguiente reflexión final: "El rock en Itagüí representa una escuela de formación auditiva y de carácter que fomenta el respeto por la diversidad musical y la comprensión profunda de las problemáticas sociales y para el futuro de la escena local, es indispensable que el Instituto de Cultura del municipio abandone las visiones restrictivas y asuma el rock como una obligación institucional permanente y no transitoria porque el desarrollo cultural de Itagüí de cara a los próximos años depende de la creación de un escenario natural y digno que permita la circulación constante de bandas de todos los subgéneros (*heavy, punk, hardcore, underground*), garantizando así el relevo generacional y la preservación de su memoria histórica"

Trayectoria y contexto histórico del rock en Itagüí, según Julián Nieto

El fenómeno musical y cultural del rock en el municipio de Itagüí encuentra un punto de inflexión a partir del año 2008, lo anterior según relata el comunicador audiovisual y exsubsecretario de juventudes del municipio, Julián Esteban Nieto Castrillón, su vinculación formal con la escena local se consolidó a través de la formación de la agrupación *No Señal*, surgida en el ámbito escolar del Colegio Consejo Municipal de Itagüí y, a partir de allí, el proyecto musical permitió una inmersión directa en el territorio, orientada a «buscar mucho e investigar mucho sobre lo que pasaba»; durante este período, las dinámicas socioculturales del municipio presentaban una notable efervescencia institucional y comunitaria; es así que el entrevistado destaca el papel fundamental de la Casa de la Cultura, un espacio donde confluían diversas expresiones musicales bajo

la tutoría de profesores emblemáticos y, particularmente se encuentra en sus palabras que: "en Itagüí había un movimiento muy fuerte... no solo de rock, sino también sobre todo de hip hop, esos dos géneros predominantes", esta estructura formativa y creativa no solo configuró una estética particular, sino que ofreció a la población juvenil "otra alternativa" frente a la hegemonía de géneros comerciales de fuerte arraigo local como el reguetón.

Frente a sus aportes en relación con la música como plataforma de resistencia e identidad manifiesta que la producción artística en este contexto se consolidó como un canal idóneo para la manifestación del inconformismo social y la crítica política, además, Nieto Castrillón recuerda especialmente la composición del tema *"Introducción al caos"*, concebido como un acto de protesta durante la contienda electoral entre Juan Manuel Santos y Óscar Iván Zuluaga: "poder expresar a través de las letras de No Señal, digamos todo ese... ese inconformismo que teníamos hacia el gobierno actual y poderlo hacer desde una tarima".

Esta dimensión contestataria, lejos de vincularse a los estereotipos tradicionales de anarquía desarticulada, es definida por el entrevistado como un ejercicio crítico y consciente, es así que, desde su perspectiva, el espectro de subgéneros del rock, incluyendo el uso del *scream*, responde a una necesidad profunda de expresión, para lo cual manifiesta "Realmente creo que la persona que se identifica como rockera es una persona que le gusta protestar, que no está... que está inconforme con lo que le dan, que le gusta ir un paso más allá, que es una persona muy crítica".

Gracias a su cercanía con la administración municipal, en una de las preguntas se le hizo alusión acerca del Conflicto Institucional y la Experiencia de *Toque Pues Parce, a lo cual expresa que e*l desarrollo de la escena no estuvo exento de tensiones con la comunidad y las autoridades encargadas del orden público; por ejemplo, uno de los hitos más significativos narrados por el creador se remite al año 2017, en el marco de dicho programa institucional, creado para impulsar el talento local mediante propuestas de música propia. Durante uno de sus eventos, la irrupción violenta de agentes externos a la cultura rock desencadenó un altercado que amenazó la continuidad del proyecto bajo el argumento institucional de que se trataba de "un tema de gamines, o de locos".

Más adelante, la defensa de este espacio requirió una movilización comunitaria e institucional que llegó hasta el Concejo de Itagüí y la Alcaldía, pero, curiosamente, la mediación de la fuerza pública resultó favorable para los colectivos musicales: "hasta la policía estuvo de parte de nosotros. La policía dijo "No, esos señores, los rockeros, esos señores son... ellos son unos señores. Ellos se dejan requisar, ellos no ponen problema"; es así como esta legitimación permitió salvaguardar el programa, el cual llegó a articular a 54 bandas de rock agremiadas y a movilizar a miles de personas en el espacio público bajo el amparo de la Política Pública de Juventud.

Sin embargo, a pesar del apogeo alcanzado entre los años 2018 y 2019, la llegada de la pandemia de COVID-19 supuso una ruptura drástica para los procesos consolidados, interrumpiendo proyecciones de intercambios nacionales con ciudades como Cali, Manizales y Bogotá, ante lo cual Nieto Castrillón diagnostica con preocupación el estado actual de la escena, afirmando que "actualmente creo que... está bajito a lo que tuvimos en ese par de años. Creo que ya no estamos tan arriba realmente"; asimismo, enfatiza que el futuro del movimiento depende de la superación de las divisiones internas y de la adopción de dinámicas de cooperativismo inspiradas en otros géneros urbanos: "falta un poquito más de... de amor entre... entre el género, de colegaje, de vamos a hacer juntos".

Finalmente, al abordar los prejuicios históricos que vinculan al rockero con la marginalidad o el consumo de sustancias, el entrevistado sostiene que en el año 2026 dichos imaginarios deberían estar superados, define a la comunidad rockera como un colectivo caracterizado por la sensatez y la capacidad intelectual y, para ello expresa que: "La persona que es rockera es una persona tranquila, es una persona estudiosa, es una persona inteligente, es una persona que sabe hacer muy bien las cosas... así nos veamos un poquito diferentes, digamos porque nos gusta vestir de negro, que porque tenemos el pelo largo... realmente somos unas personas muy... muy sensatas"; finalmente el análisis lo concluye manifestando una reivindicación del Parque Obrero como el epicentro geográfico e histórico de esta identidad en Itagüí, un espacio que ha sido habitado y transformado por sucesivas generaciones de músicos que se resisten a dejar desaparecer su legado en el territorio.

El rock en Itagüí: resistencia, identidad y desafíos desde la perspectiva de un gestor cultural

Este apartado examina la evolución de la escena rockera de Itagüí a partir de la experiencia de sus propios actores, es así que, a través de una narrativa estructurada, se analizan los orígenes del movimiento local, la falta de infraestructura y apoyo institucional, el impacto del género en la identidad juvenil y las dinámicas de autogestión que sostienen los eventos musicales, este análisis se nutre desde el testimonio directo de Ubeimar Osorio, quien ofrece una perspectiva crítica sobre las dificultades económicas y logísticas que enfrentan las agrupaciones en la región y, particularmente en el municipio; por ejemplo plantea que el rock en Colombia ha sido históricamente un vehículo de expresión periférico y, en el ámbito municipal, su desarrollo suele estar marcado por la precariedad y el esfuerzo independiente, es así que en Itagüí, la relación con este género posee una trayectoria particular que no comenzó necesariamente en los escenarios de las grandes agrupaciones, sino en la cotidianidad del comercio local y la necesidad de espacios de esparcimiento.

Ubeimar Osorio, oriundo de Sonsón, pero radicado en Itagüí hace más de 25 años, relata que su vínculo con el rock inició de forma fortuita tras graduarse de la universidad, ante lo cual plantea "*comencé en la industria del naturismo... con la tienda naturista Mandalax";* la ubicación de este local, cercana al Parque Obrero (un punto de tránsito obligado para los músicos que asistían a un ensayadero de la época), facilitó el contacto de Osorio con la comunidad artística local, marcando el inicio de un proceso de gestión cultural que se ha extendido por más de tres décadas, y es que a pesar de las iniciativas individuales y los esfuerzos colectivos que surgen periódicamente, existe una percepción crítica respecto al desarrollo y consolidación del rock en el municipio; al indagarle sobre los factores que han influido en el entorno musical de Itagüí, Osorio es categórico al señalar que, en lugar de una consolidación, se percibe un estancamiento debido a la falta de estructuras sólidas, para lo cual plantea "*Yo no he sentido que la escena del rock en Itagüí se haya fortalecido, pues yo creería más bien que se ha debilitado, aunque se han hecho varios intentos; aquí pues las gestiones son muy colectivas, muy individuales, muy de las personas que se juntan, quieren hacer algo... pero aquí pues nunca se ha visto un motor que acelere o que estimule el rock en Itagüí*".

Esta ausencia de un motor institucional o de un movimiento unificado provoca que los proyectos musicales locales posean ciclos de vida cortos, donde las bandas "*comienzan con sus proyectos, crecen, otras mueren, otras se renuevan"*, sin lograr un impacto sostenible en el tiempo por la falta de políticas de estímulo de largo plazo; es así que manifiesta que, en el ámbito sociocultural, el rock y sus subgéneros (como el punk y el hardcore) han operado tradicionalmente como plataformas de disidencia, inconformidad y manifestación estética y, que particularmente en el contexto de Itagüí, las composiciones musicales se convierten en el principal medio para expresar las demandas juveniles y las frustraciones frente a un entorno adverso; según Osorio, la protesta no se presenta siempre de forma articulada en debates públicos, sino que se plasma directamente en el arte, ante ello plantea que "*uno ve las manifestaciones en sus canciones... en cada composición siempre hay rebeldía, siempre hay protesta en lo que se quiere hacer y en lo que no se ha podido hacer"*.

Asimismo, el género ejerce una influencia notable en la construcción de la identidad de quienes lo practican o lo consumen, transformándose en una tendencia y un modo de vida. Esta adopción identitaria suele originarse por vínculos cercanos y transmisiones intergeneracionales, donde influyen *"familiares, amigos y bueno, y desde ahí nace como ese sentimiento de pronto de entrar a un instrumento, de comenzar a escudriñar, aprender"*, permitiendo que el género mantenga su vigencia en la juventud a pesar de no ser una música comercial ni contar con el respaldo de los medios masivos.

Uno de los mayores obstáculos para los músicos en el Área Metropolitana del Valle de Aburrá ha sido la carencia de infraestructura técnica adecuada para el ensayo y la producción; por ejemplo, hacia finales de la década de 2000, la clausura del único ensayadero disponible en el Parque Obrero generó una crisis de espacio que afectó directamente a las agrupaciones de Itagüí, ante lo cual Osorio recuerda que la preocupación de los artistas era constante cuando recuerda que *"fue como ese lamento, como esa angustia de los músicos: "hermano, es que no tenemos dónde ensayar"»; a*nte esta problemática, y motivado por la demanda de la comunidad artística, Osorio decidió intervenir utilizando los recursos a su disposición, transformando la bodega de su tienda naturista en un espacio de práctica improvisado, es así que este nicho inicial, que comenzó de manera rudimentaria con un teclado, una guitarra y un amplificador básico, evolucionó gradualmente gracias al respaldo de las bandas locales de punk y rock y que con el tiempo, la iniciativa se consolidó bajo el nombre de

"Mandalax", logrando diseñar una infraestructura técnica formal que incluyó "*una instalación ya amplia, cómoda, insonorizada, climatizada, los instrumentos"*, convirtiéndose en un soporte logístico estratégico para el circuito musical de la zona.

Por otra parte, plantea que la dimensión económica es, sin duda, el factor más crítico y restrictivo para la supervivencia del rock a nivel local, por ejemplo, la producción de conciertos y festivales autogestionados demanda una inversión financiera que la mayoría de las agrupaciones independientes no puede sostener de manera autónoma; las dinámicas detrás de la organización de un evento evidencian una cadena de costos complejos, tales como: **costos logísticos internos** se identifica que los recursos propios de las bandas deben dividirse para cubrir necesidades básicas como "*transportes, refrigerios, sonido y toda la logística", así mismo,* **Complejidad del transporte técnico**, toda vez que trasladar la instrumentación requerida para un concierto formal representa un gasto elevado, dado que "*el mero camión para eso vale un platal", por otra parte* **Barreras administrativas**, porque la gestión de permisos ante las administraciones municipales suele ser un proceso complejo que requiere "*una cadena de palancas, de influencias para poder hacer algo"*.

A este panorama se suma una problemática recurrente en los circuitos de bares comerciales, donde suele ofrecerse el escenario a las bandas a cambio de visibilidad, pero sin una remuneración económica justa; es así como, frente a esto, Osorio hace un llamado directo al sector comercial "*Por favor, bares, paguémosles a las bandas... porque es un estímulo para uno como músico". Sin embargo, es a través de l*a persistencia de los artistas, quienes continúan presentándose en festivales y conciertos locales aun cuando "*en ningún evento les pagan ni el transporte"*, que se demuestra que la escena rockera en Itagüí se sostiene principalmente por dinámicas de resistencia cultural y una profunda convicción artística.

A partir del análisis de las narrativas y la experiencia expuesta en este artículo, se presentan las siguientes conclusiones fundamentales sobre la problemática del rock en Itagüí:

Una Institucionalización deficiente y con una alta dependencia de la autogestión, en relación con ello, se identifica que la escena local del rock no cuenta con un motor institucional ni con políticas públicas de estímulo que le den sostenibilidad a largo plazo. Esto provoca un ciclo de estancamiento donde las bandas nacen y mueren de forma aislada, de-

pendiendo exclusivamente del esfuerzo colectivo, voluntario e individual para no desaparecer.

Vulnerabilidad y precariedad económica estructural que existe desde hace tiempo en el municipio genera una brecha crítica entre el esfuerzo logístico y técnico que requiere un montaje musical y la retribución económica que reciben los artistas, es por ello por lo que la falta de pago por parte de los bares comerciales y la ausencia de presupuesto para cubrir gastos básicos (como transporte, sonido y refrigerios) en eventos locales cronifican la precariedad del sector.

Barreras de infraestructura y respuestas comunitarias, mediante lo cual se identifica que la carencia de espacios públicos y técnicos adecuados para el ensayo y la producción musical frena el desarrollo de las agrupaciones, porque ante la negligencia o el cierre de espacios, la misma comunidad se ve obligada a reconvertir espacios privados (como ocurrió con la bodega de la tienda naturista que dio origen a Mandalax) para suplir de manera rudimentaria y luego formal las necesidades logísticas de los músicos.

El rock como refugio de identidad y resistencia. A pesar de las adversidades económicas y administrativas, el rock en Itagüí sobrevive porque cumple una función social indispensable para la juventud, toda vez que funciona como un canal de expresión para la inconformidad y la protesta frente al entorno, y se transmite de forma intergeneracional como un estilo de vida y un tejido de resistencia cultural que se sostiene por pura convicción artística.

Referencias bibliográficas

Carballeda, A. J. M. (2002). *La intervención en lo social: Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Paidós.

Fals Borda, O. (1985). *Conocimiento y poder popular*. Siglo XXI.

Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus: Antropología de la juventud*. Ariel.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.

García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos: Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo.

Hall, S., & Jefferson, T. (2000). *Resistance through rituals: Youth subcultures in post-war Britain*. Routledge.

Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.

Martín-Barbero, J. (2003). *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*. Convenio Andrés Bello.

Historias de mi barrio. Itagüí 2026
se terminó de imprimir en el mes de julio de 2026.
Se utilizaron las fuentes Charter
de 12 y 10 puntos para el cuerpo del texto y notas,
y Gadugi de 14 y 22 puntos para títulos de sección,
de capítulos y subtítulos.
Se empleó papel Bond Avena de 70 g. para cuerpo de texto,
Propalcote 115 g. para los separadores
y Propalcote 300 g. para la carátula.
Esta impresión consta de 500 ejemplares.
La impresión se realizó en los talleres de MN Impresos S.A.S.
info@mnimpresos.com
Medellín, Colombia